

CLARA ÁLBORI

Búscame
AL AMANECE

EL ESPERADO SPIN-OFF DE

Despiértame con un beso

Búscame
AL AMANECER

Clara Álbori

Título: *Búscame al amanecer*

© 2018, Clara Álbori

Primera edición: septiembre 2018

De la maquetación: 2018, Romeo Ediciones

Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso.

Para todos aquellos que creen en las
segundas oportunidades de la vida
y disfrutan de cada momento de ella.

Índice

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

[Otros libros de la autora](#)

Prólogo

Finales de verano...

En Gandía el sol brillaba con fuerza, pero para unas huéspedes del hotel Villa Magic, eso era lo que menos les importaba. Tras tres meses de unas intensas vacaciones que sin duda habían trastocado sus vidas, era hora de regresar. Todas mostraban caras largas, a pesar de que, dos de ellas, regresarían para vivir su vida al lado de unos hombres que las amaban con locura.

Habían disfrutado del hotel y de la ciudad como unas enanas, y habían conocido a personas maravillosas que ya las consideraban parte de la pequeña familia del hotel. Se habían divertido de lo lindo con los espectáculos que realizaban cada noche los animadores y sus pieles morenas delataban que habían aprovechado al máximo los rayos de sol que había en la costa mediterránea. No cabía la menor duda de que jamás olvidarían esas vacaciones.

Todas esperaban con sus maletas en recepción a la espera de que Mónica les atendiera para devolver las llaves de las habitaciones. Cuando las entregaron, Laila, la más bajita y dura del grupo que regalaba collejas cuando alguien las merecía, no pudo evitar que unas lágrimas se formaran en sus ojos, aunque con rapidez se las secó. Le resultaba muy difícil irse. No quería dejar ese hotel, al igual que el resto de sus amigas, pero debían ser realistas: necesitaban encontrar un trabajo y volver a su horrorosa realidad.

—Prométeme que me llamarás todos los días, princesita —le dijo Hugo a Nerea mientras la abrazaba por la cintura—. No me gusta que hagas un viaje tan largo en tu estado. —Posó una mano en su plano vientre.

Nerea suspiró y puso los ojos en blanco. Desde el accidente la trataban

como si fuera una muñequita de cristal que se podía romper al mínimo roce.

—No te preocupes. —Le acarició la mejilla con ternura mientras le sonreía—. Estaremos bien, solo voy a recoger el resto de mis cosas para traerlas aquí y a dejar todo bien atado. Antes de lo que crees, volveré a ti.

Hugo le devolvió la sonrisa y se inclinó sobre ella para besarla sin importarle que la gente los mirara, incluidas las amigas de Nerea y los padres de ambos.

—¡Oh, por Dios! —se quejó Laila—. En estos diez minutos que llevamos en el *hall*, os habéis metido la lengua por lo menos cincuenta veces. De verdad, estáis de un ñoño desde que habéis vuelto...

Los tortolitos al escucharla no pudieron evitar sonreír sobre los labios del otro, felices por haber aclarado todo y comenzar una vida juntos en la ciudad donde se habían conocido y enamorado.

—A ti también te voy a echar de menos, Laila —le dijo Hugo divertido sin dejar de abrazar a Nerea.

—No serás el único —comentó una voz a su espalda.

Samuel Díaz se acercó a las chicas con una sonrisa cálida, aunque en sus ojos se notaba la tristeza que sentía porque esas locas se fueran del hotel.

Elena, al verle entrar en el *hall* con el uniforme del hotel, compuesto por una camiseta blanca ceñida con el logo del establecimiento bordado en el pectoral derecho y unas bermudas azules oscuras, no pudo evitar que su corazón comenzara a latir a más velocidad.

Samuel siempre había sido muy amable con todas ellas, a pesar de que, cuando les sacaba de voluntarias para sus espectáculos, querían asesinarle, pero se lo habían pasado en grande siendo partícipes de ellos. Al menos, la única que acabó cubierta de nata fue Nerea. Las demás, por suerte, salieron intactas.

Era muy guapo, con su pelo corto castaño claro y unos ojos color miel que tenían un brillo que nunca había visto en nadie. Siempre solía dejarse una barba de tres días que le hacía más atractivo y Elena siempre se le quedaba mirando...

En silencio, había fantaseado con él, en cómo sería probar esos carnosos

labios y morderlos en un momento de pasión. Estar con él, a su lado... Por suerte nadie sabía de sus sentimientos. Era buena disimulándolos, igual que hacía con sus emociones. Así evitaba que otros se dieran cuenta de ellos.

—Bueno, bueno... De Nerea y de mí, ¡no te libras! —le dijo divertida Ada a Samuel—. Puede que con el tiempo nos lleves tú mismo de vuelta a Oviedo —se mofó.

—Lo dudo. —Miró a Alejandro y a Pedro que habían dejado un momento sus tareas para despedirse de las chicas—. ¿No podéis contratarlas para que se queden o algo? —bromeó.

—Mala idea no sería —le siguió el juego Alejandro—. Chicas, quiero que sepáis que ante cualquier cosa que necesitéis, me tenéis a vuestra entera disposición.

—¡Y a mí! —exclamó Pedro dando un paso hacia adelante.

—A mí también. —Les sonrió Samuel—. Todas tenéis mi número para cualquier cosa.

—Chicas, es hora de irnos o pillaremos atasco —anunció Laila.

Todas asintieron y Nerea volvió a besar a Hugo antes de comenzar a caminar hacia su padre que, como era normal en él, comenzó a llorar porque su princesa volvía a irse, pero estaba feliz ya que se quedaría en Gandía a vivir con su novio, del que no podía estar más contento. Hugo era como un hijo para él.

Samuel hizo otro tanto y comenzó a abrazar a esas locas que habían revolucionado el hotel por completo. Cuando se acercó a Elena se rascó la nuca. Esa mujer menuda de pelo castaño, ojos verdes y expresivos, le había cautivado. A pesar de que en los espectáculos pasaba vergüenza, siempre acababa por soltarse el pelo y disfrutar. Samuel tenía la impresión de que le costaba hacerlo, aunque no sabía el porqué.

—¿Volverás a cantar?

Elena rio al recordar el momento karaoke. Aquel día perdió una apuesta que sus amigas y ella hicieron en la playa mientras jugaban con una pelota.

—Lo dudo mucho. Eso no volverá a pasar.

—Bueno, pero sí espero que regreses... Que regreséis —se corrigió.

—Eso dalo por hecho. —Le sonrió antes de morderse el labio inferior y bajar la mirada—. Bueno, creo que es hora de que me marche.

Samuel asintió y atrajo a Elena para abrazarla. Ambos inspiraron el aroma del otro intentando retenerlo en su mente porque no sabían cuándo volverían a verse, si es que lo hacían. Ambos lo deseaban, pero no sabían lo que la vida les pondría por delante. Esperaba que llegara un día en el que ella y Laila pudieran regresar. Aunque pensándolo bien, deberían hacerlo. Dos de sus amigas se quedaban allí y no solo eso, sino que dentro de unos meses nacería su primer sobrinito o sobrinita.

—Espero que tengáis buen viaje y avisadnos cuando lleguéis —les pidió—. Ya sabéis que esos tres son capaces de movilizar media España por vosotras cuatro. —Señaló a Alejandro, Hugo y Pedro.

Todas soltaron una leve carcajada y Nerea se acercó para abrazarle.

—Cuida bien a mi novio y no dejes que las clientas salidas se acerquen a menos de un kilómetro de él —dijo divertida.

Les acompañaron hasta la salida y los aparcacoches les trajeron sus vehículos. Guardaron las maletas en el maletero, aunque esta vez había más espacio. Nerea y Ada llevaban la ropa justa para pasar unos pocos días antes de volver para hacer sus vidas junto con sus parejas. Ada prohibió a Nerea conducir y Laila pidió ser la primera en hacerlo antes de cambiarse por Elena y así poder descansar ella un poco.

Arrancaron los coches y, con la ayuda del GPS, abandonaron la ciudad con el mismo pensamiento: regresar.

Capítulo 1

Quince meses después.

—¡Aaahhh! —Se escuchó un grito en la cocina del Navia, el nombre que habían puesto al bar de tapas que abrieron juntas Elena y Laila unos meses atrás con la ayuda de un préstamo del banco.

Las dotes culinarias de Elena y Laila hicieron que el negocio tuviera éxito y ya todo el mundo en Oviedo conocía el bar. Siempre estaba hasta los topes. Las dos amigas no podían estar más contentas y con los ingresos pagaban la deuda del banco, además de costear sus necesidades.

Ada y Nerea vivían felices en Gandía y cada noche hacían una video llamada por Skype para hablar las cuatro juntas. Se echaban de menos. Ada consiguió trabajo en una inmobiliaria de su nueva ciudad y Nerea trabajaba como maestra de Audición y Lenguaje en el centro educativo que se encontraba al lado de la casa donde vivía junto a Hugo y su hija Alba, quien ya tenía ocho meses. Era una muñequita rubia de ojos azules y todo el mundo babeaba al verla, sobre todo cuando la pequeña sonreía.

Elena se encontraba sirviendo un par de cañas con dos pinchos cuando el grito de Laila hizo que todo el mundo mirara en dirección a la cocina. Asustada, Elena corrió hacia ella y vio como su socia golpeaba el suelo con la escoba.

—¿Qué ocurre? —preguntó abriendo los ojos como platos.

—Se me ha caído el pendiente y he visto que se metía debajo del lavavajillas y al moverlo para cogerlo... ¡Han salido cinco cucarachas! Dios qué asco... ¡Qué asco!

—Dime que es broma —exigió. Aquello no podía ser verdad.

—¡Si fuera broma no estaría gritando y golpeando el suelo con la escoba!

Elena se llevó las manos a la cabeza pensando en lo peor. Si tenían una plaga, deberían cerrar el bar y no era lo que les convenía. Puede que ambas tuvieran ahorros, pero el dinero se acababa con rapidez.

Sin dudarle, Elena expuso a sus clientes que, por un imprevisto, debían cerrar el bar por ese día. Por suerte solo les quedaba una hora para ello y no había muchas personas en el establecimiento.

La gente, tras acabar sus consumiciones, abandonó el local sin problemas. Elena echó el cierre y regresó a la cocina junto con Laila que seguía golpeando el suelo con la escoba a pesar de no ver ninguno de esos bichos asquerosos negros.

—Será mejor que mañana no abramos y llamemos a un controlador de plagas para ver qué nos dice.

Laila asintió y salió asqueada de la cocina mientras Elena comenzaba a barrer el local para dejarlo limpio. Aunque no pudo evitar pegar un grito y dar un salto cuando, al retirar las servilletas que los clientes tiraban al suelo, vio a uno de esos bichos negros correr hasta meterse en un pequeño agujero que había en la pared.

—Esto no tiene buena pinta —señaló mirando el agujero por donde la cucaracha se había escondido.

—No podemos permitirnos cerrar el local, ni siquiera temporalmente —espetó Laila—. Vivimos de los ingresos que nos da al mes y sin ellos... Volveremos a estar como hace un año. En paro y sin ayudas, porque a las autónomas no nos tienen en cuenta nadie.

—Bueno, no nos agobiamos. —Intentó tranquilizarla y tranquilizarse—. Mañana a primera hora llamo al exterminador y, con un poco de suerte, solo tendremos que cerrar unos pocos días. Mañana te llamo cuando quede con él para echar un vistazo al local.

—Está bien —le respondió colocándose bien el cuello del abrigo—. Me voy a casa. Necesito dormir para no pensar en los intrusos que se han colado en nuestro bar.

Elena asintió y tras apagar las luces, cerró el local. Por suerte, su pequeño piso no estaba lejos de allí; era el mismo en el que vivía Nerea antes de

trasladarse a Gandía. El alquiler era más barato y ese piso siempre le había encantado. En dos semanas se le acababa el contrato con la casera, ya que lo renovaban en períodos de seis meses y si les cerraban el bar, no sabía si podría permitirse pagar el alquiler. Ya se veía regresando a casa de sus padres con casi veintinueve años. Aunque había un problema en esa predicción: no sabía nada de sus padres desde que ella y su hermano se fugaron de casa cuando tenían dieciséis y quince años respectivamente.

Habían sobrevivido durmiendo en albergues algunas noches, comiendo en el comedor social y robando dinero o comida cuando tenían oportunidad. Su historia había sido muy complicada. Por suerte, ella salió de la vida que la hundió en la miseria, pero Darío, su hermano, todavía seguía sumergido en ella y solo le veía cuando necesitaba dinero. A pesar de que sabía en qué lo gastaba, se lo seguía dando. Se sentía culpable porque fue ella quien le arrastró a ese mundo cuando eran unos adolescentes y por culpa de sus trapos sucios.

Suspiró al pensar en Darío y se metió en la cama con una presión en el pecho. Apagó la luz de la mesilla y no tardó en quedarse dormida hasta que despertó, como casi siempre solía hacerlo, antes de que la alarma sonara. Ese día lo hizo exactamente segundos antes, pues la horrible melodía comenzó a sonar a su lado.

La apagó de mala gana dando golpe al móvil en el proceso. Apartó las sábanas para levantarse, aunque al notar el frío en su piel, volvió a cubrirse con rapidez. A pesar de ser diciembre y de que el frío azotaba con fuerza, ella no podía dormir con un pijama de franela ni de manga larga. Siempre dormía con un pantalón corto y una camiseta de tirantes, aunque por casa se ponía un pantalón largo y una chaquetilla de punto de color crema con estrellas negras para no quedarse helada.

El despertador volvió a sonar y lo apagó de nuevo antes de hundir el rostro en la almohada y estirarse en la cama. Se levantó y tomó la cafetera para prepararse un café bien cargadito. Mientras se hacía, sacó de un cajón dos rebanadas de pan de molde para prepararse unas tostadas. No sabía si untarlas con mermelada y mantequilla o con sirope de chocolate. Si algo le gustaba a Elena, era el dulce por la mañana. No podía entender cómo la gente tomaba café acompañado con tortilla de patata, huevos con *bacon* o cualquier otro tipo de comida salada. Su estómago aquello no lo soportaba.

Decidió ponerse ese día sirope de chocolate y, mientras lo expandía por las tostadas, oyó como el café ya comenzaba a salir. Se levantó de la silla para retirarlo y ponerlo en una taza con un poco de leche. Lo necesitaba bien cargado.

Tras desayunar y salir de la ducha, buscó por Internet números de teléfono de distintas empresas encargadas del control de plagas. Llamó a la que se encontraba más cerca del bar y quedó con el exterminador en una hora. Mandó un mensaje a Laila para que lo supiera, a lo que esta enseguida respondió con un *OK*.

* * *

—Buenos días —saludó Elena cuando entró en el local—. Enseguida llega... ¿Qué demonios estás haciendo?

Elena abrió los ojos y la boca sorprendida al ver a Laila subida en una de las mesas mientras hablaba con alguien por el móvil.

—No pienso pisar el mismo suelo que esos bichos asquerosos.

—¿Piensas atender al exterminador subida en una mesa? —Levantó las cejas.

—¿Qué problema hay? Sabes que odio cualquier bicho que se me ponga por delante. ¡No pienso bajar de aquí!

—¡Laila, por Dios! —le espetó Elena poniendo las manos en jarras—. No te van a comer.

—¡Qué no! Que yo no me...

Se detuvo cuando vio a un joven con uniforme y una gorra entrar en el local. Al ver el dibujo de una hormiga que llevaba en la gorra, supo que era el controlador de plagas. «¡Madre mía, qué bombón!», pensó Laila y bajó de un salto de la mesa para ir a saludarle.

—¡Buenos días! —Le dio dos besos como si le conociera de toda la vida—. Te estábamos esperando. ¿Quieres un café o algo mientras echas un vistazo a esto? ¡Invita la casa! —le preguntó coqueteando.

—No, no se preocupe. Voy a echar un vistazo.

—Como quieras. Cualquier cosa, me tienes para lo que necesites. Mi nombre es Laila.

—Encantado —dijo el hombre queriendo alejarse de esa pequeña mujer.

Al ver como el chico entraba en la cocina, Elena cogió el brazo de Laila y la alejó para que no les oyera. Llevaba desatada desde que regresaron de Gandía y le entraba a todo hombre que le atraía mínimamente.

—Laila, creo que deberías controlarte. ¿No has visto como el chico no quería que le entraras?

—Uff... Estoy harta de ir por la calle y ver parejitas felices y yo sin comerme una rosca. Hace meses que no le doy una alegría al cuerpo.

—Pero ¡por Dios, Laila! ¡Pareces completamente desesperada!

Laila suspiró y se sentó en una de las mesas antes de apoyar los codos sobre ella y la barbilla entre sus manos.

—¡Porque lo estoy! Me siento muy vieja. Los hombres ya no se acercan a mí como antes. Noto que he perdido mi *sex-appeal*. Con el trabajo apenas salimos y echo mucho de menos a Nerea y a Ada. Sin ellas, vivir en Oviedo no es lo mismo. —Sollozó—. Estoy feliz por ellas, pero me hacen mucha falta. —Se secó las lágrimas que se deslizaban por sus mejillas—. No puedo ni siquiera darles collejas cuando la lían.

Elena no pudo evitar sonreír ante eso último y se acercó a ella para abrazarla. La comprendía a la perfección. También echaba mucho de menos a Nerea y a Ada y, al igual que su amiga, desde que regresaron de esas increíbles vacaciones, apenas había tenido relaciones. Había decidido pasar de rollos de una noche, cansada de lo que implicaban. Ya no tenía dieciocho años y necesitaba un cambio.

Durante esos quince meses, tuvo una relación que duró cinco, pero no funcionó. A pesar de estar a gusto con el que era ahora su ex, nunca sintió más por él que pura atracción física y se sentía vacía. Jamás se había enamorado y puede que nunca lo hiciera. Ni siquiera conocía ese sentimiento. Solo un hombre consiguió que sintiera mariposas en el estómago y ese fue Samuel, pero en todo ese tiempo no habían hablado. Solo fue una atracción pasajera que ya había desaparecido.

—Por casualidad, ¿estás con la regla, enana? —le preguntó sonriendo.

—Sí. Uff, como odio estar tan sensiblera por su culpa.

—¿Te apetece que salgamos esta noche?

—No, que seguro que, con mi mala suerte, ligo y no puedo darle una alegría a la pepitilla.

—Está bien. Pues, ¿qué te parece venir a mi casa, hincharnos a helado, ver películas románticas y hacer una video llamada con las otras dos locas?

—Eso me gusta más. —Le abrazó con fuerza—. Gracias. Ah, y por cierto... —Alargó la mano y le dio una colleja.

—¡Au! ¿A qué ha venido eso?

—¡Por llamarme enana!

A pesar de la colleja, Elena volvió a abrazar a Laila. Ambas necesitaban ese cariño de la otra al recordar a sus amigas. Hablaban con ellas cada día por un grupo de WhatsApp, pero ni por asomo era lo mismo que cuando estaban las cuatro juntas. Y con el trabajo en el bar, no habían podido ir a verlas ni tan siquiera para el bautizo de la pequeña Alba. Les dio mucha pena no haber podido asistir, aunque le compraron entre las dos un regalito que enviaron por correo.

—Bueno, pues no necesito ver más —anunció el hombre sacudiendo las manos mientras caminaba para reunirse con las jóvenes—. Efectivamente. El local sufre una plaga de cucarachas y no es de extrañar que no lo hayan descubierto hasta ahora. Son pequeñas, se esconden muy bien y se reproducen con rapidez.

—¡Por Dios qué asco! —volvió a quejarse Laila.

Elena solo puso cara de desagrado y comenzó a mirar el local incómoda. Era como si en cualquier momento esos bichos fueran a aparecer todos juntos. Se miró la pierna al notar un cosquilleo por ella pero, por suerte, no tenía nada. Su cerebro le jugaba malas pasadas.

—Hay que actuar cuanto antes. Las cucarachas son muy difíciles de eliminar y resisten muy bien a los productos químicos que pueden vender en cualquier supermercado para eliminar insectos en los hogares, por lo que hay que aplicar biocidas.

—Qué mal suena todo. —Suspiró Elena temiéndose lo peor.

—Deberán cerrar el local temporalmente para poder trabajar mejor.

—¿Cuánto cuesta y cuánto tardará en eliminar la plaga? —preguntó Laila.

—El coste es de doscientos euros. Y en cuanto al tiempo, lo siento mucho, pero no será menos de seis meses. —Las chicas abrieron los ojos sorprendidas—. Ya les he comentado que son resistentes y difíciles de eliminar.

Ambas notaron como el cielo se les caía encima. Se acabó. Volverían a estar en la larga lista del paro. Pagarían el coste de la exterminación y venderían el local. Sin trabajar no podían subsistir día a día, pagar las facturas, ni las cosas necesarias. El agobio volvía a instalarse en ellas.

A la salida del local, tras poner un cartel informando del cierre, fueron a un supermercado a comprar provisiones para aquel día. Llenaron el carro de miles de calorías: helados, bolsas de patatas, chocolate, pizzas... Todo lo necesario para una noche en la que querían olvidarse de la realidad.

Desesperadas por el próximo cierre de su negocio y porque no sabían qué iban a hacer, al llegar la noche decidieron conectarse al Skype para hablar con sus amigas. Laila fue a pasar la noche con Elena y ya se habían comido dos tarrinas de helado de las que tenían en el congelador. Eso les salía más barato que irse de copas para evitar pensar en lo que les esperaba.

—Bueno, no perdáis la esperanza. Seguro que encontraréis algo —les animó Nerea que tenía en brazos a Alba mientras la mecía esperando a que se durmiera, pero la niña estaba bien despierta, sobre todo al oír y ver a sus tías.

—¡Me la comooo! —exclamó Ada al ver como Alba se metía el puño en la boca y sonreía.

Nerea miró a su hija. Le apartó el puño de la boca para que no se lo metiera y le puso el chupete rosa con su nombre escrito en blanco que le regalaron sus tías.

—No hay manera de que se duerma. Hoy está fiestera.

—Clavadita a su madre —se mofó Ada.

—¿Y Hugo? —preguntó Elena extrañada de que él no estuviera con la

pequeña.

Sabían por Nerea que él siempre se pedía dormirla. Era su momento favorito del día tras un intenso día de trabajo: disfrutar de su princesa.

—Acaba de regresar de trabajar y está en la ducha. Se ve que, si no se duerme con su padre, esta princesa no se duerme con nadie. —Sonrió Nerea antes de besarle la cabecita a su pequeña.

—Regresando al tema de que volvemos a estar en el paro. —Intentó Laila retomar la conversación—. ¿Qué podemos...?

—Cariño, ¿dónde guardaste la cuchilla de afeitar que compramos el otro día?

Elena, Laila y Ada abrieron la boca al ver detrás de Nerea a Hugo completamente desnudo secándose el pelo con una toalla. No se habría dado cuenta de que Nerea estaba en mitad de una video llamada y había pasado por el salón como Dios le trajo el mundo.

—¡Joder, menuda pirindola! —exclamó Laila.

—¿Has vuelto a estrujarle las pelotillas, princesita Cascanueces? —se mofó Ada carcajeándose—. Porque ese tamaño creo que no es normal.

Nerea tapó la cámara con una mano, pero el micrófono estaba activado por lo que las amigas oyeron todo.

—¿No me digas que esas locas me han visto en bolas?

—Sí, cariño. —Escucharon reír a Nerea—. Anda vístete y ven a por tu hija, a ver si se duerme contigo.

—Voy, y diles a esas que más les vale que no vea a mi pajarito circular por Internet.

—¡De pajarito nada, Huguito! —siguió hablando Ada—. Eso es un cirulo en condiciones. Ahora entiendo muchas cosas de Nerea.

La recién nombrada destapó la cámara sin dejar de reír al tiempo que Hugo, ya vestido, cogía a su pequeña en brazos. Las carcajadas de la niña sonaron al recibir las atenciones de su padre haciendo que Nerea y sus amigas sonrieran al escucharla.

—Hora de dormir, mi princesa.

—¡Qué debilidad siento por los hombres con bebés o niños pequeños! — dijo Elena mirando con ternura como Hugo desaparecía por las escaleras con Alba en sus brazos.

Pasados unos segundos Laila sollozó dejándose caer en la cama:

—Me quiero morir. Aquí no hay trabajo. Bueno ni aquí ni en ningún sitio.

—Tengo una idea, pero quizá sea muy descabellada —comentó Nerea mordiéndose el labio inferior.

—¡Dila! —exigieron a la vez Elena y Laila.

—A ver... —Se acomodó en la silla donde estaba sentada—. El otro día, hablando con mi padre, me comentó que algunos camareros habían dimitido en el hotel. Sabéis que la *maitre*, Sara, hace poco que ha sido madre y la chica que le sustituye se lo tiene todo muy subidito y se cree la más. ¡Me pone enferma! —Bufó—. Mira a los empleados que están a su cargo por encima del hombro y les exige demasiado, así que algunos se han hartado y han dimitido.

—¿Y por qué tu padre o Pedro no hacen nada? —preguntó Ada molesta. Al igual que Nerea, odiaba a ese tipo de gente.

—Son demasiado blandos en ocasiones —les explicó—. Le han dado algún que otro toque, pero la chica sigue igual. La mayoría de los días Hugo viene cabreado por su culpa. No le gusta cómo trata a sus compañeros. —Suspiró—. Bueno, lo que quiero decir con esto, es que hay puestos vacantes en el hotel. Si queréis...

—¡¡Sí!! —gritó Ada levantando los brazos.

Las amigas la miraron sorprendidas saltar y bailar delante de la cámara al entender la propuesta de Nerea. Ir a Gandía a trabajar suponía que... ¡Volverían a estar juntas! Ada siguió gritando, aplaudiendo, riendo, saltando y bailando mientras las demás la observaban. Al ver que no paraba, cerraron la video llamada con ella y las tres restantes siguieron hablando.

—Lo que os decía. —Continuó Nerea—. Podría hablar con mi padre y si vosotras aceptáis, trasladaros. Tendrías en el hotel un puesto de trabajo hasta que encontrarais otra cosa.

Elena y Laila se miraron sin saber qué responder a eso. No querían que

las tacharan de enchufadas, a pesar de que ambas tenían experiencia en el mundo hostelero. Iban a responder cuando vieron que Ada quería entrar de nuevo en la conversación. Nerea y Elena le dieron a aceptar.

—¡Seréis capullas! —espetó—. Que sea la última vez que me despacháis.

—Nerea, te lo agradecemos, pero el trasladarnos también conlleva buscar lugar para vivir —explicó Elena sin hacer caso a Ada.

—A mí me sobra una habitación —comentó la pelirroja.

—Y si aceptáis trabajar en el hotel, sabéis que hay habitaciones para los empleados —recordó Nerea.

—No podría dormir en el mismo sitio que trabajo. —Le recorrió a Laila un escalofrío—. Me sentiría como cuando estuve en el internado a los quince años. ¡Qué horror!

—A mí no me importaría —expuso Elena—. No creo que fuera mucho tiempo, hasta que encontrara algo.

—¡Pues ya está! Laila a mi casa y Elena en el hotel. —Aplaudió Ada.

—Esperad, yo aún no he dicho que sí. —Les hizo saber Elena.

Ada se recostó en la silla y se recogió el pelo en un moño mal hecho encima de la cabeza creando una fuente de rizos como el fuego. Quería con todas sus fuerzas que Elena y Laila aceptaran lo que les proponía Nerea. Llevaban más de un año sin verse y, aunque eran felices, se echaban mucho de menos. Sus tardes de películas, hablar sin parar tomando un café, ir de compras, salir de fiesta... Todo aquello no era lo mismo si no estaban las cuatro juntas.

—¿Qué tenéis que perder? —intentó convencerlas Nerea—. Mandadme vuestros currículos por correo y se los hago llegar a mi padre.

—Está bien —se rindió Elena—. Como tú dices, no tenemos nada que perder.

Capítulo 2

Ya había pasado una semana desde que Nerea envió a su padre los currículos de sus amigas. Sabía que podían conseguir un puesto de trabajo, no por quienes eran, sino porque ambas estaban preparadas para ello. Llevaban varios meses trabajando como autónomas en el mundo de la hostelería y sabían cómo funcionaba. Además, tanto Alejandro como Pedro no contratarían a nadie si no les vieran preparados para el puesto para el que se presentaban.

Mientras, Laila prácticamente se había mudado a casa de Elena. No tenía ánimos para nada y había llamado a su casera para informarle de que no podría lidiar con los pagos del alquiler del piso. Tenía ahorros de la herencia que le dejó su abuelo paterno cuando falleció, pero no quería usarlos; al menos todavía. Los necesitaría en caso de trasladarse a trabajar a Gandía.

Pero ni Elena ni Laila querían hacerse ilusiones. Hasta que tuvieran noticias, debían empezar con el papeleo que suponía estar en el paro.

Por su parte, Elena tampoco podría afrontar los gastos del piso de alquiler. Ni siquiera si Laila se iba a vivir con ella y compartían gastos. Se encontraba bastante agobiada y muchas noches, en la cama, pensando en lo que había supuesto la plaga de las cucarachas, se derrumbaba y lloraba desesperada hasta que finalmente se quedaba dormida.

Sentía que iba a volver a vivir la misma vida que cuando tenía dieciséis años y aquello le asustaba. Durmiendo en albergues, robando y comiendo en comedores sociales para subsistir. En momentos como esos, necesitaba a la señora González. Murió cuando Elena tenía veintidós años. Se convirtió en una madre para ella cuando a los dieciocho la encontró durmiendo en su portal. No solía invadir ese tipo de espacios, pero aquel día llovía con fuerza. Recordaba lo helada que estaba y cómo enfermó con una fuerte gripe. La señora González, al verla en el momento que sacaba la basura, no dudó en

ofrecerle su ayuda y prácticamente cuidó de ella sus últimos cuatro años de vida. Solo tenía sesenta años cuando la leucemia se la llevó.

Ayudó a Elena sin pedir nada a cambio. Ese día todo cambió para ella. Dejó sus malos hábitos y la señora González le pagó el material necesario para estudiar un grado medio en Auxiliar de Enfermería tras superar la ESO. Era lo más cercano a la carrera de Enfermería que le habría gustado hacer.

Mientras estudiaba, Elena cuidó de la mujer que le había devuelto las ganas de vivir y labrarse un futuro, hasta que falleció una noche mientras dormía.

Esa noche salió del hospital en el que consiguió trabajo, y en el que vio cómo se iba una de las pocas personas que la había querido, destrozada y completamente perdida. Fue a un pub, se pidió un chupito de whisky y le ordenó a la camarera que dejara la botella, pero no pudo dar ni un sorbo. No pensaba volver a aquella vida. Lo haría por Amaia, la señora González.

Cuando pidió a la camarera que retirara el vaso de chupito y la botella, y que le sirviera un zumo de piña, ella le sonrió y le dijo:

—Has hecho lo correcto. Veo a mucha gente que entra aquí para emborracharse y olvidarse de la mierda de vida que llevan. Y, créeme, la mayoría acaban peor y no salen de ese agujero.

—Yo estuve en ese agujero —le había contado Elena dando un sorbo a su zumo de piña—. No quiero volver a entrar en él.

—Seguro que consigues salir adelante. Por cierto, me llamo Laila.

—Elena —se había presentado.

Y así fue como se conocieron. Se hicieron grandes amigas y una noche, en la que Elena esperó a que Laila acabara su turno en el pub para regresar a casa, unos babosos se acercaron a ellas con el único propósito de llevárselas a la cama. Estaban completamente borrachos y para quitárselos de encima, Laila le echó a uno de ellos en los ojos *spray* de pimienta. A pesar de aquello, los hombres seguían acosándolas hasta que llegaron dos chicas para ayudarlas logrando que esos tipos las dejaran en paz.

Esas chicas fueron Nerea y Ada.

Tras el incidente con aquellos hombres que eran clientes habituales del

pub, y ejercían una gran influencia en él por ser amigos del dueño, Laila fue despedida. Desde entonces, las cuatro amigas eran inseparables.

Elena trabajó en el hospital de Oviedo durante cinco años como auxiliar de enfermería. Debido a la crisis, la despidieron unos días antes de viajar a Gandía donde pasaron tres meses de vacaciones. Desde entonces, no había vuelto a encontrar trabajo de su campo, y menos en Oviedo. Era inútil trabajar de nuevo en el hospital de donde la habían echado. Además, se enteraba por ex compañeras que los despidos seguían a la orden del día.

—¿Qué te parece si salimos hoy? A ver si encontramos a algún multimillonario y damos un braguetazo —bromeó Laila tras tantos días sin hacerlo mientras ayudaba a Elena a limpiar el polvo del piso—. No importa que no esté bueno. Me caso con él, pero me tiro al chófer o al jardinero o a cualquier empleado de la casa que sí lo esté. ¡Cómo en las películas o en las novelas!

Elena soltó una carcajada y negó con la cabeza mirando a Laila. No era mala idea, pero sí era surrealista.

—¡Baja de las nubes! Además, paso de gastarme dinero en cubatas. No estamos para derrocharlo.

Laila saltó de la banqueta en la que estaba subida para llegar a los estantes más altos y se acercó a Elena con el trapo en la mano.

—Un poco de escote y verás cómo los babosos nos pagan las copas. —Rio—. Hay que recurrir a medidas drásticas para pillarnos un buen pedo.

—Tú sí puedes ponerte escote con las tetazas que tienes, enana. ¿Pero yo? —Se señaló los pechos.

No eran pequeños, ella los definía como normalitos y sabía que a los hombres les parecían muy apetecibles, pero en comparación con los de Laila, convertía a los suyos en enanos. Incluso a su lado se sentía como si en realidad no tuviera tetas.

—Punto uno —alzó el dedo índice—: tus pechos están bien y existen sujetadores con relleno. Si no tienes y te niegas a comprar, el viejo truco del papel higiénico sigue funcionando a modo «engañabobos». Y punto dos —levantó el dedo corazón formando una uve junto con el índice—: ¡te voy a dar una colleja por llamarme enana!

Elena, al ver cómo Laila tiraba el trapo al suelo y comenzaba a correr para pillarla y darle esa colleja, pegó un pequeño grito y comenzó a correr alrededor del sofá para que no la pillara. Laila cambiaba de dirección para ver si la atrapaba, hasta que decidió subirse al sofá y saltar por encima de él para cogerla. Lo consiguió y ambas cayeron al suelo. Elena, divertida y disfrutando de aquello como si fuera una niña pequeña, se cubrió la cabeza con los brazos sin dejar de reír mientras Laila seguía intentado alcanzar su nuca sin éxito.

—¡Para, para! —exigió Elena al oír la música de su móvil—. ¡Teléfono!

Laila se quitó de encima y Elena se levantó para coger su móvil. Era un número desconocido para ella. Deslizó el icono verde por la pantalla y descolgó.

—¿Sí? —preguntó al mismo tiempo que notaba la suave colleja de Laila.

Puso los ojos en blanco y negó con la cabeza. Laila y sus collejas. No cambiaría nunca. Menos mal que no las daba fuertes, a menos que se cabreara.

—Buenos días, ¿Elena Valverde?

—Sí, soy yo.

—Soy Alejandro, el padre de tu amiga Nerea.

El estómago le dio un vuelco.

—Ah, sí. Hola Alejandro, ¿todo bien?

—Bueno, podría ir mejor. Ya te comenté mi hija el problemilla con la nueva *maître*, pero no quiero despedirla. La chica necesita el dinero. —«Como todos», pensó Elena, pero calló—. Y solo le quedan tres meses en el hotel. Lo que sí me apena es que muchos de mis empleados que llevan años con nosotros, dimitan por ella. En fin, al grano. —Se aclaró la garganta—. He estado mirando vuestros currículos y podríais encajar a la perfección aquí, ya que ambas tenéis experiencia. Lo que os ofrezco es lo siguiente — Elena se mordió el labio inferior nerviosa y apretó el móvil con fuerza para que la mano dejara de temblarle—: venid a Gandía para realizaros una entrevista. No os puedo asegurar el puesto, pero sí la oportunidad de que luchéis por él. Os facilitaríamos una habitación en el hotel durante tres días y tres noches y sería el fin de semana que viene. El sábado os llamaré a mi

despacho para haceros las preguntas y en unas horas, tras hablar con Pedro y el responsable de recursos humanos, os haríamos llegar una respuesta. En caso de ser afirmativa, empezaría en cuanto pudierais incorporaros y estaríais diez días de prueba por contrato. Solo os puedo ofrecer un contrato temporal, pero con posibilidad de renovación a su finalización. También dispondría, en caso de ser contratadas y aceptar, de unas habitaciones dentro del hotel hasta que encontrarais un piso dónde vivir. ¿Qué me decís?

—Pues tendría que hablar con Lai...

—¡¡Sí!! —gritó Laila que había escuchado toda la conversación.

El volumen del móvil de Elena estaba demasiado alto y se oía todo perfectamente como si hubiera puesto el manos libres.

—Pues creo que aceptamos. —Sonrió Elena—. Calculo que llegaremos el viernes a eso de las dos de la tarde.

—Perfecto, avisaré a Nerea para que...

—Alejandro —le interrumpió Elena—. No le digas nada. Queremos darle una sorpresa. —Sonrió mirando a Laila quien asentía muy emocionada.

No solo tenían la posibilidad de encontrar un trabajo en un lugar que les había encantado, sino que, además, tras más de un año, por fin verían a sus amigas.

—Me parece perfecto. Seguro que se alegran muchísimo de veros.

—¿Nos ayudarías a ello? —le preguntó Elena.

—Claro. Solo dime qué necesitáis.

—Simplemente invéntate alguna excusa para que a las tres de la tarde Nerea y Ada acudan al hotel —le pidió feliz.

—Eso está hecho. Pues nos vemos el viernes, chicas.

—Hasta el viernes, Alejandro.

Elena colgó y cuando lo hizo, ella y Laila comenzaron a saltar y a gritar. Subieron al sofá y continuaron saltando y gritando felices mientras se abrazaban. No solo podían conseguir un trabajo, sino que, además, iban a ver a sus amigas y a conocer a la pequeña Alba. Estaban muy emocionadas.

—¡Ahora sí que sí! —dijo Laila sin dejar de saltar y sonreír—. Hay que

salir para celebrarlo.

—Eh, eh, para el carro. —Rio Elena sentándose en el sofá con la respiración entrecortada por los saltos—. Aún no nos han dado el trabajo, solo vamos a hacer una entrevista. Una más de todas las que nos han hecho en nuestra vida.

—Mira que eres agonías, ¿eh? ¡Qué colleja te daba! —amenazó, pero no se la dio—. ¿Quién nos lo iba a decir? Hace unas horas lloriqueando por las esquinas y en dos días nos vamos a Gandía a intentar conseguir un trabajo. Es un lugar que nos encanta y lo que es mejor, en la misma ciudad en la que viven nuestras dos locas enamoradas. —Rio—. ¡Cuántas vueltas da la vida! —Suspiró sintiéndose filosófica.

—Tampoco nos hagamos ilusiones. Lo único que tenemos seguro de este viaje es que veremos a las chicas. Nada más.

—Bueno, pero ¿salimos esta noche de marcha?

Elena frunció el ceño, negó con la cabeza y Laila puso los ojos en blanco. A pesar de conocer a su amiga desde hacía más de cinco años, no lograba entenderla. No era para nada tímida y enseguida congeniaba con la gente, pero cuando salían de fiesta, le resultaba difícil convencerla y tras conseguirlo, cuando llegaban a cualquier discoteca, a Elena le costaba soltarse. A ninguna de las amigas le pasaba desapercibido cómo controlaba lo que bebía o cómo, antes de hacerlo, olía su consumición por si acaso le habían echado algo.

Al igual que todas, había tenido sus excesos y amanecía al día siguiente con una resaca de campeonato. Lo normal tras una noche desenfrenada, pero Elena no solo se levantaba con resaca, sino que también parecía que se sentía culpable por haber bebido más de la cuenta. Sus amigas siempre le preguntaban qué le ocurría, sin embargo, Elena no soltaba prenda. Siempre decía que se encontraba mal y cansada por beber tanto y se encerraba en sí misma. Al día siguiente volvía a ser la de siempre, pero la historia se repetía una y otra vez.

—Creo que será mejor que descansemos. Recuerda que el viaje es largo y mañana tenemos que preparar la maleta para tres días. ¿En qué coche vamos, en el tuyo o en el mío?

Laila al ver que Elena no quería salir, decidió no insistir.

—Prefiero que cojamos el mío. Con el tuyo corremos el riesgo de que nos deje tiradas.

Elena sonrió al pensar en su coche. Era un Volkswagen GTI negro de 1999 que consiguió de tercera mano cuando empezó a trabajar en el hospital. Por aquel entonces, tenía un buen sueldo y podía permitírselo. Pero el vehículo ya tenía muchos kilómetros y se estropeaba cada dos por tres. A pesar de ello, a Elena le encantaba y, cada vez que lo veía, se sentía orgullosa porque le hacía recordar que pudo comprarlo gracias a su esfuerzo.

—Tengo ganas de salir de Oviedo. Además, también nos vendrá bien para desconectar.

—Oye, ¿qué te parece si antes de irnos vamos al centro comercial? El otro día vi un vestidito para Alba más bonito —comentó Laila con una tierna sonrisa al pensar en su sobrinita—. Y las tías estamos para malcriar a las sobrinas. Desde la distancia no podemos mucho pero, ahora que vamos, hay que aprovechar.

—A eso sí me apunto. —Rio Elena dejándose caer sobre el respaldo del sofá y subiendo las piernas para apoyar los talones en una pequeña mesita que había en el salón—. Yo le compro unos zapatitos a conjunto.

Tal y como acordaron, al día siguiente a primera hora de la tarde, fueron al centro comercial. Miraron en la tienda en la que Laila había visto el vestido, pero ya se había agotado. Apenadas, siguieron dando vueltas por distintas tiendas, pero ninguno le parecía tan bonito como el otro.

—¿Qué te parece este? —Le mostró Elena uno granate de terciopelo.

—Muy sencillo.

—¿Y este? —Le mostró otro rosa.

—Me apuesto lo que quieras a que Nerea tiene un armario solo de vestidos rosas —se mofó—. No, quiero uno de otro color para que tenga variedad.

Siguieron buscando y se sorprendieron al ver algunos vestidos que parecían sacados del siglo XVIII y otros que les recordaban a los de etiqueta que llevaban las adolescentes americanas en su baile de graduación debido a la pomposidad que tenían la falda de aquellos vestidos. Era demasiado para una niña de ocho meses.

—¡Mira el conjunto del maniquí! —señaló Elena—. Es muy bonito.

Laila se fijó en el maniquí que le indicaba su amiga y sonrió. ¡Era incluso más bonito que el que había visto días atrás! Era un vestidito de invierno de color marfil con un gracioso lacito rojo que rodeaba la cintura. Además, tenía unos adornos en forma de espiral bordados en el filo del dobladillo de la falda. Era de manga corta, pero el conjunto contaba con una chaqueta y unos zapatitos del mismo color que el lazo. Pidieron la talla que querían a la dependienta y le preguntaron si podía envolverlo para regalo, a lo que la encargada asintió. También compraron unos leotardos blancos para que la pequeña no pasara frío en las piernas.

Al terminar las compras, fueron a tomar un café y pasaron por una tienda de complementos. Elena vio en el escaparate una pequeña diadema de color roja y decidió comprarla también para Alba. Aún no habían podido cogerla en brazos, pero la pequeña era su debilidad. Ambas tenían el móvil lleno de fotitos de su sobrinita, ya que Nerea no dejaba de sacarle fotos ante cualquier cosa que hacía y, por supuesto, las mandaba por WhatsApp a sus amigas, a su padre, a su suegro y a Hugo. Tenía que presumir de hija.

—Estoy agotada —dijo Elena sentándose en la silla de la cafetería—. Hoy será mejor que nos vayamos prontito a la cama, tenemos que salir a las cinco de la mañana para estar allí a las dos de la tarde.

—¿A las cinco de la mañana?! ¡Tú estás loca! —espetó Laila ganándose miradas de la mitad de la cafetería.

—La última vez salimos a las cuatro —recordó.

—Pero no era lo mismo. Íbamos a la playita, a la piscina y a disfrutar. Y hacía calor. Ahora estamos en invierno y vamos a intentar que nos dejen currar.

—¡Pero si estás encantada! —Rio Elena.

—¡Pues sí! Pero como tú has dicho, nada de ilusiones.

El camarero les trajo los cafés y sonrieron al ver que estaban acompañados de una galletita de canela. La sacaron del envoltorio de plástico en el que se encontraba y la devoraron en cuestión de segundos antes de dar un sorbo al café.

—¡Ay! ¡Cómo quema! —se quejó Laila sacando la lengua y

abanicándose con la mano para enfriarla con el aire que desprendía al realizar el movimiento con la muñeca.

—Seguro que, si Ada estuviera aquí, habría aprovechado la oportunidad para ligar con el camarero. —Rio—. Le llamaría y con su carita de muñequita y sus ojos de ninfa, le pediría que echara un poco de leche fría a los cafés. Después aprovecharía la ocasión y quedaría con él para una noche desenfrenada.

Laila soltó una carcajada al escucharla y asintió con la cabeza. Elena había dado en el clavo.

—Sí, pero lo haría la Ada soltera. Ahora está que no caga con Sergio. ¡Madre mía, qué ñoña se pone cuando habla de él! —dijo Laila dando otro pequeño sorbo—. Y en cinco meses se nos casa. Si hace dos años alguien me dice que en Gandía Ada iba a sentar la cabeza, me habría reído en su cara.

Elena asintió y se quedó pensativa mirando el café. ¿Alguna vez viviría lo mismo que sus amigas? Su parte negativa le decía que no, pues en la vida había cometido demasiados errores para que ahora el famoso Karma le regalara una de color de rosa al lado de una persona que la amara... Sonrió irónica y siguió con su café.

Solo en los cuentos de hadas existían los finales perfectos y su vida se parecía más a la de la bruja malvada.

Capítulo 3

—Vamos, Laila. ¡¡Levanta!!

Eran las cuatro y media de la madrugada y Elena ya llevaba despierta desde las cuatro. Tenía la mala costumbre de levantarse demasiado temprano. Rara vez necesitaba la alarma para hacerlo. Era como si su cuerpo estuviera programado para que empezara el día a la hora en la que debía abandonar su placentero sueño. Siempre se levantaba antes de que amaneciera. Laila no sabía cómo era capaz de dormir tan pocas horas y encima estar como una rosa, cuando ella, durmiendo más de ocho, tenía sueño durante todo el día.

Había llegado el día. En unas horas llegarían a Gandía y los nervios estaban a flor de piel. Elena había pasado mala noche. Tenía miedo de que se quedara dormida y no llegar a tiempo para darles la sorpresa a Nerea y Ada, pues para la tres ya tenían que estar allí.

Cuando consiguió que Laila se levantara y fuera a la ducha, Elena se dirigió a la cocina donde sirvió en dos tazas un café bien cargadito para el viaje.

Diez minutos después, Laila salía de la ducha y se reunía con Elena en la cocina ya vestida y arreglada. Bebió su café y bajaron a la calle donde estaba aparcado el coche en el que viajarían.

—¡Se ha cerrado a la primera! —Se emocionó Laila al cerrar el maletero de su Citroën C3 azul cielo—. La última vez que fuimos no cabían las maletas.

—Porque llevábamos dos cada una y de las grandes. —Rio Elena—. Ahora solo llevamos una y de un tamaño más normal.

Se montaron en el coche y Laila encendió la radio para estar más entretenidas durante el viaje. Arrancó para dirigirse a la autopista mientras Elena ponía en el GPS la calle en la que se encontraba el hotel. Tal y como

les indicaba el aparato, les quedaban ocho horas por delante. Vieron como el sol salía y pararon en varias estaciones de servicio. En todas ellas tomaron un buen café antes de reanudar el viaje hasta que el GPS les indicó que ya habían llegado a su destino.

—Elena, este no es el hotel —le dijo Laila al llegar a la puerta.

—No lo entiendo. —Suspiró poniendo punto muerto y echando el freno de mano antes de coger el móvil. Ese último tramo le había tocado conducir a ella—. La calle es esta. —Le enseñó la pantalla del móvil a Laila—. Y el nombre del hotel es el mismo.

Laila se bajó del coche y lo rodeó. El hotel que se mostraba ante ellas no era el que recordaban. Este estaba completamente nuevo. La fachada se veía completamente distinta. Era blanca y la barandilla de los balcones estaba formada por una especie de cristalera azul transparente que le daba un toque más veraniego y moderno. La verdad era que lo habían dejado muy bonito, pero echaban de menos el anterior. Les habría gustado recordar sus vacaciones mirando las mismas instalaciones de hacía un año y medio.

Un joven con el uniforme del hotel se acercó a ellas cuando sacaron las maletas y, al ver que era el aparcacoches, Elena le entregó las llaves. Subieron por la rampa con sus maletas y cruzaron los dedos para que no se hubieran equivocado de hotel. Pero al entrar y ver a Alejandro con su habitual traje hablando con la recepcionista, sonrieron. Pasearon su mirada por el resto del *hall* y vieron que por dentro también estaba renovado. Los tonos blancos y azules abundaban en el interior. Parecía otro hotel completamente distinto. Solo esperaban que el personal no lo hubieran renovado, porque sin duda, era el mejor que podían tener.

—¡Chicas! —las saludó Alejandro cuando las vio.

Con una de sus sonrisas que casi nunca abandonaba su rostro, se acercó a ellas y les saludó con dos besos. Laila y Elena le devolvieron la sonrisa y se fijaron detenidamente en el padre de su amiga. Seguía teniendo esa vitalidad que recordaban. Lo único diferente que vieron en él, era que tenía algo más canoso el cabello negro.

—¡Qué alegría que hayáis venido! ¿Qué tal el viaje? —les preguntó.

—Agotador, pero contentas de estar aquí —respondió Laila—. Eso sí, ¡menudo susto nos hemos llevado al aparcar y no reconocer el hotel!

—Lo cerramos en agosto hasta finales de noviembre para darle una nueva imagen más moderna. Lo inauguramos hace dos semanas y...

—Esto... ¡Tú! ¡Cómo te llames! —le interrumpió a Alejandro una voz chillona—. Ve a la cocina a ayudar a lavar los platos. Se ha estropeado el lavavajillas. ¡Ya!

Laila y Elena se giraron para ver a una mujer bastante alta que vestía como si se tratara de una importante ejecutiva. Llevaba unos tacones de aguja que no medían menos de diez centímetros y un dos piezas formado por una americana y una falda de tubo que le llegaba hasta las rodillas. Era rubia con el pelo ondulado y su cuerpo había pasado por más operaciones que Isabel Preysler. Era clavadita a una *Barbie*.

—Esa es Esther. La *maître* sustituta —informó Alejandro—. A Sara aún le quedan tres meses de baja por maternidad y en dos semanas que lleva trabajando desde que reabrimos el hotel, ya ha conseguido que dimitan cinco camareros con su actitud.

—¿Por qué no hacéis algo? —preguntó Elena sin apartar la mirada de aquella mujer—. No puede tratar así a los empleados. Un buen líder debe aconsejar, guiar, preocuparse por las personas a su cargo y no negarse a cualquier tarea si alguien le necesita. Se comporta como un jefe. Manda, inspira miedo y no muestra entusiasmo a los empleados. Eso no es positivo ni bueno para el funcionamiento del hotel.

—Lo sé, Elena. —Suspiró Alejandro—. Le hemos dado algún que otro toque de atención, pero sigue igual. Aunque no quiero despedirla. Necesita el dinero y le vendrá bien el que consiga siendo sustituta.

—Eres demasiado bueno, Alejandro. —Le sonrió Laila—. ¡Pero yo a esa le daba una colleja bien dada!

El hombre soltó dejó escapar una suave risa.

—Bueno, os dejo que os instaléis. Vuestras habitaciones son las mismas que la última vez que estuvisteis aquí. Pedidle la llave a Mónica. —Señaló a la recepcionista con la barbilla—. Nerea y Ada vendrán aquí a las tres. Les he dicho que tengo algo que enseñarles. —Sonrió—. Soy muy malo con las excusas y miento fatal, así que lo que les he dicho, es verdad.

Laila y Elena soltaron una leve carcajada y tras pedir las llaves de las

habitaciones a Mónica, subieron a ellas. Esa vez no tardaron en encontrarlas. Sabían a la perfección dónde estaban y conocían cada lugar de aquel hotel. A pesar de estar reformado, su estructura no había cambiado.

Dejaron las maletas y Elena no tardó en correr las cortinas para salir a la terraza y contemplar el mar. Inspiró hondo para impregnarse de ese olor tan característico de la costa mediterránea.

A pesar de ser invierno, la temperatura era agradable. Al menos en comparación con Oviedo donde no pasaban de los diez grados los días de sol, que no solían ser habituales.

En Gandía se encontraban a quince grados y al sol se estaba de maravilla. Oyó unos golpes en la puerta y entró de nuevo en la habitación antes de cerrar la terraza. Abrió y se encontró a Laila con una sonrisa de oreja a oreja y dando pequeños saltitos.

—Me ha mandado un mensaje Alejandro. ¡¡Nerea y Ada ya están aquí!! —exclamó entusiasmada—. ¡Ay Dios, estoy nerviosa! —Entró en la habitación que ocupaba Elena y se miró en el espejo—. ¿Estoy bien? ¿Me retoco el maquillaje? ¿Me cambio de ropa?

—¡Por Dios, Laila! ¡Relájate! Ni que te fueras a una cita. —Rio.

—Tengo unas ganas de darles collejas... y de achucharla también, ¿eh? —aclaró Laila al ver como Elena la miraba—. Pero piensa que, en estos quince meses, tengo muchas guardadas de cuando nos contaban algo que me enfadaba. Como cuando Ada discutió con Sergio y, para enfadarle más, fue a su trabajo y se subió en la barra para bailar y así que el resto la miraran. ¡Era para darle bien fuerte!

Elena no pudo evitar soltar una carcajada y se sentó en la cama. Le temblaban tanto las piernas debido a los nervios que necesitaba unos segundos para tranquilizarse. No podía creerse que sus amigas estuvieran a solo unos metros de ellas. Estaba deseando abrazarlas.

* * *

Nerea y Ada llegaron al hotel poco antes de las tres de la tarde. Alejandro

les había hecho llamar para enseñarles algo y ambas se quedaron bastante extrañadas.

Tras salir de trabajar del colegio, Nerea fue a su casa donde estaban los dos amores de su vida. Sonrió al ver a Hugo tumbado en el suelo jugando con su hija. Parecía que hacía pesas con ella y la niña reía a carcajadas. Esa semana, su novio tenía turno de tarde como animador en el hotel. Empezaba a las tres de la tarde y acababa a las once de la noche, aunque tardaba en llegar a casa. No solo porque Samuel y él tenían que recoger antes de irse, sino por el tramo de veinte minutos que había desde el hotel hasta la urbanización.

Hugo, Nerea y Alba fueron al hotel donde Ada les esperaba en la entrada. Al ver a la niña tan preciosa con uno de sus vestiditos, sonrió y la cogió de los brazos de Nerea. La alzó por encima de su cabeza haciendo reír a Alba antes de comenzar a hacerle pedorretas en el cuello para que riera a carcajadas.

—Oye guapa, deja de llenar a mi niña de babas. Cuando decidas quedarte embarazada, ya le haces a tu hijo lo que quieras —dijo Nerea divertida abrazada a la cintura de Hugo mientras subían las escaleras para entrar en el hotel.

—Quita quita. —Rio Ada—. Prefiero malcriar a esta princesa. ¡Me la como! —Siguió haciéndole pedorretas.

Entraron en el *hall* y les recibió su padre quien enseguida cogió a su nieta para besuquearle las mejillas. Alba era una niña muy risueña y le encantaba ser el centro de atención. Sonreía a todo el mundo que le prestaba mimos. Samuel siempre bromeaba con Hugo de que, cuando creciera, tendría que quitarle a muchos moscones, a lo que él respondía que su princesa no iba a tener novio hasta que cumpliera los treinta.

—Ven con el yayo, mi pequeña. Antes de que llegue el otro abuelo y te secuestre como hace siempre. —Volvió a besarla Alejandro.

—Voy a ver si veo a Samuel para que me diga qué vamos a hacer hoy. —Habló Hugo—. Nos vemos a la noche, princesita. —Se despidió dándole un beso en los labios a Nerea y otro a su hija en la cabeza.

—Hugo —le llamó Alejandro—, cuando encuentres a Samuel, venid los dos aquí. Os quiero enseñar algo a todos.

Su yerno asintió y se adentró en el bar-salón para buscar a Samuel. Si le conocía tan bien como lo hacía, sabía que se encontraría detrás del pequeño escenario.

—¿Qué nos quieres enseñar? —preguntó Nerea extrañada mientras veía a su padre con una mano mandar un mensaje antes de guardarse el móvil en el bolsillo del pantalón de su traje.

—Enseguida lo veréis.

Cinco minutos después, Nerea y Ada se tapaban la boca abierta con las manos al ver a Elena y Laila aparecer por las escaleras. Las cuatro amigas corrieron y se abrazaron unas a otras con lágrimas asomando por sus ojos. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que se vieron y esos abrazos y besos les supieron a gloria.

Ninguna de las cuatro podía decir nada. Solo lloraban y se seguían abrazando emocionadas por ese esperado encuentro que dos de ellas no se imaginaban. No les importó que los clientes del hotel Villa Magic se quedaran mirándolas.

—¡Madre mía! —Sonrió Ada sin dejar de llorar—. No me puedo creer que estéis aquí. ¡¿Cómo no nos habéis avisado de que veníais?!

—Queríamos daros una sorpresa —les explicó Elena retirándose con los dedos las lágrimas.

—¡Vaya si nos la habéis dado! —dijo Nerea emocionada—. ¿Qué hacéis aquí?

—Tu padre nos llamó para realizarnos una entrevista. Si conseguimos convencerle, nos mudaremos aquí.

Ada gritó como si fuera una adolescente que acababa de ver a su amor platónico y volvió a abrazarlas.

Oyeron unos grititos tras ellas y Nerea cogió a su hija quien también quería unirse a esa pequeña fiesta.

—¡Qué bonita es, por favor! —La cogió Elena y la niña sonrió. Le encantaba que le prestaran atención—. ¡Cómo se parece a Hugo!

—Así de guapa me ha salido. —Rio Nerea.

—¡Déjame! —pidió Laila tomando en brazos a Alba—. ¡Pero qué preciosidad! —La besó la mejilla con fuerza—. Espero que la tita Laila no tenga que darte tantas collejas como a tu madre —bromeó.

Todas soltaron una carcajada y Laila le tendió a Nerea el regalo que traían para la niña. A su amiga le encantó el precioso vestidito a conjunto con los zapatos, la chaquetita y la diadema, y se lo agradeció con un nuevo abrazo y un beso a cada una. Le pusieron la diadema a Alba que seguía en brazos de Laila, pero al notar algo en su cabeza, la niña se llevó las manos a ella y se la quitó haciendo que las cuatro amigas rieran.

—¡Dichosos los ojos! —exclamó Hugo a sus espaldas.

Elena y Laila se dieron la vuelta y vieron acercarse a los dos animadores infantiles. Elena no pudo evitar fijarse en Samuel. Estaba más guapo de lo que recordaba. Tenía el pelo castaño algo más largo que la última vez que lo vio, pero sus ojos miel seguían teniendo ese brillo que la cautivó hace tiempo.

Los ruiditos que hacía Alba en brazos de Laila, fue lo que hizo que regresara a la realidad. Elena miró a la pequeña que extendía sus bracitos hacia Hugo. Su padre la cogió y la besó la sien con cariño. Se notaba todo lo que adoraba a su hija.

Hugo le dio dos besos y un abrazo a Elena y Laila, y Samuel se acercó a ellas para abrazarlas a la vez antes de elevarlas entre sus fuertes brazos y dar una vuelta con ellas.

—¡Cómo os he echado de menos, locas!

Elena rio cuando las dejó en el suelo y le dio un abrazo más suave que el suyo. Olía de maravilla.

«¿Pero qué me pasa con este hombre? Es verlo y notar cómo me tiemblan hasta las pestañas. Aterriza, Elena», se regañó. «Y creo que ya es hora de dejar de leer libros románticos».

Samuel estaba muy contento con la llegada de esas dos y no pudo evitar sonreír como un bobo al ver de nuevo a Elena. Esa mujer le intrigaba desde el día que la conoció. Sentía que detrás de esa sonrisa que ahora le mostraba, se escondía mucho más. Solo necesitó tres meses para ver cómo se contenía cuando la sacaba para que fuera partícipe de sus espectáculos. Parecía que tenía miedo a disfrutar.

Hugo y Samuel se fueron a trabajar y las cuatro amigas se dirigieron al bar-salón a tomar algo. Tenían mucho que contar, pero Nerea no tardó en marcharse. Alba se había quedado dormida en sus brazos.

Laila subió a la habitación cuando Ada se despidió de ellas para echarse una siesta, pero Elena se quedó por el hotel y comenzó a dar un paseo por él recordando cada una de las zonas. Apenas podía reconocerlas tras la reforma que habían hecho, pero sus recuerdos estaban intactos.

Accedió a la piscina y se quedó parada contemplando los toboganes que habían colocado. No había nadie ahí y las piscinas estaban vacías. Suponía que hasta la llegada del verano no las llenarían.

—Hey, hola —le saludó alguien a su espalda.

—Hola. Lo siento, solo quería...

—No te preocupes. Esta zona está abierta, pero al no estar disponibles las piscinas, solo entramos los animadores cuando queremos coger algo del almacén —le explicó Samuel abriendo la puerta lateral de la que sacó varias pelotas—. ¿Cuánto os quedáis?

—Nos vamos el domingo o el lunes a primera hora. Ya veremos.

—¿Tan pronto?

—Hemos venido a hacer una entrevista. Si Alejandro nos contrata a Laila y a mí, ¡seremos compañeros! —Le sonrió.

Samuel le devolvió la sonrisa y cargó en sus fuertes brazos el saco con balones de distinto tamaño y peso.

—¡Eso es genial! Pues mucha suerte y espero que...

—¡Estás aquí, cariño! —Oyó Elena la voz chillona de la *maitre*.

No pudo evitar poner los ojos en blancos. No le gustaba juzgar sin conocer, pero solo le había tenido que ver dos minutos para saber la clase de persona que era. ¿Había llamado cariño a Samuel? Bajó la mirada sintiendo inexplicablemente una punzada en el pecho. No podía entender cómo un hombre tan amable y atento como él podía salir con aquella víbora.

—¿Qué necesitas, Esther?

—Solo saber si tienes unos minutos para mí. —Sonrió coqueta—. Ya me

entiendes.

Samuel miró a Elena quien desvió la mirada. Se despidió de él con un seco adiós y desapareció por la puerta para subir a su cuarto.

—Esther, lo que pasó fue un error —se enfrentó a la recién llegada ya solos.

—¿Acostarte conmigo fue un error? No digas tonterías. Sé que te gusto como tú me gustas a mí —confesó seductora.

—Cuando me acosté contigo creía que eras diferente.

El primer día que Esther entró a trabajar, Samuel la vio tan nerviosa y perdida, que prácticamente no se separó de su lado. Esa misma noche celebraron juntos, tomando unas copas en un local cercano, su nuevo puesto de trabajo y el alcohol hizo que acabaran en la cama. Samuel no se arrepintió cuando se despertó. Lo hizo una hora después, cuando mostró su verdadera forma de ser. No era más que una manipuladora. Una auténtica víbora.

—¿Ya tienes a otra zorra? ¿Quién es? —Puso los brazos en jarras—. ¿La mujercita esa que se acaba de ir? ¡No te lo permito! Tú. Eres. Mío —declaró, posesiva acercando su rostro al de él.

—Estás como una cabra, bonita. ¿Te crees que soy idiota? Sé que también te has acostado con varios de los camareros y con el jefe de cocina. Y me da igual lo que hagas. No pienso volver a tocarte. Estoy deseando que se te acabe el contrato y como vuelvas a insultar a Elena, me encargaré de que Alejandro o Pedro te echen de aquí de una patada en ese culo operado que tienes.

—Son incapaces. —Rio maliciosa—. Los hombres sois como unos títeres. Os ablandáis con unas lágrimas de cocodrilo.

Así era como Esther conseguía que no la echaran. Cuando Alejandro o Pedro la llamaban a su despacho, solo tenía que llorar un poco para darles pena y así le daban una oportunidad tras otra.

Esther ansiaba el poder y era capaz de todo para conseguirlo. Le daba igual el precio que tuviera que pagar. Puede que hubiera empezado como *maître* sustituta, pero haría todo lo posible para conseguir escalar más puestos hasta ocupar el de Alejandro.

—No voy a permitir que vuelvas a hacer más daño a las personas que trabajan aquí.

—¿Y cómo me lo vas a impedir? —Se acercó—. Deja de hacerte el duro conmigo y ven a follarme como la última vez. —Metió sus largas manos bajo la camiseta que llevaba.

Samuel se apartó asqueado.

—Pídeselo a cualquiera de todos tus amantes.

Esther le miró con su sonrisa de superioridad y alzó la barbilla.

—Si quiero que me folles, lo harás. Puede que no ahora, pero lograré que vuelvas a desear bajarme las bragas.

Samuel se acercó a ella hasta aprisionarla contra la pared, furioso por todo lo que estaba soltando por aquellos labios gruesos y pintados de color rojo pasión. Esther creyó que iba a hacer lo que le había pedido, pero no podía estar más equivocada.

—Métete esto en tu pequeño cerebro de *Barbie*. Yo no soy ninguno de tus títeres y ten por seguro que, en menos de un mes, estarás en la puta calle.

—Qué vocabulario, querido. —Continuó con su actitud pasota y de superioridad—. No te pega.

Samuel apretó los puños para no hacer algo de lo que después se arrepentiría, además de causarle numerosos problemas. Respiró profundamente y dio un paso atrás para separarse de aquella víbora.

—Tienes los días contados.

Dicho eso, desapareció con el saco de pelotas. Esther le miró marcharse con una medio sonrisa y sacó del bolso que llevaba un espejo y un pintalabios para retocarse el maquillaje con un único pensamiento. A ella nadie le amenazaba. Y antes de que la echaran a ella, planearía algo para que fuera él quien acabara fuera. Ya había conseguido que dimitieran parte del personal encargado del restaurante y estaba segura de que podría con aquel animador. Si no era suyo, ya no lo quería cerca de ella.

Capítulo 4

Elena estaba muy nerviosa. Se encontraba sentada en uno de los sofás que el hotel tenía en el *hall* y no dejaba de mover las piernas, a pesar de los manotazos que Laila le daba en ellas para que parara quieta; le estaba poniendo nerviosa a ella también. En unos minutos, Alejandro y Pedro las harían llamar cada una a un despacho para realizarles la entrevista con la que se jugaban un puesto de trabajo.

Nerea y Ada les habían deseado suerte y les pidieron que las informaran cuando tuvieran una respuesta. Sabía que no les iban a contratar por ser amigas de la hija del director, sino solo si estaban cualificadas. Confiaban en que su experiencia en el mundo hostelero les bastara a Alejandro y a Pedro para conseguir el puesto. No solo porque ansiaban trabajar en aquel lugar con un personal que sabían que era increíble, sino porque no tendrían que volver a separarse de sus amigas. Además, en Oviedo nada les retenía.

Elena había estado media hora mirando en su maleta qué ponerse para la entrevista. Tampoco tenía mucho donde elegir. Se decantó por unos pitillos negros con una camiseta del mismo color brillante y una americana blanca. Remató el conjunto con unos zapatos de tacón negros con la suela roja. Quería dar una buena impresión. Se había maquillado lo justo y llevaba el pelo recogido en una coleta alta.

Alejandro y Pedro las hicieron llamar. Laila acompañó a Pedro a su despacho y Elena hizo lo mismo con Alejandro. El padre de su amiga la hizo sentarse en una silla de cuero que se encontraba frente a él. Se colocó lo más recta que pudo y cruzó las piernas para que no notara como le temblaban.

Alejandro le regaló una sonrisa tranquilizadora y se colocó frente a la joven. Apoyó los codos en la mesa de su despacho y comenzó a leer de nuevo el currículum que tenía en frente de él para proceder a las preguntas.

—Bueno, Elena. Estate tranquila, ¿vale? —Pasó de hoja para seguir

leyendo su currícul—. Procedo a presentarme, aunque ya me conozcas. — Le sonrió—. Soy Alejandro Delgado, el director de este hotel y voy a ser quien te realice la entrevista. ¿Preparada?

—Sí —respondió Elena.

No quería que notara como le temblaba la voz.

—¿Cómo te describirías?

Elena se sorprendió ante la pregunta y se quedó completamente en blanco. Debía medir muy bien sus palabras, no fuera a ser que dijera algo que estuviera fuera de lugar.

—Pues, soy una persona que le gusta aprender y trabajar en equipo. Si algún compañero de trabajo solicita mi ayuda, no dudo en ofrecérsela sin pedir nada a cambio. Soy trabajadora y en el mundo de la hostelería conozco la importancia del trato hacia el cliente.

Dejó de hablar satisfecha con la respuesta que le había dado, pero un sudor frío le recorría todo el cuerpo.

—Háblame de tu formación académica —le pidió Alejandro.

—Estudié un grado en Auxiliar de Enfermería y trabajé durante cinco años en el hospital de mi ciudad hasta que me despidieron debido a la crisis. Les sobraba personal. —respondió cada vez más nerviosa—. Tras esto, hice cursos sobre el mundo hostelero y abrí un negocio junto con una amiga que tuvo éxito hasta que tuvimos que cerrarlo por un problema que surgió.

No pensaba contarle a Alejandro que ese problema había sido uno higiénico. Si le decía lo de la plaga de cucarachas, lo más probable sería que no la contratara por ese incidente. Cada día limpiaban el local, pero la mala suerte hizo que esos bichos decidieran invadir su pequeño espacio.

Vio como Alejandro asentía una vez con la cabeza y se aclaró la garganta. Elena respiró profundamente. Sentía que iba a desmayarse de un momento a otro.

—¿Crees que tienes la suficiente formación para el puesto?

—He trabajado varios meses en el mundo de la hostelería. He ejercido de camarera y he ayudado en la cocina —explicó—. Pienso que la formación y la experiencia son importantes, pero siempre se aprende algo con un nuevo

trabajo. Aprendo rápido y siempre tengo buena motivación para ello.

Las preguntas se sucedieron una tras otra y Elena respondía lo más tranquila y clara que podía, pues siempre se ponía nerviosa al sentir esa presión que se instalaba en su cuerpo cuando se jugaba algo importante.

Alejandro no mostró ningún tipo de emoción durante la entrevista y Elena no sabía qué estaba pensando. Se mostraba completamente impasible. Era un hombre muy alegre y jamás le había visto así. Elena no pudo evitar pensar que la entrevista estaba siendo un auténtico desastre, pero ella seguía respondiendo a lo que le preguntaba.

—Una última pregunta y acabamos —dijo Alejandro—. ¿Por qué debería escogerte a ti para el puesto?

—La decisión es vuestra, yo solo os puedo decir que soy una persona trabajadora y que cuando algo me interesa, hago todo lo posible para no perder la oportunidad. Me gusta que la gente esté contenta con mi trabajo y me gusta el compañerismo.

«No sé si tiene sentido lo que he dicho, pero ya lo he soltado. Madre mía, a saber qué está saliendo por mi boquita», pensó Elena.

—Creo que vuestra oferta se adapta muy bien a mi perfil y estoy deseando empezar a trabajar de nuevo en algo en lo que sé que estaré muy a gusto.

—Muy bien, pues ya hemos terminado —dijo Alejandro levantándose de la silla para tenderle la mano a Elena, quien se la estrechó—. Ahora me reuniré con el señor Ortiz —se refirió a Pedro llamándole por su apellido—, y el señor Cantero, el jefe de recursos humanos, y en menos de veinticuatro horas tendrás una respuesta.

—Está bien. Muchas gracias.

Elena salió del despacho y fue al bar-salón donde pidió una tila. La necesitaba para calmar sus nervios, pero escupió el primer sorbo cuando oyó un grito y sintió un abrazo a su espalda.

—¡Qué nervios! —señaló Laila.

Elena tosió y se limpió con una servilleta los restos de la bebida que se había deslizado por su boca y su cuello.

—Joder, Laila, ¡qué susto me has dado! ¿Te han dicho algo?

—Pedro me ha comentado que tenía que reunirse con Alejandro y el jefe de recursos humanos y que en unas horas me llamarían para darme una respuesta. —Le explicó sentándose a su lado y pidiendo una Coca-Cola.

—Lo mismo que a mí.

—Pedro me ha preguntado por mi trabajo en el pub. Si sabía hacer cócteles y toda esa parafernalia. Le he dicho que sí. —Bebió un sorbo de su refresco—. Que aprendí cuando trabaja en el pub. Me ha explicado que cuando llegue el buen tiempo, por mayo más o menos, abrirán un chiringuito en la playa llamado Magic Beach donde servirán para los clientes del hotel bebidas refrescantes. Mojitos, granizados, vamos, lo que pidan. Que en caso de que me contraten, en verano trabajaría ahí y hasta que se abriera, estaría aquí, en el bar-salón realizando bebidas exóticas.

—Eso suena muy bien. —Sonrió Elena.

Tras acabar sus bebidas, subieron a sus habitaciones. Llamaron a Nerea y Ada y le contaron cómo les había ido la entrevista. Sus amigas se mostraron positivas, pero ni Elena ni Laila querían hacerse ilusiones.

Cuando colgaron, poco después, el móvil de Laila comenzó a sonar. Se trataba de Pedro. Le pedía que esa noche, durante el espectáculo de los animadores, hiciera una prueba. Estaría detrás de la barra preparando lo que los huéspedes le fueran pidiendo. Le solicitó que bajara una hora antes de empezar la prueba, para que su compañero, quien la supervisaría, le explicara las cosas más básicas, como la distribución de las bebidas y donde se encontraban los diferentes utensilios para prepararlas.

Una opresión se instaló en el pecho de Elena. A ella no la habían llamado. Definitivamente, su entrevista había sido un auténtico desastre. Suspiró y se dejó caer en la cama. Puede que no se hubiera hecho ilusiones, pero tenía una mínima esperanza. Sin embargo, no había pensado en una cosa: si contrataban a Laila y a ella no, se quedaría sola en Oviedo.

—Voy a darme una ducha —dijo con voz rota y no tardó en encerrarse en el baño.

Se desnudó y cuando abrió el grifo para que Laila no la oyera, comenzó a llorar por toda la presión acumulada. En su día ya le resultó duro despedirse

de Nerea y Ada, y lo más probable era que ahora lo hiciera también de Laila. No dejó de llorar en lo que duró la corta ducha y se secó las lágrimas antes de salir. No quería que su amiga notara su estado, pero fue imposible engañarla.

Cuando Elena salió del baño con una toalla anudada a su pecho, Laila se fijó en sus ojos rojos e hinchados, y aquello solo podía significar una cosa.

—¿Por qué has llorado? —se preocupó.

—¿Qué? No, no he llorado —mintió Elena—. Se me ha metido champú en los ojos.

Laila alzó las cejas y se fijó en el pelo castaño de su amiga. Lo tenía recogido en lo alto de la cabeza y, lo que era más importante, estaba completamente seco.

—Tú quieres ganarte una colleja, ¿verdad? —Se cruzó de brazos—. ¡Desembucha!

—Es que... Si te contratan, aparte de que me alegraré por ti, claro está, me pondré tristona porque me despediré de ti también y regresaré a Oviedo sola. —Sollozó.

El corazón de Laila se encogió y se acercó a su amiga para abrazarla. No le gustaba que ninguna de sus tres locas lo pasaran mal.

—Si sucede eso, no aceptaré el trabajo —se sinceró—. Puede que lo necesite, pero no pienso dejarte sola. Volveremos las dos a Oviedo y empapelaremos con nuestras caras toda la ciudad hasta que nos contraten en algún sitio solo por pesadas. —Sonrió.

—¡No puedes hacer eso! —la regañó Elena levantándose de la cama—. Es una gran oportunidad, Laila. En un lugar que te gusta y cerca de Nerea y Ada.

—No pienso ser una egoísta y dejarte sola. Para mí, tú eres más importante que cualquier trabajo.

Elena sonrió emocionada al escucharla, pero no permitiría que Laila rechazara aquella oportunidad. La distancia entre ellas podía ser infinita, pero seguirían siendo las mejores amigas del mundo.

—No hagas eso por mí. Yo estaré bien.

—¡Ya me puedes decir misa, guapa! Voy a hacer lo que me salga del bolo. Además, no sé por qué piensas que me van a contratar a mí y a ti no. Puede ser al revés, puede que no nos contraten a ninguna o puede que nos contraten a las dos.

—Pero a ti ya te han llamado para hacer una prueba.

—Porque mi puesto sería más específico. Quieren ver si de verdad sé hacer cócteles.

Elena asintió y de espaldas a Laila comenzó a vestirse. Esa noche bajarían las dos al bar-salón y, mientras una demostraba sus dotes tras la barra, la otra disfrutaría de las bebidas de su amiga y del espectáculo que realizarían los animadores. No sabía a quién se iba a encontrar. Sabían que la plantilla de animación había aumentado: dos animadores tenían turno de mañana y otro dos de tarde-noche. Ella deseaba con todas sus fuerzas que fuera Samuel quien estuviera esa noche.

«¿Ya estamos otra vez, Elena? Desde que has llegado y le has visto de nuevo no te lo has quitado de la cabeza. ¡Y debes hacerlo!», se regañó. «Recuerda que la Barbie Víbora es su novia», se dijo al recordar el mote cariñoso con el que esa tía había llamado a Samuel.

Pero desde que lo conoció, ese hombre le atraía como ningún otro. Además de ser guapísimo con un cuerpo escultural, era atento, cariñoso y siempre tenía una sonrisa en la boca. Sabía que su cuerpo atraía a las féminas, pero no era como Hugo antes de conocer a Nerea. No se aprovechaba de ello. Lo sabía porque en los tres meses que estuvo allí de vacaciones, siempre le veía rechazando las propuestas que las huéspedes le hacían para llevárselo a la cama. Además, le encantaban los niños. A Elena solo le faltaba babear cuando le veía jugando con ellos. Era una debilidad que tenía. Le encantaba ver a hombres atractivos disfrutar de los más pequeños. Con todos esos puntos a favor, ¿cómo no se iba a fijar en un hombre como él?

A las nueve de la noche, tras cenar en la habitación un par de sándwiches, Elena y Laila bajaron al bar-salón para que esta última realizara la prueba que le habían impuesto Alejandro y Pedro.

Se presentó al camarero que la ayudaría y supervisaría, y pasó tras la barra. Poco a poco, aquella estancia se fue llenando con los diferentes huéspedes que iban ahí para pasar unos días. Daba igual la época del año. El

hotel Villa Magic siempre tenía clientes.

Al ver a Laila tan nerviosa, Elena decidió pedir algo para que se relajara. Se decantó por un valenciano. Un cubata que llevaba zumo de mandarina, Cointreau y una bola de helado de vainilla.

El camarero, que respondía al nombre de Jaime y que ya llevaba varios años en ese mundo, comenzó a señalarle dónde se encontraban las diferentes bebidas que necesitaba para preparar aquella bebida. Manejó las botellas como una experta y tras finalizar la copa, adornó el vaso con una rodaja de naranja en el borde de esta, una pequeña sombrilla y una pajita de color verde.

Elena le dio las gracias y se llevó la pajita a la boca para saborearlo. ¡Estaba buenísimo! Además, en aquel cubata, el alcohol apenas se notaba y podía degustar mejor el zumo de mandarina y el helado de vainilla.

Estaba a punto de terminar su bebida, cuando vio como en la parte del salón, aparecían Hugo y Samuel con varios materiales. Elena se mordió el labio inferior al fijarse en Samuel. Era demasiado guapo para ser real. Pero con rapidez apartó la mirada cuando apareció a su lado Barbie Víbora. No quería ver lo que hacían esos tortolitos.

Lo que Elena no sabía, era que Samuel quería a esa mujer lo más lejos posible de su ser. Esther no había desistido en su intento por volver a acostarse con él, pero Samuel no volvería a tocarla. La despreciaba. Vio la oportunidad de echarla de su zona cuando una niña se acercó a él para preguntarle qué iban a hacer esa noche y comentarle lo mucho que le gustaban los juegos que realizaban.

Al ver Esther que Samuel la ignoraba para ofrecer el cien por cien de su atención a aquella mocosa, levantó la barbilla y salió del bar-salón. También había intentado acostarse con Hugo, pero, desde el primer día, el hijo del dueño le demostró su increíble odio hacia ella; además de recalcar que tenía pareja y que no la engañaría ni por todas las mujeres del mundo.

A pesar de todo, estaba decidida: iba a conseguir más poder en el hotel y todo el mundo besaría el suelo por donde pisara.

Elena, desde su posición, observó cómo aquella mujer, mientras se marchaba de allí, empujaba a un niño de no más de siete años que se encontraba en medio de la puerta que conectaba al restaurante.

—Es una auténtica bruja —espetó Elena viendo al niño llorar y como sus padres se acercaban a él para consolarle—. No me quiero imaginar las quejas que tendrán Alejandro y Pedro de esa mujer. No sé qué le ha visto Samuel para que sea su novia.

Laila abrió la boca al escuchar a Elena quien seguía sentada en la barra.

—¿Esa mujer es la novia de Samuel? —preguntó incrédula. Elena solo asintió—. Qué colleja le voy a dar. Es demasiado bueno para una víbora como esa.

—Supongo que algo bueno le habrá visto. —Se terminó el valenciano que le había preparado Laila.

Al ver el gesto de su amiga, Laila frunció el ceño. ¿Acaso le gustaba Samuel?

—¿Estás celosa? —indagó.

—¿Qué? ¡Claro que no!

Al ver como Elena apartaba la mirada y carraspeaba, algo que siempre hacía cuando mentía, quería ocultar algo o cambiar de tema. Laila lo tuvo claro.

—No me lo puedo creer. ¡Samuel te gusta!

—Mira que eres pesada. Es muy majo, pero no me gusta.

—Ya claro. ¿Te crees que nací ayer?

Elena no pensaba admitir a su amiga que ese hombre le atraía. ¿Para qué afirmarlo? Tenía novia y ella no pensaba meterse en una relación por más que pensara que esa víbora no se lo merecía. Además, estaba convencida de que él no se había fijado en ella. No de la forma en la que le gustaría. La Barbie Víbora era una mujer deslumbrante con curvas donde había que tenerlas. Alta y con más tetas que Laila, que ya era decir. Ella era muy menudita. Medía poco más de metro sesenta, era delgada y sus pechos eran normalitos. No tenía un cabello rubio brillante y unos ojos azules que llamaban la atención de cualquiera. No podía llamar la atención de los hombres como lo podía hacer la novia de Samuel.

Agitó la cabeza para retirar esos pensamientos y se concentró en el espectáculo que estaban realizando. Sonrió al ver como varios participantes,

pequeños y mayores, debían coger de un cubo lleno de agua una manzana. No pudo evitar soltar una carcajada cuando le tocó el turno a Samuel y Hugo, a modo broma, le hundió la cabeza entera. Todos los espectadores prorrumpieron en carcajadas y Samuel, cogió uno de los cubos para echárselo a Hugo por encima. La gente aplaudió y los animadores corrieron detrás de los niños para darles un abrazo. Al estar calados, los pequeños comenzaron a correr y a gritar.

Elena sonrió con ternura al ver como una niña reía en los brazos de Samuel. Le gustaba verle disfrutar con los más pequeños.

—¿Necesitas un babero? —preguntó Laila divertida al ver cómo miraba al animador.

—¿Qué? ¡No!

Laila sonrió y continuó preparando las diferentes bebidas que le pedían y que servía a los clientes con una sonrisa.

Los animadores dieron por finalizado la función de aquel día y los huéspedes fueron abandonando el bar-salón. Laila ayudó a Jaime a recoger los restos de las consumiciones de los clientes.

—Perdona, esto, no sé cómo te llamas. —Sonrió con ojos de disculpa Jaime.

—Elena —respondió.

—Bien, Elena, ¿podrías llevarles estas toallas a los animadores? —Le tendió dos—. Creo que las necesitan tras el baño de agua que se han dado.

Elena solo pudo asentir y se acercó a ellos que en esos momentos retiraban la lona que habían puesto para que el suelo no se mojara.

—Hola —saludó—. Vuestro compañero me ha pedido que os las dé. —Les tendió las toallas.

Samuel sonrió al escucharla y aceptó la toalla que le ofrecía esa mujer que tanto le intrigaba.

—Gracias, preciosa. ¿Qué tal la entrevista?

—Bien, supongo. —Apartó la mirada y se mordió el labio inferior—. En realidad, creo que mal. Estaba tan nerviosa que ni sé si lo que le respondía a

Alejandro tenía sentido.

El animador soltó una leve carcajada y comenzó a secarse la humedad del pelo con la toalla que le había llevado. Elena aprovechó ese momento en el que la tela le tapaba los ojos para clavar su mirada en su perfecta tabletita de chocolate que se mostraba expuesta debajo de la camiseta blanca del uniforme que llevaba. Lo que daría por acariciarla.

—He visto que Laila ha estado trabajando esta noche.

—Sí, estaba de prueba. Si la contratan, deberá preparar los cócteles, mojitos y todo tipo de bebidas exóticas.

—¿Y a ti no te han dicho nada? —preguntó un tanto preocupado.

A Hugo no le pasó desapercibida la actitud que tenía su colega con una de las amigas de su novia. Sonrió de lado mientras seguía recogiendo y siendo testigo de la mirada de bobo que tenía Samuel mientras hablaba con Elena.

—De momento, no. —Se encogió de hombros.

—Bueno, no pierdas la esperanza. Creo que Alejandro y Pedro estarían ciegos si te dejaran escapar. —Le guiñó un ojo—. Además, si Esther siendo como es, consiguió el puesto de *maitre*, cualquiera puede trabajar aquí.

Elena frunció el ceño al escucharle. ¿Cómo podía Samuel hablar así de su novia? Supuestamente, él tendría que ser una de las personas que más la defendieran. Pero decidió callar. Ella no era nadie en su vida para indagar donde no la llamaban.

—Mañana tendremos una respuesta, supongo. Ahora será mejor que me vaya a descansar. Solo venía a traeros las toallas. Buenas noches.

—Buenas noches, Elena —se despidió Samuel.

—Hasta mañana, Hugo.

—Hasta mañana, Elena —respondió este. Se quedó mirándola hasta que desapareció por la puerta, momento que aprovechó para darle una palmada en la espalda a su amigo—. Vaya, vaya, nunca te había visto con esa cara de cordero degollado al hablar con una mujer.

—¿Qué dices, capullo? Imaginas cosas —le acusó—. Creo que las pocas horas que duermes por la niña te hace tener alucinaciones.

Hugo soltó una carcajada y continuó recogiendo, pero no iba a desistir en su intento de saber qué le pasaba a Samuel con Elena. No estaba ciego, y en el último mes que pasaron de vacaciones las cuatro amigas, cuando él estaba destrozado por la ruptura con Nerea, pudo ver como su amigo se quedaba embobado mirando a aquella mujer castaña y el gran interés que tenía por sacarla en los espectáculos. Siempre iba a por ella.

—En eso te doy la razón. Mi princesa no me deja dormir mucho, pero no tengo alucinaciones. Sé que te atrae Elena desde que vinieron al hotel la primera vez.

Samuel se rindió y decidió sincerarse con su amigo.

—Me intriga. ¿Contento?

—¿Cómo que te intriga?

—Tengo la teoría de que le da miedo disfrutar. Como si se sintiera culpable. Por eso la sacaba en los espectáculos cuando se hospedaban aquí —explicó poniendo un cubo dentro de otro—. Porque quería que viera que no pasaba nada porque se soltara el pelo. No la conozco mucho, pero sé que no es tímida y se comporta así cuando es el momento de pasarlo bien. Me gustaría saber qué esconde detrás de esa sonrisa que siempre muestra.

—Sé por Nerea que Elena no es una persona que muestre cómo se siente. Sabe ocultar sus sentimientos muy bien —dijo Hugo—. Muchas veces se enteran de que ha estado mal días después y porque ella lo cuenta. Nunca lo sospechan.

Samuel asintió y cerró el pequeño trastero que había detrás del escenario del bar—salón antes de ir a unos vestuarios que tenían para cambiarse de ropa y regresar cada uno a su casa.

Durante el corto trayecto que había hasta su hogar, Samuel no pudo quitarse a Elena de la cabeza. ¿Qué ocultaba? Le gustaría averiguarlo, pero no haría nada. Puede que al día siguiente se marchara a Oviedo y no sabía cuándo la volvería a ver. Lo mejor que podía hacer era quitársela de la cabeza, aunque era difícil si llevaba en ella desde que la conoció. Era cierto que le gustaba. Le atraía como mujer, pero lo que más le interesaba en ese momento, era conocer lo que albergaba en su interior.

Capítulo 5

—¡Ole, ole y ole! ¡Sabía que lo conseguiríais! —gritó Ada emocionada—. Ronda de chupitos para celebrarlo.

Era domingo y todas las amigas se habían reunido en casa de Nerea. No solo para que Laila y Elena vieran la casa, pues todavía no la habían visitado, sino también para comentarles a sus amigas que habían conseguido el trabajo.

La primera en enterarse fue Laila. Pedro la llamó a primera hora de la mañana y le comentó que las bebidas que preparó la noche anterior habían sido un éxito. Elena se alegró mucho por ella, pero una angustia invadió su cuerpo al ver que las horas pasaban y no recibía ninguna respuesta. Alejandro le comentó que tanto si la respuesta era positiva como negativa, se pondría en contacto con ella. No quería perder su pequeña esperanza, pero no pudo evitar pensar que, si no la habían llamado aún, era porque no sabían cómo decirle que no daba el perfil que buscaban.

Dos horas después de la llamada de Laila, ella recibió la suya. Alejandro se disculpó por la tardanza, pues había tenido una mañana muy ajetreada. A Elena le temblaba todo el cuerpo y notaba que se iba a desmayar de un momento a otro como no le dijera algo enseguida. Era como cuando tenía veinte años y estaba a la espera de la nota de sus exámenes. Quería saberla y a la vez no, pero muy en el fondo necesitaba ver si había tenido suerte. Pues lo mismo con aquel trabajo. Quería saber una respuesta y a la vez no, pero el sí ganaba por goleada. La incertidumbre podía con ella.

Cuando oyó de la boca de Alejandro que le daba la enhorabuena, se tapó la boca para que no la oyera sollozar. Su futuro jefe le dijo que, en cuanto realizaran la mudanza desde Oviedo y se instalaran, empezarían con los diez días de prueba, pero que debían estar listas antes del uno de enero. Haciendo cálculos, Elena le dijo que lo más probable era que ella para Navidad, ya estuviera instalada. En Oviedo solo tenía que recoger su ropa, libros, fotos y

pocas cosas más. No tenía muchas pertenencias y los muebles de su piso eran de la casera. Además, Laila y ella tendrían que poner a la venta el local.

Laila ya le explicó a Pedro que para el día 26 de diciembre podría estar en Gandía. Quería pasar las Navidades con su familia que vivía en un pueblo de Ourense llamado Ribadavia. No les veía muy a menudo, aunque siempre había sido muy independiente de ellos. A ella le bastaba con que estuvieran ahí cuando más falta le hacían, al igual que ella hacía con ellos.

Pero Elena estaba sola. Solo tenía a sus amigas y a un hermano que veía cuando necesitaba que le prestara dinero. Solía presentarse en su casa en un período de tiempo de tres meses. Solo se veían unos minutos, lo que tardaba Elena en ir al cajero para darle lo que su hermano quería. Tras esto, se iba y no lo volvía a ver hasta que necesitaba de nuevo dinero.

Siempre le veía con una pinta espantosa. Parecía que no se había duchado en meses, tenía el pelo largo hasta los hombros y grasiento, y el aliento le apestaba. Además, siempre llevaba la misma ropa que cada vez estaba más destrozada. No sabía dónde dormía ni la clase de gente con la que se juntaba. Le preocupaba. Cuando la señora González le rescató de esa nefasta vida, perdieron completamente su relación de hermanos, a pesar de que intentó que se fuera con ella.

Mudarse a Gandía para Elena significaba comenzar a vivir una nueva etapa que estaba segura que iba a disfrutar.

—Joder, Nerea —se quejó Ada abriendo varios armarios de la cocina—. Aquí solo tienes biberones, potitos y leche en polvo... ¿Dónde guardas el alcohol?

—Lo siento, Adita. —Sonrió Nerea—. No tengo alcohol aquí. Si quieres haz unos chupitos con el jarabe para los cólicos de la niña —se mofó.

Ada puso cara de desagrado y sacó la lengua asqueada antes de volver a sentarse en el sofá con el resto de sus amigas.

—¡Pues esta noche salimos! Además, seguro que Sergio nos invita —propuso Ada.

—Punto uno: no grites que me ha costado mucho que Alba se durmiera —pidió Nerea susurrando—. Y punto dos: sigo con la lactancia. Menos que antes, pero sigo. No pienso beber alcohol.

—Uis, ya verás cuando nuestra sobrinita crezca. ¡Nos la vamos a llevar a encontrar un buen partido! Buenorro y con pasta —bromeó Laila.

—¿Y vosotras qué? —preguntó Nerea—. ¡Sois las únicas solteras y se os pasa el arroz! —Rio bromeando.

Todas rieron, pero enseguida callaron al ser conscientes de que la pequeña Alba dormía en el piso de arriba. Se fijaron en el escucha bebés que había encima de la mesa y al ver que de él no salía ningún sonido, continuaron hablando.

—Tengo una teoría en cuanto a los hombres —dijo Laila metiéndose en la boca un puñado de patatas de bolsa que Nerea había sacado—. Del 100% de los hombres, la mitad están casados. El 25% son gais, un 10% chulos playas, el 9% con novia y del 6% restante, que sean perfectos para nosotras, es decir, atentos, cariñosos, atractivos, románticos y que encima sean una fiera en la cama, dos de ellos serán gais y no lo saben.

Las carcajadas sonaron en toda la estancia y, esa vez sí, Alba se despertó con el alboroto. Nerea se levantó del sofá y corrió escaleras arriba para aliviar el llanto de su hija. Poco después bajaba con ella en brazos. Llevaba puesto el chupete y aún tenía restos de las lágrimas en su carita redonda de bebé. Se la tendió a Elena para que la cogiera y la pequeña sollozó al ver cómo su madre se iba, pero enseguida volvió a reír cuando Ada comenzó a hacerle carantoñas.

Nerea regresó con un potito de frutas y tras abrirlo, le puso el babero a Alba con el dibujo de una princesa y la sentó en su regazo para comenzar a darle la merienda.

—¿Cuándo empezáis? —se interesó Nerea.

—Pues yo quiero empezar la semana del diecinueve para hacer la prueba de diez días. Además, así trabajo en Navidades. Sabes que no me gustan esas fechas —explicó Elena.

Nerea asintió. Sus amigas sabían que Elena no tenía a nadie, salvo a ellas y un hermano del que no sabían absolutamente nada. Elena siempre se negaba a hablar de él. Sabían por Laila que tuvo una adolescencia muy complicada por lo que le dijo el día que se conocieron en el pub, pero nada más. Tampoco la presionaban. Si algún día quería hablar de aquello, ellas estarían a su lado. Estaban orgullosas de la mujer trabajadora, inteligente y

amable en la que se había convertido.

—Yo estaré aquí el veintiséis y me incorporaré al día siguiente —dijo Laila sin dejar de mirar como Alba comía mientras paseaba su azulada mirada tan parecida a la de su padre por todas ellas—. Pedro me ha explicado que mi puesto corresponderá al de camarera en el bar-salón junto con Jaime... Por cierto, ¡es guapísimo!

—Es gay —le aclaró Nerea riendo.

Laila bufó.

—¿Veis cómo mi teoría se cumple? ¡Ya me veo rodeada de gatos! —Se cruzó de brazos—. Bueno, pues eso. Seré su compañera y si les gusta mi trabajo, en mayo me trasladarán al chiringuito que montarán en la playa donde estaré sola sirviendo a los clientes del hotel.

—Yo estaré en el restaurante —comentó Elena—. De ocho a tres con un descanso de una hora y media, de once a doce y media y después, a la noche, estaré de ocho y media a once.

—Te deseo suerte —dijo Nerea—. No me quiero imaginar lo que será soportar a la nueva *maître*. ¡Yo le habría arrancado ya esas extensiones que lleva!

No soportaba a aquella mujer.

—Espero saber manejar a Barbie Víbora.

—¿Barbie Víbora? —Rio Ada—. Hombre, por lo poco que he oído de ella, el nombre le viene que ni pintado.

Todas rieron ante el mote que le había puesto Elena a su superiora, que esperaba que no le diera demasiados quebraderos de cabeza.

Siguieron riendo hasta que un estornudo y un grito les hicieron callar y mirar a la pelirroja que en ese momento tenía la cara con restos del potito que Alba se estaba merendando. La niña no aguantó el estornudo y lo soltó con la boca llena, con la mala suerte de que fuera Ada quien estuviera frente a ella.

Elena, Laila y Nerea al verla, apretaron los labios para aguantar la risa mientras esta última limpiaba con el babero los morros de su hija.

—¡La madre que te pario! —espetó—. Te acabas de quedar sin salir de

fiesta con la tita Ada, pequeñaja —bramó mientras se limpiaba la cara y el pelo con la servilleta que le había entregado Nerea.

La niña, lejos de asustarse por los gritos de Ada, comenzó a reír y a mover animada las piernas y los brazos. Si no fuera un bebé, todas pensarían que lo había hecho adrede. Como hacía muy a menudo últimamente, Alba se llevó el puño a la boca y comenzó a mordérselo. Nerea se lo apartó e intentó seguir dándole la merienda, pero la niña no quería más y para mostrar rechazo, giró la cabeza.

Al ver que se lo había comido casi todo, Nerea puso de nuevo la tapa y dejó el potito encima de la mesa antes de levantarse para cambiarle el pañal.

—¿Y qué vais a hacer con el local? —preguntó Ada mientras se miraba en un pequeño espejo que había sacado del bolso que no tuviera más restos de la merienda de su sobrina.

—Lo venderemos —contestó Elena—. Ingresé el otro día el dinero que costará la exterminación y una vez listo, pues lo pondremos a la venta.

—Hacéis bien en esperar a que esté de nuevo limpio. Si lo vendéis ahora y los posibles compradores ven lo que está ocurriendo en el local, se llevarán una mala imagen y lo dejarán pasar. Lo mejor es que lo vendáis a través de inmobiliaria.

—Mírala —señaló Laila—. Ya se quiere llevar comisión.

Ada le dio un suave golpe en el brazo y soltó una leve carcajada.

—Mientras que no contratéis los servicios de la inmobiliaria donde me echaron para enchufar a la hija del jefe, me da igual cual cojáis.

—Lo malo de hacerlo por inmobiliaria es que se llevan una comisión. —Suspiró Elena mordisqueando una patata—. Pero nosotras no podemos ir a Oviedo y regresar a Gandía para enseñar el local.

—Pero deberéis ir a la firma de escrituras ante notario para el cambio de propietario.

—Sí —confirmó Elena levantándose del sofá—. Pero para eso aún quedan mínimo seis meses. Bueno, chicas yo me voy que mañana salimos pronto a Oviedo.

—Sí, yo también me voy. —Se levantó Laila de un salto—. Además, que

yo necesito mis horas de sueño que no soy como la loca esta. —Señaló a Elena—. Casi siempre se levanta antes del amanecer

Se despidieron de Nerea, Ada y Alba, y regresaron al hotel. Tuvieron que recurrir a toda su fuerza de voluntad para que, después de cenar en el restaurante, no fueran al bar-salón a ver el espectáculo con una copa en la mano como hicieron aquellos tres meses de verano.

Mientras cenaban, Elena no pudo evitar fijarse en Esther, alias Barbie Víbora. No sabía si iba a superar esos diez días de prueba, pues antes de hacerlo se veía cogiéndola de los pelos y barriendo con ella todo el hotel hasta meter su cabeza rubia en el agua sucia del cubo de la fregona. ¿Cómo podía tratar así a la gente y Alejandro o Pedro no hacer nada?

Apartó la mirada cuando vio cómo Samuel se acercaba a aquella mujer, sin saber la razón por la que le molestaba ver al animador cerca de Barbie Víbora. Aunque lo que Elena aún desconocía, era que el hombre pensaba lo mismo que ella con respecto a Esther. Si se había acercado a esa mujer en ese momento, había sido para echarle en cara lo que pensaba de ella y decirle que no podía tratar así al resto de los camareros. Si Alejandro o Pedro no hacían nada, al menos él intentaría que esa víbora moderara su comportamiento.

Había hablado con Hugo, pues necesitaba desahogarse con su amigo, pero con ello solo conseguía que su compañero estuviera cabreado durante las ocho horas que duraba su turno. Hugo había tenido varias conversaciones con su padre y su suegro sobre Esther, pero ellos siempre contestaban lo mismo: que era una pobre chica que llevaba tiempo sin trabajar y el querer hacerlo tan bien, provocaba que tuviera fallos. Samuel no se explicaba cómo podían estar tan ciegos. Esa chica solo llevaba dos semanas y él ya predecía que, si se quedaba los tres meses que le correspondía por la baja de Sara, el hotel perdería parte de la buena imagen que tenía. Cruzaba los dedos para que Alejandro y Pedro se dieran cuenta del verdadero carácter de su nueva *maître*.

Cuando Esther no quiso saber más de la reprimenda que estaba recibiendo por su parte, alzó la barbilla y le dio la espalda para empezar a recorrer todo el restaurante en busca de más víctimas a las que someter. Samuel no la perdió de vista, completamente furioso, pero el gesto se le suavizó al ver sentada en una de las mesas a Elena. Estaba junto a Laila y reía por algo que suponía que la mujer bajita le había contado.

A primera hora de la tarde le había mandado un WhatsApp para ver si había conseguido el trabajo. Tenía su número guardado desde aquel verano, pero nunca se había atrevido a mandarle un mensaje. ¿Qué le iba a decir? Le podía haber preguntado que qué tal estaba, que cómo les iba, pero eso le haría parecer un adolescente que no sabía qué decirle a la chica que le gustaba. Además, cabía la posibilidad de no volver a verla. Ni siquiera se esperaba esa visita al hotel de ese fin de semana. Se quedó completamente sorprendido al ver a las cuatro locas de nuevo juntas y se alegró profundamente al enterarse de que iba a convertirse en su compañera de trabajo. Ahora ya no tenía excusa para saber más de ella.

Elena se quedó asombrada cuando vio un mensaje de Samuel esa tarde. Menos mal que estaba sola en su habitación cuando lo recibió, porque se había puesto roja como un tomate y una sonrisa de idiota había aparecido en su rostro. Le gustaba la sensación de que aquel hombre se hubiera acordado de ella, aunque la conversación no duró ni dos minutos. Tras contestarle que le habían dado el trabajo, él le dio la enhorabuena y ella le respondió con un «gracias» y una carita sonriente.

«¡Patético!», pensó Elena recordando esos cuatro mensajes. Esperó con el móvil en la mano a ver si él continuaba hablando, pero nada.

Como era habitual en ella, al día siguiente se levantó media hora antes de que el despertador sonara. Corrió las cortinas de su cuarto y tras ponerse una chaquetita, salió a la terraza y se sentó en una silla para contemplar el amanecer. Los colores tan intensos que el sol proporcionaba y el brillo del mar le pareció lo más mágico que había visto en su vida.

Más tarde, llamó a la habitación de Laila con los nudillos, pero no contestó. Apoyó el oído en la puerta y puso los ojos en blanco al oír los ronquidos que emitía. Recordó que ella también lo hacía, aunque siempre lo negaba. Que ella supiera, desde que dejó de fumar hace un año, había dejado de emitir esos desagradables sonidos.

Al suponer que, tras sonarle la alarma, se había quedado de nuevo dormida, bajó a recepción y pidió que llamaran a la habitación para despertarla. Elena no necesitó que la recepcionista le confirmara que Laila ya se había despertado. Lo hicieron los gritos que escuchó a través del teléfono.

Laila se reunió con Elena en el *hall* media hora después y ambas fueron a

una cafetería cercana para desayunar. Era demasiado temprano y el restaurante no estaba abierto. La camarera les sirvió dos cafés, dos zumos y un par de cruasanes rellenos de chocolate que ambas devoraron en cuestión de segundos. Pidieron un par de ellos más a la camarera para llevarlos durante el largo viaje y, tras pagar, regresaron a las habitaciones para recoger sus maletas

De nuevo en el *hall*, el aparcacoches les dijo que esperaran hasta que él mismo les llevara el vehículo a la entrada. Eran las ocho y media de la mañana y Laila se moría de sueño, a diferencia de Elena que parecía que había dormido doce horas seguidas, pero en realidad no habían sido más de cinco.

—¡Chicas! —Oyeron a su espalda—. ¿Ya os vais?

—Sí. —Contestó Laila a Samuel—. Pero solo por unos días, la semana que viene tienes a esta dándote guerra. —Señaló a Elena—. A mí una semana más tarde.

—¡Me alegro mucho por las dos! —Se acercó para abrazarlas.

—¡Muchas gracias! —Le sonrió Laila—. Guardadme un momento la maleta, que voy al baño antes de salir. Soy como las abuelas. Mejor echar el chorrillo antes de un viaje.

Elena puso los ojos en blanco y vio cómo su amiga se iba dejándola a solas con el hombre que no conseguía quitarse de la cabeza.

—Si durante tus primeros días aquí necesitas cualquier cosa, no dudes en pedírmelo, ¿de acuerdo? —Ella solo pudo asentir—. Y si tienes algún que otro problema con Esther, ven a mí y ya me encargo yo de hablar con ella.

«De hablar o de que consigas que cumpla lo que le pidas a base de polvos», pensó, pero enseguida se arrepintió pues, al imaginarse a Samuel en la misma cama que esa mujer, notó como unas fuertes nauseas se instalaban en su cuerpo.

—Claro. Gracias —respondió con una sonrisa forzada.

—Tened buen viaje y mándame un mensaje cuando lleguéis para quedarme tranquilo.

—No te preocupes, en cuanto pise Oviedo, será lo primero que haga.

—Bueno, pues, hasta la semana que viene, ¿no?

—Sí. En siete días me tienes aquí de nuevo. Te vas a cansar de verme — bromeó.

—Eso no lo creo. —Sonrió y se inclinó hacia ella para darle un beso en la mejilla—. Hasta pronto.

—Hasta pronto, Samuel.

Elena se quedó embobada mirándole desaparecer por el bar-salón y se llevó una mano a la mejilla donde le había besado. No tenía ni idea de lo que le pasaba con ese hombre y tampoco sabía si estaba preparada para descubrirlo.

Capítulo 6

—¡No, no, no! Venga, pequeño. No me hagas esto —suplicó Elena.

Había pasado una semana desde que Alejandro le había dado el puesto de trabajo de camarera en el hotel Villa Magic.

Tras recoger sus pertenencias, dejar todo listo e informar a la casera de que dejaba el piso, cogió su coche y, tras cargarlo hasta los topes, arrancó para comenzar una nueva vida en la ciudad de Gandía. Esa vez, el viaje se le hizo terriblemente aburrido y largo. Echaba de menos a su compañera de viaje, pero no quería ponerse triste. En una semana estarían todas juntas de nuevo.

Condujo con la radio puesta y maldijo cuando se saltó una salida. Siempre le pasaba lo mismo, por lo que tuvo que conducir durante media hora más hasta que por fin llegó a la ciudad. Pero no le gustó nada los sonidos que hizo su coche y rezó para que al menos aguantara hasta llegar al hotel. Llevaba en el maletero la maleta de la semana anterior y dos más donde pudo meter toda su ropa. Además, en los asientos de atrás, había un par de cajas de cartón con sus pocas pertenencias.

Pero sus suplicas no le sirvieron de nada. A dos calles de llegar al hotel, un extraño humo comenzó a salir del capó y finalmente, el coche se paró. Elena suspiró y apoyó la frente en el volante antes de poner las luces de emergencia. Al menos el coche había aguantado hasta llegar a Gandía. Estaba ya demasiado desgastado.

Se bajó del vehículo y tras colocar los triángulos, hizo varias llamadas. Necesitaba que alguien fuera a buscarla y esperar con ella hasta que llegara la grúa. Tenía que llevar sus maletas al hotel. Eran las doce del mediodía y no sabía si iba a tener suerte. No conocía a muchas personas allí. Llamó primero a Nerea, pero esta estaba en el colegio trabajando y le contó que, esa semana, Hugo tenía turno de mañana en el hotel, por lo que también estaba ocupado.

Al igual que Ada, que estaba encerrada en su oficina de la inmobiliaria.

Desesperada, siguió mirando en su agenda para ver si podía llamar a alguien, pero no encontraba ningún número que le sirviera. Pensó en llamar a un taxi, a pesar de la poca gracia que le hacían, pues seguro que, al verla con tanta maleta, se la clavarían. Siguió buscando en su agenda, hasta que apareció el nombre de Samuel. Se mordió el labio inferior pensando qué hacer. Probablemente también tuviera turno de mañana junto a Hugo, pero decidió probar y pulsó el botón del icono verde.

Movió la pierna nerviosa y se mordió el labio inferior mientras escuchaba los tonos. No le cogía. Iba a colgar y apartó el móvil de la oreja para hacerlo, cuando vio que Samuel había respondido.

—Hola, preciosa —la saludó.

—Hola, esto... ¿Estás trabajando?

—Sí, acabo a las tres. ¿Necesitas algo?

—No, no, no te preocupes. Perdona. —Se masajeó la nuca.

—Elena, somos amigos, ¿no? Para algo habrás llamado.

Elena miró su coche y se quedó callada. ¿Qué hacer? Tampoco tenía la suficiente confianza con él para pedirle un favor tan grande y puede que él haya dicho que eran amigos pero, en realidad, apenas sabían algo el uno del otro.

—Verás —continuó ella—. Acabo de llegar a Gandía y el coche me ha dejado tirada a dos calles del hotel. He llamado a la grúa —soltó una risita nerviosa—, pero necesito que alguien se lleve mis cosas para dejarlas en el hotel, en una de las habitaciones de los empleados que Alejandro me ha ofrecido hasta que encuentre algo y...

—¿Dónde estás? —preguntó Samuel interrumpiéndola.

—Estoy en el cruce de la calle de Formentera con la calle Vicente Calderón.

—Estás a diez minutos del hotel —confirmó—. No te muevas, enseguida voy.

—No, Samuel tú estás... —oyó el pitido constante del teléfono que

indicaba que la había colgado— trabajando.

Samuel no dudó en pedirle a Hugo que le cubriera durante unos minutos. En coche estaba a dos minutos del lugar donde se encontraba Elena y no pensaba dejarla tirada en una ciudad en la que apenas sabía moverse. A su compañero ni siquiera le dio una explicación coherente. Simplemente le dijo que tenía que ir a atender una urgencia. Sabía que, si le decía que iba a buscar a Elena, a la vuelta le haría un tercer grado en toda regla y no pensaba responder preguntas tontas, pues entre ellos no había nada y no quería que la gente pensara así. No porque le molestara a él, sino porque no quería que Elena se sintiera incómoda sus primeros días de trabajo. En el hotel enseguida todo el mundo se enteraba de los distintos chismes que ocurrían.

Pasó por casa para recoger el coche y en menos de cinco minutos se encontró con Elena que en ese momento hablaba con el hombre de la grúa. A sus pies había tres maletas y dos cajas de cartón que supuso que era todo su equipaje.

Dejó el coche delante del de Elena y bajó. Silbó al ver aquel viejo vehículo. No tenía buena pinta.

—Gracias por venir —le saludó Elena—. No tenías porqué y menos si estabas trabajando.

—Bueno, Hugo me debe bastantes horas de cuando se fugaba porque su princesita le daba demasiados quebraderos de cabeza. —Rio—. ¿Estás bien?

—Sí. Pero el coche... —Lo miró apenada—. No puede decir lo mismo.

El hombre que estaba con ellos, tras subirlo a la grúa, les indicó el taller donde lo llevaban. Elena le dio las gracias y miró como su coche desaparecía.

Sin decir ni una palabra, Samuel cargó las cosas en el maletero de su vehículo y Elena montó en el asiento del copiloto. No tardaron ni dos minutos en llegar al hotel y, tras sacar todo del coche, Samuel se despidió de ella con un simple «Ya nos veremos» y regresó a su automóvil para dejarlo en el garaje del hotel antes de seguir trabajando.

Dos empleados del hotel la ayudaron a subir todo al cuarto que ocuparía durante un tiempo y tras darles las gracias, buscó en el GPS de su móvil el taller donde habían llevado su coche. Como no tenía nada qué hacer, decidió dar un paseo hasta allá, pero al ver que tenía más de una hora a pie,

finalmente se decantó por pedir un taxi que la llevara hasta el taller.

Sin lugar a duda, la nueva etapa de su vida no empezaba nada bien.

—Su coche ha pasado a una vida mejor, lo siento.

—¿Cómo? No puede ser. Mi coche ha sufrido cosas peores. Es viejo, lo sé, pero seguro que tiene arreglo.

El mecánico suspiró y negó con la cabeza.

—Se ha estropeado la junta de culata.

—¿La qué? —preguntó sin entender.

—La junta de culata. Es una pieza esencial para el buen funcionamiento del motor. Asegura la estanqueidad de la comprensión del mismo. Se rompe por su deterioro. —Comenzó a limpiarse las manos llenas de grasa con un trapo—. El humo ese que ha salido del capó, en realidad es vapor del líquido refrigerante. Eso ha sido debido a un sobrecalentamiento del motor con las consecuentes pérdidas de agua o refrigerante y un mal ajuste de la culata sobre el bloque motor.

—¿Y no tiene solución? —interrogó Elena a punto de echarse a llorar.

—En un coche tan viejo como este, no. Lo siento.

Elena salió completamente destrozada del taller. Puede que un vehículo fuera algo material, pero ella le tenía mucho cariño al suyo y ahora iba a acabar en un desguace. En momentos como aquellos, su cuerpo ansiaba perderse en algún local de mala muerte y dejar la cordura fuera de él. Necesitaba eso que dejó atrás hace diez años. No pensar. Perder el sentido y no acordarse de nada al día siguiente.

Una opresión comenzó a instalarse en su pecho y cerró los ojos con fuerza. No podía volver a caer en ello y no pensaba hacerlo. Se tapó la cara con las manos para ahogar un grito y corrió por la playa. Estaba prácticamente vacía. Solo había unos pocos chicos surfeando. El cielo estaba cubierto por espesas nubes y aquel mal temporal hacía que las olas fueran perfectas. Siguió corriendo para evitar pensar hasta que una fuerte tormenta comenzó a caer sobre ella.

Se detuvo y miró hacia el cielo para sentir como las gotas la recorrían por completo. Sonrió con los ojos cerrados y extendió los brazos antes de

comenzar a dar vueltas sobre sí misma. Puede que el coche hubiera pasado a mejor vida, pero ella estaba viva y dispuesta a empezar una nueva etapa. Había conseguido trabajo y se había reencontrado con sus amigas. ¿Qué más podía pedir? Y estaba segura de que en unos meses no solo encontraría algún piso para alquilar, sino que ahorraría lo suficiente para un nuevo coche. ¡Debía ser positiva! Y aunque tuviera momentos de bajón como aquel, sabía que no iba a caer de nuevo en el mundo que casi la mata. Solo necesitaba unos minutos para tranquilizarse.

Calada hasta los huesos, caminó de regreso al hotel, pero antes de entrar se escurrió con las manos el pelo. No quería dejar un rastro de agua, aunque sabía que era imposible. Su ropa chorreaba.

—Pero ¿qué te ha pasado? —le preguntó Hugo al verla.

—Me ha pillado de lleno la tormenta. —Se encogió de hombros.

—Anda, vete a darte una ducha caliente, no vaya a ser que mañana empieces tu primer día con fiebre.

Elena asintió y fue al ascensor. Era el centro de las miradas, pero le dio igual. Solo deseaba quitarse la ropa mojada. Lo que no recordaba Elena, era lo que costaba conseguir pillar el ascensor. Antes no le importaba subir al segundo piso por las escaleras, pero ahora se instalaba en el último, el correspondiente a los empleados que decidían dormir allí.

—Elena. —Oyó la voz grave del hombre que no se le quitaba de la cabeza—. ¿Estás bien? —Corrió Samuel hacia ella.

—Sí, no te preocupes. He ido al taller donde está mi coche y a la vuelta me ha pillado la tormenta.

—Andando hay más de una hora hasta aquí desde ese taller. ¿Por qué no me has pedido que te llevara?

—No quería molestar... —Bajó la mirada. No quería que notara que se había sonrojado—. Ya has hecho mucho por mí viniendo a buscarme.

Samuel se quedó embobado mirándola. Con el pelo mojado y pegado a su cara de muñequita, estaba preciosa. Se la veía tan frágil e inocente, que lo único en lo que pensaba era en cogerla en brazos y ser él mismo quien la llevara a la habitación y la cuidara para que no pillara un trancazo. Pero no podía hacerlo. Aunque lo que sí deseaba y podía hacer era conocerla más.

Sabía bastantes cosas de ella, de su forma de ser, pero se moría por conocer el porqué de ese miedo que albergaban sus ojos esmeralda en ocasiones.

Al igual que hizo con Esther, la ayudaría durante sus primeros días. A pesar de que Samuel alternaba sus turnos, Elena tenía sus horas divididas entre la mañana y la tarde-noche, por lo que siempre coincidirían, aunque cuando él entrara a partir de las tres, lo harían menos, pero estaba dispuesto a guiarla y ayudarla en todo lo que pudiera.

Conocía los nervios del primer día. Solo esperaba que, tras esa ayuda, Elena no fuera como aquella víbora que ejercía el puesto de *maître*. Sin embargo, a Samuel no le cabía la menor duda de que Elena siempre estaría regalando sonrisas y ayudando a todos sus compañeros. Ojalá hubiera llegado ella antes que Esther.

—No molestas, Elena. —Le sonrió—. Para la próxima, cuenta conmigo. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

—Bien, ahora será mejor que subas a cambiarte. Yo me voy ya. He acabado mi turno, pero mañana nos vemos, compañera.

—Sí. Hasta mañana.

—Hasta mañana.

Por fin el ascensor llegó y Elena entró para subir a su habitación sin dejar de pensar en lo ridículas que eran sus conversaciones con Samuel. Solo cruzaban cuatro palabras. Incluso cuando se conocían menos, hablaban más. No sabía por qué le costaba tanto que las palabras le salieran cuando estaba él delante. Bueno, sí lo sabía. Tenía miedo de fastidiarla con cualquier cosita que saliera de su boca. Samuel le gustaba más de lo que creía. Debería esconder bien esas emociones y mantener las distancias con él. Ella no se merecía a un hombre tan bueno como él. Ella no se merecía a nadie.

Capítulo 7

Elena llevaba una hora despierta. Eran las seis de la mañana y todavía era de noche, pero ella había estado desde las cinco dando vueltas por la habitación. Los nervios por el primer día la habían despertado y, una vez en pie, ya no podía volver a dormir. Descorrió las cortinas y abrió la ventana por la que se accedía a una pequeña terraza, para poder ventilar la habitación y comenzó a organizar la ropa de sus maletas dentro del armario empotrado y los cuatro cajones que había en la cómoda que sujetaba la televisión. Sacó de las cajas de cartón diferentes libros y regalos que le habían hecho sus amigas durante los años que llevaban juntas, además de dos marcos. Eran las únicas fotografías que tenía de su familia. En una, salían ella y su hermano de pequeños. Estaban en la piscina de la casa de sus padres. Darío tendría unos cinco años y estaba dentro de un flotador. Ella le iba guiando por la piscina mientras ambos reían. En otra salían con sus padres. Ella sobre el regazo de su padre y su hermano sobre el de su madre. Una lágrima resbaló por su mejilla. ¿Cómo pudieron acabar tan mal? Lo peor era que ella tenía la culpa. Eran felices y por sus líos de adolescente lo arruinó todo. Se secó las lágrimas y sorbió por la nariz antes de dejar ambas fotografías al lado de la televisión.

El despertador sonó, lo que indicó que las seis y media habían llegado. Se acercó a su móvil y apagó la alarma antes de seguir colocando sus cosas. No tenía que bajar al restaurante hasta las siete. Puede que su horario laboral empezara a las ocho y que ya había gente que se encargaba de preparar el bufé libre para los clientes, pero ella no podía estarse sin hacer nada durante tanto tiempo y, si estaba despierta, no le costaba nada ayudar.

Alejandro, la noche anterior, le había invitado a desayunar con él y el resto de los empleados antes de comenzar su jornada, pero Elena rechazó la oferta. Aún no conocía a nadie y lo más probable era que se sintiera incómoda con tantas miradas puestas en ella. Al fin y al cabo, era la nueva.

Mientras esperaba que fuera la hora, salió para ver el amanecer. Con aquel momento tan especial para ella, daba paso a la nueva etapa de su vida. Cogió la camisa blanca y la pajarita que debería ponerse para trabajar y se puso sus pitillos negros con unas manoleteras del mismo color. Era el uniforme de los camareros del restaurante. Pantalón negro, zapatos negros, camisa blanca y pajarita negra. Se miró al espejo y vio que no estaba nada mal. Se maquilló lo justo y se recogió el pelo en una coleta alta antes de bajar al restaurante, donde los encargados de preparar el bufé ya estaban en marcha.

—Buenos días, Elena —la saludó Pedro—. ¿Qué haces tan pronto aquí? Tu turno no empieza hasta dentro de una hora.

—Buenos días, Pedro. —Sonrió—. Llevo desde las cinco de la mañana en pie sin poder dormir y no podía estar más en la habitación sin hacer nada.

—¿Has desayunado?

—No, pero no te preocupes. Hasta que no entre más la mañana mi estómago está bastante cerrado. Ya tomaré algo en mi descanso.

Pedro sonrió y negó con la cabeza. Ante todo, para él, estaba el bienestar de sus empleados y no permitiría que aquella mujer desfalleciera mientras trabajaba. Sabía que el trabajo en el restaurante era muy movido y acabaría agotada.

—Ahora va a salir mi vena de padre. —Rio—. No puedo permitir que trabajes con el estómago vacío. Ve al bar-salón y dile a Jaime que te ponga un café o algo. Y es una orden.

Al ver su gesto amable y cercano, Elena no pudo evitar sonreír y asentir con la cabeza antes de ir al sitio indicado.

—Buenos días, hermosa —la saludó Jaime—. Tu cara me suena.

—El otro día me pediste el favor de llevarles unas toallas a los animadores.

—¡Es verdad! —dijo dando una palmada—. Perdona mi mala memoria. No sabía que trabajabas aquí. —Señaló el uniforme—. No te había visto antes.

—Es mi primer día.

—Seguro que lo clavas. —Le guiñó un ojo—. ¿Qué te pongo?

—Ponme un café con leche.

Jaime asintió y comenzó a prepararle lo que le había pedido y se permitió el lujo de ponerle un trozo de pastel de limón.

—Tienes que probar el pastel, hermosa. Estás en los huesos y mi novio es el mejor repostero de todo Gandía.

—Gracias. ¿Tu novio trabaja aquí?

—Sí. Es el repostero del hotel. Me enamoró con su pastel de piña. —Soltó una leve carcajada.

Elena rio y cogió la punta del pastel con la cuchara antes de metérsela a la boca. ¡Estaba delicioso! Saboreó aquel desayuno mientras no paraba de hablar con Jaime de cualquier cosa.

Las ocho de la mañana llegó volando y tras despedirse de Jaime, corrió al restaurante para comenzar su primer día de prueba.

—Hey, ¿adónde vas con tanta prisa? —preguntó Samuel cuando vio que se cruzaba con él sin mirarle.

Elena se detuvo y se giró.

—Perdona, no te había visto. —Sonrió—. Ya ha empezado mi turno y no quiero llegar tarde el primer día. ¡Adiós! —se despidió apresuradamente.

Llegó justo en el momento en que los camareros se reunían para atender a las indicaciones de Esther, alias Barbie Víbora. Iba impecablemente vestida con un vestido rojo y ajustado que marcaba cada una de sus curvas y realzaba sus pechos operados. Llevaba el pelo perfectamente peinado y unos taconazos de infarto con los que Elena no sabía cómo podía aguantar tanto tiempo de pie. Con sus aires de superioridad, comenzó a ordenar a diestro y siniestro para, cinco minutos después, dejarles ir.

Elena comenzó a limpiar las mesas que algunos clientes dejaban libres y se daba toda la prisa que podía para que volviera a estar lista para los próximos. Durante su turno, no dejó de sonreír a todos los huéspedes que le pedían algo y ella realizaba todo gustosa, pero la sonrisa se le borró cuando Barbie Víbora se acercó a ella.

Esther no había dejado de mirar a esa mujer desde que había entrado en el restaurante. La había reconocido. Era la que el otro día estaba hablando con Samuel en la piscina. Era su nuevo objetivo. Conseguiría que dimitiera antes de una semana.

—Tú, cómo te llames. —Se acercó a ella y Elena alzó la mirada. Con sus tacones, le sacaba dos cabezas—. Se ha caído zumo aquí. —Señaló el suelo.

Elena bajó la mirada y frunció el ceño. El suelo estaba limpio.

—No hay nada.

—¿Acaso no lo ves?

—Pues no, la verdad.

Con su sonrisa maliciosa, Esther cogió una de las jarras llenas de zumo de naranja y lo volcó sobre el suelo. Elena saltó hacia atrás para que el zumo no la manchara.

—Vaya, veo que ahora sí lo has visto. ¡Límpialo!

Elena la fulminó con la mirada mientras aquella Barbie se alejaba de ella contoneando su culo operado. Anduvo con paso ligero hasta llegar a la cocina y cogió el cubo de la fregona para limpiar lo que esa idiota había ensuciado.

—Hola —la saludó un niño de no más de siete años—. ¿Dónde está el zumo de naranja? Creía que estaba aquí.

—Sí, estaba aquí. —Sonrió Elena a pesar del cabreo monumental que tenía—. Pero se ha caído. Dime dónde te sientas y en dos minutitos, te lo llevo. ¿Vale?

El niño le señaló una mesa donde estaba sentado un hombre leyendo el periódico que supuso que era su padre. Elena asintió y le prometió que enseguida tendría su zumo. Tras acabar de limpiar aquel desastre, fue a la cocina para coger dos jarras de zumo de naranja. Colocó una en la mesa donde los clientes podrían servirse y con la otra en la mano, fue hacia la mesa del niño para servirle en un vaso lo que le había pedido. El pequeño le dio las gracias y ella le sonrió guiñándole un ojo antes de dejar la jarra junto al resto sin saber que unos ojos muy sabios habían visto todo. Desde el numerito de Esther, hasta la buena actitud de Elena tras aquello con los huéspedes.

Alejandro sabía que Esther no era buena en su trabajo. Lo sabía desde

hacía bastante y estaba esperando el momento justo para pillarla junto a Pedro con las manos en la masa y poder actuar. Su carta de despido ya estaba redactada. Esa mujer no duraría mucho más en el hotel.

Cuando el restaurante cerró, Elena comenzó a recoger con el resto de sus compañeros, que se habían mostrado muy amables con ella y la habían ayudado en todo lo que había preguntado, como cuando no sabía dónde había que colocar las napolitanas de chocolate recién hechas.

Entre todos dejaron impoluto el restaurante a las diez y media y no tendrían que volver a entrar hasta dentro de dos horas, por lo que decidió salir a buscar pisos de alquiler, cerca del hotel, a un precio asequible. Llamó a Ada y tras darle las indicaciones de donde se encontraba la inmobiliaria, quedaron allí en media hora.

Metió la dirección en el móvil y suspiró al ver que estaba lejos para ir andando. No le iba a dar tiempo, por lo que llamó a un taxi. Se iba a dejar el sueldo en ellos. ¡En qué momento se le estropeó el coche!

—¡Hola! Pasa y siéntate —la saludó Ada cuando llegó—. Hoy no tengo mucho lío. ¿Quieres un café?

—No, no te preocupes.

—Bueno, yo sí necesito uno. Llevo despierta desde las siete y te juro que me caigo del sueño.

—A ver si voy a tener que hablar con Sergio. —Rio Elena mientras veía a Ada prepararse un café con la máquina de las cápsulas que había en su oficina—. Dile que menos follar y más dormir.

—No es culpa de Sergio. ¡Es mía! —confesó sentándose frente a su amiga—. Siempre que le veo tan guapo y tan apetecible no puedo resistirme. ¡Soy adicta a él! Bueno, ¿qué tal tu primer día?

—Bien, salvo por Barbie Víbora. —Suspiró antes de contarle a su amiga la que le había preparado.

—¡Será zorra! ¿Por qué no se lo has dicho a Alejandro o a Pedro?

—No estamos en el instituto, Ada. Si me quejo de una superior el primer día ya causaría una mala imagen.

Siguieron hablando durante media hora, hasta que Elena se fijó en la hora

y cortó su interesante conversación para tratar el tema por el cual estaba allí. Ada comenzó a buscar pisos de alquiler con las características que Elena le había comentado, pero no había nada que se adaptara a lo que buscaba. Sin coche, necesitaría un piso cerca del hotel y eso conllevaba que estaría también cerca de la playa, por lo que su precio se disparaba.

Ya era tarde y Elena debía regresar al hotel, así que, tras llamar de nuevo a un taxi, se despidió de Ada sin haber conseguido un piso que poder alquilar, pero seguiría buscando.

Al llegar al hotel, unas canciones con bastante ritmo hicieron que entrara al bar-salón donde varias personas jugaban al juego de las sillas mientras reían cuando la música paraba y debían sentarse. Elena rio al ver como tres personas intentaban hacerlo en la misma silla una encima de otra.

Samuel retiró un asiento y se fijó en la mujer que los observaba desde la puerta. Le pidió a Hugo unos minutos y corrió hacia ella. Quería saber cómo le había ido su primer día de trabajo.

—Hola, preciosa —la saludó con un beso en la mejilla—. ¿Todo bien?

—Sí, de momento todo bien. —Sonrió.

No iba a contarle el incidente con su novia.

A pesar de que le dijo que ante cualquier cosa que ella le hiciera se lo comentara, no quería que cambiara de actitud con respecto a ella por hablar mal de su novia. Samuel jamás sería suyo, pero le gustaba esa extraña relación que tenían. Se llevaban bien, pero solo cruzaban cuatro palabras cada vez que hablaban. No sabía ni siquiera si podían llamarse amigos.

—Me alegro. Ya sabes que, si necesitas cualquier cosa, cuenta conmigo. Ahora tengo que seguir trabajando. Nos vemos pronto.

—Hasta luego, Samuel.

Lo dicho. Sus conversaciones eran de lo más ridículas y cada vez ansiaba más poder tener una charla más larga con él. Le hacía sentir cosas que jamás nadie había conseguido. Por norma general, los hombres que se acercaban a ella solo buscaban una cosa y no era precisamente una buena conversación. Solo había tenido dos relaciones al que pudo asignar a su pareja el título de novio, pero ninguno de ellos le hizo sentir ese cosquilleo en el estómago que sentía cuando veía a Samuel. Ese hombre tenía algo que la cautivaba.

Regresó al restaurante y comenzó a colocar las diferentes bandejas para la hora de la comida. Cruzaba los dedos para que la Barbie no se le volviera a acercar. No era tonta y sabía lo que estaba intentando. Que dimitiera o la despidieran, pero no le iba a dar el gusto.

Capítulo 8

—Que no Nerea, que no.

Habían pasado los días. Elena se había integrado muy bien a su nuevo trabajo y se llevaba de maravilla con sus nuevos compañeros, salvo con una. Barbie Víbora seguía poniéndole las cosas muy difíciles y estaba harta de soportar sus continuas pullitas hacia ella. Le hacía la vida imposible y debía recurrir a toda su fuerza de voluntad para no arrancarle las extensiones que llevaba. Era cierto que había tenido momentos puntuales en los que había pensado en dimitir, como aquella vez que tiró de forma «accidental» un bol lleno de salsa napolitana y lo hizo limpiar con un trapo húmedo como si hubieran regresado a la edad media. Por suerte, una de sus compañeras la ayudó y al ver cómo se le escapaban un par de lágrimas, ella le sonrió y le dijo que no se preocupara, que no estaba sola y que no permitirían que esa mujer se saliera con la suya. Elena le devolvió la sonrisa y le dio las gracias.

Por otra parte, no había vuelto a hablar con Samuel. A veces se cruzaban, pero no se detenían a hablar. Se saludaban con una sonrisa y un escueto hola. Poco a poco su cabeza iba dejando a un lado sus pensamientos románticos con respecto a él y le iba viendo como un compañero de trabajo más. Además, ya apenas sentía ese cosquilleo en el estómago cuando lo veía y se enorgullecía de ello. Aunque seguía poniéndole de mal humor ver cómo Esther se acercaba a él. Esa Barbie Víbora no se lo merecía.

Hablaba cada día con Laila por teléfono y estaba deseando verla. Solo quedaban dos días para ello. Ese día era Nochebuena y el hotel cerraría hasta el próximo veintiséis de diciembre, al igual que lo haría el día de Año Nuevo. Elena ya había planeado qué haría los días que el hotel cerrara. Ada le había ofrecido la habitación que tenía libre para dormir esos dos días, pero su amiga se apenó porque la iba a dejar sola. Iba a cenar con sus suegros en su casa.

Ada no quería que su amiga pasara las Navidades sola, por lo que llamó a Nerea para que esta le propusiera pasar las fiestas en su casa, a lo que ella aceptó encantada. No iba a permitir que Elena no tuviera a nadie a su lado en unos días tan importantes.

—¿Pero por qué no? Solo estaremos Hugo, mi padre, Pedro, la niña, Samuel y yo. Les conoces a todos, no vas a sentirte incómoda.

—¿También va Samuel?

—Sí, su madre vive en Londres. Se mudó allí cuando falleció su marido y Samuel solo va a visitarla cuando tiene al menos cuatro días libres, así que Hugo le ha invitado.

—No lo sabía —dijo Elena en voz baja. Samuel debería echar mucho de menos a sus padres, al igual que lo hacía ella, pero nadie lo sabía—. No sé Nerea...

—Allá tú, si no vienes, voy yo a por ti.

—Está bien. Dime a qué hora y cogeré un taxi.

—No cojas ningún taxi. Ahora llamo a Samuel para que te vaya a buscar y venís juntos.

Elena, al oírla, alzó las cejas. Como se le notaba en ocasiones la vena madre que tenía desde el nacimiento de Alba.

—¿Te crees que no soy capaz de llamarle yo?

—Sí, pero seguro que no lo haces por no molestarle.

—Odio que me conozcas tan bien. —Rio Elena—. Está bien.

—Le diré que quedáis en el *hall* del hotel a las ocho. ¿Te viene bien?

—Perfecto. Luego llamaré a Ada para...

—Ya he hablado con ella. Te quedas a dormir en mi casa, yo también tengo habitaciones libres.

—Oh Dios, ¡sois unas auténticas liantas!

Nerea soltó una carcajada y metió el dedo en el cuenco donde Hugo estaba preparando el alioli para la sepia a la plancha. Lo saboreó y le dio el visto bueno mientras él negaba con la cabeza. Siempre había tenido esa

manía de probar todas las salsas mientras se iban preparando.

—No somos ningunas liantas. Sabes que te queremos y nos preocupamos por ti.

—Y yo a vosotras. —Sonrió emocionada.

—Pues nos vemos esta noche.

—Hasta la noche.

Elena colgó y terminó de preparar su bolsa para los dos días que pasaría fuera del hotel. Decidió ponerse para aquella noche un vestido de invierno con un estampado en blanco y negro de manga corta y de cuello redondo. Unas medias negras y unos botines blancos con un poco de tacón. Para cubrir sus brazos desnudos se puso una chaqueta de cuero negra y al salir a la calle, se pondría el abrigo por encima. Ese día hacía bastante frío.

Puntual, bajó al *hall* donde le esperaba Samuel, aunque también estaban Alejandro y Pedro junto a él. Eso la alivió. Le incomodaba estar a solas en un espacio tan pequeño con ese hombre. Hacía días que no hablaban y ese encaprichamiento que sentía por él había desaparecido. Iba en buen camino.

Samuel se quedó embobado al ver a Elena. Iba preciosa y estuvo tentado de ayudarla a ponerse el abrigo negro de terciopelo cuando salieron a la calle. Alejandro y Pedro les miraron con complicidad y ambos se entendieron con la mirada. A Elena no le pasó desapercibido cómo los hombres se miraban. Eran un libro abierto. Solo esperaba que no ejercieran con ella el papel de celestinos que tan bien se les daba. Puede que Nerea sí se mereciera a un hombre como Hugo, pero ella no a uno como Samuel.

Subieron en el coche del animador y condujo hasta la urbanización donde vivían Hugo y Nerea. Durante los veinte minutos de viaje, los hombres no dejaron de hablar sobre cualquier tema que se les ocurría. Elena se sentía un poco fuera de lugar y miraba por la ventana intentando distraerse, sin conseguirlo. Tenía el cuerpo completamente tenso.

Cuando llegaron, Hugo abrió la verja para acceder al interior de la vivienda y Samuel dejó aparcado el coche dentro de la parcela. Entraron en la preciosa casa y Nerea se lanzó a los brazos de Elena.

—¡Cómo me alegro de que hayas venido! ¿Qué tal en el hotel?

—Es una empleada espléndida —explicó Alejandro orgulloso—. La semana que viene concretaremos algunas cosas, pero hoy nada de trabajo. Hoy toca disfrutar con la familia.

Alejandro se acercó a su hija y le dio un beso en la frente como siempre hacía desde que era pequeña.

—¡Feliz Navidad, princesa!

—¡Feliz Navidad, papá!

—¿Y dónde está mi nieta? —preguntó Pedro al no verla.

—Cenadita y dormida —respondió Hugo apareciendo por la puerta de la cocina—. La cena ya está, así que, ¿nos sentamos?

Todos asintieron y Elena ayudó a Nerea a servir mientras Alejandro abría una botella de vino y otra de sidra. Elena se quedó asombrada de la buena pinta que tenía toda la comida. No conocía esa faceta culinaria de Nerea. Además, su amiga odiaba cocinar. Al intuir los pensamientos de Elena, Nerea le explicó que el manitas en la cocina era Hugo y le comentó que ella solo había preparado el postre que consistía en unos *cupcakes*. Nerea sonrió recordando el día que su novio se los enseñó a preparar una madrugada en la cocina del hotel.

Elena y Nerea colocaron en el centro de la mesa los langostinos y las cigalas, además de las distintas clases de entremeses: embutido, gulas, salpicón y algún que otro frito.

Todos bebían, comían y reían, y Elena comenzó a relajarse al sentirse integrada mientras disfrutaba de todo tipo de historietas que contaban Alejandro y Pedro, como en la que una vez, el padre de su amiga fue a Valencia de fiesta a celebrar la Nochevieja y a la vuelta al pueblecito donde vivían sus padres, él y sus primos iban completamente borrachos y estrellaron el coche contra la Iglesia del pueblo. Todos huyeron y dejaron a Alejandro durmiendo la mona en el asiento de atrás y con la muñeca rota. Les contó que le dolieron más los palos que le dio su padre que la fractura que tenía.

—¡Pero papá! —Rio Nerea—. ¡Menudas ideas teníais los tíos y tú! Y tú me echaste una bronca monumental cuando a los dieciocho años pillé mi primera borrachera en Nochevieja y llegué con el vestido completamente roto y enseñando la ropa interior.

—¿Cómo?! —espetó Hugo mirando a su novia.

—¡No pasó nada! —Siguió riendo—. Pisé el vestido con el tacón e iba tan borracha que tropecé y se rasgó.

—¿Y alguna vez te he contado cuando me escapé? —Su hija negó con la cabeza—. Estaba en lo que ahora sería el instituto y yo no iba. Había quedado con unos amigos para hacer una guerra de piedras en el río. —Todos abrieron los ojos asombrados—. No volví a casa hasta la noche y mi madre estaba muy preocupada, y le prometí no volver a hacerlo. Lo volví a hacer al día siguiente. —Rieron—. Y cuando llegué a casa recibí palos por todos lados. Mi madre, mi padre, mi abuela, mi abuelo y mi primo también aprovechó.

Nerea se tapó la cara con las manos negando con la cabeza. No conocía esa faceta rebelde de su padre. Siguieron riendo hasta que oyeron por el intercomunicador los llantos de la pequeña Alba.

—¡Voy yo! —Se levantaron a la vez Alejandro y Pedro.

—No, voy yo, que tú siempre la acaparas —se quejó Alejandro.

—¿Yo? Si eres tú el que parece que cuando la coges te la pegas con superglue.

—Le toca estar con el yayo Alejandro y punto.

—¡Ni hablar! —espetó Pedro—. Me lo he pedido yo primero, voy a por mi nieta.

Todos miraban asombrados el espectáculo que estaban dando los dos celestinos mientras intentaban aguantar la risa. Siguieron discutiendo hasta que Hugo se levantó. A este paso su hija se quedaría afónica.

—Vosotros dos, sentaos. —Les señaló las sillas—. Voy yo.

Hugo desapareció escaleras arriba y Nerea miró a esos dos negando con la cabeza. Al ver que la pequeña no se calmaba, su madre subió también para ver qué le ocurría mientras Alejandro y Pedro salían al jardín para fumarse juntos un puro. Se quedaron a solas Elena y Samuel, quienes habían pasado muy desapercibidos durante la cena.

—¿Quieres más sidra? —le preguntó al ver su copa vacía.

—Sí, pero esta será la última copa.

—Pero si solo has bebido una. —Le sonrió—. Y te he visto beber más.

—Ya, pero no quiero que me suba mucho el alcohol. Con esto suficiente.

Samuel asintió y volvió a ver en ella ese control que sacaba a relucir en el momento de disfrutar y divertirse. Contempló sus ojos verdes llenos de miedo e inseguridad y se levantó de la mesa para rodearla y llegar a su lado. Le tendió la mano y Elena se sonrojó un poco antes de cogérsela para que la ayudara a levantarse. Caminaron con sus copas lentamente hasta llegar a la puerta de cristal por donde se accedía al jardín. Se detuvieron mientras observaban el agua de la piscina.

—Me alegro de que estés aquí —rompió Samuel el silencio—. Estuve a punto de no aceptar la invitación de Hugo. No veía qué pintaba aquí. Contigo me he sentido más a gusto.

—A mí me pasaba lo mismo. —Le miró—. La verdad que me alegro de que Nerea me insistiera.

—¿Cómo no has ido a celebrarlo con tus padres?

Elena bajó la mirada y se mordió el labio inferior antes de soltar un suspiro. Nunca había hablado de sus padres con nadie, ni siquiera con sus amigas. Era verdad que ellas sabían que no se hablaban, pero no conocían el por qué.

—Es una larga historia, pero pongamos que llevo sola desde los dieciséis años.

—Vaya, lo siento —dijo suponiendo que ambos murieron—. Mi padre falleció en un accidente de avión cuando yo tenía veinte años. Por trabajo, tenía que volar a Suecia y el día anterior tuvimos una fuerte discusión. Fue por una tontería. Le dije que necesitaba el coche para ir a un sitio y al final lo cogió él sin avisarme. Me enfadé muchísimo y cuando se montó en aquel avión, ni siquiera me despedí de él. Cuando me enteré de que su vuelo se estrelló, lloré durante meses. Mi madre nunca lo ha superado y vive sumergida en una depresión desde que decidió dejarlo todo y marcharse. Todo le recordaba a mi padre y no lo soportaba. Le mando parte de mi sueldo a Londres para que subsista el día al día y voy a visitarla siempre que puedo. No es a menudo, no solo por el trabajo, sino porque no tengo dinero para billetes, pero hago lo que puedo por ella. Desde aquel día, no puedo irme a la cama enfadado con alguien. Tengo que hacer las paces con la otra persona.

Durante su breve historia, una opresión se instaló en el pecho de Elena y tragó saliva. No sabía qué decir, pero tenía muchas ganas de acercarse a él y abrazarle. Sorbió por la nariz y se pasó los dedos índices por debajo de los ojos para secarse la humedad que había en ellos.

—Hey, preciosa, no llores. —La abrazó por puro instinto—. Yo estoy bien y sé que mi padre me quería tanto como yo a él. También sé que me ha perdonado por aquello y que está orgulloso de mí desde donde esté. Es algo que me repito cada día cuando me despierto.

—Lo siento —se disculpó Elena deshaciendo el abrazo y terminando de secarse las lágrimas—. Es algo horrible, Samuel. Y creo que ahora yo tampoco podré irme a la cama si estoy enfadada con alguien.

—Bueno, hoy no es un día de lágrimas, es un día para disfrutar cerca de las personas que queremos, ¿no?

Elena asintió y alzó la copa que tenía en la mano para brindar con él.

—¡Feliz Navidad, Samuel!

—¡Feliz Navidad, Elena!

Ambos chocaron sus copas y dieron un pequeño sorbo. Sin poder remediarlo, Elena soltó una pequeña carcajada al darse cuenta de una cosa.

—¿De qué te ríes? —preguntó el animador.

—De que esta es la conversación más larga que hemos tenido desde que regresé a Gandía.

Samuel también rio y al escucharle, ese cosquilleo que Elena había conseguido eliminar en esos días en los que no habían coincidido, volvió a ella. Sentía unas ganas irrefrenables de acercarse a él, rodear su cuello con sus brazos mientras él la abrazaba la cintura y besarle como nunca había besado a un hombre. Dejar de pensar en lo que estaba bien y estaba mal, y dejarse llevar por lo que su corazón le pedía. Pero no podía ser y el principal motivo era porque Samuel tenía novia.

Agitó la cabeza y tras aclararse la garganta, se separó de él para regresar a la mesa. Dejó la copa encima del mantel blanco y decidió no beber más. El alcohol le estaba jugando malas pasadas y si seguía bebiendo no descartaba hacer alguna locura.

Alejandro y Pedro entraron de nuevo, y Hugo y Nerea bajaron por las escaleras con la pequeña Alba en brazos.

—Esta pequeñita se niega a dormirse y ha decidido unirse a la fiesta. — Sonrió Nerea, y Alejandro no tardó ni medio segundo en coger en brazos a su nieta que comenzó a mover los brazos y los pies contenta por las atenciones que le prestaban.

—¡Siempre igual! —se quejó Pedro.

—Calla abuelo, que luego te la dejo.

—¡Vas listo! —Se la arrebató Pedro—. Pero qué grande estás ya, mi pequeña. — La besuqueó la mejilla mientras Alejandro lo fulminaba con la mirada.

—Algún día los hombres se pelearán por tu princesa, Hugo —se mofó Samuel.

Hugo frunció el ceño y negó con la cabeza. Ni en sueños su hija iba a tener novio. No antes de los treinta, como decía él, e iría con unas bragas de acero para que nadie se acercara a la zona prohibida.

—Pues a mí sí me gustaría que mi niña encontrara a un hombre que la quiera y que la despierte con un beso cada día. —Sonrió Nerea mirando a su novio.

—¡Quién se acerque a mi princesa, le castro! —amenazó Hugo.

Todos rieron al escucharle, menos Hugo que tenía más que claras aquellas palabras, pero si algún día Alba se enamoraba, lucharía por ese amor por muchos impedimentos que su padre le pusiera por delante.

—Bueno, ahora que estamos todos, ¿qué os parece si brindamos? — propuso Alejandro y todos asintieron cogiendo sus copas de sidra—. ¡Por la familia, las nuevas oportunidades y por todo lo bueno que nos espera! ¡Salud!

Chocaron sus copas con efusividad, tan fuerte que la de Alejandro se rompió provocándole un corte profundo en su mano que empezó a sangrar. Nerea se apresuró a dejar la copa y cogió una de las servilletas limpias para taponarle la herida.

— ¡Hugo, saca el coche que nos vamos a Urgencias! —pidió Nerea.

Elena se acercó con rapidez a Alejandro y Samuel cogió en brazos a Alba que agarraba un pálido Pedro. El pobre hombre estaba a punto de desmayarse.

—Es un corte profundo y necesitará puntos —explicó Elena—. No es grave, pero la sangre es muy aparatosa. No os preocupéis.

Pedro no soportaba la sangre y salió al exterior en el momento en que su hijo dejaba el todoterreno negro fuera del garaje. Al verle en ese estado, Hugo le ordenó montarse en el coche. No tenía buena cara y quizá tuvieran que atenderle también a él.

—¿Podéis quedaros con la niña? —preguntó Nerea a Elena y a Samuel—. Solo tendréis que dormirla y cambiarle el pañal si es necesario. En la habitación de al lado de la nuestra está el cambiador y en la primera balda bajo este, los pañales, las toallitas y la crema.

—Iros tranquilos y llamadme si necesitáis algo —indicó Elena.

Nerea asintió y sin dejar de presionar la herida de su padre, subió al asiento trasero del todoterreno. Alejandro sonrió a su hija al ver su cara de preocupación y Hugo arrancó.

—Ay, hijo —dijo Pedro medio desmayado—, abre la ventana que creo que te voy a ambientar el coche.

—¡Papá, ni se te ocurra! —exclamó Hugo abriendo la ventana para ver si el aire fresco le sentaba bien.

Siguió conduciendo mirando de reojo a su padre. Esperaba que aguantara hasta llegar al hospital para echar la cena. Entre la sangre de Alejandro y la papilla de su padre era capaz de deshacerse del coche ante la posible imagen que podría tener gracias a aquellos dos celestinos.

* * *

El ajetreo que se produjo en la casa terminó cuando todos la abandonaron. Ahora el único sonido que había era el de los balbuceos de la pequeña Alba que miraba a Samuel con sus ojos azules mientras se metía el puño en la boca. Elena se lo retiró y le colocó el chupete que tenía sujeto al pelele rosa

que utilizaba como pijama. Le limpió la saliva de su manita con un pañuelo y se quedó mirando como Samuel la mecía para intentar dormirla, mientras la pequeña se negaba.

Elena se quedó embobada observándole. Samuel estaba centrado por completo en Alba y la miraba con tanta ternura, que ella notó cómo por dentro se derretía como la mantequilla. Sentía demasiada debilidad al ver un hombre atractivo con un bebé en brazos.

Bajó de las nubes cuando la pequeña escupió el chupete y volvió a meterse el puño. Samuel intentó imitar a Elena, pero esa vez la niña comenzó a quejarse mientras ejercía fuerza para que no le quitaran el puño.

—Creo que a esta pequeña le están saliendo los dientes. —Sonrió Elena—. Por eso no deja de morderse el puño y saliva mucho.

—¿Y qué hay que hacer? Yo no tengo ni idea de bebés. Alba es la primera que cojo, aunque confieso que esta niña me ha robado el corazón.

—Solo podemos aliviarla un poco y esperar que duerma.

Elena cogió el chupete y fue a la cocina para abrir el grifo. Tras comprobar que el agua salía fría, lo colocó bajo el chorro durante un buen rato antes de sacudirlo para quitar algunas gotas y volver a ponérselo en la boca a Alba quien pareció tranquilizarse ante el frío contacto. Le pidió a Samuel que la pusiera recta con la cabeza en su hombro y Elena comenzó a desabrocharle los botones del pelele para liberar sus piernecitas y tocar el pañal. Estaba algo húmedo.

—Hay que cambiar el pañal a esta princesa antes de meterla en la cuna.

—¿Qué? No, no, no, eso sí que no. ¿No puede aguantar hasta que vengan sus padres?

—¡Claro que no! Se le irritará el culete —explicó con una sonrisa.

Al ver la cara de apuro de Samuel y ver como negaba con la cabeza, Elena no pudo evitar soltar una carcajada. No comprendería nunca cómo a los hombres les aterraba hacer algo tan sencillo como cambiar un pañal. La cogió en brazos y subió con ella a la habitación donde Nerea le había indicado que se encontraba el cambiador. Sonrió y se mordió lentamente el labio inferior al notar la presencia de Samuel tras ella. Con cuidado, tumbó a la pequeña en el cambiador y le despegó las cintas adhesivas de los lados para retirarle el

pañal sucio. Lo enrolló y volvió a colocar las tiras para cerrarlo. Lo dejó a un lado y tras limpiarla con las toallitas y aplicarle la crema para que no se le irritara la piel, le puso uno limpio.

—Toma. —Le entregó a Samuel el sucio—. Tíralo mientras la acuesto. Se ha quedado dormida.

Samuel se lo pensó dos veces antes de coger con los dedos índice y pulgar aquel pañal, y alargó el brazo para evitar mantener más contacto que el necesario.

—¡Venga ya! —Rio Elena—. Seguro que has cogido cosas más asquerosas. Además, estoy convencida de que por muy mona que sea Alba, por ahí echa cosas peores.

—Mejor no quiero pensarlo o no la miraré igual.

Elena cogió a la pequeña Alba y fue al cuarto de Hugo y Nerea para tumbarla en la cuna que había al lado de la cama de matrimonio. Tras arroparla, apagó la luz y bajó al salón dónde Samuel recogía la mesa. Elena no dudó en ayudarlo y tras llevar los cubiertos sucios al fregadero, ella retiró el mantel y pasó un paño húmedo por la mesa mientras Samuel se ocupaba de fregar los cubiertos. Cuando Elena acabó, fue a la cocina para ayudarle a secarlos, aunque los dejó ordenados en la encimera. No sabía dónde guardaba cada cosa su amiga y esa vajilla no parecía la que solía estar con el resto de los platos y vasos.

Tras dejar todo impoluto se sentaron en el sofá y Samuel soltó un largo bostezo. Estaba agotado.

—¿Por qué no te vas a casa? —le propuso Elena apoyando el codo en el respaldo y la cabeza en la palma de la mano—. Se nota que te caes del sueño y aún te queda conducir. No quiero que tengas ningún accidente por quedarte dormido.

—No quiero dejarte sola.

—Estaré bien.

—Pero tú también necesitas descansar.

—No suelo dormir mucho. Por norma general suelo levantarme siempre antes de que salga el sol.

—Uf. —Suspiró él—. Yo necesito mis horas de sueño. ¿Y no te cansas durante todo el día? Yo me levanto a las siete y cuando llego a casa estoy muerto.

—Supongo que me acostumbré cuando trabajaba en el hospital. Tenías que adaptarte a los turnos de noche —explicó.

Samuel se sorprendió al escucharla. No sabía que hubiera trabajado en un hospital. A decir verdad, no sabía nada de ella, pero quería conocerla y descubrir todo de aquella mujer.

—No sabía que eras médico.

—No, no lo soy. —Sonrió—. Soy auxiliar de enfermería. Trabajé varios años en el hospital de Oviedo hasta que decidieron que sobraba personal y me echaron. No he vuelto a trabajar de ello.

—Ya decía yo que se te daba muy bien cambiar pañales.

Elena soltó una carcajada y se movió en el sofá para cambiar de posición.

—He cambiado muchos pañales en el hospital, sí. Pero tampoco es tan difícil. ¿Qué pasará el día que seas padre?

Samuel se quedó pensativo. Nunca había pensado en casarse ni en tener hijos ni en toda aquella parafernalia. Sí había fantaseado con encontrar a una mujer que le hiciera sentir especial y él a ella, pero jamás había ido más allá de esos pensamientos.

—No lo sé, la verdad. Ni siquiera sé si algún día lo seré.

—Eres un buen hombre, Samuel. Yo creo que algún día encontrarás a esa mujer especial para ti. Una que de verdad te merezca.

«Sí, bonito, sí. Te acabo de lanzar una indirecta en toda regla para que pases del culo operado de Barbie Víbora».

Samuel se la quedó mirando. Mostraba tanta ternura en sus ojos verdes que lo único que deseaba era acercarse a ella para atrapar esos carnosos labios con los suyos y perderse en ellos. No sabía por qué, pero cuando estaba cerca de ella sentía unas ganas irrefrenables de cuidarla y mimarla, y no apartarla nunca de su lado. Jamás había tenido ese instinto protector con nadie y menos con una mujer de la que apenas conocía nada. Quizá lo más sensato sería alejarse de ella.

Siguieron charlando hasta que dos horas después regresaron Nerea y Hugo. Se les veía cansados. Hugo les explicó que a Alejandro le habían tenido que dar unos cuantos puntos y que Pedro nada más bajar del coche, había vomitado en una de las macetas decorativas que había en la entrada de Urgencias como si se tratase de un adolescente borracho. Habían dejado a ambos en sus respectivos pisos y habían regresado.

Nerea les agradeció que hubieran cuidado de la niña y Elena le comentó que debería llevar a Alba al pediatra pues sospechaba que la pequeña comenzaba con los dientes y el médico le recetaría algo para que no sufriera tantas molestias, además de advertirle de que no se preocupara si en los próximos días la niña tenía fiebre. Era algo normal en aquella etapa.

Samuel se despidió de todos y salió para ir a su coche, y así regresar a su casa. Estaba deseando meterse en la cama.

Abrió con el mando y dos luces naranjas parpadearon. Fue a montarse frente al volante cuando la voz de Elena hizo que se girara.

—¡Espera Samuel!

Él le sonrió creyendo que ella había decidido dar un paso que él no se atrevía, pero cuando vio cómo se detenía supo que estaba muy confundido. «Eres un idiota, macho. ¿Qué creías?».

—Tengo mi bolsa con mis cosas en tu maletero y bueno —se rascó tras la oreja—, la necesito. —Le sonrió.

—Eh, ¡claro! Perdona, no me acordaba.

—No te preocupes.

Samuel abrió el maletero y sacó de él la bolsa que Elena había guardado para dormir aquellos dos días en casa de Nerea y Hugo hasta que el hotel abriera de nuevo, el próximo veintiséis.

—Aquí la tienes. —Se la entregó.

—Gracias. Buenas noches, Samuel.

—Buenas noches, Elena.

Ella corrió dentro tras dedicarle una última mirada. Hacía bastante frío y había salido en manga corta. Se paró en seco y casi se cae al suelo al ver la

imagen que había ante ella.

—¡Oh, Dios! ¿No podéis esperar a que suba a la habitación para daros el lote?

Hugo y Nerea se separaron y ella le suplicó perdón con la mirada. Al menos no habían empezado a desnudarse.

—Lo siento, pero me entenderás cuando tengas una hija y estés sin apenas sexo. —Rio Nerea.

—Anda, divertiros un poco —les dijo divertida.

—¡A sus órdenes! —Miró Hugo a Nerea—. No haremos ruido.

—Sí, tenemos ocho meses de experiencia. —Rio—. Cuando pilles un día libre, voy a dejar a la niña con sus abuelos o con Samuel o con quien sea y te voy a secuestrar —le amenazó—. Quiero una buena sesión de sexo como Dios manda, es decir, como las que nos pegábamos hasta la madrugada en tu habitación del hotel. Poder gritar hasta que toda la urbanización se entere de lo buen amante que eres.

—¡Qué sigo aquí! —se quejó Elena divertida.

Nerea volvió a disculparse riendo y Hugo tiró de su mano para que subieran a su habitación. Tras comprobar que la niña dormía, comenzaron a dejarse llevar por la pasión que siempre les embriagaba cuando estaban solos.

Elena negó con la cabeza y dio las gracias porque solo estuviera dos días allí. Pensó en Laila. Ella se quedaría una temporada en casa de Ada y Sergio, y si esos dos eran tan empalagosos como lo eran Nerea y Hugo, su amiga no tardaría en buscarse otro lugar para dejar solos a los tortolitos

Cerró la puerta y sacó de su bolsa las toallitas desmaquilladoras para limpiarse la cara. Se puso el pijama y se metió en la cama con el pensamiento de aquella noche. Había mantenido una conversación normal con Samuel en la que habían cruzado más de cuatro palabras y no había sentido que hubiera sido ridícula. Se había encontrado muy a gusto, como si le conociera de toda la vida. Con una sonrisa, se durmió.

* * *

Samuel llegó completamente agotado a su pequeña casa. Era individual y estaba cerca del hotel. Era bastante pequeña, pero suficiente para él. Aunque no sabía si se podría quedar mucho más allí. La casera le había subido el alquiler y aunque de momento podía afrontar el pago, no sabía si con el paso de los meses seguiría siendo así. Quizá debía buscar un compañero de piso para compartir gastos.

Aparcó en el garaje que tenía y se asustó al sentir como unos brazos le rodeaban la cintura. Se dio la vuelta y gruñó al ver a Esther. Apestaba a alcohol.

—Llevo horas esperándote, ¿dónde estabas? —Sacó la lengua para lamerle el cuello, pero Samuel pudo apartarse a tiempo.

—¿Qué haces aquí?

—Ha venido Papá Noel y me ha traído un polvo. Quiero que me lo des.

Samuel la apartó y ella le miró ofendida sin apenas tenerse en pie.

—Vete a casa, Esther. Necesitas dormir la mona.

—No, quiero follar.

—Muy bien, pero no va a ser conmigo.

Samuel llamó a un taxi que no tardó en llegar y metió a Esther en él para que se marchara a su casa. Ella golpeó la ventana del taxi molesta y comenzó a chillar indignada porque ese hombre no dejara de rechazarla. Sin hacer caso, Samuel se dio la vuelta y entró en su hogar dispuesto a pasarse la noche soñando con una mujer de ojos verdes. Puede que nunca la tuviera, pero en sus sueños sería suya. La deseaba, pero no para un rollo de una noche. Era mucho más intenso que eso.

Capítulo 9

—¡Cómo te he echado de menos! —exclamó Laila abrazando a Elena.

Empezaba su primer día de prueba en el hotel tras la barra del bar-salón junto a Jaime. Había pasado las Navidades con su familia y la Nochevieja lo haría junto a Elena. Habían decidido cenar juntas en algún restaurante de la zona con sus vestidos de gala y después irían a la discoteca donde trabajaba Sergio. Habían quedado allí con Ada media hora después de comer las uvas. Ya estaba todo hablado y bailarían durante toda la noche hasta que acabaran agotadas o muy borrachas. Después, irían a casa de Ada, donde una dormiría en la habitación y otra en el sofá-cama que tenían. Laila había accedido a ser ella quien durmiera en el lugar más incómodo, ya que era la más bajita y estaría más cómoda. Además, solo sería una noche.

Tal y como le había indicado Alejandro, tras acabar sus días de prueba, Elena comenzaría su período por valor de seis meses con posibilidad de renovación. Ella lo iba a aceptar, pero mandaría su currículum al hospital de Gandía para ver si conseguía un puesto de auxiliar de enfermería. No perdía nada y tampoco quería pasarse la vida trabajando como camarera.

Eran las once de la mañana y estaba en su descanso antes de volver a ponerse en marcha en una hora y media. Había ido donde se encontraba su amiga para saludarla, pues el día anterior, cuando llegó, no pudo escaparse para verla y acabó agotada de trabajar.

—Y yo a ti. —Le devolvió el abrazo Elena—. Me alegro de que estés aquí.

—Estoy nerviosa. Tengo la sensación de que la voy a pifiar. —Sonrió.

—Seguro que no.

—¿Quieres que te ponga algo? —preguntó.

—Ponme un café con leche y dos de azúcar.

Laila asintió y comenzó a prepararle lo que Elena le había pedido mientras esta sacaba el móvil. Tenía un mensaje de Nerea. En él le decía que había llevado a la niña al pediatra y que tenía razón. Le estaban saliendo los dientes y le dio las gracias por los dos mordedores que le regaló para que las molestias de la niña se aliviaran. Le contó que Alba estaba todo el rato con ellos y no los soltaba.

Nerea tenía que quitárselo cuando el frío se iba y debía volver a meterlo en la nevera, pero se lo sustituía por el otro que le regaló, ya que Alba comenzaba a quejarse cuando le arrebatava lo que se había convertido en su objeto más preciado.

—Esto... ¡Tú! ¿Elvira? ¿Eleonora? —Oyeron la voz de Esther.

—Elena —la corrigió molesta.

Esa mujer era incapaz de aprenderse su nombre. Aunque, a decir verdad, tampoco le preocupaba mucho si no lo hacía.

—Quiero que vayas ahora mismo a la cocina y ayudes a limpiarla. ¡Siempre estás de brazos cruzados! Eres una maldita vaga.

Aquello sí que la enfadó y estuvo tentada de levantarse del taburete en el que estaba sentada y darle una bofetada, pero se contuvo. No debía hacerlo. Al fin y al cabo, esa idiota era su superior.

—Mis labores no corresponden al mantenimiento de la cocina —le aclaró—. Como superior, deberías saber que los camareros nos ocupamos de la limpieza del restaurante y que hay empleados que se encargan de la limpieza de la cocina. Si los camareros también tuviéramos que atender a la limpieza de la cocina, la organización del hotel sería un caos. Además, estoy en mi descanso.

Al ver el gesto enfadado de Esther y como el ceño se le fruncía porque esa mujer se hubiera enfrentado a ella, dio un paso con el objetivo de intimidarla pero, en vez de eso, Elena alzó la mirada para hacerle saber que no se dejaría manipular por ella.

—¿Desea algo? —le preguntó Laila a aquella víbora mientras ponía frente a Elena el café que le había pedido.

—Ponme un cortado con café descafeinado, leche desnatada y medio sobre de sacarina.

Esther se sentó en el taburete con la espalda muy recta, la barbilla alzada y cruzó una pierna para que no se le viera la ropa interior que dejaría a la vista el minúsculo vestido que llevaba.

«Si es que lleva ropa interior», pensó Elena.

Pero no tardó en levantarse. El jefe de cocina, un joven de unos treinta y cinco años, se acercó a ella y tras susurrarle algo al oído, Esther se levantó y se fue tras indicar a Laila que le dejara preparado el café, que no tardaría en volver.

A Elena no le gustó nada la sonrisa de la mujer ni el gesto del jefe de cocina, y no pudo evitar pensar que en realidad no irían a tratar ningún tema de trabajo. ¿Engañaría a Samuel?

—Menuda gilipollas. —Bufó Laila—. Tú ni caso, reina. Y como te deprimas por ella, te juro que te doy una colleja.

Elena sonrió, pero enseguida esa sonrisa desapareció cuando vio cómo su amiga echaba en el café de Barbie Víbora unas gotas de un líquido transparente.

—¿Qué haces? —preguntó Elena en un susurro asombrada.

No quería que Jaime la oyera y viera lo que Laila estaba haciendo. El hombre se encontraba de espaldas limpiando las baldas con un trapo húmedo.

—Darle sabor al café. Se va a cagar ese imbécil. Y nunca mejor dicho. —Sonrió mientras cerraba la botellita del laxante.

—¡Laila! Estate quieta —la regañó—. ¡Es tu primer día!

—Pues que me echen, pero esa víbora se merece que le den de su propia medicina.

—¡Haz otro café! —le ordenó.

—Lo siento, pero no. Que se joda —bramó enfadada—. Estoy harta de cómo te trata; a ti y al resto de los empleados del hotel. Ya verás como con el café se le bajan los humos... y otra cosa.

Pocos minutos después, Esther volvió. Tenía sus ondas rubias algo

revueltas y se pasaba los dedos por las comisuras de los labios como si se intentara quitar los restos de algo que había comido. Se pasó las manos por el pelo y se bebió de dos tragos el café antes de volver a marcharse.

A Elena no le cabía la menor duda. Esa idiota acababa de acostarse con el jefe de cocina. No era ni tonta ni ciega. ¿Debería decírselo a Samuel? Por una parte, tenía derecho a saber que su novia le ponía los cuernos, pero, por otra, igual se enfadaba con ella y la tachaba de mentirosa. Por el momento, callaría.

Tras acabar el café, se despidió de Laila y se dirigió al restaurante para ir preparando algunas mesas. A pesar de que Esther la había tachado de vaga, ella sabía que no tenía razón, pues jamás podía estarse de brazos cruzados.

Se encontró con varios compañeros que charlaban tomando un café y al verla, la sonrieron y la invitaron a sentarse con ellos. Ella se excusó varias veces diciendo que ya había almorzado, aunque acabó aceptando su invitación tras la insistencia de estos. Se llevaba muy bien con el resto de la plantilla de camareros.

Estaban conversando animadamente cuando oyeron un estruendo acompañado por el sonido de unos tacones corriendo. Todos alzaron la vista y vieron como Esther corría con las manos sujetándose el trasero, lo más disimuladamente que podía, mientras de él salían extraños sonidos. Ante esa visión, todos comenzaron a reír a carcajadas sabiendo lo que le pasaba a aquella pija.

Sin poder evitarlo, Elena también rio.

«Bien hecho, Laila», pensó sonriendo, pero calló.

A las doce y media, todos se levantaron y se pusieron en marcha. Trabajaron bastante a gusto, pues Esther no había salido del baño y no tenían a nadie que les incordiará mientras trabajaban. Todo fluyó de maravilla sin esa mujer hasta que el restaurante volvió a cerrar a las tres de la tarde.

—Menuda sonrisa tienes hoy —la saludó Samuel cuando llegó. Esa semana le tocaba turno de tarde.

—Ha sido un buen día de trabajo.

No pensaba decirle que el porqué de aquello era por el apretón que le había provocado Laila a su novia. Pero se lo merecía. No solo trataba como

basura a la gente, sino que engañaba a un hombre tan maravilloso como él.

—No vuelves hasta las ocho, ¿no?

—¡Exacto! —Le sonrió—. Iré ahora a casa de Nerea a hacerla compañía y a ver a mi sobrinita.

—Alba nos tiene a todos a sus pies. —Sonrió—. Oye, ¿qué te parece si algún día, en un descanso, tomamos un café? Me gustaría conocer más cosas de ti.

Ella se sonrojó ligeramente y se mordió el labio inferior.

—Me encantaría, aunque no hay mucho que contar. Ahora soy lo que ves.

—¿Ahora? —preguntó él.

—Sí, antes no era como soy ahora. No me siento orgullosa de mi yo de antes.

—Me gustaría conocer tu historia, Elena. Por muy macabra que sea, ahora me pareces una mujer increíble.

—No sé si pensarás lo mismo si algún día te cuento todo.

Samuel se acercó a ella y se inclinó hacia su oído. Elena cerró los ojos y aspiró disfrutando del aroma tan agradable y masculino que desprendía. Le daban ganas de girar el rostro y posar su boca en su cuello para saborearlo. Pero no debía. Apretó los ojos para evitar cometer aquella locura.

—Estoy seguro de que nada cambiará mi forma de verte —le susurró—. Créeme cuando te digo que me pareces una mujer maravillosa. Me encanta verte tan enérgica y motivada mientras trabajas, cómo siempre sonríes a pesar de que Esther te hace las peores trastadas, por llamarlo finamente. Me gusta ver cómo disfrutas de la ternura que te transmite Alba, cómo apoyas y quieres a tus amigas y eres capaz de todo por ellas. Todo eso me indica que eres increíble.

Elena se derritió por dentro y su corazón latió desbocado ante esas palabras. Los cosquilleos de su estómago aumentaron como si se tratara de una explosión en su interior. ¿Por qué tenía que ser tan maravilloso? En ese momento tenía dos pensamientos contradictorios: lanzarse a sus brazos sin importarle lo que pensara de ella o huir. Le parecía más atractiva la segunda.

—¿Te tomarías ese café conmigo? —le volvió a preguntar tras apartarse al ver que ella se quedaba callada.

«Ni de coña», pensó.

—Sí —respondió con una voz característica de una muñequita. Solo le faltaban los corazones a modo de ojos.

«Muy bien, Elena. Simplemente, genial», se regañó mentalmente.

—¡Estupendo! Pues ya quedaremos. Ahora será mejor que me vaya a trabajar antes de que Hugo me eche una bronca por llegar tarde. —Rio y se inclinó para darle un beso en la mejilla—. Hasta luego, Elena.

—Hasta luego. —Le vio marcharse y una idea cruzó por su cabeza. No sabía si sería buena, pero si no se lo preguntaba, sabía que se arrepentiría—. Esto, Samuel. —Él se giró—. ¿Tiene planes para Nochevieja?

—De momento, no.

—Verás, Laila y yo vamos a cenar en un restaurante y luego iremos a tomar unas copas a la discoteca donde trabaja el novio de Ada. —Se rascó tras la oreja—. Si no tienes planes, ¿te gustaría venir?

—No quiero molestar...

—No vas a molestar. Me gustaría que vinieras, si no tienes otros planes.

Pensó en la posibilidad de que le preguntara si podía llevar a su novia y lo que menos deseaba Elena era empezar el año con esa idiota. No había caído en ese detalle antes de proponérselo y ahora no había vuelta atrás.

—Me encantaría.

—¡Genial! Pues cuando reservemos, te mando un mensaje con el nombre del restaurante y la dirección.

—Vale. Gracias por invitarme, Elena.

—No me tienes que agradecer nada. Bueno, te dejo trabajar. Nos vemos.

Desde aquella conversación, los nervios azotaron cada día a Elena. No era una cita ni nada parecido, y ya había cenado antes con Samuel, hacía apenas tres días, pero cada vez que sus miradas se cruzaban, nuevas sensaciones le recorrían el cuerpo.

Llegó el día. Laila había recogido el vestuario que llevaría aquella noche y se había reunido con Elena en la habitación que esta ocupaba en el hotel para prepararse juntas.

El vestido que llevaría Elena era de color dorado con escote palabra de honor en forma de corazón. El cuerpo estaba formado por lentejuelas y de la cintura salía una falda de tul con algunos brillos. Complementaba el conjunto con unos taconazos negros y con sus rizos castaños sueltos cayendo por sus hombros y a la altura de su pecho.

Por su parte, Laila llevaría un vestido negro ceñido sin mangas y con apertura en el pecho por el que mostraba el canalillo. Era muy sexy y atrevido, y con el cuerpo que tenía le quedaba de maravilla. Al igual que Elena, llevaba unos tacones negros, pero se había recogido su oscuro cabello en un moño en la nuca dejando unos mechones sueltos a ambos lados de la cara.

—¿Crees que conseguiremos algún polvo? —bromeó Laila mirándose al espejo—. Ya sé que Raffaella Carrà canta que para hacer bien el amor hay que venir al sur, pero el movimiento de caderas de la costa mediterránea es de la mejor calidad.

—¡No me recuerdes esa canción! —Rio Elena recordando aquella noche en el hotel en el que perdió la apuesta y tuvo que apuntarse al concurso de karaoke.

Laila rio al recordarlo y comenzó a ponerse el abrigo de color nude mientras Elena se colocaba el suyo negro. Cogieron los bolsos de mano y salieron del hotel para pedir un taxi que les llevara al restaurante. Esa tarde, Elena había enviado un mensaje a Samuel para ver si le pasaban a buscar, pero él rechazó la oferta. Prefirió reunirse en la puerta con ellas.

A Laila le pareció una idea genial que Samuel se uniera a ellas. Elena le contó a su amiga por encima la historia que él le relató y al igual que ella, Laila se emocionó. Era algo muy duro. Además, Samuel le caía de maravilla y sabía que lo pasarían bien los tres juntos.

Al llegar, él las saludó con dos besos y entraron. El *maitre* les condujo hasta la mesa que tenían reservada. Pasaron la cena de forma muy amena, riendo, hablando y comiendo como los tres buenos amigos que eran, hasta que, a cinco minutos de las doce de la noche, les trajeron doce uvas dentro de

una copa que comieron al ritmo de las campanadas.

Laila no pudo con ellas. Se ahogó en la sexta y comenzó a toser y a expulsarlas en una servilleta mientras Samuel y Elena se concentraban para terminarlas. Con la boca llena, se desearon un feliz año nuevo y los tres se abrazaron y besaron felicitándose el año. Brindaron con el champán que les sirvieron y tras pagar la cuenta, salieron para ir a la discoteca donde Sergio trabajaba.

Samuel intentó despedirse de las chicas, pero Laila no le dejó marcharse a casa. A él no le iban nada las discotecas ni los cubatas, pero no quería hacerles el feo a las jóvenes y accedió a tomarse una copa.

Llegaron y Ada ya las esperaba. Llevaba un vestido color beige palabra de honor muy sencillo. Lo único que lo adornaba era un cinturón ancho negro que le rodeaba la cintura.

—¡Feliz año! —las saludó dándoles un gran beso y abrazo a sus amigas—. ¡Qué sorpresa, Samuel! No sabía que venías. —Le sonrió.

—Ha sido gracias a estas dos locas. Es imposible decirlas que no.

—Pues me alegro. —Se acercó a él para darle dos besos—. Vamos a por unos chupitos dentro para brindar. ¡Me estoy congelando!

—¿Y Nerea? —preguntó Elena al no verla.

—Me ha mandado un mensaje. Alba está con fiebre y no quiere dejar a Hugo solo con la niña.

—Pobrecilla —se lamentó Laila—. Nos tomaremos dos chupitos más a su salud.

Durante un par de horas todos bebieron, bailaron y vitorearon a la pelirroja cuando saltaba por encima de la barra para darle un buen morreo a su novio. Laila y Elena salieron a la pista donde se movían como si fueran unas auténticas expertas.

Samuel apartaba la mirada cada vez que un tío se ponía a bailar con Elena. Pudo apreciar cómo le incomodaba que se le acercaran y cada vez que los hombres le preguntaban algo muy cerca de su oído, ella siempre negaba con la cabeza. Volvió a ver ese miedo en su mirada.

Sin saber si lo que iba a hacer era lo correcto, atravesó la pista cuando vio

que Laila regresaba a la barra y tras coger la mano de Elena tiró de ella para separarla del tipo que tenía bailando a su espalda haciendo que sus cuerpos se tocaran. *Applause* de Lady Gaga sonó por los altavoces.

Elena aspiró ese aroma tan masculino que no se quitaba de la cabeza y alzó la vista. Le miró a esos ojos color miel y se mordió el labio inferior. La observaba completamente serio, incluso parecía molesto con algo, pero esa mirada le resultó tremendamente sexy. El pulso se le aceleró y comenzó a respirar con dificultad. No bailaron. Simplemente se quedaron quietos, mirándose mientras él rodeaba con sus fuertes brazos su cintura y ella apoyaba las manos en su pecho notando su corazón latir bajo su palma. Samuel comenzó a bajar su rostro al de ella, pero Elena se apartó.

—Lo siento. No puedo.

Se separó de él y corrió hacia la barra donde estaban sus amigas quienes parecían no haber visto nada. Estaban muy entretenidas hablando y bebiendo.

—Chicas, me voy. No me encuentro muy bien.

—Nena, duermes en mi casa. ¿Quieres que nos vayamos? —le preguntó Ada preocupada acariciándole el brazo.

—Solo son las tres, no te preocupes. Creo que iré a dar un paseo. Avisadme cuando salgáis y me reúno con vosotras.

—¿Estarás bien? No me gusta que vayas sola por la noche —comentó la pelirroja.

—Iré a la playa y llevo el *spray* en el bolso. De verdad, estaré bien.

Ada se quedó pensativa. No quería dejarla sola y tras cruzar una mirada con Laila, supo que ella tampoco.

—¡Nos vamos contigo! —decidió la más bajita.

—Que no, que no quiero cortaros el rollo.

Ada se bebió de un trago lo que le quedaba en la copa y comenzó a caminar a la salida tras robarle un tierno beso a Sergio. Samuel llegó hasta ellas y miró a Elena, pero ella apartó la mirada y enseguida salió de la discoteca.

Las tres llegaron al piso de Ada y Sergio un poco borrachas. Laila y la

anfitriona comenzaron a reírse mientras se quitaban los tacones.

—¡Oh qué gusto! —dijo Ada—. Menos mal que preparé el sofá-cama antes de salir, si no, lo siento Laila, pero dormirías en el suelo. —Rio.

—¡Menos mal!

—Laila —la llamó Elena—. Duerme tú en la habitación. Yo aún no tengo sueño y sabes que no duermo mucho. Tú estarás roque hasta medio día y dormirás más cómoda.

—¿De verdad no te importa?

—Claro que no. Buenas noches.

Cada una se metió en su habitación y cuando comprobó que no salían de nuevo, Elena salió del piso. Cogió el juego de llaves de Ada que vio que había dejado en un cuenco en el recibidor de la entrada y cerró sin hacer ruido.

Llegó a la playa y se quitó los tacones para andar por la arena hasta llegar a la orilla. Dejó que las olas mojaran sus pies y no le importó en absoluto que se los congelara. No dejaba de pensar en el momento de la discoteca con Samuel. Ni siquiera estaba muy segura de qué había pasado. Era verdad que había bebido, pero solo el chupito al que les invitó Sergio y para no hacer el feo. Cuando había salido a bailar con Laila y se habían acercado a ella diferentes tipos, se había sentido incómoda. Puede que su amiga sí quisiera ligar aquella noche, pero ella no. No quería más rollos de una noche y entró en la discoteca decidida a no irse con ningún tío. Lo que no se esperaba era esa reacción de Samuel. Solo recordar cómo la había mirado y cómo la había apretado contra su cuerpo, volvía a notar las piernas temblarle.

Se sentó en la arena sin importarle que el abrigo se le manchara y dobló las rodillas para abrazárselas. Definitivamente, debía alejarse de él. Dejar de sentir todo lo que sentía cuando lo tenía cerca.

«Joder, Elena, recuerda que tiene novia y aunque esa tía te caiga mal, si rompen por tu culpa, vas a sentirte peor de lo que ya te encuentras», se regañó. «Y aunque no la tuviera, él no se merece a alguien como tú».

Una lágrima se deslizó por su mejilla, pero se la secó con rapidez. Estuvo horas ahí sentada y solo se movía cuando la marea subía o bajaba. Le dio completamente igual el frío y no se fue hasta que vio aparecer el primer

amanecer del año.

Capítulo 10

Pasaron los días y Elena cumplía su promesa.

Se había alejado de Samuel. Ni siquiera le saludaba cuando le veía y coincidían por el hotel. Sabía que, si seguía acercándose a él, las cosas se iban a complicar mucho, pues ese hombre le atraía como ningún otro.

Quizá debería volver a la vida que llevaba antes. No se refería a su oscuro pasado, sino a enrollarse con un tío si este le resultaba mínimamente atractivo. Pero estaba harta de sentirse vacía con el sexo. En sus últimas relaciones sexuales no había llegado al orgasmo. Ni si quiera lo había rozado. Era como si a su cuerpo ya no le gustara el sexo.

Descartó la idea y decidió que preferiría vivir como una monja antes que enrollarse con un tío por el que no sintiera nada.

Aunque no todo era malo. Hacía un mes que entró en el hotel y cuando trabajaba se sentía muy a gusto, salvo por Barbie Víbora. Desconectaba de los pensamientos que le atormentaban. Además, Laila también había superado su período de prueba y se sentía más cómoda con su amiga allí, aunque no trabajaran en la misma sección.

Elena seguía buscando piso cerca del hotel y esperaba que saliera algún chollo. Ada quedó en llamarla si encontraba algo que se ajustara a su presupuesto.

Por su parte, Laila seguía instalada en casa de Ada y Sergio, y como ninguno de los dos se sentía incómodo con su presencia, había decidido esperar a tener más ahorros para buscar algo.

Samuel se sentía dolido e iba a trabajar sin mucho ánimo. Ver cómo Elena le rehuía le hizo entender a su amigo, pues le paso algo muy parecido con Nerea, solo que con ella lo solucionó enseguida.

Llevaba un mes sin hablar con ella. Le había mandado WhatsApps y llamado varias veces, pero no le respondía y, cuando quería interceptarla mientras trabajaba, Elena lo veía venir y se escabullía antes de que él consiguiera alcanzarla. ¿Qué le ocurría con él? Aunque se hacía una ligera idea. Había estado a punto de besarla en Año Nuevo, en aquella discoteca y ella se había apartado. Eso solo podía significar una cosa. Él no le atraía e ignorarle era una forma de indicárselo.

Por suerte para Elena, ninguna de sus amigas sospechaba nada. Era buena en ocultar sus sentimientos y aunque Laila al principio sí sospechó que le gustaba, al saber que Samuel tenía novia, dejó de interrogarle sobre él. Y así debería seguir siendo.

Llegó la noche y Elena se recogió ese día el pelo en un moño en la nuca. Bajó al restaurante y comenzó a trabajar para que estuviera todo listo para la llegada de los clientes. Ese día los cocineros habían preparado un gran bufé, donde con varias comidas hicieron dibujos y con fruta crearon los famosos pájaros del juego *Angry Birds*. Elena quedó maravillada con aquel trabajo y no dudó en sacar su móvil para hacer una foto.

Al igual que ella, los huéspedes hicieron fotos a las obras maestras que habían preparado en la cocina y ella sonreía al ver a la gente disfrutar con algo tan sencillo. Desvió la mirada a una niña con el pelo negro liso que no tendría más de ocho años y la vio ponerse de puntillas para alcanzar uno de los pocos calamares que quedaban en la bandeja. Fue a ayudarla, pero la niña consiguió lo que quería, aunque al darse la vuelta, chocó con Esther manchándole su carísimo vestido con la grasa de aquellos fritos y con la salsa de tomate de los espaguetis que contenía el plato. Sin dudarlo, empujó a la niña quien cayó al suelo. El plato se rompió y los calamares y la pasta se esparcieron por el suelo.

—¡Maldita mocosa! —espetó Esther furiosa—. ¡Este vestido vale más que tú!

La niña se asustó y comenzó a llorar sin saber qué hacer. Elena no lo dudó y se acercó a la pequeña, no sin antes apartar de un suave empujón a Barbie Víbora de la niña.

—Eres una auténtica zorra —le susurró para que la pequeña no la oyera.

Cambió su gesto enfadado por una sonrisa y se giró hacia la niña. Se

agachó junto a ella y la ayudó a levantarse del suelo.

—Hey, no llores cariño. —Le secó las lágrimas—. No pasa nada. Esto lo limpio yo en un *plis*.

Samuel, que había visto todo desde la parte donde estaba entreteniéndolo a los clientes que esperaban mesa, apretó los puños furioso y se dispuso a ir hacia donde Esther y sacarla a rastras hasta el despacho de Alejandro para contarle lo sucedido, pero Hugo le detuvo. No le dejó ir hasta que estuvo más calmado.

—Hola pequeña —la saludó en cuanto llegó a su lado—. No llores, ¿vale? Que ahora mismo nos vamos tú y yo a por un buen plato de espaguetis y calamares —dijo al ver la comida que había en el suelo.

Elena no le quiso mirar, por lo que comenzó a recoger los trozos grandes del plato con la mano. La madre de la niña llegó hasta ellos y tras explicarle que había sido un accidente y que la niña estaba bien, se tranquilizó y le dio las gracias por haber cuidado de su pequeña.

—He visto todo. Lo de Esther no ha estado nada bien. No debería tratar así a los niños.

—¡Estoy harta de ella! —espetó mirándole a los ojos y dirigiéndole la palabra tras tantos días sin hacerlo—. Harta de esa Barbie Víbora —soltó sin importarle si le ofendía que insultara a su novia. Necesitaba desahogarse y puede que así la dejara en paz y le comenzara a ignorar.

—¿Barbie Víbora? —preguntó Samuel divertido ante ese nombre.

Elena echó un largo suspiro y asintió.

—Sí. Existen las Barbies Dulces Sueños y a nosotros nos ha tocado soportar a la Barbie Víbora.

Samuel soltó una carcajada y Elena se sorprendió. ¿Cómo podía reírse de lo que había dicho? ¡Había insultado a su novia delante de él! ¿Qué clase de relación tenían esos dos?

Elena siguió recogiendo lo que se había caído y se acercaron a ella otros dos compañeros más para ayudarla.

—Me alegro mucho de que Sara haya sido madre tras tanto tiempo intentándolo. —dijo una de sus compañeras—. Pero, ¡Dios! Ojalá vuelva

pronto, no aguanto más a esa gilipollas.

Elena volvió a mirar a Samuel para ver cómo reaccionaba. Lo único que hizo fue asentir como si le diera la razón a lo que acababa de decir la otra joven.

—Sara es una más. —Habló el otro camarero que comenzó a barrer el suelo—. Esther se cree la única y el ombligo del mundo.

—No creo que le quede mucho aquí. Ha agredido a una niña pequeña y es una actitud inadmisibile. Hablaré con Alejandro —declaró Samuel con los brazos cruzados.

Eso volvió a extrañar a Elena y quiso preguntarle por qué quería perjudicar a su novia de aquella forma. Ahí había algo que no le encajaba.

—Pues ojalá te haga caso. —Suspiró la joven camarera—. Porque no aguanto más que me mire a mí y a los demás por encima del hombro. Nos trata como si fuéramos sus sirvientes y como auténtica basura. Solo le queda ordenarnos que besemos, literalmente, el suelo por donde pisa. Yo no puedo más y prefiero largarme antes de seguir soportando esto. Tengo una dignidad.

—El otro día hablamos toda la plantilla del restaurante —comentó el camarero mirando a Samuel—. Acordamos que, si la semana que viene Esther no se iba, nos presentaremos todos en el despacho de Alejandro y Pedro, y ofreceremos nuestra dimisión si no la despiden.

—Siento si hemos sido bordes —se disculpó Elena por los tres—. Pero creo que necesitábamos desahogarnos.

Samuel asintió y desapareció por la puerta. Ahora sí que parecía cabreado con lo que habían dicho de su novia, pero le daba igual.

El animador salió furioso del restaurante y se dirigió al despacho de Alejandro. Entró en él sin llamar.

—Seré breve. Te diré el plan de tus empleados. —Alejandro le miró y frunció el ceño. Jamás había visto a Samuel tan enfadado—. Los empleados van a dimitir la semana que viene si no se va Esther. Sé que eres mi jefe, pero no puedo permitir que personas honradas se vayan por culpa de una única persona que no tiene ni puta idea de hacer su trabajo y si ellos dimiten, yo también lo haré, pues no quiero estar en un lugar donde no se mira por el bienestar de los empleados y el negocio.

Alejandro bajó la mirada y sin decir nada, abrió uno de los cajones del escritorio y sacó una carta que dejó encima de la mesa para que Samuel la viera.

—¿Qué es eso?

—Una carta de despido.

El estómago de Samuel dio un vuelco. No se lo podía creer.

—¿Me estás echando?

Alejandro le sonrió con complicidad y se levantó de la silla para acercarse a él.

—Es la carta de despido de Esther. Hoy es su último día.

—¿Por qué habéis tardado tanto?

—Ha sido un proceso lento. Cuando los empleados dimitían, Pedro y yo sabíamos el porqué, pero ellos no nos lo confesaban. Temían a Esther y sin su declaración, poco podíamos hacer. No había pruebas escritas. Pero el silencio del principio, fue desapareciendo cuando empezaron a llegarnos las primeras quejas, tanto verbales por parte de algunos empleados, como escritas por los clientes. Cuando conseguimos las necesarias, redactamos su carta, pero ya nos conoces. Queríamos ver si cambiaba y, al ver que no lo hacía, Pedro y yo decidimos que en cuanto el restaurante se cierre, le haremos llegar la noticia. Se acabó, Samuel.

Él asintió y bajó la mirada. Estaba más calmado, pero Alejandro seguía viendo un atisbo de nerviosismo en él.

—Dile a mi yerno que se encargue él de la animación esta noche. Vete a casa y descansa, Samuel.

—No, estoy bien. ¿Te importa si les anuncio a los empleados tu decisión? Están hartos.

—No me importa, pero procura que Esther no se entere.

—Así será.

Samuel salió del despacho del director y entró en el restaurante justo en el momento en que los camareros estaban recogiendo. Esther los miraba a todos y daba órdenes sin cesar. No pensaba perderse el momento de ver su cara

cuando la despidieran.

Observó a Elena colocar en una torre varios platos y los cogió para llevarlos a la cocina, pero al pasar al lado de Esther, esta le puso la zancadilla haciendo que se cayera y los platos se rompieran. Sin poder evitarlo, su mejilla tocó la porcelana rota produciéndole un leve corte.

Sin dudarlo, Samuel corrió hacia ella y se asustó al ver la sangre en su bello rostro.

—¿Estás bien? —se preocupó ayudándola a levantarse.

—Sí. ¡yo sí que estoy bien! —le gritó aguantándose las lágrimas—. ¡La única que está mal aquí es tu novia! —Señaló a Esther—. ¡¡Está mal de la puta cabeza!!

—Espera... ¿Novia? ¿Crees que Esther es mi novia? —preguntó extrañado.

Elena le miró con esperanza.

—¿No lo es?

—¡Por supuesto que no! Habría que estar como una regadera para salir con Barbie Víbora —la llamó por el mote que ella le había puesto lo que le hizo sacar una sonrisa.

Pero por muy pequeña que fuera aquella sonrisa, por dentro Elena estaba saltando de alegría. ¡No era su novia!

—¿Por qué creías que lo era?

—Cuando nos volvimos a ver tras quince meses y estábamos en la piscina, ella llegó y te llamó cariño.

—Tú y yo tenemos mucho que hablar, preciosa. Y esta vez no te escaparás. Aún me debes un café.

Ella soltó una leve carcajada y asintió. Se había acabado el ignorarle, pero eso no quería decir que se convirtieran en algo más que amigos o compañeros de trabajo.

—¡Apártate de mi hombre, zorra! —Esther agarró del pelo a Elena e hizo que cayera hacia atrás golpeándose la espalda.

La *maître* se dispuso a seguir golpeándola rabiosa porque Samuel no le

hiciera ni caso, pero una mano le rodeó su brazo y la alejó de Elena.

—Como vuelvas a tocarla, juro que acabaré contigo.

—¿Qué vas hacer, querido? ¿Hacer que me despidan? —Rio maliciosa—. Ya te lo dije, bombón. Unas lágrimas de cocodrilo pueden con cualquier hombre.

—Si eso es lo que crees —dijo mirándola por encima del hombro—. ¡Demuéstramelo!

Le dio la vuelta y Esther palideció en segundos al ver que Pedro y Alejandro la miraban muy serios. No tardó en ponerse a llorar como la falsa que era. Se acercó a ellos y comenzó a acusar a Samuel de intentar agredirla y les contó que llevaba días acosándola. Él no se defendió de esas mentiras, pues Alejandro y Pedro no las creían.

—Iba a decírtelo en privado, Esther, pero creo que no te mereces esa privacidad. Estás despedida. Mañana no quiero verte aquí.

—Pero...pero... —balbuceó.

—No quiero llamar a seguridad, Esther. Así que desaparece de este hotel cuanto antes.

Sintiéndose completamente humillada, la mujer salió del restaurante y del hotel para siempre y los presentes prorrumpieron en aplausos. Tal era la emoción, que cogieron a Alejandro y a Pedro y comenzaron a alzarlos en el aire como si fueran entrenadores de fútbol.

Elena rio ante aquel panorama, pero se giró al notar que una mano cubría la suya.

—Ven conmigo. Voy a curarte esa herida de la cara —le ordenó Samuel tirando de ella.

Entraron en la cocina, pero en vez de detenerse, se metieron por una puerta que usaban a modo de enfermería. Allí se encontraba todo lo relacionado con los primeros auxilios. Samuel cogió el botiquín y sacó algodón y agua oxigenada.

—Siéntate —le pidió, pero al no ver ninguna silla, tuvo que acomodarse en la pequeña mesa que había.

Samuel mojó el algodón con el agua oxigenada y se acercó a Elena. Para tener mejor acceso a su rostro y curarla mejor el corte que se había hecho, posó las manos en sus rodillas y le separó las piernas para colocarse entre ellas. Al notar su contacto, ella cogió aire.

Con delicadeza, él posó una mano en su barbilla y le giró el rostro para tener mejor acceso al corte. Primero, limpió la sangre que había caído por su mejilla y después posó el algodón en la herida. Ella emitió un pequeño gemido de dolor, pero dejó que él le hiciera.

—¿Por qué Esther te llamó cariño aquel día? —le preguntó sin soportar más el silencio que había.

—No es mi novia. Nunca lo ha sido, pero sí me acosté con ella su primer día de trabajo.

Ella tragó saliva sintiendo una punzada en el pecho ante su sinceridad.

—¿Qué viste en ella?

—Cuando lo hice, no se mostró como en realidad era. Se puso una máscara de chica perfecta para que la contrataran. Lo consiguió, por lo que fuimos a cenar para celebrarlo y bueno, acabamos en la cama —le relató terminando de desinfectarle la herida—. Al día siguiente, vino al trabajo y se dejó ver cómo era en realidad. No la volví a tocar, pero ella creyó que volvería a hacerlo y ha estado persiguiéndome todo este tiempo.

—No eras el único con el que se acostó —se sinceró recordando lo sucedido el día en el que Laila le echó el laxante en el café.

—Lo sé. Se tiraba también al jefe de cocina y seguro que a alguno más.

—¿Lo sabías? —preguntó asombrada.

—Toda la plantilla lo sabía.

—Me ha alegrado saber que no era tu novia. Te mereces algo mejor que a esa Barbie Víbora.

Samuel soltó una carcajada al oír de nuevo aquel mote que sin lugar a duda le venía que ni pintado. Comprobó que la herida había dejado de sangrar y tiró el algodón a la basura. Elena fue a saltar para bajarse de la mesa, pero Samuel se lo impidió inclinándose hacia ella y colocando sus manos a ambos lados de sus caderas.

—¿Por qué no has querido hablar conmigo este último mes? ¿Fue por lo de la discoteca? Si es por eso, te pido disculpas.

—En parte —contestó. No quería que pensara que se sentía atraída por él —. Te agradezco que me rescataras de los babosos que se me acercaban, pero si me marché, fue porque creía que tenías pareja y no estaba bien aquello. Además, yo no... Quiero decir que... —No le salían las palabras.

—No hace falta que digas nada, ya sé lo que quieres decir.

Samuel no pensaba decir en voz alta que sabía que ella no se sentía atraída por él, pero quería tranquilizarla.

—No te preocupes, Elena. Solo quiero ser tu amigo.

«Genial. No tiene pareja y acaba de dejarme claro que solo quiere ser mi amigo. No le gusto. Aunque es lo que quería, ¿no? Que no suceda nada entre nosotros, ¿verdad?».

—Me encantaría ser tu amiga, Samuel. —Sonrió, aunque esa sonrisa era algo forzada.

—¿Me prometes que no volverás a ignorarme?

Elena se sonrojó, pero asintió.

—Te lo prometo.

Samuel sonrió y le guiñó un ojo antes de separarse de ella para dejarla bajar. Ambos salieron de allí y al llegar al *hall*, Samuel se despidió de Elena hasta el día siguiente con un beso en la mejilla. Se había acostumbrado a aquello y, sin duda, no podía tener una costumbre mejor.

Capítulo 11

Desde que Esther fue despedida, el hotel volvió a ser como antes. Tras mucho debatirlo, Pedro y Alejandro decidieron que, tras la vuelta de Sara, habría dos *maîtres*. Sara, que atendería a los clientes en la entrada al restaurante y Fermín, quien sería el encargado de guiar a los huéspedes hasta la mesa correspondiente.

Fermín llevaba años trabajando en el hotel y tras la marcha de Esther, Alejandro le ofreció el nuevo puesto de *maître* que el hombre aceptó y los empleados celebraron. Era lo que tendrían que haber hecho desde un principio.

Desde ese día, la relación de Elena y Samuel se consolidó. Eran buenos amigos y compañeros de trabajo y habían establecido una rutina. Cuando él tenía turno de mañana, tomaban un café los dos juntos en el descanso del mediodía y cuando tenía de tarde, lo hacían en el descanso de él hasta que ella entraba en el restaurante a las ocho de la tarde. Siempre lo hacían fuera del hotel para desconectar del trabajo.

Se contaban todo tipo de cosas, pero ninguno le relataba al otro los sucesos más duros de su vida. Elena temía que pudiera cambiar de opinión con respecto a ella si conocía lo que hizo. Por su parte, Samuel no la presionaba.

Él le contó que hizo la carrera de Magisterio de Primaria, especializándose en Educación Motriz, por eso le encantaba su trabajo.

Ella le explicó que consiguió sacarse el grado de Auxiliar de Enfermería gracias a su ángel de la guarda que era la señora González. Samuel sonreía al ver el cariño que transmitía Elena al hablar de aquella mujer, pero en cambio, de sus padres, no hablaba nunca. Le daría tiempo para que se abriera emocionalmente a él.

—Buenos días, desaparecida —saludó Laila a Elena cuando la vio sentarse en el taburete de la barra del bar—salón—. Hacía mucho que no venías a tomar café aquí, ¿dónde te metes?

—Salgo del hotel en mis descansos. Me agobia estar tanto tiempo aquí y voy a una cafetería que hay cerca de la playa —explicó mientras Laila le servía el café como le gustaba.

Elena no pensaba contarle que no iba sola a aquella cafetería, sino que lo hacía con Samuel. Laila se pondría muy pesadita si se enteraba de esas escapadas con él y le haría un tercer grado en condiciones. Solo eran amigos. Samuel le había dejado claro que no se sentía atraído por ella y cuando hablaban, no notaba absolutamente nada. Solo esperaba que a ella tampoco se le notara cómo le afectaba aquel hombre, sobre todo cuando siempre se despedía con un beso en la mejilla.

A pesar de que la mejor opción era alejarse de él antes de que sus emociones se intensificaran, no podía hacerlo. Se sentía tan bien cuando estaban juntos, por lo que lo mejor era no complicar las cosas y dejarlas estar tal y como estaban. A veces necesitaba a alguien más para desahogarse de lo que le molestaba de sus amigas, como cuando le contó lo que Laila había hecho en el café de Esther. Puede que aquella mujer se lo mereciera, pero era el primer día de trabajo de Laila y si la hubieran pillado, lo más probable hubiera sido que la despidieran. Al escuchar lo que sucedió, Samuel se carcajeó, pero le dio la razón a Elena.

—¡Me has sustituido! —exclamó Laila haciéndose la ofendida y llevándose una mano al pecho.

—Melodramática. —Sonrió—. Oye, ¿cuándo vas a decidir independizarte de Ada y Sergio? Te estoy esperando para compartir piso. Si me mudo yo sola, se me va todo el sueldo en el alquiler.

—Dame unos meses, Elena. Quiero tener ahorros por si acaso.

—No tengo prisa. —Le sonrió—. No te preocupes.

Siguieron hablando cuando muchísima gente comenzó a entrar en el bar—salón junto con Samuel y Hugo. Estos llevaban un carrito que transportaba un reproductor de música y varios altavoces. Vieron como lo ponían en una esquina al lado del escenario y mientras Samuel lo preparaba, Hugo corrió hacia las chicas.

—Laila, dame dos botellas de agua, por favor —le pidió.

—¿Qué vais a hacer? —preguntó mientras abría la nevera.

—Mi padre y Alejandro han tenido la genial idea de hacer una actividad más para adultos —ironizó—. Ahora hay menos niños, al ser temporada escolar, y no se le ha ocurrido otra cosa que nos aprendamos unas coreografías de Batuka.

—¡Anda! Hace años que Elena y yo nos apuntamos a unas clases de eso y nos sabemos las coreografías de memoria. —Comenzó a realizar algunos pasos tras la barra divertida.

Elena rio y asintió. Cuando se conocieron, estaban de moda aquellos bailes. Se trataba de un programa de *fitness* que mezclaba movimientos aeróbicos y baile. Su objetivo era quemar calorías y mantenerse en forma de manera divertida. A pesar de que hacía años que no lo practicaba, Elena se sabía las coreografías de pe a pa.

—Cuando Nerea se iba a trabajar al colegio y teníamos Samuel y yo turno de tarde, quedábamos en mi casa para aprendernos las dichosas coreografías. Puede que en las tías queden bien, pero en nosotros se ven ridículas. Son demasiado femeninas.

—¡Anda ya! Si en los vídeos de YouTube también bailan chicos —le comentó Laila dejando las dos botellas en la barra.

—¿Por qué practicabais cuando Nerea no estaba? —preguntó curiosa Elena.

—¿Sabes el cachondeo que se pegaría si nos viera? Solo te diré que, desde su balancín, Alba se reía. Menos mal que no sabe hablar aún o ya se lo largaría a su madre.

Las amigas soltaron una carcajada y con una mirada ambas se entendieron. Ese momento debía ser inmortalizado.

Hugo se despidió de ellas y se reunió con Samuel a quien tampoco le hacía ninguna gracia la actividad. Explicaron a los participantes lo que realizarían. Primero enseñarían los pasos y sus nombres y harían varias repeticiones. Cuando ya estuviera aquella parte hecha, pondrían la música para realizar la coreografía.

—¡Me encanta esa canción! —Aplaudió Laila.

—Pero si aún no están con la música —dijo Elena—. Les están enseñando los pasos.

—Por los pasos sé que la canción es *Esta pena mía*.

La música sonó dándole la razón a Laila que empezó a cantar y a bailar tras la barra. Elena sonrió mirándola y negaba con la cabeza cuando su amiga la animaba a imitarla. No pensaba bailar.

—¡Ay Dios! —Se carcajeó Laila mirando a Samuel y Hugo—. Mira cómo mueven el culo. ¡Ole ahí! —gritó animando a todas las personas que estaban bailando—. Voy a grabarles, porque si no, Nerea seguro que no nos cree.

Dicho y hecho. Ambas amigas sacaron sus móviles y comenzaron a grabar a los animadores sin dejar de reír cuando tenían que dar golpes con las caderas. Los dos tenían un buen trasero y era un lujo para la vista verlos en movimiento.

Cuando acabó la primera canción, Elena y Laila aplaudieron y les vitorearon sin dejar de reírse. Ya habían enviado el vídeo al grupo de WhatsApp en el que estaban las cuatro amigas.

Al ver a esas dos disfrutar con el espectáculo, Hugo las invitó a unirse. Elena negó con la cabeza. ¡Ni muerta se iba a poner a bailar! Puede que se supiera las coreografías, pero le daba muchísima vergüenza salir. Aunque era verdad que, una vez salía y empezaba a disfrutar, se divertía como ninguna.

—¡Ya me gustaría, pero estoy currando Hugo! —gritó Laila desde la barra.

—Seguro que Jaime puede apañárselas cinco minutos sin ti, enana —la llamó por aquel nombre que sabía que odiaba.

—¡Serás!

—Morena, sal ahí y mueve ese culo y esas tetas que Dios te ha dado —la animó Jaime sacudiendo los hombros.

—Voy a decirle a tu novio que me miras las tetas mientras trabajamos —se mofó antes de salir para unirse a los animadores.

Al ver que Elena no se movía del taburete, Samuel corrió hacia ella y la cogió echándosela al hombro como si fuera un saco de patatas. Ella gritó y se sacudió intentado desprenderse de su agarre, pero él no la soltó hasta que la colocó en primera fila junto a ellos.

—Me ha chivado Hugo que vosotras os sabéis las coreografías, así que la siguiente canción, la vais a bailar vosotras y nosotros miramos.

—¡Tendréis cara! —Rio Elena—. Queréis que os hagamos nosotras el trabajo.

—¡Vais listos! —apostilló Laila—. Los dos aquí ahora mismo o reparto collejas.

Los chicos asintieron y tras enseñar los pasos de la coreografía para que los huéspedes los conocieran, pusieron la canción. Era la favorita de Elena. Se llamaba *Abúsame*. La letra y coreografía le parecía de lo más sexy y provocativa.

Comenzaron a bailar y Samuel no pudo evitar fijarse en el cuerpo de Elena en movimiento. Llevaba el uniforme, pero los pantalones eran unos pitillos negros que se ceñían perfectamente a sus piernas y su trasero. Tuvo que reprimir sus ganas de colocarse tras ella y posar sus manos en sus caderas mientras ella se movía. La deseaba, no lo negaba, pero no veía en ella ningún interés en él, por lo que se conformaba con ser su amigo y no complicar las cosas.

Aunque al principio Elena estaba roja como un tomate y se movía lo justo, al minuto el ritmo de la canción la invadió y comenzó a moverse con fuerza y marcando cada uno de los pasos disfrutando de aquello. Cuando acabó la canción, aplaudió y chocó las manos con Laila antes de abrazarse.

Se despidieron de los chicos y Elena vio como Samuel le guiñaba un ojo mientras la sonreía. Ella le devolvió el guiño y le comentó a su amiga que se iba a dar una ducha rápida antes de volver a entrar a trabajar. Apeataba a sudor del baile que habían hecho.

Al salir de la ducha con una toalla alrededor de su pecho, cogió el móvil de la mesilla para leer los mensajes que tenía del grupo.

Nerea:

¿Ese es Hugo? ¡¿Pero cuando ha aprendido mi novio a mover el culo así?!

Ada:

Pero bueno, mirad como les tiemblan las nalguillas. ¡Qué arte! 😂😂😂

Laila:

Nerea, según Hugo, Samuel y él ensayaban en tu casa cuando estabas trabajando. Bailaban en secreto para que no te mofaras de ellos. 😏

Ada:



Nerea:

La madre que los trajo. O sea que, en vez de cuidar a la niña, se ponían a mover el culo. Jajaja... madre mía, lo que habrá tenido que ver Alba de su padre y su tío.

Elena:

La niña se reía, según lo que nos han contado. Así que imagínate el espectáculo que daban. Eso sí, aquí lo han bordado. Jajaja... ya os avisaré si lo repiten para que vengáis.

Laila:

Y os podéis animar a bailar, ¿eh? Que nosotras lo hemos dado todo. Solo nos faltaban los cubatas jajaja...

Ada:

¡Estáis locas! Creo que me he confundido de trabajo.

Elena:

Hablando de trabajo, yo entro en diez minutos y tengo que vestirme. Hasta luego.

Elena bloqueó el teléfono y volvió a colocarse el uniforme antes de bajar al restaurante. Cuando acabó su turno, decidió salir del hotel tras cambiarse de ropa. Se había acostumbrado a pasear por la playa hasta que llegaba de nuevo la hora de regresar. Se quedó parada cuando vio a una pareja con un perro jugando con él. Aquel pastor alemán era precioso y Elena sonrió al comprobar el amor de esa pareja. Iban cogidos de la mano sonrientes y de vez en cuando se robaban un beso. Se les veía tan felices que sintió una punzada de envidia. Le encantaría tener algo así, pero a medida que el tiempo pasaba, lo veía difícil. En sus casi veintinueve años no se había enamorado y dudaba mucho de que algún día el amor llamara a su puerta. Ella provocó en su vida la soledad y ahora debía atenerse a las consecuencias.

—Así que aquí es donde vienes cuando sales de trabajar —dijo una voz a

su espalda.

—¿Me has seguido? Eso se llama acoso. —Sonrió a Samuel.

—Solo quería saber adónde ibas a las tres, cuando acabamos el turno.

—Tú lo acabas a las tres, a mí aún me quedan unas horas.

Él asintió y se acercó a ella con las manos metidas en los bolsillos. Mientras se colocaba a su lado, Elena clavó de nuevo la mirada en el pastor alemán. En ese momento, la pareja le ataba la correa para irse a su hogar.

—Yo nunca he tenido algo así —comentó sin dejar de mirar a la pareja—. Nadie me ha querido ni me quiere de esa forma.

—¿Hablas de amor?

—Sí. Jodí mi vida, Samuel. La jodí por querer ser una rebelde. Porque creía que, si no lo era, no viviría la vida. —Suspiró—. Pero estaba confundida. Vivir no significa ir de fiesta, estar con una persona cada noche y emborracharse, entre otras cosas... Vivir es disfrutar de las distintas experiencias que el destino te pone por delante para ser mejor persona y aprender nuevas cosas.

—¿Qué te ocurrió, Elena? —preguntó sin poder aguantar más.

—No me ocurrió nada. Yo lo hice. Yo provoqué cada cosa mala de mi vida.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —Ella asintió—. ¿Te gusta la vida que llevas ahora?

Elena se quedó pensativa. Era feliz, aunque en algunos aspectos de su vida se sintiera vacía.

—Tengo un trabajo que, tras irse Barbie Víbora, me gusta mucho; unas amigas algo locas, pero con las que puedo contar cuando las necesito y bueno, solo me queda encontrar un piso para dejar la habitación del hotel. —Sonrió—. Pero mi presupuesto no da para alquilar ni siquiera un piso de una habitación cerca del hotel.

—¿Estás buscando piso?

—Al menos, intentándolo.

—Verás, estoy buscando un compañero. Vivo en una casa individual a

diez minutos andando desde el hotel. Es muy pequeñita, pero tengo una habitación libre y me está agobiando el alquiler. Si quieres, puedes venir a vivir conmigo. Te saldrá más barato que cualquier otro piso que encuentres.

—No sé... —dudó.

Ya era suficiente verlo cada día en el trabajo como para tener que compartir piso con él. Le deseaba demasiado y puede que, en un momento de debilidad, se colara en su cuarto y en su cama. Pero, a decir verdad, si echaba cuentas de lo que ya había visto, el alquiler entre los dos le costaría casi lo mismo que el del piso en el que vivía en Oviedo. No era mala opción, aunque debería darle varias vueltas antes de decidir.

—¿Te importa que me lo piense?

—Claro que no. Esperaré tu respuesta. Al fin y al cabo, los amigos están para ayudarse y apoyarse, ¿no?

Elena le sonrió y asintió con la cabeza.

Pasearon los dos juntos un rato más hasta que Samuel se despidió de ella. Estaba agotado y quería descansar. Le ofreció acompañarla hasta el hotel, pero ella rechazó su oferta. Iba a quedarse allí un poco más.

Oyó el sonido de su teléfono y lo sacó de los pantalones. Un nerviosismo recorrió su cuerpo al ver en la pantalla el nombre de su hermano.

—Hola, Darío.

—¿Dónde estás, Elena? No estás en casa.

—No estoy en Oviedo. Me he mudado a Gandía.

—¡Joder, Elena! No puedes hacerme esto. No tengo pasta y necesito una buena dosis. Llevo dos días sin meterme nada y lo necesito.

—Darío, debes dejarlo. Yo puedo ayudarte.

—¡Llevo años intentando dejar esta mierda! Pero no puedo. ¡Todo esto es culpa tuya! Tú me incitaste a empezar a drogarme y ahora lo mínimo que puedes hacer es darme pasta para poder saciar este vacío que siento.

Elena se llevó una mano al pecho y cerró los ojos para retener las lágrimas. Su hermano estaba con el mono, pero tenía razón: era culpa suya.

—Tienes razón, Darío. Es culpa mía. Por eso déjame ayudarte —intentó

hablar tranquilamente—. Estoy trabajando y puedo pagarte una clínica de desintoxicación. Por favor, Darío. —Comenzó a sollozar—. Tienes que curarte y llevar una vida normal. Eso no es vida.

—Esto es una mierda, Elena. Pero no puedo. Lo necesito para que todo sea mejor.

—No lo necesitas. ¿Quieres que vaya unos días a Oviedo y hablemos tranquilos?

—Quiero dinero, Elena.

—No, no te voy a dar más.

—¡¡Joder!! —gritó por el teléfono—. ¡Esta mierda de vida que llevo es culpa tuya! Por tu culpa, mamá y papá nos echaron de casa y tuvimos que comer de los putos contenedores de la basura. Por tus ansias de follarte a toda persona que tuviera algo colgando entre las piernas.

Elena comenzó a llorar incontroladamente y se tapó la boca. Tenía muchas ganas de vomitar o de morirse, directamente. Además, no era del todo sincera con su hermano, pues lo que acababa de decir de sus padres no era verdad, pero así se lo hizo creer ella.

—Se acabó, Darío. Eres mi hermano y te quiero, por ello, en cuanto me sea posible, iré a Oviedo a ayudarte. Pero desde Gandía empezaré por no hacerte llegar dinero. Algún día me lo agradecerás. Adiós.

Y colgó mientras oía los chillidos e insultos de su hermano. Esperó unos minutos para tranquilizarse y se secó las lágrimas antes de regresar al hotel. Deseó que las horas pasaran rápidas para poder irse a su habitación y encerrarse en ella. A pesar de estar rota por dentro, al día siguiente debía mostrar su mejor sonrisa. No solo porque era la actitud requerida para trabajar, sino para que Laila no notara su estado de ánimo. Sus amigas no sabían absolutamente nada de su pasado y así debía seguir siendo durante un tiempo.

No podía perderlas.

Capítulo 12

Los días pasaban y Elena no conseguía recuperarse de la conversación con su hermano.

Cada día se excusaba con Samuel, cuando quedaban para tomar su café, diciéndole que estaba liada o que había quedado con Nerea o Ada y no podía irse con él.

Odiaba mentirle. En general, odiaba la mentira, pero cuando acababan sus horas, lo único que quería era ir a su habitación y no salir de ella al menos que fuera necesario. Allí, lloraba desconsoladamente y se abrazaba a sí misma ansiando un cariño que no tenía. El de una familia.

Desde que cumplió los dieciocho años, había estado tentada de regresar a casa de sus padres y pedirles disculpas, pero tenía demasiado miedo. Puede que no la perdonaran nunca. Incluso sentía que ya se habían olvidado de ella y de su hermano.

Cuando bajaba al restaurante, la sonrisa y la energía volvían a ella, a pesar de estar destrozada por dentro. Sabía ocultar muy bien sus emociones. O eso creía, porque una persona sabía que no estaba bien.

Samuel llevaba días observándola. Cuando creía que nadie la veía, su sonrisa se borraba y alguna vez, la había visto sacarse un pañuelo del bolsillo del pantalón para pasárselo por los ojos y parpadeaba varias veces como si quisiera secarse la humedad que se formaba en ellos.

Sus sonrisas eran muy forzadas.

Llegó la noche y, cuando Elena iba a entrar en el restaurante, Samuel la cogió de la mano y la arrastró fuera del hotel.

—¿Qué haces, Samuel? —Le miró enfadada con los brazos en jarras—. ¡Tengo que trabajar!

—Le he pedido a Alejandro que te deje una hora libre, que no te encontrabas bien.

Ella abrió la boca sorprendida y su cabreo aumentó por momentos.

—¿Quién te crees que eres para hacer algo así?! —le espetó furiosa intentando pasar por su lado para regresar al hotel, pero Samuel se lo impidió—. ¡Déjame pasar!

—¿Qué te ocurre, Elena? Llevas días mal, por mucho que lo intentes ocultar. A mí no me engañas.

—¿Y a ti qué más te da si estoy bien o mal?

—¿Me preocupa porque me importas! —soltó cansado de que no confiara en él, pero al ver el error que había cometido al decir eso, tuvo que aclarar—. Es decir, como amiga... Como me puede importar Hugo.

Elena levantó las cejas. Era una colega más para él y para hablar de lo que le ocurría, ya tenía a sus amigas. Además, si ellas no sabían nada, a él mucho menos se lo iba a decir. Aunque se moría de ganas por contárselo y que la consolara, que la aconsejara mientras la abrazaba con sus fuertes brazos. Se quedó callada porque si abría la boca, le soltaría que ella no quería ser solo su amiga, que le deseaba y que le gustaba más de lo que nunca le había gustado un hombre.

—¿Por qué no vamos a dar un paseo por la playa? Sé que te relaja.

—¿Cómo lo sabes?

—Supongo que soy observador.

Ella asintió y se quitó las manoletinias cuando tocó la arena. Le daba igual que los pies se le congelaran. Estaban casi a marzo y no dudaba que el calor y el buen tiempo enseguida llegaría, pero, de momento, el frío era el protagonista.

—Puedes confiar en mí, Elena —dijo Samuel tras tanto tiempo en silencio.

—Sé que puedo confiar en ti, pero, aunque no lo parezca, mi vida es muy complicada.

—Me gustaría ayudarte.

—No puedes. —Suspiró.

—¿No puedo o no quieres?

Elena le miró y se cruzó de brazos. Solo llevaba la camisa y el aire que se había levantado la estaba dejando helada.

Al verla, Samuel sin estar muy seguro de aquello, rodeó sus hombros y la atrajo hacia él para darle calor. Definitivamente, había sido una mala idea. Le volvía loco el dulce olor que desprendía.

—Me encantaría que todo acabara, pero no depende ni de ti ni de mí. Solo de mi hermano.

—¿Tienes un hermano?

—Sí. Se llama Darío y tiene un año menos que yo. Cuando éramos unos adolescentes, metí a mi hermano en mi cuadrilla. Siempre estaba encerrado en su cuarto estudiando y le echaba en cara que no disfrutaba de la vida. Mis padres le imponían demasiado y sé que estaba harto de ello, pero no decía nada. Así que le presenté a gente nada recomendable y enseguida se integró en aquel mundo. —Suspiró y de forma inconsciente, le rodeó la cintura con su brazo para acercarse más a él—. Han pasado más de diez años y mi hermano no ha podido salir de él. Me llama una vez cada tres meses en busca de dinero para seguir drogándose.

—¿Se lo das? —preguntó sin querer que notara cómo le había afectado la última palabra que había nombrado.

—Hasta ahora se lo daba porque me sentía culpable y creía que era una forma de compensarle por lo que le hice, pero cuando hablé con él la semana pasada, le dije que no le iba a dar más.

—Hiciste bien.

—Darío dice que quiere dejarlo, pero que no tiene fuerza para ello y no me deja ayudarlo. Siempre me echa en cara que la mierda de vida que lleva es por mi culpa. Y tiene razón. Le he arruinado la vida.

Elena se detuvo y se giró para quedar frente a Samuel. Él al verla con los ojos rojos e hinchados, levantó la mano y le acarició la mejilla para hacer desaparecer las lágrimas que habían comenzado a deslizarse por su bello rostro. No sabía qué decirle, porque tampoco le había contado toda la

historia. Pero necesitaba consolarla.

—Eres una buena persona, Elena. Quieres ayudarlo y que no le des dinero, es un comienzo.

—Quiero ir a Oviedo e intentar convencerle para ingresarlo en una clínica, pero ahora mismo, solo tengo ganas de morirme. De desaparecer, porque no puedo más. —Sollozó—. Sé que me merezco todo lo malo que me pase por lo que le hice a mi familia, pero no puedo más.

Samuel la abrazó y le acarició el pelo mientras dejaba que ella se desahogaba. Era lo que necesitaba. Llevaba mucho tiempo guardándose todo aquello y, finalmente, había explotado cuando empezó a hablar de una parte de su vida que le impedía ser feliz.

—¿Has hablado de esto con tus amigas?

Ella se separó y se pasó las palmas de las manos por su rostro antes de negar con la cabeza.

—Eres la primera persona a la que le hablo de mi hermano.

Aquello encogió el corazón del animador. No podía creerse que sus amigas no supieran absolutamente nada de eso.

—¿Por qué no les has hablado de esto?

—Por miedo a decepcionarlas y perderlas. Por ello, aprendí a ocultar mis sentimientos. Ellas nunca notan cuando estoy mal, a no ser que yo se lo diga. A todo esto, ¿cómo sabías que estaba mal?

—Porque cuando sonríes, sueles achinar ligeramente los ojos y arrugar la nariz. Esta semana solo enseñabas los dientes.

Que le dijera aquello, le gustó pues significaba que se fijaba en ella, aunque seguía viéndola como a una amiga.

—Tienes razón. —Rio—. Eres muy observador.

—Deberías contarle esto a tus amigas. No puedo asegurarte si cambiarán o no de opinión sobre ti, pero quiero que sepas que yo sí lo he hecho.

Al oírle, Elena bajó la mirada y asintió con la cabeza antes de tragar saliva. Acababa de perder a otra persona, por lo que, tras mirarlo por última vez, comenzó a caminar de regreso al hotel a paso ligero. Quería alejarse

cuanto antes de él. Se sentía demasiado impotente y dolida. Si antes era duro verle, ahora sabiendo que no la miraría igual, lo sería mucho más.

—¡Elena, espera! —Pero ella no se detuvo. No soportaría escuchar de su boca que era la persona más mala y rastrera que había sobre la faz de la tierra —. No me has entendido. —Se colocó frente a ella e intentó buscar su mirada.

—Sí, lo he hecho. Has cambiado de opinión sobre mí. Lo entiendo. Juro que lo entiendo, pero, por favor, no lo hagas más difícil.

—No, Elena. Antes creía que eras una mujer maravillosa, pero ahora, además de eso, veo que eres una persona muy fuerte, capaz de asumir sus errores y de intentar enmendarlos por las personas a las que quieres. Quieres ayudar a tu hermano cueste lo que cueste y en tu lugar, muchas personas vivirían su vida dejándolo de lado, deshaciéndose así del problema. ¡Tú no! Tú eres increíble y puede que hayas cometido errores, pero esos errores te han convertido en la mujer que eres ahora.

Elena sonrió emocionada por sus palabras y alzó los brazos para rodearle el cuello. Le dio un beso en la mejilla y le abrazó como deseaba hacer desde hacía mucho tiempo. No podía entender cómo un hombre tan increíble como él había aparecido en su vida, pero daba las gracias todos los días por ello. Se separó más tranquila y contenta por haber podido compartir esa parte de su historia con alguien y ver que su relación seguía igual.

Juntos y más calmados, regresaron al hotel donde ambos empezaron a trabajar. Elena se dijo que había llegado la hora de comenzar seriamente a plantearse contarle su historia a sus amigas como ellas habían hecho con ella. Se había quitado un gran peso de encima y Samuel tenía razón. En su situación, mucha gente se desentendería, pero ella no podía. Pensaba recuperar a su hermano y ayudarle a conseguir una buena vida.

Cuando terminó de limpiar, aprovechó y cogió de la cocina una piruleta de chocolate que habían sacado para el postre y fue al bar-salón para buscar a Samuel. No estaba, pero sí vio a Hugo. Fue a preguntarle si lo había visto y para que no pensara mal y se lo contara a Nerea, le dijo que quería darle la piruleta que le había pedido para cuando cerraran el restaurante. El animador la creyó y le indicó que estaba detrás del escenario. Elena le dio las gracias y fue adonde le había indicado. Asomó la cabeza y sonrió al ver a Samuel

coger los materiales que necesitaban para los juegos.

—Hola —le saludó—. Solo te molestaré un segundo. Quería darte esto.
—Le tendió la piruleta—. Para agradecerte todo lo que estás haciendo.

—No tienes que agradecerme nada. —Sonrió—. Solo haría lo mismo que tú por mí.

—Sí, pero, aun así, acepta esta rica piruleta. Han sido un éxito entre los huéspedes.

Samuel, divertido, cogió el palo y partió por la mitad el bombón de chocolate. Le dio una parte a Elena y ambos chocaron sus trozos como si brindaran antes de comerlos.

—Tengo una idea. ¿Qué te parece si te quedas? Vamos a hacer unos juegos por equipos y parejas, y que Hugo sea mi pareja, no es de lo que más me guste.

—¿Me estás pidiendo que seamos pareja? —preguntó Elena divertida y adquiriendo una actitud coqueta.

—Sí. ¿Aceptas ser mi pareja durante estas horas?

—Habría que estar loca para no hacerlo.

Se colocaron en el centro del bar-salón y los animadores comenzaron a explicar los distintos juegos. Hugo los iba a dirigir y, a su vez, haría de juez mientras Samuel y Elena participaban para animar a los huéspedes a salir y jugar.

El primer juego consistía en formar equipos de seis personas y colocarse en fila. Todo el mundo tendría que sujetar un vaso de plástico vacío entre los dientes, pero el primero de cada equipo lo tendría lleno de agua que deberá pasar a su compañero rellenando su vaso. Parecía fácil, pero no lo era, pues no podían usar las manos. El último de la fila volcaría el agua en un cubo que se encontraba a su espalda y el equipo que más agua tuviera en su cubo, ganaría.

Samuel, con su vaso lleno, corrió hacia Elena y juntándose mucho, comenzó a mover el cuello para que el agua se posara en su vaso, pero se cayó la mitad de su contenido y Elena no lo puso nada fácil pues no podía aguantar la risa hasta que el vaso se le cayó al suelo. Con rapidez lo cogió y

le quitó a Samuel el suyo para poner el agua en su vaso.

—Eh, eh, eso es trampa. —Rio Hugo señalándola, pero a ella le dio igual y ya estaba pasárselo al siguiente.

Laila servía las diferentes copas que los clientes le pedían mientras observaba a su amiga y reía a carcajadas. Sin duda, los espectáculos de aquel hotel eran los mejores.

Cuando Hugo tocó la bocina dando por finalizado el juego, todos los participantes aplaudieron sin dejar de reír.

La siguiente actividad la harían con una hoja de periódico. Por parejas, debían subirse a su página y bailar dentro de ella. Samuel y Elena se pusieron juntos y bailaron como pudieron en aquel pequeño espacio. Pero el juego se complicaba, porque cada vez que la música se paraba, debían doblar el periódico por la mitad. La gente reía y gritaba cuando empezaban a no caber en el trozo de papel. Samuel alzó a Elena e hizo que pusiera sus pies sobre los de él.

—¿Qué haces? —Rio ella intentando disimular lo que le afectaba que estuvieran tan cerca—. Te voy a aplastar los pies.

—No pesas tanto. Tú intenta no caerte.

La música sonó y Samuel la sujetó por la cintura pegándola más a él para bailar encima del periódico. Elena perdió el equilibrio y para recuperarlo se abrazó a su cuello quedando sus rostros a escasos centímetros. Sus alientos chocaron y de forma inconsciente, Elena se mordió el labio inferior.

Samuel no perdió detalle de ese gesto. La voz de Hugo ordenando que volvieran a doblar por la mitad el periódico, fue lo que le hizo volver a la realidad y que no cometiera la locura de besarla hasta que sus labios les dolieran. Se separó de ella y dobló el periódico. Quedó tan pequeño que solo cabía un pie en él. Sin dudarlo, Samuel se agachó y al entender lo que le indicaba, Elena saltó colocándose a caballito encima de él.

Elena se carcajeó al ver cómo Samuel intentaba bailar a la pata coja, con ella encima, hasta que perdió el equilibrio y casi cayeron los dos al suelo.

Los juegos se fueron sucediendo hasta que llegó el número final.

Samuel y Hugo sujetaron una barra en forma horizontal y pusieron la

canción de *El limbo* de Daddy Yankee. Todo el mundo comenzó a bailar al ritmo de la música mientras esperaban su turno para pasar por debajo de la barra que sujetaban los animadores.

Laila se unió a la fiesta cuando Jaime la dejó ir, al ver las ganas que tenía y se puso junto a Elena. Divertidas, ambas comenzaron a sacudir los hombros mientras curvaban la espalda para pasar por debajo. La gente las aplaudió y continuaron bailando hasta que los animadores dieron por finalizado el día.

Laila se despidió de su amiga con un beso en la mejilla para ayudar a Jaime a dejarlo todo listo para el día siguiente. Cuando se fue, Elena se giró en busca de Samuel pero no estaba, aunque no tardó en verlo aparecer por la puerta que conectaba el bar-salón con el restaurante. Tenía la mano derecha oculta tras la espalda y se acercaba a ella con una sonrisa y ese brillo que solo tenían sus ojos color miel.

—Creía que te habías marchado ya.

—He ido a por algo.

—Quería darte las gracias por escucharme y por este rato.

—No me la tienes que dar. Me encanta verte disfrutar y como premio por volver a ver esa sonrisa que solo tú tienes, esto es para ti.

Samuel sacó la mano derecha de su espalda y le enseñó la piruleta de chocolate que había cogido de la cocina. Elena sonrió y la aceptó gustosa notando cómo se ruborizaba e hizo lo mismo que él antes. La partió por la mitad y le dio un trozo del dulce, pero esta vez hicieron algo diferente. Samuel entrelazó sus brazos como un par de novios en su boda y degustó el delicioso dulce.

Elena no pudo evitar sonreír antes de dar un paso hacia atrás. Sin lugar a duda, aquel hombre era perfecto.

Comenzó a pensar en la propuesta que le hizo aquella tarde en la playa. Estaba harta de dormir en el hotel y no deseaba nada más que irse a un piso más grande que en la habitación donde se encontraba. Además, Laila no parecía muy dispuesta a buscar piso mientras Ada siguiera acogiéndola y conociendo a su amiga, no le importaba que la más bajita del grupo se quedara con ella. Era hora de tomar una decisión que deseaba con toda su alma.

—Oye Samuel, ¿sigue en pie tu oferta de alquilarme la habitación?

Capítulo 13

Eran las siete de la mañana cuando un extraño sonido despertó a Laila. Se revolvió en la pequeña cama que tenía la habitación que le habían prestado Ada y Sergio, y encendió la lamparita de la mesilla. Tenía las persianas bajadas, por lo que la luz del día no entraba por la ventana y no veía absolutamente nada. Se estiró y se frotó los ojos sin dejar de escuchar esos sonidos que no lograba identificar a causa del sueño que tenía. Pero al escuchar un «Oh, Dios», se despertó de golpe.

—La madre que los parió. —Saltó de la cama y se giró para observar la pared que separaba su habitación de la de los tortolitos—. A estos los calentones no les dan en horas normales. Joder, que son las siete de la mañana. A esta hora ni la libido está despierta.

Decidió dejar a solas a la parejita y ponerse la ropa deportiva para ir al gimnasio al que se había apuntado cuando llegó a Gandía. Su cuerpo debía moverse o si no se convertiría en una foca a lo poco que comiera. No se molestó en peinarse, pues quería salir de allí cuanto antes y dejar a la pareja a lo suyo. Ya se prepararía en condiciones cuando saliera del gimnasio.

Comenzaba a replantearse seriamente buscarse un piso. Cada día les pillaba metiéndose mano y dándoles calentones cada dos por tres y en cualquier lugar. En la cocina, en el sofá mientras veían alguna película, en el baño... Cualquier lugar era bueno para ellos. ¡Cómo odiaba ver a parejas tan empalagosas! Se alegraba mucho por su amiga y ver la felicidad que irradiaba su cara, además de envidiar el buen cutis que tenía por el sexo, pero se podrían cortar un poquito cuando ella estuviera delante.

Había estado aguantando en aquella casa porque quería tener los suficientes ahorros para alquilar un piso con la máxima seguridad de que no se arruinaría a los dos meses. Aún conservaba el dinero que le dejó su abuelo cuando falleció, pero no quería tocarlo, aunque puede que ya fuera hora de

ello. Cuando viera a Elena hablaría con ella. Definitivamente, no podía quedarse más tiempo en casa de Ada.

A ella le gustaba vivir sola y, aunque compartiera piso con su amiga, ella no tenía pareja para pillarla dándose el lote cada vez que entrara en casa.

Cuando estuvo lista, cogió su bolsa de deporte y salió con el máximo sigilo para que la pareja no se percatara de su huida, pero no creía que la oyeran. Estaban demasiado ocupados y concentrados en darse los buenos días como Dios manda.

Bajó por las escaleras, ya que Sergio y Ada vivían en un primero, y salió del portal para dirigirse a una cafetería y desayunar. Ni siquiera se había tomado un café antes de salir.

Desayunó bastante para tener energías y se subió a su coche para ir al gimnasio. Aparcó y entró para realizar su sesión diaria. No solía ir tan temprano. Normalmente iba tras comer en el descanso que tenía hasta las cuatro de la tarde, pero ese día, un polvo mañanero le había modificado los planes. Eso le hizo pensar. ¿Cuánto hacía que ella no le daba una alegría al cuerpo? Ocho meses. Creía que cuando llegara a Gandía dejaría de estar en sequía, pero se confundía. No era lo mismo ir allí a pasar unas vacaciones, que ir a trabajar. Además, estaba a punto de cumplir la treintena y los hombres habían dejado de fijarse en ella como antes. Solo se le acercaban babosos y viejos verdes. Estaba harta.

Dejó su bolsa en una de las taquillas del vestuario y entró en las instalaciones con una toalla colgada de su hombro y una botella de agua. Aquel espacio estaba prácticamente vacío, pero mejor. La camiseta de tirantes que llevaba era demasiado escotada, además, se le había olvidado ponerse el sujetador deportivo por lo que sus voluptuosos pechos iban a ir ese día por libre... y pasaba de soportar las miraditas de los hombres con los que compartiera espacio.

Pero a las ocho de la mañana había cuatro personas contadas. A parte de ella, había un joven de unos treinta años rubio y dos chicas con un monitor que les iba indicando lo que debían hacer. Aunque las jóvenes de unos veinte años estaban más concentradas en desnudar con la mirada al entrenador personal que a los ejercicios.

Laila se montó en la bicicleta estática y comenzó a pedalear de forma

suave para calentar hasta que poco a poco fue aumentando el ritmo. Sin dejar de darle a los pedales, se colocó los cascos y se puso música para hacer más ameno el ejercicio. Sin darse cuenta, comenzó a mover los labios siguiendo la letra de la canción de *Pink* que estaba sonando. Cerró los ojos disfrutando de aquella canción y cuando acabó los abrió y vio que las dos chicas y el monitor habían desaparecido y el chico rubio que estaba haciendo pesas, se había detenido y la miraba fijamente.

Laila, cabreada porque sabía qué miraba ese hombre, se quitó los cascos y dejó de pedalear.

—¡Hey! —le espetó—. ¿Se te ha perdido algo en mis tetas?

El hombre sonrió de forma muy sexy y se cruzó de brazos antes de empezar a caminar hacia ella.

—En realidad, te he mirado porque has comenzado a cantar a pleno pulmón la canción de *Try* sin darte cuenta. Después mis ojos han ido a contemplar esas maravillas.

Ella se sonrojó al oírle decir que se había puesto a cantar en voz alta, pero enseguida recuperó la compostura y se subió la camiseta hasta los topes.

—Ten cuidado conmigo, mono, que te arreo una colleja para ver si se te saltan los ojos.

El rubio soltó una carcajada al escucharla y se acercó todavía más sin dejar de mirarle el canalillo de sus pechos hasta que acabó apoyándose en el manillar de la bicicleta estática.

—Me llamo Mateo. ¿Cómo se llama la chica más bonita que ha pisado este lugar?

Al ver que el hombre seguía con la mirada en sus pechos, Laila puso dos dedos bajo su barbilla para alzársela y así que la mirara a los ojos.

—Me llamo Laila y si no te importa, mis ojos están aquí. —Se los señaló.

Mateo se quedó maravillado por ese color celeste que desprendían sus grandes ojos y la intensidad de su mirada.

—He de decir que tus pechos son preciosos, pero acabo de ver que la parte más bonita de tu cuerpo es tu mirada. Una mirada muy bonita y deslumbrante para un nombre precioso. Nunca te había visto por aquí.

Laila se sonrojó. Era la primera vez que un hombre le echaba un piropo en el que el protagonista no fueran sus pechos. Ella sabía que tenía unos ojos increíbles, aunque nadie se fijaba en ellos por el tamaño voluptuoso de sus senos. Pero desde que la mirada verde de Mateo había chocado con la suya, el hombre no había vuelto a dirigir su atención a sus pechos. Acababa de ganar puntos con ella.

—No suelo venir a esta hora, sino después de comer.

—A esa hora el gimnasio está hasta los topes. Podrías venir siempre a esta hora. Así, nos veríamos más.

—Mira. —Suspiró Laila no dispuesta a llevarse otra decepción—. Si lo que quieres es echar un polvo, vamos a los vestuarios y ya. No me vengas con tanta palabrería si tu objetivo es colarte entre mis piernas como el del resto de los tíos que se acercan a mí. Ya me he llevado muchos chascos por hombres que parecían querer algo más conmigo y lo único que deseaban era llevarme al huerto.

Mateo alzó las cejas sorprendido sin dejar de mirar sus preciosos ojos.

—¿Con qué clase de gilipollas has estado?

—Con bastantes. —Suspiró dando un trago a su botella de agua.

—No te culpo de que pienses eso, además, ya te he confesado que lo primero que me ha llamado la atención de ti han sido tus tetas. —Ella no pudo evitar sonreír—. Pero te demostraré que yo no solo quiero comerte entera. Si quieres volver a verme, estaré aquí todos los días a partir de las siete. Podemos entrenar juntos y, si algún día quieres, podemos ir a cenar. Pero solo lo haremos cuando aceptes. Te demostraré que soy un caballero y no haré nada. Tú llevarás el mando.

—¿Cómo sé que puedo fiarme de ti y que no me comerás cuando me dé la espalda? —bromeó acercando su rostro al de él.

—No puedes. Tendrás que averiguarlo.

Y tras decir aquello, Mateo le guiñó un ojo y desapareció por la puerta por la que se accedía a los vestuarios de los hombres. Laila se quedó completamente paralizada. Aún no podía creer que aquel hombre deseara conocerla de verdad a ella y no a sus pechos. Pensó en olvidarse de Mateo, pero se conocía y ese hombre la intrigaba. Por lo que a riesgo de descubrir

que en realidad quería lo mismo que todos, decidió que acudiría cada día a las siete de la mañana al gimnasio. Ella solía calar enseguida a las personas y no le había pasado desapercibida la forma en la que él la miraba. Le había cedido el control con respecto a ellos dos. Y aunque estuviera para comérselo con ese cuerpo de infarto que tenía y ella solo pensara en darle una alegría a la pepitilla, alargaría el momento que tanto deseaba. Si ese hombre de verdad quería tener más de una cita con ella y conocerla, tendría que demostrárselo.

Puede que, de todas formas, tuviera que darle las gracias a Ada y Sergio por sus calentones mañaneros. De no haber sido por ello, en ese momento no tendría esa sonrisa bobalicona y esa felicidad en todo su cuerpo, además de la posibilidad de conocer a un hombre que no solo estuviera interesado en sus tetas. Y eso, en su caso, ¡era un gran logro!

Capítulo 14

—*¡Que os den!* —gritó Elena antes de darse la vuelta y dar un portazo cuando llegó a su habitación.

Habían vuelto a castigarla sin salir y sus padres querían llevarla a un centro de desintoxicación, además de que una psicóloga la tratara para hacer que dejara definitivamente el alcohol y las drogas. Sus padres no la entendían. Ellos solo querían que estudiara y se convirtiera en alguien de prestigio, que vistiera de etiqueta y que siguiera popularizando el apellido Valverde. Estaba harta de que la controlaran. Lo que debía comer, cómo vestirse, las clases de hípica y, por si fuera poco, que le dijeran qué estudiar. Ella no quería ser ni abogada ni neurocirujana. Ella quería vivir, por lo que aquella noche, harta de todo, fue a la habitación de su hermano Darío quien ya dormía.

—*Darío, vámonos.*

—*¿Adónde?* —le preguntó somnoliento.

—*Lejos de mamá y de papá. Nos acaban de echar de casa, pero iremos con mis colegas y lo pasaremos genial. Siempre estaremos de fiesta y no tendremos que estudiar más.*

—*No te creo.*

—*¿Entonces, por qué nos han hecho las maletas y están en la puerta de casa?*

Darío abrió los ojos y se levantó de su cama. Sus armarios y cajones estaban vacíos y al salir a la entrada, vio sus maletas junto con la de su hermana y una nota en ellas que ponía «Marchaos». El chico de quince años, comenzó a llorar y su hermana le abrazó para consolarle.

—*Vístete y vámonos de aquí. A partir de ahora, comienza nuestra nueva*

vida. Y será la mejor.

Un sudor frío recorría el cuerpo de Elena cuando se despertó de golpe. Tenía la respiración agitada y el pulso acelerado. Intentó calmarse y se pasó las manos por el pelo antes de comenzar a llorar. Había soñado con la última noche que su hermano y ella pasaron en su casa. No era la primera vez que lo hacía. Era como si su conciencia tuviera que recordarle que era una auténtica zorra por hacer lo que hizo. Como si no se sintiera lo suficientemente culpable en el día a día.

No había sabido nada de su hermano desde que la llamó aquel día y ella se negara a mandarle dinero. Desde su móvil, ya había comenzado a mirar diferentes clínicas. Convencería a Darío para que entrara y, con suerte, en unos meses ya no necesitaría eso que le hacía tanto daño. Si ella fue capaz, estaba segura de que su hermano también. Siempre había sido mejor persona que ella y un joven con un corazón de oro. Recuperaría a su hermano, le costara lo que le costase. En cuanto tuviera vacaciones, iría a Oviedo e intentaría quedar con él en algún lugar. A pesar de seguir drogándose, su hermano quería dejarlo y eso era un gran paso. Pero necesitaba ayuda y ella estaba dispuesta a dársela como lo hizo la señora González sin conocerla de nada.

Tras calmarse un poco tras aquel sueño, se fijó en el reloj que tenía en la mesilla. Las seis de la mañana. Suspiró. Empezaba a estar harta de despertarse tan temprano. Como siempre hacía, descorrió las cortinas y se quedó contemplando el amanecer. Era la última vez que lo haría en aquella habitación, pues esa misma tarde se mudaría al piso de Samuel. Los días anteriores estuvieron hablando sobre el alquiler y tras aceptar las condiciones, Elena firmó el contrato. Le salía más barato alquilar la habitación del animador que un piso por su cuenta.

Aquella semana, Samuel tenía turno de mañana y ella a las tres de la tarde comenzaba su descanso, así que aprovecharían las horas que duraba para hacer la mudanza. Ya tenía todo preparado en las maletas y las cajas que trajo de Oviedo. En un solo viaje llevarían todo y hasta que llegaran las ocho de la tarde, ella colocaría sus cosas.

Se fue a dar una ducha antes de bajar a trabajar y sonrió al ver que, en ese momento, Samuel entraba en el hotel para comenzar él también su jornada laboral.

Ambos se sonrieron y tras darse los buenos días, Samuel le dio un beso en la mejilla y quedó con ella a las tres y media en el *hall* para hacer la mudanza.

Ese día había ido con el coche a trabajar para cargar a la salida las cosas de Elena. Estaba contento de que fuera su compañera de piso, pues ya tenían confianza y se fiaba de ella. Lo difícil de aquello sería controlar el deseo que sentía, pero lo lograría o eso esperaba.

En su descanso de las once, Samuel no pudo quedar con Elena para tomar un café. Tenía un día complicado, por lo que ella fue donde estaba Laila a quien encontró más contenta de lo normal.

—¿Y esa sonrisa?

—Hoy he conocido a alguien. Rubio, ojos verdes, alto, buenorro y que no se ha fijado solo en mis tetas.

—¿Has ligado? —Rio Elena.

—No exactamente. Lo he conocido en el gimnasio y me ha dicho que yo llevaré el mando y que cuando quiera, acepte su propuesta de cenar con él.

—¿Has aceptado?

—Aún no. Quiero conocerlo más y ver que de verdad está interesado en mí y no en una parte de mi cuerpo. Así que nos veremos en el gimnasio todos los días a las siete de la mañana.

Elena abrió los ojos como platos. Laila odiaba madrugar y lo iba a hacer por un tío al que no conocía de nada. ¿Qué habían hecho con su amiga? Porque estaba claro que no era la que tenía delante. Al ver la cara que ponía Elena, Laila le explicó que si ese día había madrugado tanto cuando entraba a trabajar a las once de la mañana, había sido porque Ada y Sergio la habían despertado debido a un calentón e incómoda, se había marchado al gimnasio.

Al escuchar aquello, Elena se carcajeó. Le hubiera gustado ver la cara de Laila al oír a esos dos dale que te pego.

—Y hablando de Ada y Sergio, voy a buscar piso ya. Así que, por favor, espero que nos pongamos de acuerdo pronto y nos mudemos cuanto antes.

Elena se mordió el labio inferior y se rascó la nuca. Todavía no les había dicho a sus amigas que se iba al piso de Samuel.

—Lo siento, Laila, pero ya he alquilado una habitación. —Le miró con ojos de disculpa—. Samuel me comentó que estaba buscando un compañero de piso y me va a alquilar la habitación que tiene libre.

—¿Qué te vas a vivir con Samuel?! —preguntó asombrada—. ¿Hay algo que no me hayas contado?

—No me voy a vivir con él. A ver sí, pero como compañeros nada más. Es un buen amigo, solo eso. ¡Ni que estuviéramos juntos todo el día! —mintió esperando que su amiga no la pillara.

—Me ha extrañado, solo eso, porque desde que llegamos aquí os he visto juntos cuatro veces contadas. La última cuando te uniste al espectáculo del agua y los periódicos. ¡Anda que como lo pasas mientras yo curro! —dijo divertida—. Mira Elena, tengo el dinero de la herencia de mi abuelo y con eso y el sueldo, puedo permitirme el alquiler de un pisito yo sola, aunque no esté cerca del hotel, pero tengo el coche. Guardaba ese dinero por si algún día tenía marido e hijos, pero a mis casi treinta años, difícil lo veo. Así que yo estaré genial, ¿pero tú? ¿Estarás bien?

—Creo que sí. Sabes que Samuel es un buenazo. —Sonrió con ternura al pensar en él, pero con rapidez borró esa sonrisa o su amiga notaría los sentimientos que empezaban a aflorar en ella.

Consiguió cambiar de tema antes de irse de nuevo a trabajar hasta que puntual se reunió con Samuel. Iba cargadísima con las maletas y le pidió que esperara un segundo, pues todavía le quedaban un par de cajas de cartón por bajar. Él asintió y fue metiendo las maletas en el coche.

Cuando Elena bajó con las cajas, Samuel la ayudó y las metió en los asientos traseros del vehículo. Cuando llegaron a aquella casa individual de color blanco, Elena se quedó maravillada. Era preciosa y además de estar cerca del hotel, se encontraba en primera línea de playa. Bajaron del coche y mientras Elena cogía del maletero sus pertenencias, Samuel abrió la puerta antes de ir a ayudarla. Ambos entraron y ella sonrió.

El *hall* era muy pequeño y conectaba al resto de la casa a través de una puerta adornada con pequeñas ventanas. Al abrirla un salón le dio la bienvenida. Era pequeñito. Solo tenía un sofá negro con capacidad para dos

personas y una mesilla, y compartía aquel primer piso de la casa con un comedor y la cocina. El comedor y el salón estaban conectados por un escalón que los separaba. Subieron a la planta de arriba y Samuel la condujo hasta la habitación que ocuparía. Era muy sencilla, pero muy bonita. Tenía las paredes blancas, salvo la del fondo donde la cama estaba pegada que era de color marrón. Una ventana a un lado por donde entraba la luz de la calle y al lado de la cama con canapé, una mesilla de noche blanca con tres cajones y una lámpara roja. El edredón verde le daba un aspecto más moderno a aquella habitación.

A pesar de que el cuarto era pequeño, el armario empotrado que había era enorme y ahí podría meter todas sus pertenencias.

Le pareció preciosa.

—La habitación del fondo del pasillo es la mía y la puerta que está al lado es el baño. Te dejo instalarte. Si necesitas algo, estaré abajo.

—Vale. Gracias, Samuel.

Él asintió con la cabeza y bajó por las escaleras para dejarla a solas. Elena se quedó contemplando un rato más el cuarto antes de comenzar a deshacer las maletas y colocar la ropa en el armario. Sacó su neceser con sus objetos de higiene y fue al baño para dejar sus cosas allí. Se quedó maravillada con ese espacio. Era bastante amplio. Al lado de la puerta, pegada a la pared, se encontraba una ducha y al fondo del cuarto de baño, al lado de la ventana, una preciosa bañera antigua de cobre. Sonrió. Siempre había imaginado bañarse en una de ellas.

—Esto... —Oyó a su espalda y se giró para ver a Samuel con una piruleta de chocolate en la mano y una copia de las llaves de la casa en la otra—. Tu regalo de bienvenida. —Sonrió.

—¡Vaya, gracias! —Le devolvió la sonrisa mientras cogía la piruleta y las llaves—. Aunque creo que debería haber sido yo la que te comprara una. Te agradezco mucho que me hayas alquilado la habitación. Necesitaba salir un poco del hotel.

—¿Qué te parece la casa? —preguntó con un punto de nerviosismo.

—Es preciosa. Aunque he de confesarte algo. —Se sonrojó—. Me la imaginaba con la ropa interior tirada, botellas vacías de cerveza y restos de

comida.

Samuel soltó una carcajada y se pellizó el puente de la nariz antes de apoyarse en el quicio de la puerta del baño. Esa postura y su porte le pareció a Elena de lo más sexy. Para qué engañarse: Samuel era sexy.

—Uno de mis defectos, es que soy un maniático del orden.

—Uis, yo soy una desorganizada. —Rio—. No te preocupes, no dejo las cosas tiradas ni nada de eso, sino que me olvido de dónde las guardo. Así que, si algún día te encuentras algún colgante o sujetador debajo de la almohada del sofá, que no te extrañe.

«¿He dicho sujetador? Joder, Elena, ¿no había otro objeto que nombrar?», se lamentó notando cómo sus mejillas enrojecían.

—El baño me parece increíble. Me he enamorado de la bañera. —La señaló cambiando de tema.

—Los muebles son todos de la casera y, cuando quieras, puedes darte un baño en ella.

—¿De verdad? —preguntó emocionada como una niña pequeña.

—Claro, ahora esta también es tu casa.

—Te tomo la palabra. —Sonrió.

Samuel volvió a dejarla a solas y ella comenzó a colocar su champú, cremas y demás cosas que necesitaría a mano para cuando estuviera en el baño. Solo esperaba que alguna mañana, cuando se preparara, no se le olvidara en el suelo algún tanga. Se moriría de vergüenza si algún día le sucedía y Samuel lo descubría. Si eso ocurriera, lo más probable era que se mudara al piso que alquilara Laila.

Tardó poco más de una hora en colocar todas sus cosas y cogió la piruleta de chocolate que Samuel le había regalado y había dejado en la cómoda mientras ordenaba. La miró con una sonrisa. Ese dulce se había convertido en algo muy especial para ella. Sin duda, siempre que viera una, pensaría en aquel maravilloso hombre. Con la piruleta en la mano, bajó a la planta baja donde Samuel se encontraba. Estaba en el sofá leyendo el periódico del día mientras se tomaba un café. Se sentó a su lado y sin dudarle, partió la piruleta en dos para ofrecerle la mitad, como siempre hacían.

Samuel sonrió de lado y aceptó el trozo que Elena le ofrecía.

—¿Quieres un café? Está recién hecho.

—No, gracias. Si me tomo uno a esta hora me costará dormir. Más de lo normal.

—Cierto. Recuerdo que en Nochebuena me comentaste que dormías muy poco.

—Sí, así que no te asustes si un día te levantas a las cinco o seis de la mañana y me ves ir en bolas por la casa.

Tras pronunciar la última palabra, Elena se sonrojó y se tapó la cara con las manos para que no lo viera.

«Maldita sea mi boca. Te estás luciendo las primeras horas de convivencia, Elena. Primero lo del sujetador y ahora le dices que vas a ir en bolas por la casa. Simplemente genial».

Oyó cómo Samuel se carcajeaba y le dieron ganas de coger la almohada que tenía a su lado y estampársela de la cara, pero ella era la causante de esa risa. Tenía que aprender a controlar su lengua, sin embargo, ese hombre la ponía tan nerviosa que hablaba sin pensar.

—Olvida lo que he dicho. Era broma. —Se quitó las manos de la cara—. Nunca he ido desnuda por una casa. Ni siquiera cuando vivía sola.

—A mí no me importaría. —Le siguió la broma, aunque en realidad había dicho una gran verdad.

—Muy gracioso. —Rio.

—No te voy a engañar, preciosa. Yo tengo la costumbre de dormir en gayumbos y bajar a desayunar así.

—Será toda una alegría para la vista.

«¡Otra vez no!», se lamentó Elena.

—¡Era otra broma! —Volvió a cubrirse la cara, aunque esta vez riendo—. Pero lo siento, no puedo negarte que tienes un buen cuerpo. Además, eres un provocador. La camiseta que llevas a trabajar es demasiado ceñida.

—¡La que me dieron cuando empecé! —se defendió divertido levantando los brazos en son de paz.

Siguieron charlando hasta que Elena tuvo que marcharse a trabajar. Por primera vez en esos tres meses que llevaba trabajando, le dio mucha pereza tener que ir, pero debía cumplir con sus obligaciones. Samuel para animarla, le dijo que cuando llegara, le esperaba con una cena merecedora de una estrella Michelin.

No conocía las dotes culinarias de Samuel, pero hacía semanas que no comía en condiciones. No se sentía cómoda comiendo en el restaurante con el resto de los empleados media hora antes de comenzar a preparar las mesas para los huéspedes, por lo que siempre se preparaba un sándwich o un bocadillo para comer y para cenar. Era consciente de que no estaba comiendo bien y que había perdido bastante peso, pero acababa agotada cada día y lo que menos le apetecía era ponerse a cocinar.

Por suerte, ese día salió pronto y nada más acabar, se fue a su nuevo hogar, aunque debería comenzar a concienciarse de que sería temporal. Algún día debía buscar algo; además, no dudaba que tarde o temprano Samuel encontraría a una mujer con la que formar una familia. Prefirió no pensar en ello y sacó de su bolso la copia de las llaves que Samuel le había entregado esa tarde. Sintió una punzada de emoción cuando abrió la puerta por primera vez.

El olor a quemado invadió sus fosas nasales y el humo que había por toda la primera planta de esa pequeña casa, hizo que se asustara. Abrió la puerta que conectaba el *hall* al resto de la casa y corrió a la cocina donde Samuel estaba sacudiendo al aire un trapo como si así el humo se eliminara.

Elena no dudó en entrar y abrir la ventana. Parecía que al animador se le había olvidado aquel pequeño detalle que, sin duda, haría que el humo desapareciera antes. Comenzó a toser y a mover la mano frente a su cara para esparcir el humo y tener mejor visibilidad.

—¿Qué ha pasado? —preguntó saliendo de la cocina para abrir el resto de las ventanas del primer piso.

—Quería hacerte tallarines al pesto, pero me he ido a duchar y he dejado la cazuela en el fuego. —Comenzó a toser tras aspirar tanto humo—. Y creo que se me han quemado.

Elena alzó las cejas mirándole.

—¿Crees?

—Vale, se me han quemado —admitió—. No se me da nada bien cocinar. Me cuesta hacer hasta un huevo frito.

La joven soltó una leve carcajada al escucharle y ver la cara de apuro que tenía. Echó un vistazo a la cocina y miró la hora en su reloj de muñeca.

—¿Estás muy cansado?

—Aún no, ¿por qué?

—Si quieres, mientras la cocina recupera su aspecto normal, voy a cambiarme y cuando se vaya el humo, preparo una tortilla de patata.

—Eso estaría genial. Lo siento, Elena. No soy buen cocinero.

—No te preocupes. Cuando pueda, cocinaré yo. A mí me encanta. —Al ver la cara de apuro que seguía teniendo, se puso de puntillas y le dio un beso en la mejilla—. Anda, quita esa cara, que a todos se nos ha quemado alguna vez la comida. —Le sonrió—. Voy a cambiarme.

Elena comenzó a subir las escaleras y cuando llegó a su habitación, se quitó la ropa del trabajo y se puso su pijama. Era bastante calurosa y no podía ponerse pijamas de manga larga. Le agobiaban mucho, por lo que su ropa para dormir consistía en una camiseta de tirantes blanca y unos pantaloncitos cortos de cuadros verdes y blancos. Quizá demasiado cortos. Fue a desprenderse del sujetador, pero recordó que, con esa camiseta, los pezones se le solían marcar, así que decidió dejárselo puesto hasta la hora de dormir. Se recogió el pelo en una coleta alta y tras calzarse las zapatillas de casa, bajó dando pequeños saltitos. Se encontró a Samuel en la cocina con la cazuela que había utilizado en la mano. Elena se acercó a él y vio los tallarines negros y pegados al culo de la cazuela. Aquel utensilio ya no se podría usar.

—Ni intentes despegarlos. No puedes hacer nada para salvarla —bromeó—. Anda saca un par de patatas, huevos y ¿te gusta la cebolla en la tortilla?

—Para mí sin cebolla, la tortilla no es tortilla.

—¡Uno de los míos! Menos mal. Mi hermano la odiaba. —Sonrió nostálgica al pensar en él.

Al ver cómo Elena adquiría un semblante triste y la sonrisa le desaparecía, Samuel habló para que no pensara.

—¿Empiezo pelando las patatas? —preguntó.

—Eh, sí. Dime donde tienes una sartén antiadherente y ¿tienes aceite de girasol? Es mejor para freír.

—Creo que en ese cajón de abajo está la sartén y el aceite. —Se lo señaló con la barbilla mientras seguía pelando las patatas.

Elena se giró para dirigirse al cajón que le había indicado y se agachó para abrirlo. Sacó la sartén y el aceite y de espalda a él, dejó la sartén en un fogón de la vitrocerámica antes de echar una gran cantidad de aceite.

Samuel no la perdió de vista en ningún instante mientras pelaba las patatas. Ese pijama que llevaba era demasiado sugerente y su mente no podía pensar en otra cosa que en meter las manos debajo de la fina tela. Convivir con esa preciosa mujer iba a ser toda una tortura.

Estaba tan absorto mirándola que no se dio cuenta de que el filo de su cuchillo iba directo a su dedo.

—¡Au! —Lo soltó y se llevó el dedo a la boca.

—¿Estás bien? —se preocupó Elena yendo hacia él.

—Sí, solo me he cortado un poco.

Elena le cogió la mano para mirarle la herida. Era un simple corte, nada por lo que preocuparse, pero no dejaba de sangrar.

—Vete a desinfectarlo mientras yo sigo con la cena, ¿vale?

Él obedeció y subió al baño donde, tras echarse agua oxigenada, se colocó una tirita rodeando el dedo pulgar. Cuando bajó de nuevo, Elena ya estaba echando las patatas a la sartén. Pidió a Samuel que batiera los huevos, pero le explicó que primero lo hiciera con la clara y después la yema para que la tortilla saliera más espesa.

—¿Dónde aprendiste a cocinar?

—Ya te hablé de la señora González cuando tomábamos café. —Él asintió—. Pues fue quien me enseñó. Cuando hice mi primera tortilla, fue un auténtico desastre. —Rio mientras echaba un poco de sal al huevo—. Cuando las patatas se frieron y añadí el huevo, metí la mezcla en la sartén. Cogí una tapa de cristal para darle la vuelta y al hacerlo, la tapa se me cayó y se rompió. La tortilla me quemó la mano y nos quedamos sin cenar. Estaba muy avergonzada, pero mi ángel de la guarda me calmó. Siempre me decía que las

cosas a la primera nunca se hacen bien.

—Se nota el cariño que la tenías.

—Sí. Lo pasé muy mal cuando murió. Ella me salvó de la vida que llevaba y me ayudó sin pedir nada a cambio y sin conocerme. Me gustaría ser como ella de mayor.

Samuel se animó a ser quien diera la vuelta a la tortilla como Elena le indicaba y ella aplaudió cuando la dejó sobre un plato. Para ser la primera vez, le había quedado muy bien. La degustaron entre los dos y no sobró nada. Elena echaba de menos comer cosas caseras y esperaba que, ahora que tenía una cocina más grande que la que había en la habitación del hotel, pudiera cocinar más y comer mejor.

Capítulo 15

El despertador sonó a las seis y media, como siempre. Laila lo apagó de un manotazo y pensó en quedarse durmiendo, pero al recordar la razón por la que se despertaba a esa hora, sonrió.

Hacía dos semanas que acudía al gimnasio a las siete de la mañana para ver a Mateo. En ese tiempo, él no había intentado nada, no la había presionado y lo más importante, su mirada siempre estaba fija en sus ojos celestes.

Laila había descubierto que Mateo trabajaba en el gimnasio como instructor y que, además, había creado un programa con el cual acudía algunos días a los centros o lugares donde era solicitado, como a asilos para hacer algo de deporte con las personas mayores o a centros educativos, en los cuales daba una pequeña charla a los alumnos sobre la importancia de una vida saludable y después les proponía varios juegos para que los niños vieran que hacer deporte y comer sano puede ser divertido.

Ella le explicó que siempre había trabajado en el mundo de la hostelería, pero había estudiado un grado superior en Procesos y Calidad en la Industria Alimentaria. A ambos les apasionaba el deporte, la música y un buen paseo los días de sol, y si era por la playa mucho mejor. También les gustaban los animales, pero Laila le comentó que nunca había podido tener ninguno porque con el trabajo no podría estar pendiente de cuidar al animal que tuviera.

Mateo le sonrió cuando dijo eso y le habló de su perra, Coco. Una Spaniel de color blanca y negra. Le encantaba llevársela a correr con él por la playa y cuando le propuso a Laila acompañarles algún día, ella aceptó encantada.

Desde que había llegado a Gandía la vida le había sonreído. Se había reunido con sus amigas, había encontrado trabajo, había conocido a un hombre muy interesante y, además, en dos días podría instalarse en el piso

que había alquilado. Estaba un poco lejos del hotel, pero aprovecharía el garaje del que disponía para aparcar ahí su coche cuando fuera a trabajar.

Se levantó de la cama y fue a la cocina de Sergio y Ada para ponerse un café. Lo necesitaba. Por si acaso, asomó la cabeza antes de entrar. No le extrañaría que los pillara en uno de sus calentones. Eran insaciables. No veía el momento de instalarse en su nuevo piso.

Tras tomarse su café con una napolitana de chocolate caliente, se vistió con la ropa de deporte y cogió su bolsa antes de salir. Llegó al gimnasio pasadas las siete de la mañana y sonrió al ver a aquel rubio que la tenía embobada en la cinta de correr. El sudor le caía por su frente y su cuello, y tuvo que contener sus ganas de limpiárselo con la lengua. ¡La volvía loca! Pero no lo haría. Todavía quería seguir poniéndole a prueba.

—Buenos días —le saludó.

—Buenos días, ojazos. —La sonrió deteniendo la cinta.

Bajó de ella con un pequeño saltó y se agachó para coger su botella de agua. Le dio un largo trago haciendo que aquella bajita mujer se quedara hipnotizada con el movimiento de su garganta al tragar.

—¿Hoy también empiezas con la bicicleta?

—Siempre hago bicicleta y luego algo de pesas. —Señaló la cinta con un movimiento de cabeza—. Para correr prefiero avanzar y no quedarme siempre en el mismo sitio.

—Yo también prefiero correr por la playa, pero solo puedo hacerlo los fines de semana.

—Hablando de fin de semana —dijo Laila alzando una pierna para subirse a la bicicleta—. ¿Tienes planes para este?

—No tengo planes desde que conocí a una morena con los ojos azules, enana, con mal carácter cuando la llamo así y que me amenaza cada dos por tres con darme una colleja.

Laila soltó una leve carcajada y se mordió el labio inferior. Comenzó a pedalear y se fijó en su boca. Tan carnosa y perfecta para ser besada. Además, estaba segura de que haría maravillas en otras partes de su cuerpo.

—Entonces, ¿te apetecería cenar con esta enana?

Mateo sonrió al oír el nombre por el que se llamaba a sí misma. Se acercó a ella con paso lento y alzó una mano para acariciarle la mejilla bajando con lentitud hasta que su grande mano rodeó su cuello.

Laila dejó de pedalear y cerró los ojos. Entreabrió la boca y echó un largo suspiro. ¡La iba a besar! Y ella estaría dispuesta a disfrutar de ese beso. Notó como el rostro de Mateo se acercaba a ella y como sus carnosos labios rozaban su mejilla ascendiendo hasta su oído.

—Te espero a las nueve en la entrada del gimnasio. Pasaré a buscarte y te llevaré a cenar a un lugar que te encantará —le susurró—. La semana se me va a hacer eterna hasta este sábado, pero espero seguir viéndote estos días hasta la llegada de nuestra cita.

A Laila le recorrió un escalofrío. Siguió esperando que la besara, pero ese momento no llegó. Mateo se separó de ella y se sentó en la torre de polea alta para realizar sus ejercicios de pesas diarios.

Ella se quedó un poco sorprendida porque no se hubiera lanzado, pero sonrió al entenderlo. Ella era quien llevaba el control.

* * *

Elena se despertó en la habitación del que se convirtió hace dos semanas en su nuevo hogar. Cogió el móvil y miró la hora. Las seis menos cuarto de la mañana. Suspiró. Sabía que no iba poder volver a dormirse y aún quedaban más de dos horas para que empezara su turno en el hotel. Se puso bocarriba en la cama para observar el techo y giró la cara hacia la ventana. Seguía siendo de noche. Aún quedaba un poco para el amanecer.

Cogió uno de sus rizos castaños que posaba sobre su pecho y se lo llevó a la nariz para aspirar su aroma. Le olía a humo tras la noche anterior, cuando en la cocina del hotel casi se produce un incendio por un fallo con los fuegos. Todos los empleados tuvieron que ayudar. Le recordó a su cena de bienvenida cuando Samuel intentó preparar tallarines al pesto. Sonrió al recordar ese momento y la cara de apuro que tenía. Estaba tan mono que tuvo que contenerse para no comérselo a besos.

Se levantó de la cama y encendió la lámpara que había en la mesilla.

Abrió la ventana para ventilar la habitación y sonrió al escuchar el sonido característico del mar. Hizo la cama y sacó del armario una toalla de color negro. Tras desnudarse, se la colocó anudándosela al pecho, pero frunció el ceño al mirarse las piernas. Solo tenía cuatro pelos, sin embargo, para ella era hora de pasarse la cera. Sacó de una de las cajas el calentador para fundir la cera y fue al baño lo más silenciosa que pudo para no despertar a su compañero. Cerró la puerta y sonrió al ver la bañera. Como aún era temprano, decidió probarla. Se moría de ganas de hacerlo desde que la vio por primera vez.

Dejó el calentador en el lavabo y lo enchufó para que la cera se fuera derritiendo mientras la bañera comenzaba a llenarse. Sacó del armario que había en el baño su gel y su champú, y se echó en las piernas polvos de talco antes de poner en ellas la cera.

Cuando la bañera antigua de cobre ya estaba medio llena, Elena cogió el palo de madera y apoyó la pierna en la tapa del retrete para expandirse la cera caliente por toda su largura, por debajo de la rodilla. Siempre se hacía medias piernas. Por encima de la rodilla, su piel era igual de suave que la de un bebé.

Comenzó a despegársela para dar el doloroso tirón, cuando la puerta se abrió y apareció por ella Samuel frotándose los ojos, con el pelo revuelto y solo vestido con unos *bóxers* azules. Se le había olvidado echar el pestillo.

Elena gritó y fue a esconder la pierna para que no se la viera llena de cera, con la mala suerte de que se resbaló y cayó a la bañera salpicando el agua fuera de ella. Quedó tumbada de forma horizontal, con el culo hundido y los brazos y las piernas por fuera.

—¡Joder! —bufó Samuel intentando aguantar la risa al ver la ridícula posición en la que se encontraba.

—¡Cierra los ojos y date la vuelta! —gritó.

Solo llevaba la toalla anudada al pecho, pero con el agua se había abierto un poco y dejaba a la vista parte de su cuerpo desnudo. Él obedeció, aunque no se fue del baño, algo que Elena agradeció, pues por más que lo intentaba, la bañera era tan profunda que no conseguía salir.

—No abras los ojos, pero date la vuelta y ayúdame. ¡No puedo salir! —dijo impulsándose de nuevo sin éxito.

—¿Cómo te voy a ayudar con los ojos cerrados? Tendré que ver para ir hacia ti, ¿no?

—Yo te guio. Además, solo tienes que andar en línea recta. Tampoco es tan difícil.

—Avísame para no chocarme con nada.

—Que sí.

Samuel se dio la vuelta con los ojos cerrados y comenzó a andar dando pequeños pasitos y muy despacio extendiendo los brazos para no chocarse con nada.

Elena aprovechó que él no la veía para devorarlo con la mirada. Vestido solo con la ropa interior pudo comprobar el buen cuerpo que tenía y lo irresistible que era. Una espalda ancha, unos brazos musculosos, una tableta perfecta y unas piernas fuertes y bien trabajadas. Además, el bulto que escondía su ropa interior le hizo ver que todo su cuerpo estaba perfectamente proporcionado. Estaba tan absorta mirándole, que no se dio cuenta de que Samuel iba a tropezar con el cable del calentador. El animador cayó también en la bañera y abrió los ojos para no aplastar a Elena, pero no pudo evitar que sus cuerpos se tocaran. Su boca rozó la nariz de ella y con rapidez apartó el rostro. Pudo apoyar las manos en el filo de la bañera a ambos lados de su cabeza y se miraron a los ojos durante unos largos segundos. Los dos tenían las respiraciones entrecortadas y aunque sus posiciones no fueran las mejores, ambos deseaban que la distancia que había entre sus labios desapareciera. Pero no lo hicieron.

Samuel se impulsó para colocarse en pie y le cogió de las manos para tirar de ella y sacarla de la bañera.

La toalla estaba completamente empapada y acabó en el suelo debido a su peso. Los ojos de Samuel contemplaron sin ningún tipo de pudor su cuerpo desnudo. Su miembro comenzó a palpar dentro de los *bóxers* al observar lo preciosa que era, pero enseguida Elena le privó de aquella maravilla. Se había tapado los pechos con las manos y alzado la rodilla izquierda para cubrir su mayor intimidad.

—¡Date la vuelta!! ¡No mires! —gritó y Samuel no tardó en hacerlo.

—Lo siento —se disculpó sin saber qué decir.

Elena no podía sentirse más ridícula. Primero el numerito de la bañera y ahora se encontraba desnuda, a la pata coja y con media pierna llena de cera. ¿Podía empezar peor el día?

—Necesito que me traigas otra toalla, por favor —le pidió completamente sonrojada.

—Claro, ahora te la traigo. Y perdona, tengo que acostumbrarme a que ya no vivo solo.

—No... No te preocupes —consiguió decir cada vez más avergonzada.

Samuel salió del baño y cuando tomó una nueva toalla, abrió un poco la puerta para meter el brazo y que Elena la cogiera. Ella le dio las gracias y cerró para ducharse, esta vez con pestillo. Definitivamente, había decidido pasar olímpicamente de esa bañera.

Se entretuvo bastante en el baño y tras observar el amanecer desde ahí, terminó de secarse el cuerpo y el pelo, y con la toalla bien sujeta, asomó la cabeza para asegurarse de que Samuel no estaba cerca. Al oír que estaba trasteando en la cocina, salió con total libertad, pero enseguida se encerró en su habitación. Se vistió con el uniforme del hotel, pero se quedó unos minutos en la habitación. ¿Cómo mirar a Samuel a la cara tras lo que había ocurrido hacía unos minutos en el baño? ¡La había visto desnuda!

A sabiendas de que no podía quedarse todo el día encerrada, se armó de valor y tras coger aire, se reunió con él.

—Buenos días —la saludó tendiéndole una taza de café.

Al igual que ella, Samuel se había vestido ya con el uniforme del hotel, aunque no sabía cómo no podía pasar frío. Llevaba una camiseta ceñida de manga corta y unas bermudas azules por encima de la rodilla. Vale que el hotel no estuviera lejos pero, aun así, ella prefería abrigarse.

—Siento mucho el numerito de esta mañana. —Se llevó una mano a la mejilla—. A este paso me echas antes de que acabe el mes.

—No te preocupes. Además, creo recordar que me advertiste de que no me asustara si me levantaba pronto y te veía ir en bolas por la casa —bromeó intentando calmar la tensión que había, pero lo único que consiguió fue que Elena bajara más la mirada—. Elena, está bien. No te preocupes, de verdad. Prometo olvidarlo si así te sientes mejor.

—Te lo agradecería. —Sonrió.

—Estoy haciendo tostadas, ¿te apetecen?

—No suelo comer mucho por la mañana, pero huelen bastante bien. Aunque procura que no se te quemem.

Samuel sonrió y, cinco minutos después, ambos degustaron unas tostadas con mantequilla y mermelada de arándanos. Llegaron puntuales al hotel y como siempre hacía él, se despidió de Elena dándole un beso en la mejilla y deseándole un buen día.

Por las mañanas el restaurante tenía poco movimiento, por lo que Elena pudo echar un vistazo a su móvil cuando notó que le vibraba. Por un segundo pensó que sería Samuel, pero suspiró al ver que se trataba de un mensaje de Laila.

Laila:

Te necesito. Te necesito. Te necesito. Ven al bar-salón cuando estés en el descanso.

Elena le respondió con un simple *ok*. Recogió lo más rápido que pudo para ir cuanto antes adónde se encontraba su amiga, ya que la había dejado preocupada.

Salió del restaurante corriendo y fue directa al bar-salón.

—¿Qué ocurre? —preguntó Elena con la respiración entrecortada.

—¿Te acuerdas de Mateo? El chico que conocí hace unas semanas en el gimnasio.

—Para no acordarme. Lo raro es que su nombre no se me haya tatuado en la frente de tanto hablar de él —bromeó.

—Pues este sábado tengo una cita con él.

Laila comenzó a saltar emocionada y dando suaves palmaditas. Parecía una adolescente a la que el chico popular le había pedido salir.

—¡Genial! ¿Y para qué me necesitas? —preguntó.

—Porque no sé qué ponerme, aparte de que tampoco sé si lanzarme o si invitarlo a mi piso, que, por cierto, me mudo pasado mañana, o si esperar un pelín más. —Juntó los dedos índice y pulgar haciendo que casi se tocaran.

—¿Desde cuándo te retraes tanto con un tío?

—Desde que ha aparecido uno que me gusta de verdad y me hace tilín.

—¿Tilín?

—Sí, es cuando lo ves, todo tu cuerpo se acelera, el corazón te late desbocado y tu pepitilla parece cobrar vida propia.

Elena soltó una carcajada y bajó del taburete. Iba ir a dar un paseo por la playa. Todavía no se había recuperado de lo sucedido aquella mañana.

—Voy a llamar a Nerea y a Ada, y, el viernes que ya estaré instalada y tenemos día libre por horas acumuladas, celebraremos que ya tengo piso nuevo. Helado, tequila, comida basura y mogollón de películas románticas. Así también las pongo al día con respecto a Mateo. Por cierto, tengo que buscar alguna tienda de estética para depilarme. Hace tanto que no echo un polvo que mis piernas parecen las del oso Yogui. Por no hablar de cómo tendré lo otro.

—Mira, no me hables de depilarme. —Suspiró—. Voy a dar una vuelta, ¿vale? Y la próxima vez que me necesites, espero que sea cuestión de vida o muerte.

Elena salió del hotel y comenzó a caminar para dar un paseo por la playa. Se había acostumbrado a eso antes de entrar de nuevo a trabajar.

Samuel la observó salir y estuvo tentado de seguirla, al fin y al cabo, era su descanso, pero Pedro les había ordenado a Hugo y a él ir a su despacho. Tenía algo que comentarles.

Le pidió a Samuel que cerrara la puerta y les advirtió de que tenían poco tiempo antes de que Alejandro regresara. Se había escapado para ir a visitar a su hija y a su nieta.

—En dos semanas es el cumpleaños de Alejandro y este año quiero ofrecerle algo especial —les explicó—. Así que he pensado en organizar un torneo de vóley playa solidario. Podrá inscribirse todo el mundo que quiera, pero deberán tener equipos de seis personas. Cada persona que participe deberá abonar veinte euros de inscripción, pero aparte, el día del torneo y los días anteriores, pondremos disponible una urna y una cuenta para que todo el mundo que quiera, done dinero, ya sea en metálico o por transferencia bancaria. El dinero recaudado irá destinado a la investigación de la enfermedad que mató a su mujer. ¿Qué os parece?

—Me parece una gran idea, papá. Eso le hará mucha ilusión —dijo Hugo con una sonrisa.

—Además, el cumpleaños de Alejandro pilla en una buena época y habrá turistas. Podremos sacar bastante dinero para la causa —argumentó Samuel.

—Entonces genial. Mientras pido los permisos necesarios y los servicios de alguna empresa de marketing para los carteles, folletos y todo aquello que sirva para publicitar el evento, vosotros encargaros de comenzar a organizar lo que podáis. —Apoyó los codos en la mesa de su despacho—. No podemos esperar a su cumpleaños, porque verá antes los carteles, por lo que, si no os importa, venid este viernes y se lo anunciaremos cuando los otros animadores acaben el espectáculo.

Samuel y Hugo asintieron y salieron del despacho para continuar con su trabajo. Samuel, que sabía que Elena libraba ese viernes, le mandó un mensaje para informarla de aquella sorpresa. Comenzaba a conocerla y sabía que le gustaría estar allí, además, lo más probable era que Nerea asistiera para ver el momento en el que le dieran la sorpresa a su padre. También sería algo emocionante para ella, pues Carolina era su madre.

Elena, al leerlo, se dio cuenta de que no podían cumplir con el plan de Laila. Todas querían estar en ese momento tan especial, por lo que tras contar aquello a su amiga, decidió que aplazaría su mini fiesta para celebrar que ya tenía piso. No se perdería la sorpresa a su jefe y padre de su amiga por nada del mundo. Además, las amigas podían quedarse un poco más en el bar-salón tras la sorpresa para que Laila les pudiera poner al día con respecto a Mateo.

Capítulo 16

—¿Te apetece apuntarte al torneo de vóley playa?

Ya había llegado la noche en la que Alejandro recibiría su sorpresa de cumpleaños. Ese día, Elena había librado y se había pasado la mañana limpiando un poco la casa y dando su habitual paseo por la playa. Samuel tenía turno de mañana, así que aprovechó para recibirle con una buena comida. Sabía lo agotado que llegaba siempre tras un largo día.

Como casi siempre hacía, se lo agradeció con un beso en la mejilla. Elena disfrutaba de ellos, aunque le gustaría que se lo diera en otra parte de su cara. Más concretamente, en sus labios.

Pasaron el día juntos, sin salir de casa, viendo películas y series, hasta que él, agotado, se quedó dormido en el sofá y Elena le echó una manta para que no cogiera frío. Aprovechó mientras Samuel descansaba para ir a un supermercado a comprar los ingredientes para la cena. Iba a preparar unas pizzas caseras que sabía que le quedaban de maravilla. Compró la masa, salsa de tomate, queso rallado y demás cosas que necesitaba. Al no tener coche, tuvo que cargar con ello de vuelta a casa. Llegó agotada y con los dedos amoratados por el peso, pero no dejó las bolsas hasta que entró en la cocina. Sacudió sus manos doloridas y cogió un vaso para beber agua.

Samuel le preguntó dónde había estado y al darse la vuelta para contestarle, Elena no pudo hablar. Frente a ella se encontraba el hombre por el que suspiraba en silencio, vestido solo con una toalla anudada a su cadera, completamente mojado y secándose la humedad del pelo con otra toalla más pequeña. Tuvo que bajar la mirada para no acercarse hacia él, devorarle la boca y tirar de su toalla para hacer lo que solo se permitía en sueños; o despierta jugando con su imaginación y con su amigo Pepito Grillo. Sin duda, vivir con él estaba siendo una tortura y en más de una ocasión, había pensado en irse con su amiga Laila, pero enseguida descartaba esa idea. No solo

porque no llevaba ni un mes allí y había llegado a un acuerdo con Samuel, sino porque, a pesar de ser una dulce tortura, le gustaba estar a su lado.

Al ver lo que había comprado y tras echarla una pequeña regañina porque no le hubiera despertado para ir en coche hasta el supermercado, Samuel se vistió y comenzó a ayudarla a hacer la cena. Aún quedaban un par de horas para que fueran al hotel.

—No juego a vóley desde que iba al instituto. —Sonrió Elena esparciendo la salsa de tomate por la masa—. Y era bastante mala.

—Venga, será divertido y nos falta una jugadora.

Elena sabía que Hugo, Laila, Ada, Sergio y él se habían apuntado para ayudar a la causa por la que aquel torneo se iba a realizar y estaba dispuesta a donar, pero jugar era otra cosa. Haría el ridículo.

—Seguro que estoy más con el culo en la arena que golpeando la pelota. —Rio.

—¡Anímate! Te aseguro que no dejaré que te caigas a la arena. Antes de que lo hagas, te cogeré —dijo rodeando su cintura para tirar de ella y pegarla a su pecho—. Así.

Ambos se sonrieron y Elena tuvo que recurrir a toda su fortaleza para que no notara lo que le afectaba tenerle tan cerca. Estaba viviendo una situación muy parecida a la de las parejas cuando se ponían a jugar en cualquier lugar. Si ellos lo fueran, lo más probable era que ya estuvieran besándose y comenzando a quitarse la ropa. Sin embargo, solo eran amigos y lo único que estaban haciendo era bromear. Tenían confianza y una buena relación, pero nada más allá de una amistad.

Samuel estuvo tentado de aprisionarla contra la encimera y devorar aquella boca. Atraerla hacia él había sido un gran error y si Elena notaba lo que él sentía por ella, lo más probable sería que quisiera irse y eso era lo último que deseaba. No era porque con su parte de alquiler sus gastos se habían reducido, eso era lo que menos le importaba, sino porque se había acostumbrado a vivir junto a ella.

La soltó y Elena recuperó como pudo la compostura antes de seguir cocinando. Mientras las pizzas estaban en el horno, Elena subió a cambiarse para ir al bar-salón del hotel. Samuel y ella habían quedado allí con Hugo y

sus amigas.

Nerea se emocionó mucho cuando su novio le contó lo que tenían planeado. Su madre se merecía lo mejor y desde donde estuviera, estaban seguros de que sonreiría orgullosa.

Elena se vistió con unos pitillos rosas y una blusa blanca acompañada de una americana gris clara. Se calzó unas manolequinas blancas y cogió el bolso para dejarlo abajo. Samuel y ella cenaron viendo un programa de humor y cuando recogieron, se encaminaron al hotel.

Al llegar, Elena no tardó en coger a la pequeña Alba de los brazos de su madre para comenzar a besuquearla. La niña le sonrió mientras mordisqueaba uno de los mordedores que le había regalado.

Poco después, aparecieron Laila, Ada y Sergio, y, se sentaron en la mesa donde el resto se encontraban.

—Estoy nerviosa —confesó Nerea—. Quiero ver la reacción de mi padre.

—Le va a encantar —dijo Ada segura mientras entrelazaba sus dedos con los de su novio—. Además de ser una causa benéfica, será divertido.

—Y hablando de eso —comentó Laila—. Elena, ¿te apuntas?

Ella miró un segundo a Samuel. Hacía unas horas él le había preguntado lo mismo.

—No juego a vóley desde que tenía quince años.

—¡Ni yo! Pero qué más da. Lo pasaremos bien y cuanta más gente venga, más donaciones harán.

—¡Está bien! —se rindió Elena—. Pero si no conseguimos por mi culpa ningún punto, no quiero saber nada.

Todos rieron y cuando Alejandro apareció con Pedro para colocarse al lado de los dos animadores que habían llevado aquella noche los espectáculos, Hugo y Nerea se levantaron. Hugo cogió a su hija en brazos para estar toda la familia junta en ese momento.

Cuando Pedro tomó el micrófono, comenzó a contar la historia de Alejandro y Carolina hasta llegar al fatídico final que se la llevó. El público se emocionó ante esa dura historia y tras anunciar Pedro lo que habían

organizado, a Alejandro se le humedecieron los ojos y comenzó a repartir abrazos ante aquella sorpresa. A pesar de haberse divorciado, él nunca dejó de amar a la que fue la única mujer de su vida, incluso procuró estar el máximo tiempo a su lado en sus últimos meses. Desde entonces, colaboraba con una organización que se encargaba de la investigación para hallar una cura a esa horrible enfermedad y, saber de aquello, le emocionó. Él ya tenía todo lo que necesitaba y le gustaba que su regalo sirviera para ayudar a miles de personas.

El público se puso en pie y comenzó a aplaudir ante la sorpresa y muchos huéspedes comenzaron a donar dinero en el lugar donde el dueño del hotel había indicado. Podían hacer donaciones en efectivo en recepción o por transferencia al número que les entregarían en el mismo lugar donde podían donar en metálico.

— Oye —dijo Laila mirando a Elena y Ada—, sé que no es lo mismo que dar una pequeña fiesta en mi pisito, que, por cierto, es monísimo, pero ¿qué os parece si vamos a tomar algo? No es muy tarde.

—Por mi genial, ¿te apuntas? —le preguntó Ada a su novio.

—Mejor te espero en casa, mi ninfa. Así salís vosotras cuatro.

Ada sonrió y se acercó a él para besarle. Laila puso los ojos en blanco y miró a Elena poniendo una mueca desagradable que la hizo reír.

—Puag, menos mal que me he independizado. No soportaba vuestros morreos y calentones mañaneros.

—Pues gracias a uno de ellos, conociste a Mateo —la vaciló Ada divertida.

Laila fue a protestar y abrió la boca para hablar, pero su amiga tenía razón y no podía contradecirla. Eso sí, al ver cómo se reía, le dio una colleja.

Cuando Nerea y Hugo se reunieron con el resto, Laila le propuso el mismo plan a su amiga, pero esta se lo pensó. Desde que la pequeña nació no podía hacer lo mismo con sus amigas que cuando no era madre. Echaba de menos salir a divertirse, sin embargo, no cambiaría lo que su pequeña le había traído por nada del mundo.

—Anda ve, princesita. Hoy pasaremos la noche juntos padre e hija —le dijo Hugo besando la cabecita de su pequeña.

—No, Hugo, no creo que...

—Cariño, estaremos bien y si necesito cualquier cosa sabes que te voy a llamar. Además, me he convertido en un experto en bebés.

Todos rieron y rindiéndose, Nerea asintió y se puso de puntillas para darle un tierno beso en los labios a aquel hombre que la enamoraba cada día más y otro a su hija en su rosado moflete.

Elena se despidió de Samuel con un simple hasta luego y se levantó de la silla para ir con sus amigas.

Fueron a un pub que habían inaugurado hacía poco. Pidieron sus consumiciones y se sentaron en uno de los sofás en forma de L, negro y blanco, que había libre con una pequeña mesa negra en el centro. La música de aquel local estaba a un volumen bajo. Nada que ver con la de las discotecas, donde tenías que gritar para que la gente te escuchara. En ese pub podían tomar una copa y charlar de forma relajada.

Laila aprovechó y les contó a Ada y Nerea su cita del día siguiente con Mateo.

Por su parte, Elena no les había comentado todavía nada sobre el hecho de que estaba viviendo con Samuel. La única que lo conocía era Laila y, cuando le preguntaba que qué tal la convivencia, le contestaba que bien y enseguida se escaqueaba o cambiaba de tema. Si sus amigas conocían aquello, comenzarían a bombardearla a preguntas y, aunque odiaba ocultarles algo así, no quería que con sus respuestas se le notara lo que ese hombre le hacía sentir porque la animarían a lanzarse y ni ella le merecía ni estaba preparada para que la rechazara.

—Así que mañana tienes la cita con Mateo —dijo Ada pícaro dando un trago a su cubata—. Acuérdate de comprar condones, no te pase como a esta. —Señaló a Nerea.

—Oye guapa, que me quedara embarazada por olvidarme de tomar la píldora, no quiere decir que me arrepienta. —Sonrió—. Alba es lo mejor que nos podía pasar a Hugo y a mí —comentó orgullosa con una tierna sonrisa.

—Haré que me lleve a casa —les explicó coqueta Laila—. Quiero que me empotre en el ascensor.

Todas rieron y siguieron conversando animadamente como hacía meses

que no podían.

Ada les contó que estaba estresada con los preparativos de su boda, pero a la vez, emocionada. Eso le recordó a Elena que tenía que mirarse un vestido. La boda de Ada sería por la tarde-noche, por lo que buscaría alguno largo. No iba a una boda desde que era una adolescente y lo peor de que ahora tuviera una, era que iría sola. Todas sus amigas tenían ya pareja y, aunque Laila aún no hubiera hecho nada con Mateo, se veía a la legua que su amiga estaba loca por aquel hombre.

De pronto, se quedó pensativa. Samuel iría también a la boda. ¿Lo haría acompañado? Apretó los dientes haciendo que su mandíbula se tensara. No soportaría verlo con otra mujer, aunque fuera la perfecta para él.

—Elena, ¿estás bien? —le preguntó Nerea preocupada colocando una mano en su rodilla.

—¿Eh? Sí, solo estaba pensativa.

—Bueno, pues eso. El domingo si no doy señales de vida, no os preocupéis. —Aplaudió Laila—. Será porque he triunfado.

—A ver, si lo quieres solo para echar un polvo, ¿por qué no lo hiciste el primer día? —le interrogó Ada al ver a su amiga más interesada por el sexo que por conocer más a ese hombre.

A Laila le cambió el gesto. Estaba deseando que llegara su cita con Mateo y sentir lo que sus amigas sienten con sus parejas. Tener ese brillo en los ojos, una sonrisa bobalicona y notar cómo te tiemblan las piernas con una sola mirada. Claro que también quería sexo, pero no quería ningún rollo con él. Ya había tenido demasiados.

—No solo quiero eso, quiero ser especial para alguien y que alguien lo sea para mí. Con Mateo siento las famosas mariposas, pero quizá solo busque de mí lo que todos. No quiero ir ilusionada.

—A ver, Laila —comenzó a hablar Elena—. Si Mateo quisiera solo sexo contigo, no habría esperado dos semanas sin hacer nada. No te hubiera dado el control como lo hizo.

—Ya, pero quizá sea una de sus estrategias —comentó Laila.

—Y te mira a los ojos —recalcó Ada—. No metas la pata como hice yo

con Sergio.

—O yo con Hugo —apostilló Nerea.

—Quiero darnos una oportunidad, pero me asusta demasiado.

Nerea y Ada sonrieron. A pesar de llevar más de un año con sus parejas, seguían sintiendo ese miedo, pero este desaparecía cuando sus novios las sonreían, las besaban o les susurraban al oído que las amaban.

—¿Sabes lo que me dijo mi padre cuando rompí con Hugo? —preguntó Nerea al ver el gesto de Laila—. Me dijo que me arriesgara. Que era cierto que podía perder, pero debía pensar en lo que podía ganar.

—¡Tenéis razón! —exclamó poniéndose en pie—. Voy a dar una oportunidad a Mateo y mañana no habrá nada de sexo.

—Hombre, tampoco te pongas tan drástica —se mofó Ada—. Que una alegría al cuerpo siempre viene bien. —Movi6 las caderas sin levantarse del sof6.

Continuaron hablando hasta que a las dos de la madrugada dieron por finalizada la pequeña salida improvisada. Elena había bebido y estaba un poco mareada, pero nada más. Siempre le ponía nerviosa ir a discotecas o a pubs y beber. Tenía miedo de que, si se dejaba llevar demasiado, acabara haciendo lo mismo que cuando tenía dieciséis años.

Llegó a casa y se extrañó al ver la luz del salón encendida. Abrió la puerta para entrar en él. Samuel estaba despierto viendo una película en Netflix. A esas horas no había nada más interesante.

—Hola —saludó en un susurro.

—Hey, hola. —Apagó la tele y se levantó del sof6—. ¿Qué tal lo habéis pasado?

—Bastante bien. Echaba de menos estas salidas. —Sonrió—. ¿Qué haces despierto a estas horas?

—No podía dormir hasta que viera con mis ojos que regresabas sana y salva. Me preocupo por ti, Elena.

A Elena el corazón se le aceleró al escucharle. Le encantaba ver que le importaba a Samuel y eso hacía que cada día cayera más en sus redes. Pero

era inevitable. Era demasiado adorable.

—Gracias por preocuparte —fue lo único que consiguió decir.

—Bueno, ¿vamos a la cama? —Elena alzó las cejas sin dejar de sonreír al escuchar cómo había sonado aquello—. Es decir, me refiero, cada una a la suya. ¡No quiero decir que me importaría que durmieras en la mía! Si algún día, por cualquier cosa, necesitas mi cama, estaré encantado de prestártela, pero no, no me refería a eso, bueno que si te apetece dormir hoy ahí yo puedo...

Elena alzó una mano para posarla en sus labios y callarle al ver lo nervioso que se había puesto. Se acercó a él y se alzó para besarle en la mejilla, pero el alcohol que llevaba en el cuerpo hizo que deslizara los labios hasta rozarle la comisura de los suyos.

—Te he entendido. No te preocupes.

Samuel se quedó unos minutos paralizado. Había notado ese pequeño contacto de sus labios en los suyos y una descarga le había recorrido todo el cuerpo. Cuando Elena comenzó a subir las escaleras tras darle las buenas noches, él se pasó la lengua por la comisura y pudo detectar lo que parecía un leve sabor a menta y a alcohol. Gran error. Ahora deseaba colarse en su habitación y besarla con pasión para confirmar si había acertado con aquel sabor.

Expulsó el aire retenido en sus pulmones y, tras estar unos minutos ahí parado, fue a su cuarto en el cual se quedó dormido y soñó con una preciosa mujer de pelo castaño y ojos verdes.

Capítulo 17

Laila llevaba dos semanas de un humor de perros. Sabía que muchas chicas hubieran definido su cita con Mateo como perfecta por su comportamiento caballeroso, pero quizá ese fue el problema para ella. Que fue demasiado caballeroso. Desde que la dejó en su piso el sábado cuando terminaron su cita, no había vuelto a pisar el gimnasio. Puede que algún día volviera, pero hasta entonces, no tenía ganas de verle. En esas semanas, Mateo la había llamado varias veces y mandado mil mensajes, sin embargo, ella nunca le contestaba.

Descorrió las cortinas blancas de su pequeño piso y salió a la terraza. Aquel día se celebraba el torneo de vóley playa y el sol brillaba con fuerza, además de que en Gandía rozaban los veinticinco grados. Se vistió con la camiseta de tirantes que solía llevar al gimnasio y unos pantalones cortos. Se calzó las deportivas y tras coger algo de dinero, el móvil y las llaves, salió de casa.

Estaba lejos de la playa, por lo que no le quedaba más remedio que ir en coche y dar mil vueltas hasta encontrar algún aparcamiento. Por suerte, tras un par de vueltas, estacionó su vehículo en un hueco libre que había dejado un todoterreno.

Caminó hasta llegar a unas gradas que había colocado el Ayuntamiento para el evento y buscó con la mirada a su equipo. Vio a Hugo y Nerea y se acercó a ellos. Él estaba de pie frente a su amiga que se encontraba sentada con la pequeña Alba en su regazo. Laila sonrió al ver que Nerea había vestido a su hija con lo que Elena y ella le regalaron pero, en vez de la diadema roja, le había puesto en la cabecita un sombrerito blanco para protegerla del sol.

Se acercó a ellos y no tardó ni un segundo en coger a su sobrinita tras saludar a sus padres. ¡Adoraba a esa pequeña!

Minutos después, llegaron a la playa unos acaramelados Ada y Sergio

junto con Samuel y Elena. Esta última sonrió al ver que su sobrina llevaba el vestido que le compraron en Oviedo antes de mudarse a Gandía.

—¡Ya estamos todos! —Dio una palmada Hugo—. Me ha comentado mi padre que hay doce equipos inscritos y que la gente está involucrada en la causa. Están donando bastante. —Sonrió orgulloso.

—¡Genial! —Aplaudió Ada—. Ahora vamos a dar palizas —bromeó.

—Ya os dije que no juego a esto desde el instituto —advirtió Elena—. Cuanto menos toque la pelota, ¡mejor!

Todos rieron y se sentaron junto a Nerea hasta que llegara su turno. Animaron a los equipos aplaudiendo y disfrutando del espectáculo. Cuando les tocó a ellos, se pusieron en pie y comenzaron a posicionarse. Los tres chicos se colocaron en la parte de atrás y ellas más cerca de la alta red. Se quitaron las deportivas para jugar mejor en la arena y flexionaron las rodillas para recibir la pelota. El equipo contrario sacaba.

El balón fue directo a Laila y colocándose, lo golpeó con los antebrazos consiguiendo el primer punto. Las amigas saltaron y la abrazaron. Al menos habían conseguido un tanto.

El partido siguió y todos golpeaban la pelota, incluida Elena que, a medida que el tiempo pasaba, iba animándose y disfrutando del juego. Desde atrás, Samuel la animaba y cuando ella saltó para hacer un remate y conseguir otro punto, se puso a gritar emocionada como una niña pequeña y se lanzó a los brazos de su compañero de piso, quien comenzó a dar vueltas con ella celebrando ese tanto.

—¡Bien jugado!

Elena posó los pies en la arena y sin dejar de sonreír le miró mientras se retiraba unos mechones castaños que se habían quedado pegados a su boca. El árbitro pitó indicando que los jugadores se colocaran en su posición para continuar el partido.

Desde las gradas, Nerea, Alejandro, Pedro e incluso Alba, les animaban.

Tras una hora jugando, el partido acabó convirtiéndoles en ganadores. Nerea les felicitó y Alejandro y Pedro les tendieron una botella de agua a cada uno. Los hombres, tras darles un buen trago, se la echaron por encima antes de sacudir la cabeza para quitarse la humedad.

—¡Seréis! —se quejó Laila al ver unas gotas de agua en su camiseta—. ¡Hombres!

Y dicho esto, se fue con mala cara a una zona alejada de la playa. Sus amigas se quedaron mirándola preocupadas. Algo le ocurría, si no, en vez de enfadarse porque la hubieran salpicado, ella les salpicaría también divertida.

Nerea dejó en brazos de Pedro a su hija y las tres amigas se encaminaron adonde se encontraba Laila. Estaba sentada en la arena abrazándose las rodillas y con la barbilla apoyada en ellas. En silencio se sentaron cerca de ella formando un círculo.

—¿Qué te pasa? —le preguntó Elena preocupada.

—Nada.

—A nosotras no nos engañas —dijo Ada acercándose más a ella.

—Mateo me rechazó —soltó tras estar varios segundos en silencio.

—Me imaginaba que irían por ahí los tiros —confesó Nerea—. No nos contaste nada de cómo fue tu cita.

Laila suspiró y se sentó a lo indio. Estaba decepcionada con su cita. Creía que sucedería algo, pero no pasó absolutamente nada.

—Al principio todo fue bien. Me llevó a un sitio muy bonito y cenamos de maravilla. Lo pasé muy bien con él y luego fuimos a tomar una copa. Bailamos y mientras lo hacíamos, creía que había química y que él tenía las mismas ganas que yo de lanzarse, pero cuando me dejó en casa, me dio un beso en los nudillos. ¡En los nudillos! —espetó aún incrédula al recordarlo—. Guardando las distancias... Como si estuviéramos en la Edad Media y yo tuviera la peste. Y fin.

Ada, sin poder evitarlo, se echó a reír y Elena le dio un suave golpe para que parara al ver la cara que tenía Laila.

—¡Ay, perdón, perdón! —se disculpó—. Pero Laila, ¿no entiendo por qué estás así?

—¡Porque me rechazó!

—A ver, Laila —continuó hablando la pelirroja—. No te ha rechazado. Está cumpliendo con lo que te prometió y nos contaste: se comporta como un

caballero y tú tienes el control.

—¡Eso es! —habló Nerea—. No se lanzó porque no quisiera, sino porque tienes que ser tú la que lo haga.

—¿Le has visto tras, según tú, tu desastrosa cita? —preguntó Elena.

Laila negó con la cabeza y les contó que no había querido verle ni hablar con él, a pesar de que Mateo la llamaba y *mensajeaba* cada día, pero se sentía rechazada tras esa despedida tan poco pasional y quería olvidarse de él. Aunque tras hablar con sus amigas, lo que en verdad deseaba era pedirle disculpas y tras eso, lanzarse como lo tenía que haber hecho aquella noche.

—Tienes que hablar con él —le aconsejó Elena—. Te está demostrando que no quiere un rollo contigo, sino algo más.

—Tenéis razón. Cuando acabe el torneo, le llamaré. Bueno, si es que me quiere coger el teléfono tras tantos días ignorándole —señaló apenada bajando la mirada.

—¡Claro que te lo cogerá! —la animó Nerea—. Estará deseando hablar contigo.

Desde lejos, Hugo silbó y les hizo una seña a las chicas para que regresaran. Debían jugar de nuevo. Se levantaron y tras sacudirse la arena de la ropa, regresaron para continuar con el torneo. Esa vez perdieron el partido y quedaron descalificados, pero no les importó. Lo habían pasado bien y el torneo era por una buena causa. Ese era el mayor premio.

Agotada, Elena se acercó a un bar que había para pedir una coca-cola bien fresquita, pero le dijo al camarero que no se la sirviera en un vaso. Este le entregó el botellín de cristal y tras pagarlo, Elena regresó a la playa, aunque en vez de ir al lugar donde todo el mundo se encontraba, comenzó a dar su paseo por la playa, esta vez, mojándose los pies con el agua. Con el calor que hacía ese día, se agradecía la frescura del mar.

—Te estaba buscando —dijo Samuel a su espalda—. ¿Estás bien? —preguntó al verla sola y lejos de sus amigas.

—Sí, solo que me estaba agobiando con tanta gente.

Él asintió y se colocó a su lado para entregarle una piruleta de chocolate. Al verla, ella sonrió y la aceptó encantada.

—Tu premio por jugar tan bien.

—Pero si en este último partido he jugado fatal. —Sonrió.

Samuel soltó una pequeña carcajada y le apartó un mechón que tenía pegado en su mejilla tras la oreja.

—Has estado genial y punto.

Elena se mordió el labio inferior y observó un segundo la piruleta antes de volver a mirar sus ojos color miel.

—Gracias.

Y como siempre hacía, la partió en dos y le dio un trozo a él. Juntos regresaron donde se encontraba el resto, que estaban quedando para comer juntos en algún lugar cerca de la zona.

Elena sonrió al ver a Hugo con su hija en brazos, dándole el biberón. Era una estampa muy tierna y no pudo evitar preguntarse si algún día ella viviría algo tan especial como aquello. Ver al hombre de su vida cuidar del hijo de ambos... pero enseguida descartó esa idea. Ella no se lo merecía. Suspiró y bajó la mirada a sus pies para que nadie viera la tristeza que se había instalado en sus ojos.

—¡Laila! —llamó Ada a su amiga—. ¿Ese rubiales de ahí que tiene un aire a Theo James, no es tu Mateo? Y si no lo es, se parece mucho al de la foto que nos enseñaste.

Laila se giró y efectivamente; ahí estaba él. Con unos vaqueros claros desgastados, una camiseta negra y unas gafas de sol que le daban un aspecto muy sexy. No paraba de mover la cabeza como si buscara a alguien. ¿Sería a ella?

A Laila no le pasó desapercibido cómo las mujeres que se encontraban allí le desnudaban con la mirada y eso la encendió.

—¿Qué hace aquí? —preguntó Elena al acercarse a sus amigas—. ¿Sabía que estarías hoy en el torneo?

—Sí. En la cena le comenté lo del evento y me dijo que se pasaría, pero tras lo que pasó... No me lo esperaba.

Laila estaba completamente paralizada. Su cabeza le decía que no debía

hacer nada, pues se había comportado muy mal con él tras su cita, pero su corazón la animaba a acercarse y a hacer lo que debió ese sábado. Estaba un poco confundida, sin embargo, sabía lo que quería. Solo esperaba que ahora fuera él quien le diera la oportunidad de demostrarle que, para ella, tampoco era un rollo.

—¿Qué haces aquí parada? —la regañó Ada—. ¡Mueve ese culo y ve a hablar con él! Está claro que ha venido por ti.

—¿De verdad lo creéis? —preguntó nerviosa.

Elena y Ada asintieron, y Laila comenzó a peinarse con los dedos. Cuando creyó estar presentable tras el ejercicio que había realizado, comenzó a andar con paso decidido hacia Mateo.

Cuando la vio ir hacia él, Mateo sonrió antes de respirar aliviado. Llevaba días queriendo hablar con ella y sabía que estaba molesta con él. Solo tuvo que fijarse en el gesto de su mirada celeste cuando se despidieron el sábado. Él quiso besarla, pero no lo hizo porque el día que se conocieron le dejó claro que era ella quien tenía el control, aunque quizá Laila sí esperaba que la besara.

Estaba desesperado. No quería hablar con él, no había vuelto a aparecer por el gimnasio y, aunque pensó en ir a su casa, prefirió esperar a que llegara el día del torneo de vóley playa. Sabía que estaría allí y no se iría hasta que hablara con ella.

—Hola —la saludó cuando Laila llegó a su lado.

Pero ella, en vez de detenerse y saludarle, siguió caminando hasta que se colgó de su cuello y lo atrajo hacia ella para que sus labios se unieran como llevaba semanas deseando.

En un principio, Mateo se asombró, pero enseguida comenzó a responder a aquel beso. Al ser ella mucho más bajita y notar cómo intentaba alzarse para besarle mejor, él rodeó con sus brazos su cintura y la alzó para que ella rodeara la suya con sus piernas. Sus lenguas se unieron en un baile erótico y se saborearon como si no hubiera nadie más en la playa.

Laila finalizó el beso sonriendo sobre su boca.

—Quiero todo de ti, Mateo. Quiero un nosotros.

—Me alegro, mi enana. —Laila sonrió. Le encantaba que la llamara así —. Porque no estaba dispuesto a irme sin conseguir una oportunidad. Yo también quiero un nosotros y no pienso renunciar a ti tan fácilmente.

—No quiero que lo hagas nunca. —Le regaló un tierno beso—. ¿Nos vamos? Quiero recuperar el tiempo perdido.

Mateo la dejó en el suelo y tras entrelazar sus dedos, abandonaron la playa. Se había acabado el contenerse, a partir de ahora tendrían una relación de pareja en la que se robarían un beso siempre que quisieran. Estaban felices.

—Mírala —se quejó divertida Ada que, junto a sus amigas, no se había perdido ese momento—. Ni se ha despedido de nosotras.

—Anda, déjala que disfrute y vamos a comer. ¡Me muero de hambre! — señaló Elena comenzando a caminar para reunirse con los chicos.

Pero mientras andaba, suspiró pensando en Laila y recordó su beso con Mateo. Se la veía tan feliz que sintió una punzada de envidia. Sin poder remediarlo, miró a Samuel que en ese momento conversaba con Hugo. ¿Qué ocurriría si ella hiciera lo que deseaba?

Capítulo 18

Samuel y Elena estaban completamente agotados. El día había sido muy largo y eran las ocho de la tarde cuando regresaron a casa tras pasar el día con sus amigos, excepto con Laila, que desde que se había ido con Mateo, no habían sabido nada más de ella, salvo por un mensaje que envió al grupo de las amigas donde decía que por fin había triunfado y que al día siguiente o ya si eso el lunes, les daría los detalles.

Samuel metió la llave en la cerradura y cuando encendió las luces, no tardó en dejarse caer sobre el sofá. Se notaba que estaba cansado. Elena no lo dudó y se sentó a su lado.

—Estoy muerto —declaró cerrando los ojos—. ¿Qué te parece si pedimos algo de cena y vemos una película?

—Creo que es un gran plan para acabar el día. ¿Qué quieres cenar?

—Sin duda, comida basura. ¿Pedimos hamburguesas con patatas, aros de cebolla y helado de postre?

—Me parece perfecto —confirmó ella poniéndose en pie para ir a por su móvil—. Ve preparando la película que quieras. La que elijas estará bien.

Samuel la miró y le mostró una sonrisa pícaro.

—¿Segura?

—No me digas que estás pensando en una porno —bromeó ella entrando en la aplicación para pedir la cena.

—No, más bien en una de terror.

Elena le miró y se mordió el labio inferior. No le iban nada esas películas. Le dejaban siempre con una mala sensación en el cuerpo, pero como sabía que no eran reales, o al menos la mayoría de ellas, aceptó la propuesta.

Tampoco sería para tanto.

Mientras la cena llegaba, ambos subieron a sus habitaciones para ponerse cómodos. Elena le pidió a Samuel que estuviera atento por si llegaba la cena mientras ella se daba una rápida ducha.

Elena se llevó al cuarto de baño una toalla y el pijama, y se desnudó en él. Echó el pestillo y se quedó unos segundos mirando la bañera de cobre recordando el día que Samuel tuvo que rescatarla. Sonrió bajando la mirada. No pudo ser una situación más patética.

Comprobó que el agua de la ducha salía caliente y se recogió el pelo en un moño mal hecho encima de la cabeza para meterse dentro. Tardó poco más de diez minutos en salir y vestirse con el pijama, pero no se quitó el recogido que había improvisado. Bajó por las escaleras y vio a Samuel pagando al repartidor.

—Dime cuánto es y te pago la mitad —le propuso Elena buscando la cartera en su bolso.

—Estate quieta. Invito yo.

—No, no, no, sabes que compartimos gastos.

—Elena, no me voy a arruinar por invitarte a cenar.

Él le sonrió y ella asintió rindiéndose. Guardó de nuevo la cartera y fue a la cocina para coger varios platos para poner la comida y cubiertos. Ya comenzaba a conocer los gustos de Samuel y sabía que le gustaba cenar bebiendo Fanta de naranja. Así que cogió dos latas. Una para él y otra para ella. Regresó al salón y colocó todo en la pequeña mesita que había frente al sofá.

Elena vio que la película ya estaba preparada, pero en pausa. Cuando estuvieron listos, Samuel se levantó y apagó todas las luces dejando la casa a oscuras, salvo por la luz que desprendía la televisión.

Al ver como Elena lo miraba cuando volvió a sentarse a su lado, le aclaró:

—No se puede ver una película de miedo sin estar a oscuras.

—Si esta noche tengo pesadillas, será tu culpa —le advirtió Elena comiendo una patata.

—Asumo la responsabilidad —dijo divertido, pulsando el botón del Play.

Cuando la película llevaba media hora, ellos ya habían terminado de cenar. Elena se encontraba con la mirada fija en la película y muerta de miedo. Ya se había comenzado a asustar al ver que estaba basada en hechos reales y que la película combinaba imágenes reales con las de ficción.

Sin darse cuenta, poco a poco se había acurrucado sobre sí misma y había acercado su cuerpo al de Samuel mientras mantenía una mano tapándose la boca. Estaba temblando. Se sentía algo ridícula por el hecho de asustarse con una película a su edad, ¡pero estaba basada en hechos reales! Y las imágenes que consiguió el director de lo que en verdad sucedió eran escalofriantes.

Samuel se percató de su estado y no dudó en pasar un brazo por sus hombros para atraerla hacia él.

—¡No quiero mirar, no quiero mirar! —dijo ocultando su rostro en su fuerte pecho mientras oía como el hombre de la película gritaba mientras su cuerpo era poseído.

Sin poder evitarlo, Elena miró de reojo la pantalla, pero volvió a ocultar su rostro en el pecho de Samuel al ver la imagen real de un hombre que comenzaba a levitar sobre la cama.

—Preciosa, no pasa nada. —Le acarició el cabello—. No te pasará a ti.

—¡Eso no lo sabes! —Le miró—. ¡Eso le pasó a alguien de verdad! La próxima película que veamos será una romántica con final feliz, ¿está claro?

—Cristalino —respondió divertido.

Elena volvió a apoyarse en su pecho mientras seguía contemplando esa horrorosa película. Temblaba más que un chiguagua.

—Voy al baño, enseguida vengo.

—¡¿Qué?! ¿Me vas a dejar sola? —espetó completamente asustada.

—Solo será un segundo.

—No, no, no. ¡Voy contigo!

Samuel alzó las cejas y la miró divertido.

—¿Me acompañas al baño?

«Madre mía. Seguro que está pensando que le quiero sujetar su cosita mientras hace sus cosas», pensó Elena sonrojándose. Menos mal que la oscuridad de la sala impedía que él lo viera.

—Pero no tardes, ¿eh?

—Te lo prometo. —La besó en la frente con ternura para calmarla un poco.

Elena se apartó un poco de él para dejarle levantarse y mientras le oía subir al servicio, se acurrucó en medio del sofá sin despegar los ojos de la película. Esperaba que Samuel no tardara en regresar.

De repente, Elena abrió los ojos como platos al ver como la película se echaba hacia atrás y hacia adelante. ¡Ella sola! Se ponía en pausa y enseguida volvía a ponerse en marcha. El volumen comenzó a subir y a bajar y a aparecer pantallas extrañas. Elena bajó la vista a la mesilla del salón y vio que ahí estaba el mando de la televisión. Volvió a alzar la mirada para seguir comprobando cómo esas cosas extrañas seguían sucediendo, hasta que finalmente, la televisión se apagó.

Convencida de que los extraterrestres habían ido a por ella, saltó del sofá y comenzó a gritar mientras corría en busca de Samuel, a quien encontró muerto de risa en las escaleras con el móvil en la mano. Elena dejó de gritar y se fijó en la pantalla del teléfono de Samuel donde aparecía activa la aplicación que solía usar a modo mando de la televisión. Al entender lo que había hecho, comenzó a golpearle el brazo y el pecho.

—¡¡Eres un idiota!! —Siguió golpeándole—. ¡Casi me da un infarto!
¡¡No tiene gracia!!

—Perdona. —dijo sin parar de reír—. Pero me lo has puesto a huevo.

—¡No tienes ni idea de cómo te odio en estos momentos! —le siguió gritando hasta que finalmente Samuel la abrazó compadeciéndose de ella. Se notaba que estaba muy asustada.

Elena se dejó abrazar y disfrutó de ese contacto y del aroma que desprendía aquel hombre. Samuel le pidió disculpas mil veces sin dejar de abrazarla y depositó un beso en su coronilla. Bajó por las escaleras aún con Elena abrazada a su cuerpo y encendió la luz. Entre los dos recogieron la cena y decidieron no terminar de ver la película. Subieron al piso de arriba y

se despidieron en el pasillo con un simple buenas noches.

Cada uno se metió en su habitación y Elena no tardó en meterse en la cama, pero seguía muerta de miedo. No dejaba de mirar a la ventana por si aparecía de repente una lechuza indicando que ella sería la siguiente.

Intentó dormir, pero no podía. Además, cada dos por tres encendía la luz de la mesilla para comprobar que todo siguiera en orden.

Harta de dar vueltas, se levantó de la cama sabiendo que lo que iba a hacer, iba a ser una de las mayores locuras de su vida.

Abrazándose a sí misma, caminó por el pasillo hasta llegar a la puerta cerrada de la habitación de Samuel. Sin saber si estaba dormido o despierto, llamó suavemente con los nudillos antes de abrir la puerta. Asomó ligeramente la cabeza, pero no vio absolutamente nada. Iba a marcharse cuando oyó la voz de Samuel pronunciando su nombre.

—¿Elena? —preguntó sin rastro de somnolencia en su voz.

—Sí —susurró—. No puedo dormir. Me siento como una niña pequeña que va a la habitación de sus padres cuando tiene miedo por algo.

Samuel sonrió ampliamente al entender lo que ella pretendía. Menos mal que la oscuridad de la habitación hizo que Elena no viera la sonrisa que tenía en ese momento en su rostro.

—Anda ven —dijo moviéndose para hacerle hueco en la cama antes de encender la luz de la mesilla—. Ya te he dicho que asumiría la responsabilidad por elegir esa película.

Elena se dio cuenta de que Samuel estaba prácticamente desnudo. Solo los calzoncillos cubrían la zona más peligrosa de su cuerpo, pero ella no dudó y se tumbó a su lado. Samuel los cubrió a ambos con el edredón y pasó un brazo por el cuerpo de Elena para abrazarla y atraerla hacia él antes de apagar la luz de nuevo. Ella abrazó con una mano su cintura y apoyó la mejilla en su pecho.

Se quedaron en silencio, pero los dos estaban demasiado despiertos. Elena seguía temblando y de forma inconsciente, Samuel deslizó la mano que tenía en su espalda por debajo de la camiseta de su pijama y comenzó a acariciarle la parte más baja de esa zona. Elena soltó un pequeño suspiro al notar sus caricias, pero él no se detuvo al sentir cómo se sobresaltaba para

luego relajarse en segundos. Siguió acariciando su suave piel, recorriendo con sus hábiles dedos su cadera y descendiendo para tocar la línea de su pelvis que dejaba al descubierto el pijama que llevaba.

Elena se mordió el labio para evitar gemir. Unas simples caricias le estaban proporcionando un placer completamente desconocido para ella y sin saber si lo que iba a hacer estaba bien, ella comenzó a acariciar su pectoral izquierdo antes de descender por el centro de su torso hasta comenzar a trazar las líneas que definían sus abdominales. La mano le temblaba, pero ya no era por la película que acababan de ver, sino porque jamás había vivido un momento tan intenso como aquel. Pensó que él la detendría para que no le acariciara, pero en vez de eso, Samuel intensificó sus caricias ciñéndola más a su cuerpo.

Un cosquilleo recorría el cuerpo de los dos y ambos tenían el mismo deseo de acariciar lo mismo que sus dedos, pero con su boca. Impregnándose del sabor del otro hasta que cayeran rendidos. Sin embargo, ninguno de los dos se atrevía.

Samuel tuvo que recurrir a todo su autocontrol para no colocarse encima de su cuerpo y devorarle la boca mientras aprisionaba sus muñecas y colocaba sus brazos sobre su cabeza. Soltó un pequeño gruñido cuando Elena entrelazó sus piernas con las suyas y hundió la nariz en su cuello para aspirar su aroma.

Siguieron con aquel juego de caricias hasta que se quedaron completamente dormidos y abrazados.

* * *

Elena despertó en los brazos de Samuel. Alzó la mirada y comprobó que él dormía profundamente. Sonrió como una boba al recordar lo sucedido antes de dormirse. Con cuidado de no despertarle, se levantó y salió de la habitación para bajar a preparar el desayuno. Aún era demasiado temprano, pero ella hizo café, tostadas y exprimió naranjas para hacer zumo.

Cuando desayunó, dejó una taza de café, un vaso de zumo y unas tostadas encima de la mesa del comedor y cogió de su bolso una de las piruletas de

chocolate que compró la semana pasada. La dejó al lado del desayuno y pegó un post-it en el palo para cuando Samuel despertara.

Samuel no tardó en despertar al darse cuenta de que estaba solo y en un principio se asustó. Había dormido de maravilla al tener a Elena entre sus brazos y ya no podía más. No podía fingir que quería ser solo su amigo o su compañero de piso. Quería más.

Se levantó y al ver la hora que era, supo que Elena ya se había despertado. Siempre lo hacía demasiado temprano. Deseando reunirse con ella, se vistió y bajó por las escaleras para ver si estaba en la cocina, pero no la vio, aunque sí se percató de que le había dejado el desayuno preparado encima de la mesa. Sonrió ampliamente al ver aquella piruleta al lado del vaso de zumo y la cogió para leer la nota que le había dejado.

Buenos días, dormilón. Gracias por dejarme dormir contigo anoche, espero que no pienses que tengo la costumbre de meterme en cualquier cama jeje... Estoy en la playa viendo el amanecer. Regresaré enseguida. Besos.

Elena

Samuel no lo dudó y sin desayunar, salió de su casa para ir a la playa a buscar a la mujer que había invadido por completo todo su ser. No dejaba de pensar en ella y cuando la veía, sonreía como un bobo.

No tardó en encontrarla. Estaba sola, frente a la inmensidad del mar y el viento movía sus rizos castaños. Estaba vestida con unas mallas negras, las deportivas y sobre sus hombros sujetaba una chaqueta de punto. Comenzó a caminar hacia ella para colocarse a su lado.

Elena giró la cabeza para ver quién era y sonrió.

—Buenos días —le saludó intentando no sonrojarse al recordar lo sucedido anoche.

—Buenos días. Gracias por el desayuno. —Alzó la piruleta antes de ofrecerle la mitad.

Elena degustó aquel trozo de chocolate y siguió contemplando el amanecer.

—Te gusta este momento del día, ¿verdad? —adivinó Samuel.

—Sí. El amanecer es especial para mí —confesó.

—Puedo preguntarte por qué.

Elena sonrió y le miró unos segundos antes de observar la luz que comenzaba a salir por el horizonte.

—Al amanecer cambió mi vida. Fue cuando la señora González me encontró tirada en su portal y me ayudó. —Suspiró—. Al amanecer conocí a Laila cuando ella trabajaba en el pub y yo salía de madrugada del hospital tras el fallecimiento de mi ángel de la guarda. Al amanecer nació mi sobrinita. —Sonrió refiriéndose a Alba—. Al amanecer Laila y yo conocimos a Nerea y a Ada. Este momento siempre será especial para mí.

Samuel se colocó frente a ella haciendo que sus pies chocaran. Colocó la palma de su mano sobre su mejilla y le acarició con el pulgar el labio inferior.

—¿Y alguien te ha besado alguna vez al amanecer?

Elena se quedó completamente paralizada al escucharle. ¿Iba a hacer lo que creía? ¿Lo qué deseaba?

—No —susurró.

—Pues me alegro de ser el primero.

Sin dudarlo, la atrajo hacia él y posó su boca sobre la de ella como llevaba semanas deseando. Elena en un principio no supo cómo reaccionar, pero no tardó en responder a ese beso. Se puso de puntillas y abrazó el cuello de Samuel para atraerle más hacia su boca.

El beso comenzó como algo tierno. Él tanteó sus labios, se recreó en su sabor y los acarició con la lengua. Eran suaves, carnosos y muy dulces. Elena abrió la boca y él no tardó en adentrarse en su interior para degustar esa cavidad que tanto deseaba explorar. Sus lenguas se unieron en un baile erótico y pasional, mientras sus labios se movían para que el beso se tornara más intenso y profundo.

Elena gimió sobre su boca y comenzó a notar millones de mariposas revolotear por su estómago. Quiriendo más, lo atrajo hacia ella. No quería que separara nunca sus labios de los de suyos, pero debió hacerlo para poder tomar aire, aunque no tardó en volver a lanzarse de nuevo a su boca.

Samuel le acarició la mejilla mientras la volvía a besar. Poco a poco fue reduciendo la intensidad para que aquel placentero contacto fuera más tierno hasta que se separó dándole un suave beso en la punta de la nariz. La dejó de besar, pero no de abrazar.

—Esta mañana al despertarme, me he asustado al no verte junto a mí — confesó juntando sus frentes—. No tienes ni idea de lo que deseaba hacer esto. —Le regaló otro beso—. Y al ver que no estabas, creía que la había fastidiado contigo.

Elena sonrió y comenzó a acariciar su mejilla.

—Cuando no me encuentres, búscame al amanecer —susurró—. Yo también me moría por besarte. Llevo demasiado tiempo sintiéndome atraída por ti. —No quiso confesar que estaba enamorada de él—. Desde que nos volvimos a ver, no he dejado de desear esto. —Le miró a los ojos.

—Quiero intentar algo contigo, Elena. No quiero que seas ni mi amiga ni mi compañera de piso, quiero mucho más de ti. De nosotros dos.

—Yo también lo quiero —dijo rozando su nariz con la suya—. No sabes cuánto, pero antes de dar este paso, quiero que conozcas mi historia. Cuando la escuches, puede que no desees volver a verme. Así que una vez sepas todo de mí, si sigues queriendo que empecemos algo, me convertirás en la mujer más feliz del mundo, pero si decides odiarme y echarme de tu vida, lo aceptaré. Aunque me duela... y no me volverás a ver.

—Elena, nada de lo que me cuentes hará que me aleje de ti. Puede que tu pasado sea horrible, pero aquella mujer ya no existe y estoy completamente loco por la que eres ahora.

Elena no pudo evitar volver a besarle tras aquellas palabras, pero había miedo en ese beso. Miedo a que no hubiera más. Consiguió separarse y le miró a los ojos dispuesta a contarle su historia.

—Yo pertenezco a una familia acomodada. Mi padre es uno de los grandes empresarios de este país y mi madre una abogada por la que se pelean. —Eso sorprendió a Samuel. Nunca había hablado de sus progenitores, salvo aquella Nochebuena en la que supuso que fallecieron—. A mi hermano y a mí nunca nos ha faltado de nada y, a pesar de la fortuna de mis padres y de su poco tiempo libre, jamás nos faltó su cariño. Pero eran demasiado estrictos.

»Cuando mi cuerpo comenzó a desarrollarse, mi madre empezó a imponer lo que ella quería en mí. Cómo vestir, qué estudiar, cómo comportarme, con quién casarme.... Quería convertirme en una mujer sumisa para complacer a mi futuro marido. —Suspiró—. Yo no quería eso. Tenía quince años y lo que deseaba era hacer lo mismo que los chicos de mi clase. Salir de fiesta, emborracharme, practicar sexo... Todo aquello me llamaba. Veía que lo pasaban bien y siempre me decían lo aburrida que era por pasar los fines de semana con mis padres. Entonces cambié. Me revelé. Y lo hice de la peor manera. Comencé a contestar a mis padres y a escaparme de casa. Iba de fiesta en fiesta, bebía y... me drogaba —dijo con un hilo de voz—. Fui adicta. Me decía que no pasaba nada, que lo hacía todo el mundo y que era bueno porque me hacía sentir bien. Me acostaba con todo el que se me ponía por delante. Tener sexo era lo mejor para mí y si lo mezclaba con alguna que otra raya, para mí era alucinante. —Los ojos se le humedecieron al pensar en lo horrible que sonaba aquello—. Una noche, cuando tenía dieciséis años, al llegar a casa mis padres querían hablar conmigo. Se habían enterado de lo que hacía. En un principio, estaban calmados e intentaban sonar tranquilos. Me explicaron que ellos me iban a ayudar a dejar la drogadicción, que era malo para mí y que me ayudarían a curarme porque era su niña y porque me querían más que a su vida. —Comenzó a llorar y sorbió por la nariz. Jamás había hablado de aquello con nadie y era demasiado duro—. Les grité y comencé a romper cosas. Me puse tan violenta que mi padre hartado de todo, me dijo que o cambiaba o me iba de casa. Sé que no lo dijo en serio, que fue por el calentón de la discusión, pero mi yo de dieciséis años se lo tomó en serio y quise irme. ¡Ser libre! Pero no quería marcharme sola, por lo que engañé a mi hermano. Darío era un joven con un corazón de oro. El hijo perfecto. Estudiaba, no levantaba la voz y siempre sonreía, pero sé que también estaba hartado de que mis padres controlaran cada paso que hacía. Muchas noches hablábamos de ello y de lo mucho que nos gustaría poder ser libres y decidir por nosotros mismos. —Cogió aire para poder continuar—. Mientras dormía, recogí su ropa y lo coloqué todo en una maleta. Le desperté y le hice creer que mis padres nos habían echado de casa. Al principio no me creyó, pero cuando vio las maletas y una nota en la que ponía que nos fuéramos, terminó por creerme. Sabía falsificar muy bien la letra de mi madre. —Samuel soltó un largo suspiro al escuchar la historia, pero no dijo nada. La dejó continuar—. Cogí mis pocos ahorros y los de mi hermano, y metí a Darío en ese mundo. Fiesta, drogas, alcohol y sexo. Ambos lo

disfrutábamos y a pesar de que dormíamos donde podíamos y comíamos en comedores sociales o robábamos comida de las tiendas o la cogíamos de contenedores, eso nos daba igual, porque éramos libres. Pasamos dos años así hasta que una noche, todo cambió. —Clavó su mirada verde en sus ojos miel—. Estábamos de camino a una fiesta cuando los chicos se fijaron en una joven que no tendría más de catorce años. Mis supuestos amigos creyeron que sería divertido violarla y al oírles lo que pretendían, mi gesto cambió. Ellos ya iban algo colocados, pero yo estaba completamente sobria. Dios, Samuel —comenzó a llorar con fuerza—, si la hubieras oído cómo gritaba, cómo pedía ayuda... Fue horrible y no dudé. Me metí en medio y les aparté de ella. ¡Tenía que protegerla de esos desgraciados! En ese momento, solo pensaba en una cosa: en volver con mi familia y en pedirles perdón. En recuperar a las personas que más quería. Quise que mi hermano viniera conmigo, pero él se marchó con ellos. Me quedé destrozada. Estaba sola. —Se secó las lágrimas—. Acompañé a la chica a su casa y cuando comenzó a llover con fuerza, aproveché que un hombre salía de un portal para meterme en él. Decidí pasar ahí la noche. Al amanecer —sonrió con tristeza—, alguien me despertó y en un principio me asusté, pero aquella mujer me sonrió y me llevó a su casa. Era la señora González. Me ayudó sin conocerme y sin pedir nada a cambio, y fue ella quien me enseñó a cocinar, a coser y muchas otras cosas. Poco a poco esa necesidad de drogarme fue desapareciendo gracias a ella. La cuidé sus últimos años de vida y me quedé destrozada cuando murió. Gracias a ella, pude sacarme el grado, me pagó el carné de conducir y me ayudó a encontrar trabajo en el hospital. Ella me cambió y me convirtió en lo que ahora soy. Por eso ahora quiero ayudar a mi hermano. Porque sé que puede volver a ser el que era. Estoy dispuesta a ayudarle, cueste lo que cueste.

—Por eso te da miedo disfrutar y dejarte llevar —adivinó Samuel—. Porque temes que si lo haces demasiado, vuelvas a aquella vida.

—Sí. —Suspiró ella—. Me asusta que vuelvan esos pensamientos a mí. Que mientras me divierto, esa vocecilla que me decía solo es un poco, no pasa nada o solo es un día... Vuelva a mí. —Bajó la mirada—. Esa es mi historia, Samuel. Y entenderé que no me quieras volver a ver.

Él no respondió con palabras, sino que atrapó su rostro entre sus manos y la volvió a besar con pasión para dejarle claro que no la quería lejos de él.

—No me gusta nada lo que hiciste, Elena. —Le alzó la barbilla antes de que ella apartara la mirada—. Pero todo el mundo ha cometido errores, unos más graves que otros. Eso no quiere decir que hoy en día no seas una persona maravillosa. Mírate al espejo, Elena. Eres una mujer fuerte, valiente, trabajadora y luchadora. Si antes creía que eras increíble, al contarme tu historia, veo que lo eres mucho más. No quiero que te alejes de mí, Elena. Y sí, sigo queriendo tener algo contigo. Dime, ¿aceptas ser mi novia?

Elena asintió y comenzó a llorar completamente emocionada y feliz, y se lanzó a los brazos de aquel hombre. Se sentía liberada de un gran peso tras contarle su historia y sabía que debía hacer lo mismo con sus amigas. Aceptaría lo que decidieran, por mucho que le doliera perderlas, pero estaba siendo injusta con ellas. Y ya era hora de que supieran también su historia. Samuel le había dado la fuerza que necesitaba para ello.

—Ahora, preciosa —Le secó las lágrimas—, deja de llorar porque me mata verte así. Y quiero que te quede claro que me encanta la mujer que eres y que tu pasado no hará que desee menos estar contigo, ¿vale? Y pienso ayudarte con tu hermano en todo lo que esté en mi mano.

—Gracias, Samuel.

—Venga, muéstrame esa sonrisa tan bonita que tienes. —Ella lo hizo y se pasó los dedos por los ojos—. Así estás mucho más guapa. —La besó—. Vamos a casa, cariño. Voy a demostrarte que de verdad quiero estar contigo.

Capítulo 19

Samuel se despertó sintiéndose completamente feliz. Por fin había podido dar ese gran paso con Elena y no podía sentirse más contento. A pesar de que ella se negara a dormir con él tras pasar el día anterior juntos, no le importó. Sabía que Elena no quería ir deprisa y que seguía teniendo ese miedo de que él la odiara tras conocer su pasado. Debía mostrarle que había cambiado y que tanto él como sus amigas, adoraban a la Elena que conocían y era.

Miró el reloj y comprobó que eran las siete menos cuarto de la mañana. Lo más probable era que su chica ya estuviera despierta, por lo que se levantó y sin molestarse en vestirse, bajó con los *bóxers* puestos, pero se sorprendió al ver todo apagado y sin rastro de ella.

No pudo evitar que un nerviosismo recorriera su cuerpo. ¿Se habría machado? Pero enseguida descartó aquella idea y subió de nuevo para colarse en su cuarto. Sonrió al deslumbrar un bulto bajo las sábanas y sin dudarlo, se colocó a su lado.

—Buenos días, cariño. Son ya las siete y tenemos que irnos a trabajar — le susurró al oído antes de besarla en el cuello.

Elena se revolvió en la cama y se giró para quedar frente a él. Hacía mucho tiempo que no dormía hasta tan tarde, pero el día anterior había sido muy intenso.

—Buenos días. —Sonrió estirándose—. ¿Qué haces aquí?

—Bueno, me he despertado antes de que suene el despertador y he bajado a la cocina para ver si ya estabas despierta —susurró cerca de su rostro—. Y como no te he encontrado, he venido a buscarte al amanecer.

Elena sonrió y Samuel atrapó esa sonrisa con sus labios para empezar el lunes de la mejor manera. Poco a poco, él se fue recostando sobre ella para profundizar más el beso, pero enseguida tuvo que parar porque si seguía, la

haría suya como llevaba deseando demasiado tiempo.

—¿Sabes? —dijo Elena cuando dejaron de besarse—. Aún no me creo esto. Que quieras estar conmigo. Todavía no descarto la posibilidad de que, cuando recuerdes lo que te conté, me odies y cambies de opinión.

—No eres aquella joven de dieciséis años, Elena. —Le acarició la mejilla con ternura.

—Lo sé, sé que he cambiado, pero eso no hará que pueda borrar el pasado.

Él no le contestó con palabras, sino que, con cuidado, la destapó y la cogió entre sus fuertes brazos. En un principio, Elena se sobresaltó y comenzó a pedirle que la bajara sin dejar de sonreír. Estar entre sus brazos era el mejor lugar del mundo.

Samuel caminó con ella hasta el baño y cuando entró, la dejó en el suelo frente al espejo. Se colocó tras ella y abrazó su cintura.

Aquella imagen a Elena le encantó y no pudo evitar mostrar una sonrisa bobalicona.

—¿Qué ves? —le preguntó.

—Que tengo una pinta desastrosa recién levantada. —Rio.

—Yo te veo preciosa. —La besó en la mejilla—. Pero aparte de eso, quiero que cada día te mires al espejo y que estés orgullosa de ti misma. Que veas lo que yo veo. — Elena borró la sonrisa—. No veo a esa joven de dieciséis años hundida en aquel mundo oscuro. Veo a una buena persona, una mujer que me tiene loco, pero además a alguien muy fuerte. Quieres ayudar a tu hermano, Elena. Eso muy poca gente lo haría y tú vas a luchar por él. —A ella se le humedecieron los ojos—. Así que cada día que te mires al espejo, quiero que estés orgullosa de la imagen que tendrás ante ti. Recuerda lo que te dije aquella noche: los errores que has cometido te han convertido en quien eres ahora.

—Gracias. —Fue lo único que pudo decir antes de girarse entre sus brazos para ponerse de puntillas y besarle.

Desde la ventana del baño, vieron juntos el amanecer antes de bajar para preparar el desayuno. La semana volvía a empezar y ambos debían trabajar.

A Elena en tres meses se le acababa el contrato, por lo que era hora de modificar su currículum para enviarlo al hospital de Gandía. Quería volver a trabajar de auxiliar, pero tampoco se iba a desanimar si no conseguía el trabajo. En el hotel estaba a gusto.

Como cada vez que Samuel tenía turno de mañana, fueron juntos hasta el hotel, pero a diferencia de las anteriores mañanas, en vez de despedirse con un beso en la mejilla, Samuel la atrajo hacia él y le regaló un tierno beso en los labios. Elena se sorprendió, pero enseguida le devolvió el beso disfrutando del contacto.

—No voy a esconderme, Elena —señaló al finalizar al beso—. Voy a besarte siempre que te vea.

—Me parece perfecto, siempre y cuando me dejes hacer lo mismo. —Se alzó para besarle.

—No juegues con fuego, preciosa. He demostrado demasiado autocontrol estos meses y no aguanto más.

Elena soltó una leve carcajada y rozó su nariz con la suya antes de despedirse para ir a trabajar. Vio a Samuel desaparecer por el bar-salón mientras ella saltaba por dentro. No podía creer que también se sintiera atraído por ella, aunque lo que Elena sentía iba más allá de eso. Sabía perfectamente que se había enamorado de él y, a pesar de no haberlo hecho nunca, reconocía ese sentimiento. Echó un largo suspiro antes de que el sonido de unos aplausos le hiciera regresar a la realidad. Se giró para ver a una Mónica muy emocionada y entusiasmada mirándola.

—¡Ya era hora!

Elena la miró asombrada antes de acercarse a la recepcionista.

—Llevo meses viéndoos despediros con un beso en la mejilla y con esa carita y esos ojitos que hablaban por sí solos de que queríais más. ¡Por fin! Vuestra historia es mejor que la de las novelas que leo. —Rio—. No sabéis las ansias que tenía de veros juntos. Estaba impaciente de que llegara el día para ver si habíais avanzado. ¡Me teníais enganchada a vuestra historia! —Volvió a aplaudir—. Hacéis tan buena pareja.

—Gracias, supongo. —Rio Elena.

—Más bien a ti —respondió Mónica.

—¿A mí?

—Conozco a Samuel desde hace muchísimo tiempo y sé que siempre ha buscado su chica ideal. Es lo contrario de lo que era antes Hugo. No quería rollos. Siempre ha buscado enamorarse de la persona adecuada y por fin la ha encontrado.

Mónica sonrió ampliamente, pero a Elena se le instaló una opresión en el pecho. No creía que él estuviera enamorado y si lo que Mónica decía era cierto, quizá debería dejarle ir, pues se merecía algo mejor que ella. Pero le resultaba muy difícil tras haber probado aquellos labios. En ese momento, recordó las palabras que Samuel le había dicho esa mañana. Tenía razón. Debía estar orgullosa de ella misma y lo estaba. Había cambiado. Muchas personas que tuvieron su mismo problema seguían sumergidas en él. Ella no y estaba dispuesta a ayudar a su hermano. No era mala persona y también se merecía a alguien que la hiciera feliz.

—No sé si está enamorado, pero quiero tener una oportunidad con él. El destino decidirá si seguiremos juntos o nos separaremos.

—Está loco por ti, Elena. —Sonrió—. Enhorabuena a los dos.

Ella solo asintió antes de dirigirse al restaurante, pero antes sacó el móvil para mandar un mensaje al grupo de WhatsApp que tenía con sus amigas. En él les decía que tenía muchas cosas que contarles y le pedía a Nerea si podían quedar en su casa cuando salieran Laila y ella del hotel a la noche. Sabía que era demasiado tarde, pero no podían quedar a otra hora.

Al verla tan apurada, Nerea no dudó en aceptar.

—¡Elena! —la llamó Laila al ver que iba a abandonar el hotel tras terminar su turno—. ¿Qué te pasa? ¿Estás bien? —Se preocupó—. He leído el mensaje del grupo.

—Sí, estoy bien. Es solo que tengo que contaros demasiadas cosas que llevo ocultándoos desde que nos conocimos.

A Laila le cambió el gesto. Sabía a lo que se refería. Siempre que ella, Ada o Nerea habían intentado sonsacarle algo de su pasado, nunca habían podido, pero no la presionaban. Se notaba que le dolía. Lo único que sabía Laila era que tuvo problemas con el alcohol por lo que le dijo el día que se conocieron, cuando cambió su bebida alcohólica por un zumo.

Cuando ella no estaba, sus amigas hablaban de ello y todas estaban de acuerdo en algo: adoraban a la Elena que conocían. Era una buena amiga. La mejor. Y no la perderían ni dejarían de lado por nada del mundo. Elena les había ayudado a todas cuando lo necesitaban y harían lo mismo con ella.

—Es tu historia, ¿verdad? —adivinó.

—Sí. Y entenderé que me od...

—Como menciones la palabra odiar te doy una colleja —la amenazó.

Siempre que le preguntaban por su pasado, Elena les respondía que tenía miedo de que la odiaran al saber todo de ella. Al ver cómo se agobiaba, decidieron dejarla y que se lo contara cuando estuviera preparada.

—Vaya, creía que con Mateo se te ablandaría ese carácter, enana. —Rio.

—No me llames así. Ese nombre está adjudicado a mi rubiales. —Sonrió.

—Nos vemos esta noche, ¿vale?

—Vale, pero Elena quítate ese miedo. Eres nuestra amiga. Te conocemos y nada hará que cambiemos de opinión sobre ti. Tanto Nerea, como Ada y como yo, queremos ayudarte como tú lo has hecho con nosotras todos estos años sin pedir nada a cambio.

Elena se acercó a su amiga y la abrazó. Adoraba a esa enana, aunque evitaría llamarla así en voz alta. Se despidieron y Elena decidió ir a casa en su descanso, pero un mensaje en su móvil, la detuvo en la puerta.

Samuel:

Estoy detrás del escenario y Hugo ha ido a por un par de cafés.

Elena:

¿Es una indirecta?

Samuel:

Más bien una directa. Quiero que mi novia venga a darme un beso. Necesito energía hasta que lleguen las tres de la tarde.

Elena sonrió completamente enamorada y volvió a entrar en el hotel. Accedió al bar-salón por la puerta que conectaba al restaurante. No quería

que Laila la viera y le sometiera a un interrogatorio antes de tiempo. Se coló tras el escenario y se encontró con la ancha espalda de Samuel. Se acercó a él lo más sigilosa que pudo y le rodeó la cintura con sus brazos. Samuel se sobresaltó y giró el rostro para ver la sonrisa más preciosa del mundo.

No le dio tiempo a hablar cuando Elena se lanzó a su boca y se la devoró. Introdujo su lengua en él y comenzó a jugar con la suya.

Samuel se sorprendió ante aquella intensidad y cogiéndola de las nalgas, la elevó para aprisionarla contra la pared mientras ceñía su cuerpo al de ella. Elena gimió al notar su deseo y comenzó a levantar su camiseta para acariciar los músculos de su espalda.

—Me vuelves completamente loco, Elena —susurró cuando detuvo el beso sobre su boca.

—Quiero que esto funcione, Samuel —confesó enredando sus dedos en el corto cabello de él—. Nunca he sentido algo tan intenso por alguien como lo que siento por ti.

Él la dejó en el suelo y le acarició el rostro con ternura recreándose en ese color de ojos esmeralda. Vio sinceridad en ellos.

—Yo tampoco, Elena. Y funcionará. Estoy convencido porque ahora que te he encontrado, no voy a dejarte marchar.

Ella le sonrió y se alzó para abrazarse a su cuello.

—Esta noche he quedado con las chicas —dijo—. Voy a contarles todo.

Sabiendo a lo que se refería, él asintió y la abrazó más contra él.

—Todo saldrá bien. Y si necesitas algo, llámame.

—Claro.

Elena le besó. Iba a ser algo dulce e inocente, pero cuando sus bocas se unieron, una explosión invadió sus cuerpos y todo el mundo desapareció ante sus pies. Solo existían ellos dos.

—Lo que pagarían tres cotillas que yo conozco por esta foto —soltó Hugo enseñando la pantalla de su móvil.

Elena se sonrojó de arriba abajo y ocultó su rostro en el pecho de Samuel. ¡Menuda pillada!

—Hugo, te prometo que se lo voy a decir esta noche a las chicas. Hasta entonces, por favor, discreción.

—Sin problema, ¿pero por qué se lo has ocultado? ¡¿Y tú a mí, capullo?! —dijo divertido señalando a Samuel.

—No lo hemos ocultado —respondió él—. Solo que hasta ayer, no dimos el paso. Estaba convencido de que a ella no le gustaba. —Miró a Elena divertido.

—¡¿Qué?! Por Dios, si cada vez que te veía solo me faltaba un cartel luminoso en la cara en el que pusiera que me atraías. ¡Yo creía que eras tú el que no sentía el mínimo interés por mí!

—¡Vaya par! —exclamó Hugo—. Sin duda, estáis hechos el uno para el otro.

Los tres compartieron el café del descanso y en él, Samuel y Elena le contaron que hacía como un mes que ella se había convertido en su compañera de piso. Poco a poco las cosas fueron surgiendo hasta que él no pudo más y decidió lanzarse.

Llegó la noche y Laila y Elena fueron a casa de Nerea donde Ada ya las esperaba. Elena estaba muy nerviosa. Iba a soltarles varios bombazos de golpe y no sabía cómo se lo tomarían. Pensó en Samuel y en lo que le dijo antes de marcharse:

—No van a odiarte, Elena. Son tus amigas y, al igual que yo, aunque no les parezca bien lo que hiciste, no se quedarán con ello, sino con todo lo bueno de ti. Con todo lo que les has dado y habéis vivido.

Laila, al ver lo alterada que estaba y cómo inspiraba profundamente cada dos por tres, cogió su mano y le dio un ligero apretón para darle apoyo. Le sonrió y Elena consiguió calmarse un poco, aunque no lo suficiente. Sacó el móvil de su bolso al notarlo vibrar. Era un mensaje de Samuel.

Samuel:

Mucha suerte, preciosa. Recuerda lo que te he dicho. Tómate tu tiempo. Sabes que yo te estaré esperando ;)

Elena:

Gracias. Pero no hace falta que me esperes. No sé a qué hora llegaré y sabes que yo duermo

poco, pero sé que a ti te gusta dormir ;)

Samuel:

En eso tienes razón, pero por ti soy capaz de renunciar a todo. Incluso a dormir. Si para conquistarte tuviera que pasar sin dormir días, semanas, meses o incluso años, lo haría con tal de tenerte.

Elena:

¡Qué cursi! Jaja. Ya me tienes, Samuel. Desde antes de lo que tú piensas. Estamos llegando, nos vemos, ¿vale?

Él le respondió enviándole una foto de una piruleta de chocolate con forma de corazón que hizo que soltara una pequeña carcajada que a Laila no le pasó desapercibida. ¿Qué le pasaría a su amiga para pasar de estar nerviosa a tener esa sonrisa de idiota en la boca?

Decidió no preguntar y aparcó su coche azul cielo cuando Nerea abrió la verja por la que se accedía a aquella preciosa vivienda. Se apearon del vehículo y entraron en la casa.

Al verlas Hugo las saludó y subió con su hija al piso de arriba para que hablaran tranquilas. Como cuando se reunían en su pequeño piso, las cuatro se sentaron en círculo en la alfombra gris clara de totora que Nerea tenía y comenzaron a devorar todas las patatas que la anfitriona había comprado para aquella noche, además de sacar vasos de chupito, aunque en vez de tequila, beberían zumo. Ada y Laila tenían que conducir y tanto Nerea como Elena trabajaban al día siguiente y una resaca era lo que menos necesitaban.

Cuando el ambiente estuvo relajado, Elena comenzó a relatarles su historia. Pudo ver en las caras de sus amigas como su gesto cambiaba. Abrieron la boca sorprendidas cuando llegó a la parte en la que engañó a su hermano y la miraron con aprobación cuando les contó cómo ayudó a aquella chica para que los desgraciados de los que creía sus amigos, no la violaran.

Laila sonrió cuando relató cómo se conocieron ellas dos cuando murió la señora González y posó una mano en su brazo para mostrarle apoyo en el momento en que les mencionó su propósito de ayudar a su hermano.

—Vaya. —Fue lo único que pudo decir Nerea al escuchar esa dura historia—. A ver Elena —suspiró aún algo conmovida—, no estuvo nada bien lo que hiciste, pero tenías dieciséis años y a esa edad no se suele

diferenciar lo que está bien y mal y tampoco se suele ver que los padres quieren lo mejor para sus hijos. No es excusa, debiste tener la cabeza fría, pero... ¡Mírate! Has cambiado, eres una buena persona y creo que hablo por todas si digo que las tres te queremos y que no podemos tener una amiga mejor que tú.

—Has estado en nuestros peores momentos, animándonos y enseñándonos diferentes cosas para seguir adelante cuando más hundidas nos encontrábamos —continuó Laila—. Aunque si te hubiera pillado con dieciséis años te hubiera faltado Oviedo para correr y librarte de mis collejas. La Elena que eres ahora es alguien a quien adoramos y no queremos fuera de nuestras vidas. —Le cogió de la mano y sonrió—. Sabemos que te ha costado contarnos esto por miedo, pero no lo tengas Elena. Las amigas de verdad están para todo y adoran lo bueno y malo de una persona.

Ada, que había permanecido callada todo el tiempo, notó como la mandíbula comenzaba a temblarle y sin aguantarlo más, comenzó a llorar sin control. Todas se asustaron al verla. Nunca la habían visto llorar tanto, ni siquiera cuando lo dejó con Sergio. Preocupadas, se acercaron a ella e intentaron descubrir qué le sucedía.

—Ay, lo siento, lo siento. —Intentó calmarse la pelirroja—. Estoy muy sensibilera últimamente y lloro por todo. —Miró a Elena—. Es que, te veo y veo en quién te has convertido tras lo que te sucedió y me siento tan orgullosa de ti. Y por Dios, Elena, ¡has sufrido mucho! Aunque no lo quieras ver, yo sí lo veo, porque me escapé de casa cuando tenía quince años. Estuve tres días en la calle y no aguanté más. Tú estuviste dos años y sé que fugarse es algo horrible.

Elena asintió y respiró para evitar llorar, pero Ada no se lo ponía nada fácil. Finalmente, las cuatro soltaron alguna que otra lagrimilla, pero nada en comparación con la llorera que tenía Ada.

—Quise volver con mis padres durante esos dos años y cuando me largué de aquel mundo, pero tenía miedo. Y sigo teniéndolo. —Suspiró—. ¿Sabéis la de veces que he querido ponerme en contacto con ellos estos años? Pero no me atrevo. No creo que me perdonen, pero necesito hablar con ellos y pedirles perdón por todo. No tendré la conciencia tranquila hasta que lo haga.

Ada volvió a soltar un sonoro sollozo y Nerea le tendió la caja de

pañuelos entera. Todas se extrañaron al verla. No era normal que tuviera esos ataques de llanto.

—Ada, ¿qué te ocurre? —le preguntó Laila.

—Veréis, es que, cada vez que estoy con mi sobrinita —Miró a Nerea—, pues me encanta estar con ella y siento una opresión cuando me despido de esa princesa rubia de ojos azules. —Sonrió—. Así que, hablé con Sergio de que se me había despertado el instinto maternal y que me gustaría tener un hijo de ambos con sus ojos. Comencé a imaginar cómo sería, los momentos que compartiríamos y las nuevas cosas que aprenderíamos juntos. Y bueno, fuimos a mi ginecóloga. Me dijo que al estar tomando la píldora durante tanto tiempo, que igual me costaría quedarme embarazada y como me asusté, porque quiero que mi hijo me llame mamá y no abuela, pues nos pusimos a intentarlo ya. Y sí, a dos meses de mi boda, estoy embarazada.

Todas las amigas se quedaron con la boca abierta. No sabían cómo reaccionar. ¡Pero si Ada nunca había querido ser madre! Siempre decía que prefería malcriar siendo tía a ser madre, y, además, no le gustaba pensar que su cuerpo se deformara por el embarazo. Claro que todo aquello lo decía antes de conocer a Sergio.

—¡Ya verás cómo no te valga el vestido! La que vas a montar —dijo Laila dejando sorprendidas a las tres.

—Una enhorabuena estaría bien, ¿eh? —señaló un tanto molesta Ada.

Las tres se abalanzaron sobre ella tras soltar una pequeña carcajada al escucharla y comenzaron a besuquearla y a gritar emocionadas porque la familia aumentara, felicitándola entre besos y abrazos.

—A ver, por favor, menos gritos que mirad cómo me tenéis a mi princesa. —Todas miraron a un Hugo en *bóxers* con su hija en brazos que estaba bien despierta y movía sus piernas y sus brazos animada—. No se duerme. Quiere unirse a la fiesta.

—Enseguida nos vamos. —Rio Elena.

—Sí, porque tu novio no para de mandarme mensajes preocupado por ti. Se cree que soy un cotilla que ha estado escuchando la conversación. Por cierto, Elena, es imposible odiarte y mi princesita tiene razón. Eres la mejor amiga que pueden tener. —Le guiñó un ojo.

—¡¡¿Novio?!! —gritaron las tres al escuchar esa palabra.

—Gracias Hugo —dijo Elena irónica—. Aún no se lo había contado.

—¿Quién es tu novio? —preguntó Nerea—. ¿Cuándo lo has conocido? ¿Dónde? —Miró a Hugo—. ¿Y por qué tú lo conoces, lo sabías y no me habías dicho nada?

Hugo fingió un bostezo y se disculpó diciendo que se dormía de pie para desaparecer de la estancia.

—Estoy saliendo con Samuel —soltó Elena—. ¡Ya lo he dicho!

—¿Con Samuel?!

—El vivir juntos ha hecho que salte la chispa —bromeó Laila.

—¿Qué vives con él?! —chillaron Nerea y Ada a la vez.

Elena se tapó el rostro y negó con la cabeza antes de recuperar su posición.

Cuando sus amigas se calmaron, les contó todo. De lo atraída que se sentía por él desde que lo volvió a ver, pasando por los diversos episodios de Barbie Víbora en los que pensaba que era su novia, hasta que él le ofreció compartir piso, ya que ella estaba en busca y captura de uno. Ninguno de los dos había visto la atracción que sentía el uno por el otro, así que no dieron el paso hasta hace dos días, por lo que no les había ocultado nada, ya que acababan de empezar. Antes de eso, eran buenos amigos y nada más y, como ella sabía ocultar sus sentimientos y emociones, no habían sospechado absolutamente nada. Elena le contó a Nerea que, si Hugo lo sabía, era porque esa mañana les había pillado *in fraganti*.

—Vaya, vaya. Ya decía yo que tenías muy buen cutis. —Rio Ada.

—Ada, acabamos de empezar, no hemos hecho nada.

—Pues yo me tiré a Sergio el primer día. —Rio de nuevo—. Me alegro por ti, Elena. Te lo mereces.

Siguieron hablando durante unos pocos minutos más antes de despedirse para regresar cada una a su casa. Laila dejó a Elena en la puerta de la suya y se despidió de ella hasta el día siguiente. Era la una de la madrugada cuando llegó y no se sorprendió al ver a Samuel despierto. La había esperado, tal y

como le había dicho.

Cuando él oyó el ruido de la puerta, se levantó y cogió a Elena en brazos antes de besarla con pasión. Esa noche no la iba a dejar escapar. Ella rio sobre su boca ante aquel arranque y se dejó llevar hasta que entraron en la habitación de él. Ella fue a protestar al ver que la dejaba sobre la cama, pero sus protestas fueron calladas por esos carnosos labios que la volvían loca.

—No te preocupes, cariño. Esta noche no pasará nada, pero quiero que estés aquí conmigo.

Elena sonrió y lo atrajo hacia ella para volver a besarle. Una idea pasó por la cabeza de Samuel y se separó de ella antes de pedirle que aguardara un segundo. Desapareció de la habitación y no tardó en volver con algo entre las manos. Era su pijama. Elena sonrió al ver como lo dejaba a su lado y fue a cogerlo para cambiarse, pero Samuel se lo impidió.

—Déjame hacer, Elena. Confía en mí.

Ella asintió y dejó que él la besara de nuevo con una lentitud y ternura que la conmocionó. Notó las fuertes manos de Samuel desabrochar los botones de su camisa y se tensó. Estaba nerviosa y no entendía por qué. Ya había estado con hombres antes, pero ninguno tan especial como Samuel.

Al verla tan tensa, él comenzó a dejar un reguero de besos por su cuello y comenzó a acariciar con lentitud sus costados. Elena gimió y curvó la espalda para que continuara desvestiéndola. Él sonrió sobre su piel y se deshizo de la camisa que llevaba.

Descendió su boca hasta depositar un pequeño mordisco en su canalillo antes de acariciar con la lengua el contorno de sus pechos que dejaba libre el sujetador rojo que llevaba. Estuvo tentado de bajar las copas para saborear lo que escondían, pero decidió no hacerlo. Siguió recorriendo su cuerpo a besos, bajando por su vientre hasta llegar a la cinturilla del pantalón que llevaba. Le desabrochó el botón y tiró de ellos hasta dejarla completamente expuesta salvo por la ropa interior. Gruñó al verla medio desnuda ante él y notó cómo su miembro estaba a punto de explotar. Comenzaba a dolerle, pero no le dio importancia. Solo quería centrarse en ella.

Acarició la largura de sus piernas con sus manos y se las separó para colocarse entre ellas.

Elena estaba completamente húmeda y gimió cuando sus cuerpos friccionaron. Ella cerró los ojos sintiendo palpitar el centro de su cuerpo y le besó con ardor pidiendo más. Al notar en ese beso el deseo que ambos tenían, Samuel tuvo que reducir el ritmo.

—Debemos parar —dijo Elena completamente excitada y sonrojándose al pensar en por qué no podían continuar.

—Lo siento. Tienes razón, No hay prisa, cariño —le susurró cerca de su boca—. No pensaba llegar tan lejos. Solo quería mimarte un poco antes de ponerte el pijama.

—No es por eso. —Se mordió el labio inferior—. Es que jugarías contra la roja —Rio y al ver que no lo entendía, le aclaró—: Estoy con la regla. —Se sonrojó.

—Una cortarrollos, sin lugar a dudas. —Ambos rieron y Samuel se dejó caer a su lado antes de posar la palma de la mano en su mejilla—. Elena, aunque me muero por estar dentro de ti, quiero alargar este momento, porque antes quiero disfrutarte y hacerte experimentar sensaciones nuevas. Quiero que seas mía, por completo y para ello, pienso conquistarte cada día.

—Yo también deseo lo mismo. Quiero ir despacio porque contigo siento cosas que jamás había sentido con nadie. Y no quiero que acabe nunca.

Samuel sonrió y cogió el pijama para ponérselo. Primero, le colocó el pantalón corto y después la camiseta. Durante aquel sencillo proceso, no dejó de acariciarla haciendo que temblara con cada una de sus caricias.

—Ahora a dormir, que tienes una costumbre muy mala de despertarte demasiado temprano.

Elena rio y se incorporó en la cama para meter sus manos bajo la camiseta de tirantes del pijama. Desabrochó el sujetador y tras quitarse los tirantes, se lo quitó y lo tiró a un lado.

—Te has olvidado de quitármelo —dijo coqueta.

—No lo he hecho, solo que, si te lo quitaba, ahora mismo no estaríamos hablando.

—Estoy con la regla, ¿recuerdas? Te habría cortado el rollo igual.

—Tenemos una bañera perfecta para esos días —bromeó.

—Le he cogido manía a la bañera desde aquel día —señaló recordando esa mañana antes de hundir el rostro en el hueco de su cuello donde depositó un suave beso.

—Será mejor que no me recuerdes ese día. La imagen de tu cuerpo desnudo sigue muy presente en mi memoria.

Ella soltó una carcajada y se apoyó en el pecho de Samuel. Sonrió como una boba al sentir el calor que desprendía su piel y ese aroma masculino tan característico de él.

—¿Sabes? —susurró—. A Nerea la despiertan con un beso. A mí me vale con que me busques cada amanecer.

Samuel sonrió y le dio un beso en la frente.

—No solo te buscaré, sino que te encontraré —respondió seguro antes de quedarse dormido.

Capítulo 20

Habían pasado varias semanas desde que Elena y Samuel habían dado un gran paso y todas las noches ella dormía junto a él. Pero esa mañana, Elena se despertó sola en la cama. En un principio se asustó creyendo que se había quedado dormida, pero al ver que el reloj marcaba las seis y media de la madrugada, respiró aliviada al darse cuenta de que no llegaba tarde a trabajar, pero se preocupó al no ver a Samuel junto a ella.

Se levantó y, tras ponerse las zapatillas de casa, salió de la habitación para buscarle. En un principio creyó que podría estar en el baño, sin embargo, la puerta estaba abierta y no había nadie en su interior. Elena frunció el ceño y tras peinarse para poner decentes sus rizos, bajó por las escaleras para ir a la cocina, pero toda la casa estaba sumida en la oscuridad y en el silencio.

Asustada, cogió su móvil para llamarle y lo oyó sonar al lado de ella. Samuel se lo había dejado en la mesita que había en el salón. Suspiró antes de pulsar el icono rojo para colgar y fue a la cocina a tomar café sintiendo una opresión en el pecho. ¿Dónde se habría metido?

Con su taza en la mano, fue andando por la casa mientras se tomaba su desayuno. No podía estarse quieta con ese nerviosismo que tenía. Salió de la casa tras ponerse su chaqueta de punto de color crema y se sentó en el escalón de la puerta para ver el amanecer sobre el mar. Estuvo allí sentada un buen rato hasta que vio la hora que era y entró de nuevo para cambiarse e ir a trabajar.

Fregó su taza y cuando la colocó al lado del fregadero para que se secara, vio que había otra aún algo mojada. Eso le indicó que Samuel había desayunado y se había ido, pero no sabía a qué hora.

Ella no había oído nada.

Suspiró y subió a la habitación que ocupaba para ponerse la camisa, los

pitillos negros, las manolequinas y la pajarita. Se recogió el pelo en una coleta alta y se aplicó un poco de maquillaje. Iba a darse una nueva capa de rímel cuando oyó el sonido de la puerta al cerrarse. Sin importarle que manchara el lavabo, tiró el botecito del rímel y bajó corriendo por las escaleras. Samuel estaba de espaldas a ella dejando unas bolsas encima de la mesa del comedor. Llevaba el pelo revuelto, como si se hubiera acabado de levantar y vestía con unos vaqueros oscuros y una camiseta verde.

—Buenos días —le saludó Elena terminando de bajar los últimos peldaños.

—Hola —le devolvió el saludo en apenas un susurro.

Ni siquiera se giró para mirarla, solo movió un poco el cuello para que ella pudiera verle el perfil de su rostro. Eso la extrañó. Samuel siempre estaba de buen humor y tenía una sonrisa en la cara. Además, ni siquiera se había acercado a ella para darle un beso.

A paso lento, Elena caminó hacia él y posó una mano en su brazo. Consiguió que la mirara y en sus ojos miel vio tristeza.

—¿Estás bien? —se preocupó.

—Sí, no te preocupes. —Forzó una sonrisa.

—Me he asustado esta mañana al no verte —confesó bajando la mirada.

—Lo siento. Apenas he pegado ojo en toda la noche y me he levantado temprano. Me he marchado a las seis a dar una vuelta y he comprado algo de bollería en una panadería para desayunar estos días. —Sacó de las bolsas cruasanes, napolitanas, pastas de té y diversos tipos de galletas, además de una barra de pan para ese día.

Elena miró con atención toda aquella comida, pero su mente estaba más preocupada en lo que le pasaba a Samuel. Al igual que había hecho él cuando comenzaron con su amistad, no le presionaría. Le daría tiempo antes de que le contara qué le sucedía.

Tras guardar la compra, Samuel le pidió a Elena que le esperara mientras iba a cambiarse. Diez minutos después, bajó con el uniforme y desprendiendo ese aroma que a ella le encantaba.

Caminaron hasta el hotel y al llegar la besó en los labios como siempre

hacía, aunque el beso fue demasiado frío y distante. Se despidió de ella y le vio desaparecer por el bar-salón.

Tras echar un largo suspiro, fue al restaurante para comenzar su jornada, pero ese día no estaba concentrada. Su mente no podía dejar de pensar en Samuel. No entendía nada.

Ayer, cuando acabó el día, estaba todo bien. ¿Qué había podido ocurrir en tan pocas horas?

Como siempre, a las diez y media el restaurante estaba impoluto y ella salió para buscar a Samuel. Necesitaba saber cómo estaba, pero se quedó parada en el *hall* al ver a Nerea con Alba en brazos, hablando con su padre. Elena sonrió al leer la frase que la niña llevaba en la camiseta rosa: «A mi papá se le cae la baba.»

—¡Hola! —saludó Elena y le dio un beso en la mejilla a la pequeña—. ¿Qué haces aquí? ¿Hoy no trabajas?

—¿No sabes qué día es hoy? —le preguntó su amiga levantando las cejas.

Elena se quedó pensativa y finalmente negó con la cabeza.

—Hoy es 19 de marzo. ¡Día del padre! —Sonrió—. Así que he venido a felicitar al mío y a Hugo —dijo mirando a su hija quien observaba todo el hotel con asombro—. Además, hoy los colegios están cerrados.

A Alejandro no le pasó desapercibido cómo su nieta contemplaba todo aquel espacio. Le recordó a su hija de pequeña la primera vez que pisó el hotel. Tras darles un beso a Nerea en la frente y a Alba en su sonrosada mejilla, se despidió de ellas para seguir trabajando.

Elena y Nerea se sentaron en un sofá que había en el *hall* para conversar hasta que Hugo apareció mostrando su mayor sonrisa. Al verle, Alba comenzó a emitir balbuceos y a extender los brazos para que su padre la cogiera. Él no lo dudó y la elevó por encima de su cabeza antes de comenzar a besuquearla.

—Hoy es tu primer día del padre, así que... ¡Feliz día, cariño! —le felicitó Nerea poniéndose de puntillas para alcanzar sus labios.

—Gracias, princesita. Y a ti también, mi princesa —dijo al ver que Alba le tocaba la mejilla para que la mirara.

Nerea se quedó observándoles completamente embobada y al verla, Hugo le preguntó:

—¿En qué piensas, cariño?

—En lo mucho que te quiero.

—No más que yo a ti.

Y la calló con un beso antes de que comenzara a protestar. Elena puso los ojos en blanco al verles. Cuando estaban juntos todo lo que había a su alrededor desaparecía para ellos.

—Hey, tortolitos, que estoy aquí. —Comenzó a mover la mano derecha en círculos frente a su rostro para resaltar su presencia.

—Pues voy a aprovechar que estás aquí —dijo Hugo—. ¿Sabes qué le pasa a Samuel?

—No lo sé. No me lo quiere decir, pero sospecho que es por el día de hoy. Echará de menos a su padre.

Hugo asintió recordando la historia que su amigo le contó. Quizá solo fuera eso, pero no le gustaba verle pasarlo tan mal. Samuel siempre había estado ahí cuando le había necesitado, al igual que él, pero cada diecinueve de marzo su semblante cambiaba y Hugo estaba convencido de que había algo más que el recuerdo de su padre en aquel día tan marcado.

—¿Sabes dónde está? —preguntó Elena.

—Detrás del escenario. Le he visto pedirle a Laila un café para llevar y habrá ido allí. Es donde vamos siempre en el descanso.

—Gracias.

Se despidió de la familia y corrió para dirigirse donde le había indicado Hugo. Desde la distancia, saludó a Laila, pero no se detuvo. Ansiaba llegar y descubrir qué le ocurría a Samuel. Estaba muy intranquila.

Antes de entrar, una idea cruzó por su cabeza y se coló en la cocina para coger una piruleta de chocolate que se guardó en el bolsillo del pantalón, pero solo le cabía el palo. El dulce quedaba a la vista, así que lo tapó con la camisa.

Al llegar, corrió las cortinas que ocultaban lo que había tras el escenario y

vio a Samuel con su café, sentado en una silla de madera. Tenía la mirada fija en un perchero de donde colgaban varios sombreros, boas de plumas y más complementos que usaban en los espectáculos.

Samuel pareció percatarse de su presencia, pues volteó el rostro. Elena le sonrió y él le tendió la mano para que se acercara. Ella lo hizo y tras entrelazar sus dedos, Samuel tiró de ella para sentarla en su regazo y abrazarla. Hundió el rostro en su cuello y aspiró su dulce aroma. En ese momento necesitaba de ese cariño.

—Estoy preocupada por ti. —Se separó para mirarle a los ojos—. Sé que te ocurre algo y no quiero presionarte para que me lo cuentes, pero no me mientas diciendo que estás bien. —Comenzó a acariciarle el cuello con los pulgares.

—Es por el día de hoy. —Suspiró juntando sus frentes.

—Echas de menos a tu padre, ¿no?

—Sí, pero hoy no es para él solo el día del padre. Hoy también hace diez años que su avión se estrelló.

A Elena le dio un vuelco el estómago y por unos segundos no supo qué decir. Debió de ser algo horrible para él perder a su padre en un día tan señalado como aquel. Elena le abrazó y le besó en la mejilla para mostrarle su apoyo.

Samuel cerró los ojos para disfrutar de aquel contacto y rodeó su cintura para atraerla más hacia él.

—Lo siento mucho, Samuel. —Le alzó la barbilla para que la mirara—. Pero sabes que desde donde esté, estará orgulloso de ti.

—Lo sé, pero en días como estos, el recuerdo es fuerte.

—Te entiendo. No sabes cómo echo de menos a mi padre, y aunque mis padres estén a unos kilómetros de mí, me da miedo que se hayan olvidado de sus hijos. —Suspiró—. Cuando estaba viviendo en la calle o con la señora González, había momentos en los que deseaba regresar. Necesitaba y sigo necesitando que me perdonen. Y también sé que algún día reuniré el valor que ahora mismo no tengo para ir a su casa tras trece años. —Cambió su semblante triste por una tierna sonrisa antes de seguir hablando—. Me acuerdo que, en mi primer año de parvulario, el día del padre, todos los niños

de mi clase habían dibujado con sus manos sobre el papel, pero yo no quería eso. Porque el papel se rompía o se perdía. Así que antes de salir, me mojé las manos con la pintura y corrí hasta mi padre. Como siempre, él me cogió en brazos y yo posé mis manos por toda su camisa pringándosela de pintura. —Rio—. Él no se enfadó. Me miró sonriendo y me dijo que por qué había dibujado mis manos en su camisa. Le dije que era mi regalo por el día de padre. Que no quería regalarle un papel con mis manos sino dibujarle su camisa porque era algo que nunca se perdía. Desde aquel día, mi padre guardó la camisa y nunca la lavó para que mis manos no se fueran. Puede que ya se haya deshecho de ella.

Samuel vio cómo una solitaria lágrima recorría la mejilla de Elena y se la secó con el pulgar antes de besar la piel bajo su ojo. Ambos sufrían por sus padres y si pudieran, darían marcha atrás en el tiempo para enmendar los errores que cometieron.

Sin aguantar más, Samuel le cogió de la barbilla y le giró el rostro para posar sus labios sobre los de ella. Elena le rodeó el cuello con los brazos y le besó con ternura recreándose en el tacto y sabor de sus labios. Posó una mano sobre su mejilla y profundizó el beso. Un gemido escapó de su garganta, lo que le indicó al animador que era hora de parar.

—He estado pensando —dijo Samuel mientras metía sus manos bajo su camisa para acariciarla—. Aún no hemos tenido ni una mísera cita. —Sonrió tras horas sin hacerlo—. Así que, he pensado en llevarte este sábado a un sitio que te encantará.

—¿Me estás pidiendo salir? —preguntó adquiriendo una actitud coqueta, aún sentada en su regazo.

—Sé que es lo primero que tenía que haberte pedido antes de besarte, pero llevaba demasiado tiempo loco por ti como para esperar más para descubrir el tacto y el sabor de tu boca. —La volvió a besar.

—No me importa el orden. Lo que sí me importa es el nosotros.

—Hay un nosotros, Elena. Y créeme cuando te digo que es lo mejor que me ha pasado en la vida.

Ella sonrió emocionada y se abrazó a él hundiendo el rostro en su cuello para aspirar su aroma. Cerró los ojos y disfrutó de aquella cercanía hasta que unos golpes en la cortina, hicieron que Elena se separara y se levantara del

regazo de Samuel.

— Esto... —Oyeron la voz de Hugo—. No quiero interrumpir nada, pero Nerea quiere que veáis a la niña.

—Ahora vamos —respondió Samuel.

Elena sacó la piruleta de chocolate que se había guardado en el bolsillo de sus pantalones y comenzó a hacerla girar entre sus dedos mirando a Samuel con complicidad. Él le sonrió y aceptó la piruleta, pero en vez de partirla por la mitad, la cogió entre los dientes. Elena negó con la cabeza al ver sus intenciones, aunque finalmente se rindió y mordió la piruleta para partirla en dos. El trozo era demasiado grande y parte de él se le cayó, pero consiguió colocar las manos bajo su boca para coger los restos.

Tras degustar el dulce, ambos salieron con las manos entrelazadas y fueron al *hall* donde Elena soltó un largo «Ohhh» al ver a Alba vestida con un vestido rosa de fallera.

—Se lo acabo de poner —dijo Nerea—. Es un regalo de los celestinos. — Señaló divertida a su padre y su suegro.

—Yo quería el verde, pero Alejandro a mis espaldas compró el rosa.

—Mi nieta es una princesa y se merecía un vestido rosa —se defendió Alejandro—. Además, ese color verde era muy feo.

—¡Tú que sabrás! —le rebatió Pedro.

—¡Vaya par! —exclamó Hugo.

El móvil de Nerea comenzó a sonar y Hugo cogió a su hija para que atendiera la llamada. Vio que era Sergio quien la llamaba y deslizó el dedo por la pantalla para contestarle.

—¡Hola, Sergio! Dime. —Los presentes la observaron—. ¿Qué? — susurró Nerea notándose mareada—. ¿Dónde estáis? ¿Está bien? —Elena atrapó la mano de Samuel temiendo lo peor—. Vale, tranquilo. Voy para allá.

Nerea colgó y todos la miraron preocupados. En su conversación no les pasó desapercibido cómo la joven palidecía por momentos y la mano le temblaba.

—Es Ada. Ha tenido un sangrado y están en el hospital.

—¿Qué? ¿Está bien? ¿Y el bebé? —quiso saber Elena.

—No sé nada. Están atendiéndola, pero Sergio está en la sala de espera sin noticias.

Elena soltó la mano de Samuel y se la llevó a la boca. Un sudor frío comenzó a recorrerle todo el cuerpo y un ligero mareo la azotó.

Al ver el estado de las chicas, sus novios las llevaron hasta el sofá del *hall* para que se sentaran. Alejandro y Pedro les trajeron una botella de agua a cada una.

—Tengo, tengo que ir al hospital —dijo Nerea mirando a Hugo.

—No voy a dejarte conducir en tu estado, cariño. Cálmate. A las tres, cuando acabe mi turno, iremos. ¿Vale?

Nerea comenzó a negar con la cabeza. Su amiga la necesitaba y si le hubiera ocurrido aquello con Alba, hubiera querido que sus amigas estuvieran cerca. Miró a su pequeña y no pudo evitar pensar qué hubiese ocurrido si la hubiera perdido en el accidente que tuvo por culpa de su cabezonería. Se levantó del sofá y con lágrimas en los ojos cogió a su hija para besarla y abrazarla.

Elena seguía bastante nerviosa. Su amiga estaba sufriendo y ella no podía ir al hospital para estar a su lado. Al menos todavía. Samuel se había sentado a su lado y en ese momento le acariciaba la espalda para intentar relajarla.

—Coge un taxi, Nerea y mantenme informada de todo. Yo iré en cuanto salga de trabajar.

—Elena, estás demasiado nerviosa para trabajar. Tómate el día libre —le ordenó Alejandro y al ver como la joven negaba con la cabeza dijo—: Es una orden.

—Estoy de acuerdo con Alejandro —apostilló Samuel—. A mí aún me quedan veinte minutos para que se me acabe el descanso. Os llevo a las dos al hospital.

Hugo estuvo de acuerdo con su amigo y las dos mujeres junto con Alba, se fueron al hospital, pero antes de montar en el coche de Samuel, Nerea fue al suyo para sacar el carrito de su hija y guardarlo en el maletero del animador. Elena se sentó en el asiento del copiloto y Nerea en la parte de

atrás con Alba en sus brazos.

Las dejó en la puerta y corrieron a la sala de espera donde se encontraba un preocupado Sergio que no dejaba de dar vueltas por aquel frío lugar.

—¿Sabes algo? —preguntó Elena nada más llegar.

—Aún no ha salido el médico. —Suspiró—. No lo he pasado nunca tan mal. —Se sentó en una de las sillas y se cubrió el rostro con sus manos.

Elena se sentó a su lado y Nerea tumbó a Alba en su carrito. La pequeña se había quedado dormida. Con cuidado le quitó el vestido de fallera y la dejó vestida solo con el *body*. Hacía demasiado calor en el hospital.

Llamaron a Laila para que estuviera al tanto de todo y prometieron mantenerla informada y en llamarla cuando tuvieran noticias.

Una hora después, el médico salió preguntando por los familiares de Ada Torres. Sergio enseguida se levantó anunciando que era su prometido.

—La señorita Torres está despierta y todo está bien. Ha tenido una amenaza de aborto y a partir de ahora deberá guardar reposo absoluto y no tener actividad sexual, al menos hasta finalizar el primer trimestre y comprobar en la ecografía que todo marcha correctamente.

—¿Así que el bebé está bien? —preguntó Elena con el corazón a punto de salirse del pecho.

—Sí. Hemos realizado una ecografía y hemos podido comprobar que todo marcha bien. Y bueno... —Sonrió a Sergio—. Enhorabuena. Son mellizos.

Al oír eso, el futuro padre puso los ojos en blanco y se desmayó. Varias enfermeras fueron a atenderle y Nerea y Elena se quedaron en *shock* viéndole tirado en el suelo. Aunque soltaron una pequeña risita al recordar que eso mismo le ocurrió cuando Ada fue a la farmacia y compró dos test de embarazo para Nerea. Estaba claro que era mejor no hablar de embarazos cerca de él.

Se alegraron mucho de saber que los bebés estaban bien y divertidas comentaron que Ada tendría problemas para estar los dos próximos meses sin sexo. Llamaron a Laila y esta suspiró aliviada al enterarse de que todo estaba perfecto y se sorprendió al escuchar que dentro de Ada no había uno, sino dos bebés.

El médico les informó que lo mejor para la futura mamá sería que pasara 24 horas allí.

Cuando la subieron a planta, fueron a visitarla. Se notaba que había estado llorando, pero se la veía feliz porque todo siguiera su curso. Sergio, ya recuperado, se acercó a ella para darle un tierno beso en los labios y comenzó a susurrarle cientos de palabras que Elena no logró entender.

Les dejaron un poco de intimidad antes de que Nerea y ella se acercaran para abrazarla.

—Estábamos muy preocupadas —explicó Nerea.

—Me he llevado un susto de muerte. Estaba en la oficina y al notar un dolor fuerte en la zona abdominal y luego ver la sangre —les explicó—. He temido lo peor. ¡Ya les vale a mis niños! —dijo de buen humor—. Darnos este susto el día del padre. —Se acarició el vientre—. Madre mía, cariño. —Miró a Sergio—. ¡Qué puntería!

—¡La parejita! Así te ahorras un parto —bromeó Elena.

—Madre mía, me voy a poner gordísima. Y a saber cómo en el parto se me pone... eso.

—Normalmente hacen cesárea cuando es parto múltiple —aclaró Nerea.

—Lo sé, pero si puedo tener un parto natural, mejor.

Tras un par de horas con ella, Nerea y Elena abandonaron el hospital. La pequeña Alba se había despertado y era su hora de comer. Cogieron un taxi que las dejó en el hotel y Nerea fue a su coche para regresar a casa.

Al ver la hora que era, Elena decidió ir a la suya y esperar a Samuel para informarle.

Este no tardó en llegar y al oírla trastear en la cocina, corrió hacia ella para que le contara. Él también estaba preocupado, pero suspiró aliviado al enterarse de que todo estaba bien.

—Con estos sustos, se me quitan las ganas de tener hijos —bromeó Elena y Samuel la miró asombrado—. No te asustes, no te voy a pedir que tengamos un hijo. Al menos todavía, bueno que no sé qué pasará en unos años y...

Samuel la calló con un beso al ver lo nerviosa que se ponía.

—Tienes razón. Es demasiado pronto, pero por un momento he visto a ese bebé. Una preciosa niña con tus ojos y tu misma sonrisa.

—Podría ser un niño —le siguió el juego.

—Sería igual de bonito que su madre.

—¡Ay Dios! No me puedo creer que estemos hablando de esto. —Rio y él se contagió de su risa—. Tema zanjado. Además, que todavía ni nos hemos puesto a practicar.

«Ole, ahí Elena. Le acabas de soltar que estás ya desesperada por tirártelo», se regañó sonrojándose y por puro instinto se tapó la cara.

Samuel soltó una carcajada y cogió sus muñecas para que dejara de cubrir su rostro.

—Cariño, hazme caso cuando te digo que me muero por ser tuyo al completo, al igual que tu mía, pero no quiero acelerar las cosas. Mira —le cogió del rostro—, nunca me he enamorado. Siempre he buscado el amor aunque, como todo el mundo, he tenido mis escaqueos. Cuando creía que una mujer me gustaba de verdad y acabábamos en la cama, al día siguiente desaparecía. Por eso quiero que todo vaya a su ritmo. No quiero precipitarme, que veas que en realidad no te gusto y te vayas. No lo soportaría, Elena.

—No voy a desaparecer, Samuel. No puedo asegurarte que en el futuro seguiremos juntos. —Aquello hizo que él se tensara—. Pero sí puedo decirte que hoy por hoy, quiero estar contigo. Disfrutar de todo lo nuevo que me haces sentir y hacer todo lo posible para que siga habiendo un nosotros dentro de dos, cinco o diez años. Porque creo que... que ya no sé vivir sin ti. —Retuvo en su garganta ese te quiero que había estado a punto de soltar.

Él sonrió y la abrazó por la cintura para atraerla más hacia él.

—Pues creo que es hora de empezar a escribir nuestra historia, ¿no crees?

—Te equivocas. —Sonrió—. Empezamos a escribir nuestra historia desde el primer instante en el que te volví a ver.

Capítulo 21

—¡Estás completamente loco!

Samuel no pudo evitar sonreír al ver la cara de estupefacción de Elena. Ese día iban a tener su primera cita y no podía ser más atípica.

Elena ya se había extrañado cuando Samuel le pidió que se pusiera el bikini, pero no pensó que se fueran a dar un chapuzón en el mar. Puede que hiciera buen tiempo, a pesar de ser marzo y, aunque se podía ir en manga corta por la calle, no hacía el suficiente calor como para darse un baño.

Samuel no quería decirle nada. Quería guardar la sorpresa, pero durante el corto viaje en coche, Elena le había conseguido sonsacar que iban a bañarse en el Mediterráneo. Ella abrió la boca sorprendida al escucharle. Se había imaginado que irían a algún balneario o piscina climatizada. ¡No al mar!

Cuando Samuel aparcó y Elena bajó del coche, esperó a que él se reuniera con ella, pues no estaba muy segura de adónde iban. Samuel abrió el maletero y sacó de él dos chalecos salvavidas. Elena alzó las cejas y dejó que entrelazara sus dedos con los de ella.

—¿Vamos a hacer piragüismo o algo de eso? —preguntó mientras caminaban por un camino algo rocoso.

—No, enseguida lo verás.

Siguieron andando por aquel camino hasta llegar al final de él. Se encontraban completamente solos en una especie de acantilado de no más de cinco metros de altura sobre el mar. Elena miró hacia abajo y vio cómo las olas chocaban con él.

—Vamos a saltar —anunció Samuel desnudándose al mismo tiempo.

Elena lo miró y comenzó a reírse. Tenía que estar de broma.

—Me estás tomando el pelo, ¿verdad?

—No. Quiero enseñarte algo.

—¿El qué? —preguntó cruzándose de brazos.

Ni loca iba a saltar por aquel acantilado. No solo por la altura y porque le daba miedo, sino porque el agua estaría helada.

—Quítate la ropa y ponte el chaleco. Esta es nuestra primera cita.

—¿Y no podías llevarme a cenar como todo el mundo?

—¡Eso está muy visto! No niegues que es original.

Elena suspiró y, a su pesar, se quitó la ropa quedando solo con un bikini rosa. Se colocó el chaleco salvavidas de un llamativo color naranja y Samuel se acercó a ella para ajustárselo. Le miró un tanto enfadada por esa encerrona y él le robó un beso para intentar relajarla. Sabía que estaba nerviosa, pero quería enseñarle una lección y ese plan le pareció la mejor manera.

Se acercaron al borde y Elena volvió a negar con la cabeza. No había rocas en la trayectoria del salto, pero le asustaba saltar desde aquellos cinco metros de altura.

—Mucha gente viene aquí a practicar sus saltos. Es seguro, Elena. — Intentó tranquilizarla Samuel—. Sabes que no permitiría que te pasara nada malo.

—Nunca me han ido los deportes de riesgo.

—Salto yo primero, ¿vale?

Elena solo asintió y tras recibir un suave apretón en la mano por parte de Samuel, este pilló un poco de carrerilla y sin dudar, saltó. Elena se tapó los ojos con las manos y abrió un poco los dedos para mirar entre ellos. Respiró aliviada al ver que Samuel estaba bien, pero maldiciendo por la temperatura del agua.

Ella rio, aunque enseguida volvió a ponerse seria. Era su turno y sabía que cuanto más lo pensara sería mucho peor, por lo que dio unos pasos hacia atrás y corrió antes de saltar. Cerró los ojos con fuerza mientras caía y gritó hasta que notó como el frío del agua mojaba su piel. Sintió cómo si cientos de agujas se clavaran en su cuerpo.

Sin perder más tiempo, comenzó a nadar para salir a la superficie. Tomó aire antes de que Samuel rodeara su cintura para atraerla hacia él.

—¡Está muy fría! —Le salpicó riendo.

—¿Has disfrutado del salto?

—La verdad es que sí. ¡Ha sido una pasada! Salvo por el agua helada.

—Enseguida te acostumbrarás a la temperatura.

—Si pillo una pulmonía, será tu culpa —le advirtió señalándole con un dedo.

—Bueno, así me paso todo el día en la cama contigo —dijo pícaro antes de besarla.

—¿Y esto querías enseñarme? —preguntó Elena al separarse.

—Sí. Es una metáfora. —Al ver cómo alzaba las cejas sin entender, continuó—: Hay cinco metros hasta el mar. Esos metros es la distancia entre el que no disfrutes y el que lo hagas. Has dejado el miedo a un lado, te has dejado llevar, has saltado y has disfrutado. El salvavidas ha ayudado a que no te ahogaras, ¿no? —Ella asintió—. Con esto quiero que veas que, aunque te dejes llevar y disfrutes, tienes la suficiente cabeza para no ahogarte en la vida que llevabas antes. El salto representa el impulso que necesitas para disfrutar en cualquier situación y el salvavidas es la fortaleza que tienes para mantener la cabeza siempre fría y no hundirte de nuevo en tu pasada vida.

Ella no pudo evitar sonrojarse y bajó la mirada, pero enseguida Samuel se la alzó para que no dejara de mirarle.

—Elena, quiero que veas que no vas a volver a ser quien eras con dieciséis años y que ese miedo que tienes, desaparezca.

—Sin duda, este salto y esta cita ha sido una gran terapia. No puedo asegurarte que pueda dejar el miedo a un lado, pero sí te prometo que, cuando lo sienta, recordaré este momento para intentar ahuyentarlo.

Él sonrió al escucharla y nadó sin soltarla hasta una zona donde tocaran pie. Elena suspiró al notar cómo sus pies acariciaban la arena pero, aun así, el agua le cubría hasta el pecho.

Poco a poco se habían acostumbrado a la baja temperatura del mar y

aprovecharon la soledad de aquel precioso lugar para comenzar a besarse con ardor. Elena ciñó su cuerpo al de él y se dejó llevar por la pasión que embriagaban sus cuerpos. Samuel emitió un jadeo que hizo que Elena sonriera sobre sus labios antes de volver a atraparlos. Le mordió el labio inferior y tiró de él sintiéndose sexy y libre. Con él, esos gestos le salían solos.

Al ver su entrega, Samuel perdió todo el autocontrol que había demostrado en esos meses y se deshizo de su chaleco salvavidas antes de hacer lo mismo con el suyo. Le acarició el vientre antes de meter la mano bajo la tela de la braga del bikini, pero se detuvo para mirarla.

Al entender que le estaba pidiendo permiso, Elena atrapó su muñeca para que siguiera deslizando su mano al centro de su cuerpo. Necesitaba que la tocara.

—¿Confías en mí? —Ella no podía hablar al notar los dedos de Samuel acariciando la zona más sensible de su cuerpo. Solo asintió—. Entonces olvídate de todo lo demás y déjate llevar. Aquí solo estamos tú y yo.

Elena gimió al notar cómo dos dedos acariciaban su sensible botón en círculos. Se mordió el labio inferior y se abrazó más a los hombros de Samuel. Alzó un poco las caderas para que tuviera mejor acceso y comenzó a moverse para que sus caricias fueran más intensas.

Samuel emitió un breve gruñido al notar su calidez y humedad, y bajó los dedos para introducirlos en su interior. Elena gritó y cerró los ojos antes de echar el cuello hacia atrás muerta de placer. Notaba los dedos de Samuel en su interior y como el pulgar continuaba acariciando su clítoris.

—Mírame, cariño.

Elena obedeció y clavó su esmeralda mirada en sus ojos miel. Necesitaba deshacerse de la poca ropa que tenía y que él le hiciera el amor como solo se había permitido imaginar durante aquellos tres meses. Necesitaba que la tocara y la besara por todo el cuerpo y la hiciera suya. Quería todo de él.

Samuel aumentó el ritmo de sus manos y bajó su boca a su pecho donde depositó un pequeño mordisco en su erecto pezón que se le marcaba por encima del húmedo bikini. Elena gimió y hundió el rostro en su cuello para evitar gritar. Solo la estaba tocando y jamás había sentido algo tan intenso.

Rodeó su cintura con sus piernas y Samuel introdujo un tercer dedo haciendo que ella se apretara más contra él hasta que el orgasmo invadió su cuerpo. Se dejó ir notando cómo sus músculos se tensaban ante esa maravillosa sensación y apretó los labios para ahogar gemidos que luchaban por salir.

Cuando esos increíbles segundos pasaron, Samuel sacó la mano y le besó en el cuello mientras Elena recuperaba el ritmo acompasado de su respiración.

Al notar su dureza, ella quiso corresponderle, pero él se lo impidió.

—No creas que esto acaba aquí, preciosa. —Sonrió—. Porque ahora vamos a salir del agua para no pillar un buen trancazo, vamos a ir a casa y te aseguro que no vas a salir de mi cama durante el resto del día.

Elena soltó una carcajada y ambos salieron del mar. Subieron por un camino hasta llegar al coche y Samuel le entregó una de las toallas que llevaba en el maletero.

Tras secarse un poco la humedad del pelo, Elena se cubrió con ella antes de vestirse con la ropa. La parte baja de su bikini no podía quitárselo, pero cuando se colocó la camiseta, se desabrochó la parte de arriba y se deshizo de ella.

Samuel la observó con una mirada cargada de deseo y Elena pícara dejó caer la prenda al suelo del asiento del copiloto.

—Creo que me voy a llevar todas las multas por exceso de velocidad.

—¡Ni se te ocurra! —Rio Elena, a pesar de que ella también deseaba llegar cuanto antes.

Pocos minutos después, Samuel aparcaba en el garaje que tenía la pequeña vivienda y antes de que Elena tocara el suelo, su chico ya la había cogido en brazos. Ella rio y enredó sus piernas alrededor de su cintura mientras la besaba con verdadera devoción.

Golpeándose con todo, alcanzaron la habitación donde Samuel la dejó sobre la cama. Enseguida se desprendió de su camiseta e hizo lo mismo con la de ella para dejar a la vista sus tersos y tentadores pechos. Sin aguantarlo más, acogió uno de ellos con su mano y lo masajeó mientras introducía el otro pezón en la boca. Lo lamió, lo besó, lo succionó y lo mordió haciendo

que Elena curvara la espalda para que no se detuviera. Trazó con la lengua el contorno de su ombligo y desabrochó sus vaqueros. Los deslizó por sus piernas y se bajó de la cama para terminar de quitárselos. Él mismo se deshizo de los suyos y volvió a colocarse sobre ella. La besó con fuerza, pero sin perder ternura y friccionó sus sexos aún protegidos por la ropa interior.

Elena gimió en su boca y él sonrió sobre sus labios antes de abrir un cajón de su mesilla para sacar un condón, pero abrió los ojos como platos al tantear aquella superficie y no encontrar lo que buscaba. Se separó un poco de Elena para asomar la cabeza y maldijo en silencio al ver que no tenía preservativos.

—¡Joder! —exclamó cerrando el cajón de un fuerte golpe.

—¿Qué ocurre? —preguntó Elena preocupada.

—No tengo condones.

—Dime que es broma —espetó ella a quien comenzaba a dolerle la entrepierna.

—¿Por casualidad tomas la píldora?

Ella negó con la cabeza. Estuvo un tiempo tomándola, pero le sentaba mal, por lo que la dejó. Samuel se separó de ella y comenzó a vestirse lo más deprisa que pudo.

—¿Adónde vas?

—A comprar todos los preservativos de la ciudad.

Elena alzó las cejas cubriendo su cuerpo medio desnudo con la sábana.

—¿Ahora?

—Ahora.

Se despidió de ella con un rápido beso y salió de casa como alma que lleva el diablo. Elena se quedó un tanto estupefacta y como no sabía cuándo iba a volver, además de no aguantar más, fue a su habitación y sacó de uno de los cajones a su fiel amigo Pepito Grillo. Hasta que llegara el momento, debería conformarse con su juguetito y su imaginación

* * *

Ya hacía una hora desde que Samuel se había marchado y tras ponerse un vestidito de algodón de rayas blancas y azul marino, Elena comenzó a hacer la comida pensando en la cortada de rollo que habían tenido por culpa del dichoso plastiquito. Aunque eso en el fondo le gustó. Significaba que no había estado con nadie más desde Barbie Víbora. Pensar en esa mujer la enfureció, ya que había disfrutado de un hombre que, para ella, era suyo... Suspiró y continuó a lo suyo hasta que oyó la puerta. Abrió los ojos como platos al ver a Samuel con dos bolsas llenas de cajas de preservativos. De todas las marcas, sabores, extrafinos, normales... No se había dejado ninguno.

—¡Por Dios, la cajera habrá pensado que te vas a montar una orgía! — bromeó riendo.

—Que piense lo que quiera. Lo que sé es que voy a pasar el mejor día con la mujer más bonita del mundo. Cariño, hoy vamos a batir un Record Guinness.

Samuel la alzó para sentarla sobre la encimera y le separó las piernas para colarse entre ellas. Comenzó a dejar un reguero de húmedos y calientes besos por su cuello.

—Samuel, para. Tengo la comida en el fuego y no creo que quieras quedarte sin más cazuelas —dijo divertida recordando el día en el que intentó hacerle la cena.

Al oírla, se separó de ella y tras apagar el fuego, apartó la cazuela donde estaba cocinando algo, aunque no le importó saber el qué. La cogió en brazos y subió con ella hasta el baño, no sin antes hacerse con una caja de condones.

—Necesitamos una ducha tras el baño en el mar.

Cerró la puerta del cuarto de un puntapié y se deshizo de su vestido. Le quitó la ropa interior y él mismo se desnudó. Abrió el grifo y cuando el agua comenzó a salir caliente, se metió con ella y cerró la mampara. El agua les empapó, pero no les importó porque toda su atención estaba centrada en besarse, aunque ambos se separaron para escupir agua que se había metido en sus bocas.

Elena tosió al sentir que se ahogaba. Cuando se le pasó, Samuel la cogió

y pegó su espalda a los azulejos.

—¡Ay! Frío —se quejó ella curvando la espalda.

—Estate quieta —pidió Samuel buscando sujetarla—. Que te me resbalas.

Intentó mantenerla firme, pero finalmente, se resbalaron y casi caen al suelo. Elena volvió a gritar cuando el chorro del agua salió frío y Samuel manipuló el grifo. Ahora ardía. Se separaron del chorro y volvieron a besarse. La cogió de nuevo pero la humedad de su piel hizo que no consiguiera sostenerla y Elena acabara resbalando y cayendo al suelo de la ducha.

—Madre mía, en las novelas y en las películas esto no es tan difícil —se quejó Elena desde el suelo con las rodillas dobladas y tapándose con una mano el rostro.

—Tienes razón. O somos muy patosos o en esas historias lo que cuentan no es nada realista.

—Me declino por la segunda opción. —Se retiró el pelo mojado—. Cuando follan en la ducha no se resbalan, el agua sale perfecta y no se ahogan.

—Ni de coña nos vamos a quedar con las ganas, preciosa.

Samuel cerró el grifo y abrió la mampara para salir de ella. Le tendió la mano a Elena para ayudarla a salir y vio cómo se mordía el labio inferior al ver la erección que tenía lista para hacerla temblar. La tumbó sobre la alfombrilla y se colocó sobre ella tras colocarse el preservativo.

Al notar el contacto del suelo frío en su trasero, Elena alzó las caderas.

—Se me va a quedar el culo helado. —Sonrió.

Para evitar que tocara las baldosas, Samuel posó las manos en sus nalgas y le alzó las caderas antes de introducirse en ella de una embestida fuerte y profunda.

—Joder, cariño —gimió él al notar como sus paredes recibían su miembro.

Elena cerró los ojos y se mordió el labio inferior disfrutando de aquel hombre. Nunca se había sentido tan completa como en ese momento.

Samuel la besó y se dejó llevar por la pasión haciendo que sus embestidas

fueran más fuertes. Elena notaba cómo se deslizaba por el suelo ante su intensidad, pero no le dio importancia hasta que notó cómo su cabeza se golpeaba con algo duro.

—¡Auch! —se quejó ella separando su boca de la de él y llevándose las manos a la cabeza.

—Mierda. Lo siento, cariño —se disculpó saliendo de ella para ayudarla a sentarse—. ¿Estás bien?

—Dolorida y un poco mareada. —Cerró los ojos—. ¿Con qué me he dado?

—Con el retrete.

—Dios. —Se masajeó la zona del golpe—. Creo que hoy no es nuestro día.

Samuel pasó una mano por su espalda y otra bajo sus rodillas y la alzó sin ningún tipo de dificultad para tumbarla en la cama. La tapó con las sábanas y la abrazó comenzando a dejar un reguero de besos por todo su rostro.

—Lo siento, cielo. Ha sido culpa mía.

—Hum... no te preocupes. —Le sonrió aún con los ojos cerrados por el mareo—. No hay prisa. Además, creo que ahora me voy a echar un poco. Me duele horrores la cabeza.

—Te subiré algo.

Ella asintió y tras recibir un beso en la comisura de los labios por parte de Samuel, se acurrucó en la cama y finalmente se quedó dormida.

Capítulo 22

Elena se despertó aquel domingo a las seis y media. El día anterior había pasado la mayor parte del tiempo en la cama, pues se dio un buen golpe contra el retrete. Suspiró al pensar en el desastre en el que acabó un día que prometía, aunque sonrió al recordar cómo Samuel la había cuidado. Tenía un buen bulto en la zona de la coronilla, pero por suerte, el pelo se lo disimulaba.

Se separó de Samuel y se estiró en la cama antes de frotarse los ojos para eliminar algunas de las legañas que se habían formado bajo ellos. Miró por la ventana y comprobó que, a pesar de ser aún de noche, el cielo comenzaba a aclararse para darle la bienvenida al nuevo día.

Elena sonrió y miró a Samuel que dormía profundamente. Se mordió el labio inferior al pensar en el día anterior. Primero en el mar le regaló uno de los mejores orgasmos de su vida, después apareció con todas las existencias de preservativos de la ciudad y finalmente la cuidó cuando en un momento de pasión, hizo que su cabeza chocara con el mármol del retrete.

Una idea cruzó por su cabeza y con cuidado se colocó a horcajadas sobre él apoyando sus rodillas a ambos lados de sus caderas. Bajó la boca a su cuello y comenzó a besárselo para despertarlo. Puede que el día anterior no hubiera sido su día, pero sabía que su momento siempre sería al amanecer.

Samuel emitió una especie de gruñido al comenzar a despertarse, sin embargo, sonrió sin abrir los ojos al notar los besos de Elena y su cuerpo sobre el de él. La abrazó por la cintura y la ciñó más a su cuerpo. Su entrepierna comenzaba a despertare también. Elena notó cómo aquella parte de su cuerpo crecía y sonrió contra su piel antes de alcanzar sus labios para darle los buenos días.

—Hoy no te escapas —susurró Elena contra su boca y señaló la ventana para que viera que el amanecer estaba a punto de llegar—. Ahora es nuestro

momento —dijo acariciando cada línea de los definidos músculos de su torso desnudo.

Continuó acariciándole sin dejar de besarlo hasta que llegó a la gomilla de sus *bóxers* y comenzó a jugar con ella antes de empezar a bajárselos. Le quería ya dentro de ella.

Samuel la ayudó a deshacerse de su ropa interior y cuando estuvo desnudo, se movió para dejarla bajo su cuerpo, pero Elena se sorprendió al ver que habían acabado igual que el ratón de Susanita. Con la almohada en los pies.

Al ver como lo miraba, él le regaló un suave beso y se incorporó un poco para coger un preservativo de los que dejó en la mesilla.

—No quiero que te golpees la cabeza con el cabecero de la cama —le explicó—. En esta postura, creo que estamos a salvo.

Elena rio y volvió a recibirle en sus brazos. Ella aún llevaba el pijama puesto, pero no dudaba en que enseguida iría a hacerle compañía al *bóxer* de Samuel.

Deseoso de hacerla suya, Samuel metió las manos bajo la camiseta de tirantes de su pijama y le acarició los pezones con los pulgares que se endurecieron en segundos ante aquel placentero contacto. Volvió a descender las manos para sacarlas de la camiseta y cogiendo el filo de ella, se la sacó por la cabeza. Al ver sus tentadores pechos, deseó devorarlos, pero prefirió ir despacio y ser cuidadoso. No quería que sucediera lo del día anterior.

Atrapó con los dientes el lóbulo de su oreja haciendo que Elena se estremeciera y expulsara un suspiro entrecortado que chocó contra la piel de su hombro. Ella cerró los ojos y se mordió el labio inferior. No quería que ese momento acabara nunca.

Samuel continuó con sus besos bajando por su mejilla mientras le quitaba los pantalones del pijama dejándola desnuda salvo por las braguitas negras de encaje que llevaba. Le lamió el cuello y bajó con su lengua por el sendero entre sus pechos hasta regalarle un suave mordisco en la zona del pubis. Por puro instinto, Elena separó más las piernas y Samuel comenzó a besarle el interior de los muslos mientras enredaba sus manos en la tela lateral de su ropa interior para deslizársela por sus piernas.

Se quedó maravillado al contemplar su cuerpo desnudo y por un momento, Elena se sonrojó y fue a taparse, pero Samuel no se lo permitió. La cogió de las muñecas con delicadeza y colocó sus brazos por encima de su cabeza antes de besarla, demostrándole en ese beso todo lo que sentía por ella. Todavía le asustaba decirlo con palabras, pero esperaba que con sus gestos supiera lo importante que era que estuviera en su vida.

Elena se relajó y alzó las caderas para que la punta de su erección le rozara su punto más sensible. Le necesitaba.

—Paciencia, cariño —le susurró en el oído—. Tenemos todo el tiempo del mundo y quiero que este momento dure.

Ella solo pudo asentir. Estaba tan absorta con sus atenciones que se le había olvidado hasta de cómo se hablaba.

Samuel le besó la barbilla y acarició sus pechos antes de mimarlos con su lengua. Elena arqueó la espalda para darle mejor acceso y enredó sus manos en el corto cabello de él para que no detuviera aquellas placenteras caricias. Elena cogió el envoltorio del preservativo que Samuel había dejado a un lado del colchón y lo rasgó con los dientes para sacarlo.

—Te necesito —gimió notando su sexo preparado para recibirle.

Samuel la miró y al ver lo que sostenía entre sus dedos, sonrió de lado. Le encantaría hacerle el amor sin nada que se interpusiera entre los dos, pero deberían ser cuidadosos. Al menos, por el momento. Se separó lo justo de ella para colocárselo y la besó al tiempo que se introducía en ella.

Elena se separó de sus labios para gemir y se abrazó a su espalda para atraerle más a ella. Enredó sus piernas entorno a su cintura para que tuviera mejor acceso y alzó las caderas en cada embestida para que fueran más profundas. Jamás ese acto le había hecho sentir aquello que no sabía cómo describir. Era demasiado intenso y notaba como el vientre le ardía.

—Me encanta estar así contigo, Elena. No te haces una idea de lo mucho que significas para mí.

—No quiero que esto acabe nunca —susurró antes de soltar un largo gemido que volvió loco a Samuel.

Aumentó el ritmo de sus caderas y Elena apretó los dedos en sus omóplatos antes de abrir la boca para dejar escapar un jadeo. Siguieron

moviéndose y aumentaron el ritmo hasta que el clímax invadió el cuerpo de Elena y tras unas pocas embestidas más, y al notar como ella se dejaba ir, Samuel la siguió.

Agotados y sudorosos, Samuel giró para colocarla encima de su cuerpo y abrazarla. Hundió el rostro en su cuello y depositó en él un suave beso.

—Ha sido increíble. —Rio Elena cuando pudo recuperar el ritmo de su respiración.

Samuel la miró y le apartó un rizo castaño de su rostro.

—No lo niego. Aunque me alivia saber que no somos unos patosos, sino que en las historias que vemos o leemos, no muestran bien la realidad. — Sonrió rozando su nariz con la de ella.

—¿No me digas que estabas más preocupado por comprobar que no eras patoso? —Le golpeó Elena el brazo en broma.

—No, preciosa. Créeme cuando te digo que estaba completamente concentrado en ti. En tu placer y tu felicidad.

Elena giró la cabeza para mirar por la ventana y sonrió al ver los primeros rayos de sol. Sin duda, el amanecer, siempre sería su momento.

* * *

Tras aquel momento de pasión llegaron otros más hasta que acabaron con la mitad de una de las cajas. Completamente agotados y hambrientos, bajaron a la cocina para desayunar. Mientras Samuel hacía el café, Elena se animó y empezó a preparar unos creps para acompañar con sirope de chocolate.

Desayunaron juntos y mientras recogían los utensilios, el móvil de Elena sonó. Era un mensaje de la enana.

Laila:

¿Estás ocupada? Era para ver si te apuntabas a un paseo por la playa. Así te presento a alguien.

Elena:

¿No llevas ni un mes con Mateo y te has echado ya un amante? Jajaja. Estoy con Samuel en casa, pero creo que me puedo escapar.

Laila:

¡Capulla! Jajaja. Te espero en cinco minutos en la playa. Sal de tu casa y sigue recto. Ahí estaré. Bueno, más bien, aquí estoy. Asómate por la ventana y me verás.

Elena hizo lo que le pedía y cuando corrió la cortina vio al fondo a Laila saludándola. Al verla, se carcajeó y escribió:

Elena:

Dame cinco minutos.

Bloqueó el móvil y subió a la habitación para ponerse unas mallas, una camiseta de tirantes rosa y una sudadera blanca. Se calzó las manoletinas con la que solía ir a trabajar y bajó dando pequeños saltitos entre escalón y escalón. Fue a la cocina donde Samuel estaba colocando todo lo que había en el lavavajillas. Elena se despidió de él hasta la hora de comer, aunque la retuvo unos minutos para besarla y aunque intentó huir, en sus brazos siempre estaba perdida.

Finalmente consiguió que la soltara y salió de casa. Cuando llegó a la arena, se quitó las manoletinas y caminó hasta su amiga.

—Madre mía qué sonrisa de bien follada me traes —bromeó Laila al ver las mejillas sonrosadas de su amiga y una sonrisa bobalicona.

Elena le golpeó el brazo con suavidad. Si ella supiera...

—¿A quién me querías presentar?

—Ya verás. ¡Es una monada!

Laila se llevó dos dedos a la boca para silbar y Elena vio como un perro corría hacia ellas. Cuando el peludo animal blanco y negro llegó, Laila se agachó y comenzó a acariciarle tras las orejas.

—¿A que es la cosita más bonita que has visto jamás? —Empezó a besuquearle la cabeza y la perra correspondió a Laila dándole lametazos en la cara.

—Puag, qué asco. ¡Te está babeando! —Rio Elena.

—Me está dando besitos. ¿A que sí, mi cosita bonita?

Elena alzó las cejas. Jamás había visto a Laila tan cariñosa. Ni siquiera cuando estaba con la pequeña Alba. Ni a ella le decía aquellas ñoñerías.

—¿Te has comprado un perro?

—Tiene tetas, así que es una chica —la defendió antes de ponerse de pie—. Es de Mateo. Este fin de semana está fuera por trabajo y me ha pedido que cuide de Coco. —Señaló al animal que se había acercado a Elena para olisquearla.

Le acarició la cabecita y enseguida la perra saltó para apoyar las patas delanteras en su estómago, ofreciéndole una mejor posición para que siguiera acariciándola.

—Es muy mimosa.

—Ya veo. —Rio Elena que no dejaba de acariciar a Coco—. ¿Así que todo bien con Mateo?

—¡Genial! Es tan dulce y tierno, y una fiera en la cama. —Soltó una carcajada—. Tenía miedo de que, cuando nos acostáramos, perdiera el interés en mí, pero ha sucedido lo contrario. Dice que no puede quitarme de su cabeza. Ni yo a él. Y mi pepitilla menos.

—Mira que eres guarra.

Ambas amigas comenzaron a caminar por la orilla vigilando a la perra que corría por la playa. Se notaba que le gustaba disfrutar de ese pequeño placer. Laila le contó que estaba muy cómoda saliendo con Mateo y que sentía que era algo más que un rollo pasajero. Desde el principio no quería eso, pero sus sentimientos se intensificaban con el paso de los días y eso la asustaba.

Elena la entendió y le confesó que se había enamorado perdidamente de Samuel. No sabía cuándo había ocurrido, pero desde que se reencontraron en diciembre, no se lo había quitado de la cabeza. Le comentó que cuando creía que él y Esther eran novios, se moría de celos, pero los ocultaba. Le contó sus pequeños encuentros en el café y Laila descubrió dónde se escondió su amiga cuando, durante un tiempo, dejó de ir en su descanso al bar-salón. No escatimó en detalles. Desde el mes en el que le evitó, pasando por su primer beso al amanecer y terminando por el momento que vivió esa misma mañana.

—¿No te lo has tirado hasta hoy? —preguntó Laila sorprendida y Elena

asintió—. Pues sí que te ha pegado fuerte.

—Bastante. Y me da miedo que algún día el destino decida quitármelo.

—¿Por qué piensas eso?

—Porque no me merezco nada bueno, Laila. Ni siquiera a vosotras —se sinceró refiriéndose también a Nerea y Ada.

—Tienes que superar tu pasado, Elena. No tienes dieciséis años. No eres aquella chica. —Suspiró—. Ojalá pudieras verte como los demás te vemos.

—Cuesta.

En ese momento recordó lo que siempre le decía Samuel. Que estuviera orgullosa de sí misma, de cómo había cambiado y que los errores que cometió le habían hecho convertirse en la persona que era ahora.

Siguieron paseando hasta que ambas se asustaron al no ver a la perra. ¿Dónde se había metido? Laila comenzó a silbar y oyeron unos pequeños ladridos a su derecha. Coco se estaba dando un baño en el mar, lloriqueando mientras nadaba sin saber salir.

—¡La madre que la parió! —se quejó Elena.

—Mierda. ¿Qué hacemos?

—Quítate la ropa y métete en el agua a por ella. Está claro que no va a venir por su propia pata.

—¡No hace tiempo para darse un baño y no pienso ponerme en bolas!

—Déjate la ropa interior.

—¡Qué no! Además, que la perra ya me va a calar demasiado el coche como para que yo también vaya mojada. —Miró con súplica a su amiga—. Vives aquí al lado, Elena. Quítate la ropa y ve tú, *porfi*.

Elena negó con la cabeza. ¡Ni loca! Ya fue suficiente con el bañito que se pegó el día anterior tras saltar por el acantilado. Pero al oír los quejidos de la perra y poniéndose en el lugar de su amiga que estaba a más de quince minutos en coche hasta su piso, suspiró y comenzó a meterse en el mar, eso sí, sin quitarse la ropa. Toda la gente que se encontraba en la playa ya la observaban por ese bañito inesperado como para que también la vieran en ropa interior. Cogió a la perra en brazos y salió del mar con ella. Coco

temblaba y lloriqueaba.

—¡Ay mi pequeña, pobrecita! Tienes frío, ¿verdad, cariño mío? —La cogió Laila en brazos—. Ahora vamos a casita.

—Yo estoy bien, ¿eh? —se quejó Elena al ver como solo tenía atenciones para la perra—. Y ya veo que ella es la única que se libra de tus collejas porque se merece una.

—¡Ay, no! Pobrecita. —Siguió besuqueando a la perra—. Gracias, tía. ¡Te debo una tan gorda como la pirindola de Mateo! Y créeme, es gorda.

—Eso sobraba. —Bufó Elena retirándose el pelo húmedo de la cara.

Se despidieron y moviéndose como un pato, Elena caminó hasta su casa. Estaba helada y roja de la vergüenza al ver cómo la gente con la que se encontraba la miraba. Llegó a casa, pero se quedó parada en el pequeño *hall*. Se quitó la ropa quedándose con un tanga y sujetador morado, y abrió la puerta que conectaba al resto de la casa.

—¿Qué te ha pasado? —le preguntó Samuel al verla empapada y en ropa interior—. ¿Está lloviendo? —Se asomó a la ventana.

—El novio de Laila tiene una perra a la que no se le ha ocurrido otra cosa que meterse en el mar y como se ve que no sabía salir, me ha tocado ir a por ella —relató intentando ocultar el enfado que tenía.

—¿Te has aficionado a los baños en marzo? —bromeó riendo.

—Mejor no me toques la moral. —Suspiró—. Voy a ducharme. —Y al ver cómo la miraba aclaró—: Sola.

Samuel levantó las manos en señal de paz y tras echar a la lavadora las mallas, la sudadera y la camiseta de tirantes, Elena subió para darse una buena ducha caliente. Sin duda, pasaría bastante tiempo alejada de la playa.

Capítulo 23

Elena se despertó a la mañana siguiente, esa vez en la cama que le correspondía. A pesar de lo que le gustaba dormir con Samuel, el día anterior quedaron en darse un poco de espacio, pues sentía que las cosas iban algo rápido entre ellos y ya era demasiado que vivieran juntos, aunque la idea de mudarse a otro sitio, por el momento, Elena la tenía descartada.

Giró el rostro para mirar el reloj digital que había al lado de la lámpara roja de la mesilla. Las cinco de la mañana. Suspiró y se tapó hasta el cuello. Estaba helada y se encontraba bastante mal. Notaba como temblaba y se llevó una mano a la frente. Estaba demasiado caliente. Tenía fiebre.

«¡Qué vivan los baños en marzo!», pensó irónica mientras se levantaba para tomarse un ibuprofeno. Comenzó a toser y se tapó la boca. No quería despertar a Samuel.

Se quitó el pijama corto y se puso uno de franela. Los odiaba, pero estaba congelada. Bajó a la cocina y rebuscó por un armario el botiquín. Cuando lo encontró, sacó una pastilla y vio que había un termómetro. Se lo colocó bajo la axila y se quedó sentada unos minutos hasta que pitó. Tenía 38,2. Suspiró y rezó para que, con la pastilla, le bajara la temperatura antes de ir a trabajar. Regresó a su cama y se arropó. Por suerte, se quedó dormida hasta que el despertador le sonó a las siete. Siempre se ponía la alarma por si acaso, aunque casi nunca le hacía falta. Al estar con algo de catarro esa mañana, el cansancio la había vencido.

Si a las cinco de la madrugada estaba congelada, ahora tenía el cuerpo lleno de sudor y estaba asada. Decidió darse una ducha rápida con agua templada. Se encontraba mejor, pero parecía que aún tenía algo de fiebre.

—Buenos días —la saludó Samuel cuando ella bajó a la cocina. Estaba ya arreglada para ir a trabajar.

—Hola —le saludó sin ganas. Le dolía horrores la cabeza.

—¿Estás bien? —se preocupó.

—Sí, solo que los bañitos que me di este fin de semana han traído sus consecuencias. —Le miró—. Tengo unas décimas.

Samuel dejó la taza de café sobre la encimera y se acercó a ella para besarle la frente. Era como él sabía diferenciar la temperatura. Tal y como su madre le enseñó. Efectivamente, tenía algo de fiebre. Lo que no entendía era qué hacía levantada y vestida. Estaba pálida y se notaba que se encontraba mal. Lo mejor era que se quedara en casa.

—Desayuna algo y ve a la cama. Ya me encargo de informar a Alejandro de que estás mala.

—No tengo hambre y no le vas a decir nada a Alejandro. Voy a ir a trabajar. —Le miró—. No me encuentro del todo bien, pero puedo trabajar.

—No, Elena. Te quedas en casa.

Ante su voz autoritaria, Elena dio un paso hacia atrás para alejarse de él. Puso las manos en forma de jarra apoyándolas en sus caderas y alzó las cejas.

—No soy un perro al que le ordenas lo que debe hacer.

—¡Por Dios, Elena! No te estoy comparando con un perro y no te lo he ordenado. —Bufó un tanto molesto—. Solo digo que es mejor que te quedes en casa si estás enferma.

—Tienes razón en lo del comentario del perro. Lo siento. —Bajó la mirada—. Es que ese tipo de órdenes me recuerdan a cuando mis padres lo hacían y no sé, me siento impotente y salto como mecanismo de defensa. Perdona. —Volvió a alzarla—. Pero no voy a quedarme en casa. Enseguida estaré como siempre.

Samuel asintió con la cabeza, pero ni de lejos esa cabezota iba a salirse con la suya. Se la veía que no estaba en condiciones para trabajar y haría lo posible para que se quedara en casa. Tuvo una idea y, a pesar de ser algo macarra, la llevaría a cabo. Estaba seguro de que, si la situación fuera al revés, ella le insistiría en que se quedara en la cama.

Aprovechó que Elena subió a por el móvil y la chaqueta para coger las llaves de su bolso y que no pudiera abrir. Iba a encerrarla en la casa. Pero

antes de irse, cogió una piruleta de chocolate de las que tenían en un armarito y pegó un post-it en el palo. Salió de casa y cerró la puerta con llave.

Al oír ese sonido, Elena bajó corriendo e intentó abrir la puerta sin éxito. Fue a su bolso a por sus llaves, pero no las encontró y en su lugar sacó una piruleta de chocolate con una nota.

Descansa, recupérate y no te enfades mucho. Prometo compensarte. Besos.

Samuel.

Elena abrió la boca y contó hasta diez. Ni de coña iba a salirse con la suya. Odiaba que decidieran por ella. Sonrió maliciosa al mirar la ventana corredera. Daba las gracias por vivir en una casa individual. Así que, tras coger sus cosas y la piruleta, la abrió y saltó al pequeño jardín que la casa tenía. Cerró la ventana y tras asegurarse de que estaba bien cerrada, fue hacia el hotel.

Se disculpó con sus compañeros por haberse retrasado y comenzó a trabajar. Poco a poco se iba encontrando mejor, aunque el cansancio la invadió más pronto de lo habitual.

Al acabar de recoger el restaurante, cogió un boli y tras tachar las palabras de Samuel, salvo la palabra «besos», escribió debajo:

Me escapé. Besos ;)

Elena.

En un principio pensó en ponerle «Te quiero», pero no quería que esas palabras se las confesara la primera vez a través de un trozo de papel amarillo fosforito. Pegó el post-it de nuevo en la piruleta y fue detrás del escenario. Sabía que en unos minutos Samuel iría allí en su descanso. Dejó la piruleta en una mesita pequeña de madera y salió para ir a charlar con Laila mientras se tomaba su café del descanso de las once.

Ese día, la morena le puso un trozo de tarta de queso junto con el café, aunque nombró que el autor de aquel delicioso postre era el novio de Jaime. No había desayunado y tenía un hambre de mil demonios. Aún le dolía un poco la cabeza, pero el ibuprofeno estaba haciendo efecto.

Mientras conversaban, desvió la mirada hacia el escenario y sonrió. Su víctima iba derecho a su sorpresita.

—Nena, sé que te resulta difícil no mirar a tu novio, pero estoy aquí. —

Laila chasqueó los dedos frente a los ojos de Elena.

—No le miraba por eso. —Sonrió antes de dar un sorbo a su café.

Le contó de forma resumida lo ocurrido esa mañana y consiguió esquivar una colleja por parte de Laila. Sin duda su amiga estaba en el bando de Samuel.

—Me da que a Samuel no le ha hecho gracia tu sorpresa. —Le señaló.

Elena le observó con una mirada desafiante y sin apartar sus ojos de él, dio otro sorbo al café. A lo lejos, Samuel la observaba enfadado porque se hubiera escapado mientras movía la piruleta entre sus dedos. Se acercó hasta ellas, pero Elena ni se inmutó.

—Laila, ¿me la guardas? —Le tendió la piruleta que esta aceptó.

Y antes de que pudiera huir, Elena acabó colgada como un saco de patatas en el hombro de Samuel. Comenzó a quejarse y patalear, y para que se estuviera quieta, le rodeó las piernas con un brazo inmovilizándoselas contra su pecho.

—¿Qué haces?! ¡Bájame!

—Te voy a bajar, pero en cuanto lleguemos a la cama.

—¡Samuel!

—No grites, que te va a subir la fiebre.

—Ni se te ocurra salir del hotel conmigo con el culo en pompa sobre tu hombro.

—Eso es exactamente lo que tengo pensado hacer. —Le regaló un azote.

Elena dejó de resistirse, pero porque estaba más concentrada en taparse la cara que tenía roja como un tomate. Y no por la fiebre.

Samuel parecía no inmutarse de su estado mientras caminaba con ella encima de su hombro hasta la casa. Ni siquiera la bajó para sacar las llaves y abrir la puerta.

Cuando entraron, Elena comenzó de nuevo con sus quejas hasta que finalmente Samuel la sentó en el sofá y se arrodilló frente a ella.

—A ver, tranquilízate, eso para empezar.

—Pero ¡¿cómo se te ocurre hacer esto?!

—Si fuera yo el que me levantara con fiebre y malestar, ¿me dirías que fuera a trabajar?

—No —contestó con la boca pequeña—. Te pediría que te quedaras mejor en casa.

—¿Por qué me lo pedirías?

—Porque... porque me importas y me preocupo por ti.

—Pues eso mismo me pasa contigo, Elena. Y sé que, yo en tu lugar, también insistiría para ir a trabajar, pero es mejor descansar un día y al siguiente estar bien, que seguir con la rutina, no recuperarte y empeorar.

Elena suspiró y apartó la mirada un segundo de él.

—Si tienes razón, pero no me gusta desatender mis responsabilidades.

—Cariño, ni que fueras la primera persona que no va a trabajar por fiebre.
—Le retiró un mechón castaño tras la oreja.

—Lo sé, pero me sienta mal. Es como cuando estudiaba el grado y faltaba a clase porque tenía que quedarme con la señora González o acompañarla al hospital.

Una tierna sonrisa se formó en el rostro de Elena al hablar de aquella mujer. Desde hacía unos años, una idea rondaba por su cabeza, pero nunca se decidía a llevarla a cabo. El principal motivo era que odiaba las agujas. Había puesto bastantes inyecciones cuando trabajaba en el hospital, pero que la pincharan a ella le daba bastante miedo. En ese momento recordó su salto al acantilado. Decidió dejar el miedo a un lado. Iba a hacerlo.

—¿Conoces algún estudio de tatuajes por aquí cerca y del que me pueda fiar?

Samuel abrió los ojos como platos y se sentó a su lado. Se había cansado de estar arrodillado y las piernas comenzaban a dormírsele. Pero, ¿había oído bien? ¿Un tatuaje?

—Hacerse eso duele.

—Ya me imagino, pero desde los veinte años quiero hacerme un ángel aquí. —Se señaló su costado izquierdo—. La señora González fue mi ángel

de la guarda y quiero, de alguna manera, llevarla siempre conmigo.

—Me parece bien, pero, ¿en las costillas? Ahí duele mucho y una vez empieces, no puedes dejarlo a medias.

Elena se quedó pensativa y se mordió el labio inferior. Las dudas volvían a ella, ¡pero no! Pediría cita cuanto antes, así que sin tener en cuenta lo que Samuel le había dicho, buscó en internet con su móvil estudios de tatuajes. Se fijó bastante en las opiniones, pues no quería que le hicieran una chapuza. Se decantó por uno que había por el paseo marítimo y llamó para pedir cita ante la atenta mirada de Samuel que la observaba completamente asombrado. Elena se había levantado y daba vueltas por el comedor mientras hablaba por teléfono.

—Pues esta tarde a las cuatro y media. Gracias. —Colgó y se giró para mirar a su chico—. ¡Ya no hay vuelta atrás! —Se tapó la cara y ahogó un grito. ¡No podía creer que se fuera a hacer un tatuaje!—. Por suerte, un cliente ha cancelado su cita de esta tarde y pueden atenderme. —Se mordió el labio inferior—. ¿Podrías acompañarme por si me desmayo? —Siguió hablando al ver que él se había quedado mudo.

—Te acompaño, pero... ¿Seguro que no te lo quieres pensar?

—Llevo ocho años pensándolo y en mayo hará nueve. —Rio al pensar que solo le quedaban dos meses para su cumpleaños.

—Eso es para toda la vida.

—El tiempo que recordaré con cariño a mi ángel de la guarda.

—Está bien. —Miró el reloj de su muñeca—. Se me acabó el descanso y me he quedado sin café por culpa de una cabezota.

Samuel se levantó y se acercó a ella para despedirse con un beso, pero Elena se tapó la boca con las manos.

—No pienso besarte hasta que no se me vaya este virus que he pillado. No quiero contagiarte.

—Sin café y sin beso —se quejó divertido y le dio un beso en la mejilla.

—Bueno, piensa que Laila te guarda la piruleta.

Samuel rio y le ordenó que descansara hasta la tarde. Necesitaba

recuperarse todo lo posible para lo que le esperaba.

* * *

Después de comer juntos, Elena estaba muy nerviosa. Le temblaba todo el cuerpo y comenzaba a arrepentirse. Había estado tentada de llamar y cancelar la cita, pero finalmente se armó de valor.

«¿Y si me bebo un par de chupitos de vodka a palo seco? Borracha, seguro no me entero», pensó divertida y comenzó a fregar los platos. Necesitaba distraerse y no pensar.

Puntual, ambos llegaron al estudio. Era de color morado y tenía un toque motero. Había fotos en las paredes de los tatuajes que habían hecho y de *piercings* en lugares que jamás había imaginado.

«¿Pero quién está tan sumamente loca para hacerse un agujero ahí?», se sorprendió Elena al ver la foto de un clítoris con un *piercing*.

—Perdonen, ¿tenían cita? —les preguntó una chica que apareció por una puerta que había detrás del mostrador.

La joven con un estilo muy pin up tenía el pelo pelirrojo recogido a la perfección y lo adornaba con un pañuelo rojo con lunares blancos. Llevaba unos pantalones vaqueros cortos de tiro alto con un cinturón fino del mismo color que el pañuelo, a juego con una camisa que llevaba a media manga, de cuadros rojos y rayas azules que tenía anudada por debajo del pecho dejando a la vista parte de la piel de su plano vientre. Elena pudo ver que tenía varios tatuajes de todos los tamaños y colores.

—Sí, al nombre de Elena Valverde —contestó.

—Vale, me llamo Lía. Dime, ¿qué tenías pensado?

—Me gustaría tatuarme un ángel en el costado izquierdo. En blanco y negro.

—Zona dolorosa. ¡Qué valiente! —Sonrió la chica sacando un álbum para que viera los diversos modelos que había de lo que quería.

Elena pasó varias fotografías pues ninguno le llamaba. Eran demasiado

grandes o no representaban lo que ella buscaba, hasta que encontró uno perfecto: un ángel con cuerpo de mujer, de rodillas y con los brazos cruzados tapándose los pechos, pero había un par de líneas que dibujaban el contorno de estos. Se encontraba con la mirada baja y las alas desplegadas.

Se lo señaló a la chica y tras asentir, cogió una plantilla y la colocó en una máquina.

—Mientras lo preparo, pasa por esa puerta. —Señaló la que tenía a su espalda—. Y entra en la primera sala a la izquierda. ¿Eres su acompañante? —preguntó a Samuel. Este asintió—. Bien, puedes pasar con ella. —Volvió a mirar a Elena—. Tendrás que quitarte la camiseta, ¿vale?

—Claro —respondió.

Ambos entraron donde la chica les había señalado y Elena se abanicó con la mano. Iba a desmayarse de un momento a otro.

—Menos mal que te tatúa una chica. No me habría hecho ninguna gracia que un tío te tocara.

—Celoso. —Sonrió ella.

—No lo niego.

Ella sonrió y se quitó la camiseta quedándose solo vestida de cintura para arriba con un sujetador lila y blanco. Oyó a Samuel suspirar y le pilló con la mirada fija en su escote.

—¡No mires! —Se sonrojó tapándose.

—Pero si ya te he visto desnuda.

—Ya, pero me incomoda. —Rio—. Me desgastas con la mirada.

Samuel sonrió y se acercó a ella con una mirada hambrienta, pero se detuvo cuando la puerta se abrió. Lía apareció con un papel de calco y en tinta azul, el tatuaje que iba a realizarle a Elena.

—¿Dónde lo quieres exactamente?

—Aquí. —Se señaló el lado izquierdo a la altura del pecho.

—Entonces, será mejor que te quites el sujetador.

Samuel gruñó al oír aquello y Elena ahogó una risa que luchaba por salir.

Sabía que el pobre tendría que recurrir a su autocontrol para no estar con la mirada fija en sus pechos desnudos. Se lo desabrochó y la chica le colocó el papel donde le había pedido.

El tatuaje no era muy grande. Le llegaría hasta la zona de la cintura más o menos.

Cuando despegó el papel y vio Elena aquella marca en su piel, sonrió. Estaba deseando que fuera permanente.

—Vale. Túmbate en la camilla —le pidió Lía mientras se colocaba unos guantes y se echaba sobre ellos una especie de crema transparente.

Elena se colocó como le había pedido y dio las gracias de estar tumbada boca abajo, así podía ocultar sus pechos desnudos con el respaldo. Samuel se sentó a su lado y le dio la mano antes de besarle los nudillos transmitiéndole ánimos.

—Ahora lo más difícil. —Sonrió Lía—. No te muevas.

La máquina comenzó a sonar y Elena notó como la aguja le taladraba la piel y como en cada tramo que hacía, Lía pasaba la toallita por el tatuaje para eliminar la tinta sobrante.

Elena cerró los ojos con fuerza. Dolía un montón y pegó su frente a las manos que ella y Samuel tenían entrelazadas.

El tiempo se pasaba muy lento y notaba cómo su piel comenzaba a hincharse, pero aguantó hasta que, por fin, terminó.

—¡Ha quedado genial! —dijo Lía contemplando su trabajo—. ¿Quieres mirártelo antes de que te ponga el plástico?

—Sí. —Sonrió Elena y se levantó de la silla para contemplar el dibujo sobre su piel. Era precioso. Sin duda jamás se arrepentiría de ello.

Lía le devolvió la sonrisa y le pidió que volviera a sentarse para colocarle un plástico y lo sujetó con esparadrapo.

—Vale, te explico mientras te vistes —comentó Lía—. Tienes que curarte el tatuaje durante una semana, tres veces al día. Primero lo lavas con jabón y agua templada, no caliente, y luego te tienes que aplicar una crema que ahora te voy a dar. Tras la cura, debes volver a cubrirte con un plástico. Puedes usar el del rollo que se utiliza para conservar la comida. —Elena asintió—. Al

estar en esa zona, el sujetador te rozará y te podrá escocer un poco durante estos días. No te preocupes si lo ves rojo, hinchado o si te pica. Es normal, pero ni notas algo raro, ven a verme, ¿vale? Y nos vemos en un mes para ver si hay que repararlo un poco, pero tranquila, el repaso es totalmente gratis.

Elena respondió con un simple de acuerdo, pero su mente no dejaba de pensar en lo último que había dicho. ¿Repararlo? ¿Más dolor? Cruzaba los dedos para que no hiciera falta. Pagó con tarjeta y Samuel y ella salieron de allí.

—Estás contenta —afirmó Samuel entrelazando sus dedos.

—Pues sí. A pesar del dolor, volvería a hacérmelo. ¡Me encanta! —
Sonrió.

—La verdad que es muy bonito y su significado más. —Le besó en la sien mientras caminaban—. Me muero por acariciarlo y besarlo —le confesó la fantasía que se había formado en su imaginación mientras veía cómo le hacían el tatuaje.

—¡Para el carro! —Rio—. No lo vas a tocar hasta que no esté curado. Escuece.

—Sabré esperar.

Llegaron a casa y Elena cayó agotada en el sofá. Además, el costado le dolía bastante. A las nueve de la noche, Samuel hizo la cena para ambos. Desde que ella se había convertido en su compañera de piso, le había enseñado a preparar muchos platos y esa noche se decantó por hacer una ensalada de pasta.

Antes de cenar, Elena se puso el termómetro y sonrió al ver que ya no tenía fiebre. Al día siguiente podría ir a trabajar pero, por si acaso, le dijo a Samuel que dormiría en la habitación que le correspondía. No quería que ahora el que cayera enfermo fuera él.

Tras lavarse los dientes y realizarse la primera cura del tatuaje, Elena se metió en la cama, pero a los pocos minutos oyó cómo la puerta se abría. No se dio la vuelta y sonrió cuando Samuel se coló en su cama.

—¿Qué haces?

—He recordado que una noche, una preciosa mujer se coló en mi cama.

—Ella rio al pensar en esa noche. Fue cuando vieron aquella horrorosa película—. Y desde entonces, no me gusta dormir solo. ¿Me dejas quedarme?

Samuel comenzó a repartir besos por su cuello y su hombro, y Elena se giró un poco para mirarle.

—No tienes remedio. Pero, ¿qué te parece si vamos mejor a tu cama? Es de matrimonio y esta es muy pequeña para los dos. —Le besó la punta de la nariz—. No cabemos.

—Mejor, así más juntitos.

—No creo que digas lo mismo cuando nos durmamos y alguno de los dos o los dos acabemos en el suelo.

Ante aquel dato, Samuel salió de la cama y la cogió en brazos para llevarla a la suya. La tumbó con cuidado para no dañarla la zona del tatuaje y le robó un corto beso en los labios. A pesar de que ella insistía en esperar a que se recuperara del todo, Samuel no podía más. Sin duda era adicto a sus besos. Era adicto a ella.

Capítulo 24

Llegó el mes de abril y el día seis, la pequeña Alba cumplía su primer añito. Aquel fin de semana, Nerea había organizado una pequeña fiesta en su casa para que su hija soplara su primera vela. Los primeros en aparecer por su hogar fueron los celestinos. Alejandro y Pedro traían muchísimos regalos para su nieta y Nerea se quejó de ellos divertida diciendo que iba a necesitar otra casa para guardar tantos juguetes.

Entrada más la tarde, aparecieron Sergio y una enfadada Ada. La pelirroja estaba cansada de su reposo absoluto y su futuro marido no la dejaba ni ir sola a mear. Llevaba dos días sin hablarle, pero Sergio no se lo tuvo en cuenta. Eran las hormonas.

—Pues ya verás cuando empiece con antojos —dijo Hugo divertido—. Cuando Nerea estaba embarazada, un día me despertó a las cuatro y media de la madrugada y me hizo ir a un supermercado que abre las veinticuatro horas para comprarle pistachos.

La nombrada rio al recordarlo, pero era normal en las embarazadas y si no correspondían a ellos, se ponían de muy mal humor. No solo le hizo ir a Hugo a comprar pistachos a esas horas, sino que un día lo dejó fuera de casa tras una de sus discusiones. El pobre tuvo una paciencia infinita con ella, pero cada día que pasaba, le recompensaba por aquello.

Ada pasó de todos y fue al sofá a sentarse. Al ver a su sobrinita jugando en el suelo con un bote vacío de crema y una pelota con cascabeles dentro, la cogió para sentarla en su regazo y besuquearla. La niña, encantada por aquellas atenciones, posó su boca en su barbilla para dejarle un baboso beso.

—¡Me ha dado un beso! —dijo Ada emocionada—. Pero puede ser esta princesa más bonita.

—Es algo que le ha enseñado su padre. —Señaló Nerea a Hugo.

Poco tiempo después, llegaron Laila y Mateo con varias bolsas. Eran los regalitos que las amigas le habían comprado a la cumpleañera. Mateo enseguida se integró en el grupo, sobre todo con Hugo y Sergio, y se sorprendió al ver como aquel bebé le miraba asombrada por la llegada de alguien nuevo. Alba gateó hasta él para reclamar sus atenciones y comenzó a reír cuando Mateo la cogió.

Los últimos en llegar fueron Elena y Samuel y al ver los pelos que tenía ella, todos sonrieron al entender el porqué de su retraso. El animador llevaba en sus brazos una enorme caja que hizo que Nerea abriera la boca y se tapara los ojos con las manos.

—¿No había nada más grande, Samuel? —preguntó irónica pero riendo.

—Los tíos estamos para malcriar a las sobrinas —se mofó guiñándole un ojo y dejando la caja envuelta en papel rosa en el suelo.

Mateo dejó en el suelo a la niña quien gateó para comenzar a romper el papel, pero ella sola no podía, por lo que los demás la ayudaron. Todos se sorprendieron al ver que se trataba de un triciclo que, además, serviría de andador para cuando comenzara a dar sus primeros pasos y también contaba con un manillar desprendible para que, si iban al parque o a dar un paseo, sus padres pudieran guiarla.

Rieron al ver como Alba abría la boca y aplaudía torpemente. Cuando ya estuvieron todos, las chicas comenzaron a sacar los aperitivos que Nerea tenía preparados mientras los seis hombres que había, intentaban construir el triciclo, sin mucho éxito.

—Están de foto —dijo Laila.

—Madre mía. A veces son más patosos ellos que nosotras. —Rio Elena.

—Pieza uno en el agujero B. ¡Pero no lo veis! —Bufó Alejandro.

Ada se había apoyado en la encimera. Ni siquiera la dejaban llevar platos a la mesa. Estaba cansada, pero sonreía al pensar en los bebés que crecían en su interior.

—Ada, deberías darle un respiro a Sergio —indicó Nerea cuando acabaron de colocar las cosas—. Y sabes que te entiendo. Tras el accidente todos me sobreprotegesteis de una manera que me resultaba agobiante. Pero os comprendía, porque yo también haría lo mismo.

—Sí, lo sé, pero no es solo que me lleve al baño. —Suspiró—. Y literalmente. Me coge, me baja las bragas y me sienta en la taza. Quiero que me baje las bragas para otra cosa.

Las tres que se encontraban en la cocina, no pudieron evitar soltar una pequeña carcajada. Ada siempre había sido muy activa en el sexo y con el embarazo, ese deseo aumentaba.

—Ya sabes lo que te dijo el médico —recordó Elena—. Nada de sexo en los tres primeros meses y ya estás de dos. Solo te queda uno de sequía.

—Os juro que cuando vaya a la ecografía de las doce semanas y me digan que todo está bien, cojo a Sergio y no le veis la cara en semanas.

Todas soltaron una carcajada al escucharla, pero ella seguía sin sonreír. Sabían que ese mal humor se le pasaría cuando terminara el mes que le quedaba. Aunque el pobre Sergio aún tendría que aguantar mucho.

—Elena, coge a Alba y siéntala en la trona mientras saco la tarta —le pidió Nerea.

Elena sentó a Alba en su trona que se encontraba en el centro de la mesa y Nerea ordenó a los hombres que se acomodaran para cantarle el cumpleaños feliz. Ya seguirían más tarde con el triciclo.

Cuando todos estuvieron sentados, la madre de la cumpleañera dejó en la pequeña mesita de la trona una tarta de glaseado rosa con una única vela encendida. Todo el mundo sacó su móvil para immortalizar aquel momento y Hugo y Nerea se colocaron a ambos lados de su hija. Todos juntos comenzaron a cantarle el cumpleaños feliz y cuando la canción acabó, los padres de la pequeña la ayudaron a apagar la vela. Todos aplaudieron y Alba, sonriendo, comenzó a golpear la tarta con sus manos. La nata salpicó a los que estaban más cerca y aunque Nerea se la apartó de su alcance, pues la niña no dejaba de golpearla, se quedaron sin tarta.

Alba protestó, pero enseguida calló cuando se llevó sus manos manchadas a la boca para saborear aquel dulce.

Entre todos comenzaron a limpiar aquel estropicio.

—Creo que alguien necesita un baño. —Cogió Hugo a Alba—. ¿Verdad, mi princesa?

Hugo subió al piso de arriba para bañar a su hija y cambiarla de ropa mientras el resto con servilletas eliminaban el resto de la nata y el glaseado rosa.

—De tal palo tal astilla —dijo Elena riendo y al ver que el resto no la entendían, les recordó—: Los primeros días que estuvimos en el hotel aquel verano, una noche, Hugo sacó a Nerea a traición y la puso perdida con las tartas de nata. Y él a ella.

—Dios, lo que me costó quitarme la nata del pelo. —Rio Nerea—. Si alguien en ese momento me hubiera dicho que nos íbamos a enamorar, me habría reído en su cara. Puede que no fuera un buen principio, pero fue el nuestro. —Sonrió nostálgica al recordarlo.

—¡No te olvides de nosotros! —exclamó Pedro señalándose a él y a Alejandro—. Colaboramos en ello.

—Lo hicimos de lujo —bromeó Alejandro.

—Gran trabajo, papá. Normalmente sois vosotros los que alejáis a vuestras hijas del chico mujeriego, no al revés. —Les señaló.

—Conozco a Hugo y sabía que cuando apareciera la mujer perfecta para él, dejaría de serlo. Acerté.

—Oye Alejandro —le llamó Elena—. ¿Podrías decirme de paso el número de la lotería? —se mofó riendo.

—¡Eso jefe, así me jubilo ya, que estoy viejo! —le siguió el juego Samuel abrazando a su chica por la cintura por detrás.

Alejandro y Pedro soltaron una leve carcajada. Esa juventud de hoy en día no aguantaba nada.

—Muchacho, solo tienes treinta años. Incluso a mí con cincuenta y cinco me queda mucho para jubilarme.

Samuel se encogió de hombros y puso una graciosa mueca mostrando su tristeza.

—Lo intenté.

Minutos después, Hugo bajó con Alba limpia y vestida con un vestido morado. Samuel fue a cogerla y la colocó en su regazo cuando se sentaron de

nuevo para degustar los aperitivos. Iba partiendo la comida que cogía en trozos muy pequeñitos para que Alba también comiera hasta que se quedó dormida con su cabecita rubia apoyada en su pecho.

Elena sonrió enternecida al ver esa imagen. Le dieron ganas de abrazar a esos dos y darle un suave beso a Samuel en los labios. Le gustaría que algún día vivieran una escena parecida, pero con su propio bebé, aunque era demasiado pronto para pensar en ello. Ni siquiera sabía si en un mes estarían juntos todavía. Deshizo esos pensamientos cuando Nerea cogió a Alba para tumbarla en la cuna.

Poco después, Sergio y Ada se despidieron. La futura mamá debía descansar tras el susto por el que habían pasado.

—Ahora que Ada se ha ido —comenzó a hablar Laila con sus dedos entrelazados con los de Mateo—, se casa el siete de mayo y he pensado que, en dos sábados, podemos hacerle una despedida de soltera.

—Nosotros tenemos la semana que viene la de Sergio —anunció Hugo—. ¿Te apuntas, Mateo?

—Eso ni se pregunta —le contestó entusiasmado. Había congeniado muy bien con los novios de las amigas de Laila.

Todas las chicas les fulminaron a esos con la mirada. No sabían de aquella quedada, pero decidieron mantener sus celos a raya. Solo esperaban que no hubiera ninguna mosquita muerta cerca de ellos. Por suerte, sabían que, para sus novios, ellas eran las únicas.

—Bueno —continuó Laila para no pensar en lo que esos tenían planeado—, he pensado en alquilar una limusina que nos dé una vuelta por Gandía durante una hora con champán y bombones. Por supuesto Ada no beberá más que zumo.

—¿Eso no es un poco caro? —preguntó Elena mientras acariciaba de forma distraída los nudillos de la mano de Samuel con el dedo índice.

—He mirado ofertas y entre las que estamos nos saldría a veinte euros cada una.

—¡Genial! —dijo Nerea—. ¿Y después?

—A ver, como Ada tiene que estar lo máximo en reposo, he pensado en

cenar en mi piso, después a la limusina y tomar una copa en un Boys.

Los chicos abrieron los ojos como platos y cada uno miró a su respectiva novia. ¿Adónde iban? ¡Ni en broma! Ellos solo irían a cenar a algún lado disfrazados y a tomar algo, pero no iban a ir a un local de striptease ni nada parecido por respeto a ellas. ¿Y ahora van y sueltan que se iban a ver a tíos musculados y en tanga? Y lo peor de todo era que esos tíos solían sacarles a bailar para que fueran ellas quienes terminaran de desnudarles.

—¿Y por qué a un Boys? —espetó Mateo mirando a Laila.

—No te pongas celoso, que solo vamos a mirar. —Le robó un beso—. Allí Ada podrá disfrutar sentada en un cómodo sofá. Y sé que le gustará.

—Me parece perfecto —afirmó Nerea—. Además, Ada siempre nos decía que si alguna vez se casaba no quería ni balnearios ni casa rurales. Quería un Boys como Dios mandaba. Eso sí —las advirtió—, se mira, pero no se toca.

—Más te vale, princesita —bufó Hugo cabreado. Ni en broma quería que ella viera otro culo que no fuera el suyo.

—Y por último he pensado en disfrazarnos de diosas griegas. Sexys e inalcanzables —dijo Laila—. Cada una nos disfrazaremos de aquella que pegue más con nuestra personalidad y será secreto hasta que llegue el día. Pero no elijáis a Afrodita, que esa será Ada —les advirtió.

* * *

Tras ayudar a recoger todo lo que habían utilizado para aquella merienda-cena, todos abandonaron la casa.

Elena se fijó en el gesto de Samuel mientras conducía. No había hablado desde que Laila había comentado lo de la despedida y se notaba que estaba tenso. Apretaba la mandíbula y respiraba de forma irregular e incluso de vez en cuando expulsaba un sonoro suspiro. ¿Estaría molesto con esa salida? Él también saldría con los chicos el próximo sábado y, aunque ella prefería que se quedaran juntos, no tenía derecho a reclamarle.

Pensó en qué decirle para ver qué le ocurría, pero cuando iba a hablar, las palabras se quedaban atascadas en su garganta. Solo tenía que observarle para

ver que no era el mejor momento.

Al aparcar en el garaje, Samuel abrió la puerta sin mirar a Elena y se sentó en el sofá.

—¿Puedes decirme qué te pasa? —le preguntó bajando el peldaño que separaba el comedor del salón. Se colocó frente a él, pero guardando las distancias y sin sentarse.

Samuel ni siquiera la miró cuando le habló y tardó varios minutos en responderle.

—No es nada, Elena —dijo al ver que ella no se iba—. Cuando Laila se ha puesto a hablar de la despedida de Ada, me he puesto a pensar en que puede aparecer en tu vida alguien mejor que yo.

—Pero, ¿qué dices? —susurró incrédula.

—Es la verdad, Elena. Pensar que pueda aparecer alguien mejor que yo para ti, que puede besarte o tocarte, me pone enfermo.

Elena fue a dar un paso hacia él, pero se contuvo y se abrazó los codos. Samuel estaba celoso de que en la despedida conociera a alguien y ellos dos acabaran o de que se fuera con uno de los Boys. Ella sabía que eso estaba muy lejos de la realidad, pues no se imaginaba con otro que no fuera él. Su corazón era suyo.

—No pienses eso, porque no pasará —intentó calmarle, pero las palabras no le salían. Jamás le había visto así.

—Piénsalo, Elena. Yo no tengo nada que ofrecerte. —La miró por primera vez en esos minutos con los ojos llenos de miedo y angustia—. Tengo una madre depresiva que no me quiere ver porque le recuerdo a mi padre. No soy uno de esos guaperas multimillonarios que salen en los libros. Apenas llego a fin de mes con mi sueldo. Me da miedo que un día aparezca alguien mejor yo y te pierda.

Dos lágrimas cayeron por las mejillas de Elena e inspiró profundamente antes de acercarse a él. Hizo que apoyara la espalda en el respaldo del sofá y ella se colocó a horcajadas sobre él dejando que sus rodillas reposaran a ambos lados de sus caderas. Le cogió el rostro con las manos y comenzó a acariciarle las mejillas con los pulgares.

Ambos se miraron fijamente a los ojos.

—Pero yo no quiero a otro. Yo sí que no tengo nada que ofrecerte, Samuel. —Sollozó—. Estoy sola. No tengo a nadie. Solo a mis amigas y a ti. Y, por si fuera poco, no he cerrado mi pasado. No lo haré hasta que me disculpe con mis padres y eso puede que nunca pase. Soy un problema, Samuel. Estoy rota por dentro. —Apoyó su frente sobre la de él—. Yo sí que tengo miedo porque cualquier mujer que aparezca será mejor que yo.

—Eso es imposible. —Le retiró unos mechones—. Porque para mí no hay nadie mejor que tú. Yo tampoco quiero a otra.

Elena sonrió y bajó las manos para rodearle el cuello y atraerle más hacia ella. Le necesitaba y tenía que demostrarle que no quería a nadie más.

—No quiero que seas un guaperas multimillonario —dijo con sus labios pegados a los de él—. Solo quiero que seas tú. ¿No notas lo feliz que me haces cada día? —continuó hablando mientras le acariciaba el torso por encima de la camiseta—. Es lo único que pido. Que me beses y que sigas a mi lado cada día.

—Eso es fácil, cariño —contestó con los ojos cerrados mientras comenzaba a repartir besos por la comisura de sus labios—. Déjame seguir haciéndote feliz.

—No tengas miedo, Samuel. —Gimió ella cuando comenzó a besarle el cuello—. Porque para mí, no hay ni habrá nadie como tú.

Elena le alzó la barbilla y le besó en los labios. Samuel gruñó en su boca al notar como ella llevaba el control del beso y enredaba su lengua con la suya. Notó como sus delicadas manos agarraban el filo de su camiseta para comenzar a subírsela. Se separaron unos centímetros para poder quitársela y enseguida volvieron a unir sus bocas.

Samuel comenzó a acariciarle los muslos e introdujo sus manos bajo el vestido negro que llevaba. Metió los dedos en los pantis de color carne para comenzar a deslizárselos por las piernas. Elena se levantó de su regazo y tras quitarse los tacones que vestía de una sacudida, se terminó de quitar la fina tela que cubría sus piernas. La lanzó sin importarle donde cayera y se volvió a colocar a horcajadas encima de su regazo.

Ella misma se bajó la cremallera que tenía en la espalda su vestido y este

cayó hasta que se posó arrugado en sus caderas.

Samuel agarró la prenda y la subió por su cuerpo para deshacerse de ella, dejándola solo con la ropa interior.

Con una sonrisa pícaro, Elena llevó las manos a sus pantalones para desabrocharle el botón del vaquero y comenzar a quitárselos junto con los *bóxers*.

Él alzó las caderas para ayudarla.

—Dime que has guardado un condón en la cartera —dijo Elena quedando de rodillas en el suelo con el rostro entre sus piernas.

Se mordió el labio inferior al ver aquella impresionante erección. Era toda suya y estaba deseando comprobar con su boca lo suave y cálida que era.

—En el bolsillo trasero del vaquero. —Gimió al notar como Elena le acariciaba toda su largura con la mano.

Elena lo sacó y lo dejó a un lado del sofá.

Quería saborearlo...

Le regaló un suave lametón en la punta de su glande antes de dibujar círculos en ella con la lengua.

—¡Joder! —maldijo completamente excitado—. No pares, cariño.

Elena no contestó, sino que apoyó los labios donde antes su lengua le había acariciado y los deslizó por su largura. Un sonido gutural se escapó de la garganta de Samuel y Elena intensificó sus caricias saboreándole. Se lo succionó y lo rozó con sus dientes haciendo que pegara un pequeño brinco. Sacó su miembro de la boca y sonrió al ver su rostro de placer.

El sudor le recorría la frente y apretaba los ojos. Comenzó a acariciarle de arriba abajo con lentitud notando cómo su pene palpitaba y engordaba en su mano. Estaba a punto, pero no quería que terminara aún. Lo necesitaba dentro de ella. Elena se quitó la ropa interior antes de colocarle con suavidad el preservativo. Se sentó despacio sobre él notando cómo la llenaba por completo y acariciaba cada centímetro de su interior. Cerró los ojos muerta de placer y se abrazó a los hombros de Samuel para comenzar a moverse con lentitud.

Al ver el erótico baile de sus pechos, Samuel los cubrió con sus grandes manos y mientras acariciaba y pellizcaba un pezón, se llevó el otro a la boca. Lo mordió y tiró ligeramente de él antes de soltarlo.

Elena gritó y le devoró la boca mientras aumentaba el ritmo de sus caderas.

—Eres todo lo que quiero, Samuel. No lo dudes porque no me imagino haciendo esto con nadie más. Porque me haces sentir cosas que nunca había sentido. Hacer el amor contigo es más intenso.

El vientre de Elena ardía y excitada se inclinó y le dio un ligero mordisco en el lugar del cuello donde le latía el pulso. Lo tenía acelerado y sonrió al saber que era por ella.

—Y tú no dudes de que para mí no hay mejor mujer que tú. —Le besó la barbilla y descendió sus labios hasta aspirar el aroma que desprendía su piel.

El clímax les llegó y tras esos intensos segundos, se abrazaron para recuperar el ritmo acompasado de sus respiraciones.

Elena apoyó la cabeza en su pecho y sonrió al escuchar el sonido de su corazón. Depositó un beso sobre él, antes de mirarle.

Samuel le retiró un mechón de pelo y la miró con una intensidad que jamás había mostrado a nadie. Esa pequeña mujer se había colado en su vida y en su corazón de forma imprevista, pero aquello era lo que llevaba años buscando: una mujer que terminara por enamorarlo.

Capítulo 25

«Definitivamente. ¡Soy un auténtico desastre!».

Elena comenzó a revolver toda la casa poniéndola patas arriba. Necesitaba encontrar a su fiel aliado antes de que Samuel regresara de comprar. ¿Dónde lo habría guardado? La última vez que lo utilizó fue el día del acantilado, cuando se dieron cuenta de que no tenían condones y necesitaba desahogarse tras el calentón que le había dejado Samuel. ¡No era de piedra!

Tras liberarse bajó a hacer la comida y... «¿No habré sido tan inteligente de guardarlo en el cajón junto con los tenedores y las cucharas?», pensó mordiéndose el labio inferior.

Pero si estuviera en alguno de los cajones de la cocina, ya lo habría visto. Su vibrador era de un color verde que se veía a cien metros de distancia. Miró por todos los cajones de la cocina y nada. ¡No aparecía!

«¿Y si lo vio Samuel y me lo tiró a la basura para eliminar a la competencia?», se dijo divertida. Podría preguntarle por si acaso lo había visto, pero qué le iba a decir. «Oye, cariño, no habrás visto mi vibrador por algún lado, ¿verdad? Largo, estriado, de color verde y con una pequeña curvatura en la punta. Un gran invento, por cierto». Como que no le iba a soltar eso. Tenía que encontrarlo.

Comenzó a mirar por los cajones del mueble del salón cuando oyó que la puerta se abría.

«Mierda».

No podía dejar que entrara. Vería el desorden y le preguntaría que qué buscaba. No podía decirle que estaba buscando su vibrador. Corrió al *hall* y cerró la puerta que conectaba al resto de la casa para que no viera lo que había preparado.

—¡Hola! —le saludó Elena lanzándose a su cuello para robarle un beso sin importarle que estuviera cargado de bolsas—. Esto... se me ha olvidado decirte que compraras... esto... ¡Tampones!

«Jodeer, como me luzco con este hombre. ¡¿Tampones?! Joder, Elena. ¿Tan difícil era decirle que te falta champú?».

Al ver cómo se sonrojaba, Samuel soltó una carcajada ganándose un suave golpe por su parte.

—Bueno, pues ve a por eso, mientras coloco las cosas. —Le cogió las bolsas.

—Vale, cariño. ¿Qué pasa? —Se cruzó de brazos.

La última vez que se comportó así, fue cuando se le perdieron unas bragas por la casa y las encontraron colgadas de la lámpara. Era lo que tenían sus ataques pasionales en cualquier lugar de la casa.

—He perdido a Pepito Grillo —confesó con cara inocente, mordiéndose el labio inferior.

—¿A quién?

—Más que quién es qué: Pepito Grillo.

—¿Qué es? ¿Algún peluche o muñeco de la conciencia de Pinocho?

Elena se puso roja y entró en la casa para dejar las bolsas. Comenzaban a pesarle y los dedos empezaban a hinchársele. Las apoyó encima de la mesa del salón y Samuel abrió la boca al ver todo patas arriba.

—No es exactamente un peluche, pero sí un juguete... sexual.

—¿Cómo? —La miró sin dar crédito a lo que escuchaba.

Elena se dio la vuelta para verle y puso su sonrisa más angelical. Sabía que la había entendido perfectamente y su cara de incredulidad lo decía todo.

—¡Pero es muy mono! Es de color verde, no muy largo, con estrías y suavcito.

Samuel parpadeó varias veces. ¿De verdad Elena tenía un vibrador? ¿Para qué lo quería si le tenía a él? ¿Y por qué diablos se llamaba Pepito Grillo?

—Puedo preguntar por qué se llama así.

—¿Seguro que quieres saberlo?

—Me muero de curiosidad, sinceramente —contestó todavía sin creer que tenía competencia.

—Aparte de porque es verde, porque me alegra la pepitilla. ¡Pepito Grillo!

Elena se tapó la boca para retener las carcajadas que estaban a punto de salirle por la cara de Samuel. El pobre estaba alucinando con todo lo que le contaba.

—No volveré a ver igual a Pepito Grillo en mi vida.

—¡Creo que ya sé dónde está! —Dio una palmada Elena.

Se adentró en la cocina y abrió el armario que había debajo del fregadero donde se encontraban todos los botes de limpieza. Los apartó y, efectivamente, de pie al fondo se encontraba su amado Pepito Grillo. Lo dejaría después de lavarlo y ni se acordó después.

—¿A que es mono? —Se lo mostró a Samuel.

—¿Me quieres decir qué hace esa cosa enana y verde que no haga yo?

—Tiene cinco potencias de vibración. La tuya no —contestó riendo.

Samuel bufó. No quería que Elena usara esa cosa horrorosa, porque su cosita era mucho más bonita que eso. Y más grande. Y más placentera. Se sentía como si en cualquier momento no le necesitara a él para el sexo, pues ya tenía un sustituto que encima vibraba.

—Ya lo estás tirando.

—¡¿Qué?! ¡Ni hablar!

—No quiero eso en mi casa.

Elena alzó las cejas y colocó los brazos en jarra.

—Te recuerdo que pago mi parte del alquiler y mis cosas tienen el mismo derecho a estar aquí que las tuyas. Además, mira que he encontrado.

Elena pasó por su lado agarrando fuerte a Pepito Grillo para que no se lo quitara y sacó de un cajón del mueble del salón una caja sin abrir que contenía en su interior un anillo vibrador.

—Eh, eso me lo regalaron en el amigo invisible. No lo he usado —se defendió señalándolo al ver el gesto divertido con el que Elena lo miraba.

Ella rio y se sentó en el sofá para sacarlo. Se guardó a Pepito Grillo en la cinturilla de sus pantalones y Samuel se sentó a su lado para intentar arrebatarse esa cosa verde.

—Estate quieto. Que no lo uso desde que estamos juntos. La última vez fue cuando apareciste con todas las existencias de condones de la costa mediterránea.

—Más te vale.

Elena se acercó a él para besarle y demostrarle en ese beso que para ella solo existía él y que, aunque adoraba a su Pepito Grillo, su vibrador jamás le robaría el corazón como lo había hecho Samuel.

Se separó para sacar el anillo y se lo mostró con una mirada pícaro. Samuel lo cogió y lo miró por todos los ángulos.

—Como ves, está sin estrenar. Los empleados hicimos un amigo invisible en el hotel y me lo regalaron.

Cogió la mano izquierda de Elena y se lo colocó en el dedo anular con una traviesa sonrisa como si fuera un anillo de compromiso.

—Ya estamos sexualmente comprometidos.

Ella soltó una carcajada y le miró mientras se acercaba más a él.

—Sabes que este anillo no se pone en el dedo, ¿verdad?

—Sí, pero no tengo ningún interés en probarlo.

—¿Y si yo quiero?

—Vas lista, cariño. Yo contigo no necesito nada más.

La cogió de las caderas e hizo que se colocara sobre él a horcajadas para comenzar a besarle el cuello como sabía que le gustaba. Primero con besos húmedos y luego más suaves bajando por su escote. Aprovechó que estaba ausente y concentrada en sus caricias para coger a Pepito Grillo.

—Y conmigo no necesitas esto. —Lo tiró hacia atrás junto con el anillo—. Así que, o lo encierras bajo llave o le hará una visita al vertedero.

—Te prometo que no lo sacaré del cajón. —Le sonrió y se quedaron unos segundos en silencio antes de que Elena volviera a hablar—. He estado pensando algo. —Se separó unos centímetros para mirarle mientras le acariciaba el cuello, pero sin abandonar su regazo—. No quiero que nada nos separe cuando hagamos el amor. —Se sonrojó—. Quiero sentirte. Piel con piel, pero no puedo tomarme la píldora porque me sienta mal, así que he pensado en pedir cita con el ginecólogo para ponerme un anillo anticonceptivo.

Samuel se quedó mirándola serio mientras observaba como ella nerviosa se mordía el labio inferior.

—¡Di algo! —le exigió—. Si no te parece bien, no pasa nada. Era solo una idea, pero claro, los dos tenemos que estar de acuerdo y...

Él la calló con un beso al ver lo nerviosa que se ponía y cogió su mano para llevarla a su abultada entrepierna. Solo imaginarse que ningún látex se interpondría entre ellos, le volvía loco.

—¿Te vale de respuesta, cariño?

—Creo que sí. Esto... —Continuó acariciándole la entrepierna—. ¿Has comprado congelados?

Samuel sonrió y negó con la cabeza.

—Bien, así no tengo que usar a Pepito Grillo —bromeó mientras comenzaba a soltar el botón del vaquero, pero él la detuvo.

—Tengo hambre.

Elena le miró incrédula y un tanto molesta, se bajó de su regazo y fue a la cocina para comenzar a guardar las cosas. ¿Cómo podía soltar eso cuando los dos estaban en pleno calentón? Solo por eso, debería haber cogido a Pepito Grillo y encerrarse en el baño. Y de paso gemir alto para que la escuchara. Es más. Iba a hacerlo.

Pasó al lado de Samuel que en ese momento se colaba en la cocina y recogió su vibrador del suelo antes de comenzar a subir las escaleras. Al verla, él corrió tras ella y la agarró por la cintura para alzarla y evitar que hiciera lo que tenía planeado.

Ante aquel impulso, Pepito Grillo se le cayó de la mano y mientras

protestaba, Samuel fue de nuevo a la cocina y la sentó en el poyete de la ventana. Le separó las piernas y le devoró la boca en un beso hambriento. Le mordió el labio inferior antes de pasar la lengua por ellos.

Elena gimió y colocó los talones en sus nalgas para atraerle más a ella.

—Tengo hambre, cariño. Pero de ti.

Con movimientos rápidos y algo torpes, le bajó el pantalón del pijama junto con las bragas y tocó su húmedo centro que ya estaba preparado para recibirle. Pasó dos dedos entre sus pliegues y comenzó a hacer círculos sobre su delicado botón haciendo que se hinchara y ella echara la cabeza hacia atrás para abrir la boca y gemir. Le encantaba que la tocara.

Elena dio gracias a que las cortinas de la ventana estuvieran corridas, pues en ese momento era incapaz de moverse.

Entre sus brazos se derretía como la mantequilla y por sus venas ya no corría sangre, sino lava que le calentaba todo el cuerpo.

Samuel continuó haciéndole el amor con la mano mientras notaba como los músculos de su interior se tensaban a punto de la llegada de aquella maravillosa sensación que la dejaba completamente exhausta.

Ella misma se deshizo de la camiseta y daba gracias de no llevar sujetador. Samuel miró excitado sus maravillosos pechos y Elena los acunó en sus manos para ofrecérselos. Él no tardó en mimarlos con la lengua mientras aumentaba el ritmo de su mano.

—No pares —suplicó Elena separando más las piernas y comenzando a moverse de atrás hacia adelante para que sus dedos se adentraran más en ella.

Gimió cuando Samuel atrapó un pezón enhiesto con sus dientes tirando de él y descendió sus besos hasta regalarle un suave mordisco en el pubis antes de atrapar con los labios su hinchado clítoris.

Elena gritó y enredó las manos en su corto cabello para evitar que se detuviera. Su lengua le succionó el núcleo caliente y húmedo de su cuerpo mientras sus dedos seguían penetrándola.

—Samuel, no aguanto más —dijo con los ojos cerrados cuando el orgasmo llegó y gritó durante los intensos segundos que duró aquella liberación.

Él la saboreó y cuando aquellos espasmos pararon, se colocó frente a ella para besarla con ardor. Sacó de su bolsillo trasero un condón y tras desnudarse, se lo colocó y le agarró de las nalgas para alzarla formando un ángulo perfecto entre sus cuerpos y entrar en ella de una profunda embestida.

Elena se aferró a sus hombros y dejó que él llevara el mando hasta que un nuevo clímax la atravesó y notó cómo él lo hacía también. Estaba deseando sentirle dentro de ella piel con piel y como la llenaba con su esencia.

Se abrazaron sudorosos y felices, y Elena posó un beso en su hombro desnudo. Sonrió sobre su piel.

—¿Sabes, cariño? —dijo Elena feliz mirándole—. Eres la casualidad más bonita que apareció en mi vida.

—Tú eres mi deseo hecho realidad. —Sonrió sobre sus labios antes de besarla—. Te adoro, Elena.

Ella sonrió feliz. Puede que esas palabras no hubieran sido ese «te quiero» que tanto ansiaba escuchar de sus labios, pero por el momento le bastaba.

—Sin duda, eres mejor que Pepito Grillo.

—Entonces, ¿lo vas a tirar?

—No, pero creo que me olvidaré de él por un largo período de tiempo.

Samuel la besó y la cogió en brazos. Elena enredó sus piernas entorno a su cintura y aún desnudos, comenzaron a subir por las escaleras para ir a la habitación.

—Todavía tengo hambre de ti, así que voy a comerte hasta que Pepito no tenga nada que hacer contra mí.

Elena se carcajeó, pero eso no impidió que él cumpliera su propósito. Definitivamente, Pepito Grillo había quedado en el olvido.

Capítulo 26

—¡Vaya! —Fue lo único que pudo decir Samuel al ver a Elena bajar por las escaleras.

Vestida de Diosa del Olimpo iba preciosa. Llevaba un vestido blanco por encima de las rodillas de tela de seda con un cinturón dorado ajustado a su cintura que hacía que sus curvas se realzaran. Los brazaletes de sus manos eran del mismo color que el cinturón, al igual que los extraños adornos de la diadema de su cabello y sus piernas estaban cubiertas por unas medias de color carne y unas sandalias romanas que le llegaban a la altura de la rodilla. Sus rizos castaños los llevaba sueltos, se había maquillado con una sombra dorada y sus carnosos labios se los había pintado de rosa.

Esa noche, las chicas celebraban la despedida de soltera de Ada y la protagonista todavía no sabía nada, aunque su futuro marido conocía cada detalle gracias a Hugo, Samuel y Mateo.

Los chicos sabían que ahora irían a casa de Ada para recogerla y cenar en el piso de Laila hasta las once y media, cuando la limusina fuera a buscarlas y a dar una vuelta por toda Gandía antes de dejarlas en el local de los Boys.

A ninguno le hacía la mínima gracia que las chicas fueran allí.

La semana pasada les tocó a ellos celebrar la despedida. Como vieron que ese sábado haría buena noche, cogieron un pack que consistía en tres horas de navegación, cena en el barco, una copa y entradas a una de las discotecas más famosas de Gandía que incluía dos consumiciones. Se disfrazaron de marineros y el novio de Pamela Anderson en los vigilantes de la playa. Pasaron una noche entre risas y diversión, y regresaron a casa cuando amanecía.

Como intuía Samuel, Elena ya estaba despierta cuando llegó y al verle tan sexy con aquel disfraz, no pudo resistir su deseo de desayunarle. Por suerte le

dejó dormir hasta bien entrado el mediodía.

—¿Te gusta? —preguntó Elena dando una vuelta sobre sí misma.

Samuel la abrazó por la cintura y la ciñó a su cuerpo para besarla, pero enseguida se detuvo, ya que sabía que si seguía, no la dejaría marchar.

—Estás preciosa, cariño. ¿De qué diosa vas?

—Soy Eos, la Diosa del Amanecer. —Sonrió—. Y estas cosas —señaló su extraña corona—, representan los rayos del sol.

—No has podido elegir alguien mejor. —Le devolvió la sonrisa y volvieron a besarse justo cuando oyeron unos bocinazos fuera—. Debe ser Laila.

—Sí. Dile que enseguida salgo. Voy a retocarme el pintalabios. —Le dio un último beso antes de correr escaleras arriba.

* * *

Samuel se despidió de ella con un beso en la mejilla para no estropearle de nuevo el maquillaje antes de que se subiera en el coche de Laila, donde Nerea ya estaba montada. Las tres llevaban el mismo vestido y las mismas sandalias, pero cada una adornaba su disfraz con algo distinto al resto y que diferenciaban a cada diosa.

Nerea llevaba una diadema con plumas de pavo real, que simbolizaban a la Diosa Hera, la diosa de la familia, y Laila complementaba su disfraz de Atenea, diosa de la guerra, con un pequeño escudo de color marrón.

Ada iría de Afrodita, diosa de la belleza y el amor, y vestiría igual que ellas, aunque su pelo pelirrojo estaría adornado con pequeñas horquillas de conchas.

Laila aparcó en el primer sitio que encontró y cogieron del maletero el disfraz de Ada.

Sergio fue el encargado de abrirlas.

—¡Buenas noches! —le saludó Laila—. Venimos a por Afrodita.

Sergio rio y las dejó pasar. Las tres emocionadas fueron al sofá donde Ada estaba tumbada con una pinta horrible y con un pijama con más agujeros que un colador. Abrió los ojos como platos al ver a esas tres.

—¿Qué os habéis fumado? —preguntó la pelirroja.

—¡Es tu despedida de soltera! —exclamó Elena—. Así que ahora vas a ponerte tu disfraz y nos vamos a pasar una gran noche.

—Tengo que estar en reposo absoluto, ¿recordáis?

—Tranquila, que no te vas a mover mucho. —Se sentó Nerea a su lado—. Vamos ahora a cenar y a ver películas románticas en casa de la enana.

—¡Eh! —la interrumpió Laila—. Así solo puede llamarme Mateo.

—Vale, vale. —Rio Nerea—. Pues eso, vamos a cenar y a ver pelis románticas a casa de Laila, luego daremos durante media hora una vuelta en limusina y por último, iremos a un Boys. Vamos a ir al local que hay cerca de la discoteca Cocoloco, ya que hay sofás para que estemos más cómodas y, tras ver buenos cuerpos bailar, a casita con tu futuro marido.

A Ada se le fueron iluminando los ojos a medida que Nerea le iba explicando todo lo que iban a hacer. Era algo con lo que siempre había soñado desde que era una adolescente con las hormonas revolucionadas, pero con la esperanza de que algún día encontrara a alguien especial.

Se levantó del sofá y todas se encerraron en una habitación para vestirla. Quedaron en que lo mejor era que ninguna tomara copas de más, por si acaso tenían que ir con Ada al hospital si pasaba cualquier cosa. Ada las miró mal ante su negatividad. Estaba a punto de cumplir el primer trimestre y no había vuelto a tener ningún susto, pero tras esa fulminante mirada, comenzó a llorar. Sus amigas se preocupaban por ella y le habían organizado esa despedida para sorprenderla y para que disfrutara de una noche como llevaba tiempo sin hacer con ellas. Las quería mucho.

Todas se abrazaron antes de que un preocupado Sergio entrara al oír llorar a su ninfa, como la llamaba. Al ver que todo estaba bien, suspiró aliviado y se despidió de las chicas.

Miró por la mirilla para asegurarse de que bajaban y se asomó al balcón para ver cómo se iban en el coche. Sacó el móvil y envió un mensaje al grupo que tenía con Hugo, Samuel y Mateo.

Sergio:

Las chicas ya se han ido. Van al local de Boys cerca de la discoteca donde fuimos nosotros la semana pasada.

Samuel:

Recordad que la limusina las deja en el local a las doce.

Mateo:

¿Estás seguro?

Samuel:

Sí. El otro día Elena estuvo hablando por teléfono con Laila sobre la despedida y la escuché decir eso.

Mateo:

Vale, perfecto. ¿Estáis listos?

Hugo:

A mí la cosa esta me la habéis dado pequeña. Me queda prieta y no descarto que la tela se rompa y me quede como Dios me trajo al mundo. ¿Cómo pueden ponerse esto las mujeres?

Samuel:

Hugo, creo que vamos todos igual. A las once menos cuarto en casa de Sergio para ir al local.

Hugo:

Como hagan fotos, las mato. Seguro que se vengarán de nosotros. Bueno, enseguida nos vemos. Voy a llevarle la niña a mi padre.

Sergio:

Nos van a matar.

* * *

—¡Ni se te ocurra poner una película de llorar! —exigió Ada—. Que con todo lo que lloro al día, me voy a deshidratar.

—¿Y qué ponemos? —preguntó Laila—. *¿American Pie?* —ironizó.

—Puedes poner una comedia romántica —propuso Elena dando un mordisco a una de las pizzas.

En la mesa del salón no había más que múltiples calorías, pero les dio igual. Era su noche.

—Pon *Sin compromiso* —pidió Nerea—. Me encanta Ashton Kutcher en ella.

—¡Me estáis volviendo loca! —espetó Laila—. Al final pongo una porno.

—¿Tienes películas porno? —interrogó Ada alzando las cejas divertida.

—No, pero con Mateo me las monto. —Movi6 las caderas y todas rieron.

Al final pusieron *Guerra de novias*, ya que la temática era cercana a la noche que iban a pasar todas juntas.

Cuando acabaron todas aquellas calorías y el interfono del piso de Laila sonó, bajaron para dar su vuelta por Gandía en aquella limusina blanca. Elena abrió la botella de champán y sirvió tres vasos antes de ponerle a Ada en el suyo zumo tropical.

Abrieron la ventana para saludar a los transeúntes como si fueran unas auténticas celebridades y rieron disfrutando de la música en el interior.

Puntual, el chófer las dejó en el local y bajaron para dirigirse a su reservado. Se sentaron en un sofá morado de forma ovalada y frente a él se encontraban dos mesas redondas y bajitas rojas donde les servirían las bebidas.

Se fijaron en el local. No era muy grande, pero estaba lleno de mujeres dispuestas a pasar un buen rato. La mayoría celebrando una despedida.

Pidieron sus consumiciones y se sentaron para disfrutar.

Animaron al bombero que estaba en el escenario. Solo estaba vestido con un tanga rojo, dos tirantes, el casco amarillo y botas negras. Todas aplaudieron cuando el Boy sacó a una chica para sentarla en una silla y seducirla.

—Recordad, que nosotras aquí quietecitas —advirtió Elena.

—Sí. Se mira, pero no se toca —apostilló Nerea dando un sorbo a su cubata.

Cuando el bombero se despidió con una sonrisa pícaro, una mujer algo rolliza, rubia y de unos cincuenta años, salió al escenario para presentar al

próximo bailarín.

—¡Buenas noticias, chicas! Hoy han venido cuatro marineros a regalarnos un espectáculo. Es su primera vez y están muy nerviosos. ¿Qué tal unas palmas para animarlos?

Todas las mujeres del local comenzaron a aplaudir y a vitorear para que los siguientes hombres de cuerpos esculturales salieran y comenzaran a desnudarse. El escenario estaba oscuro, pero las chicas pudieron observar la figura de cuatro grandes cuerpos. Cuando las luces les alumbraron, les vieron de espaldas con un pantalón blanco, una camiseta ajustada de rayas blancas y azules, y un sombrero de marinero.

—Ese disfraz me suena —comentó Elena.

Cuando la música comenzó a sonar, los cuatro *strippers* se dieron la vuelta y las diosas que allí había, abrieron la boca sin dar crédito a lo que veían.

—O estoy borracha o el que está a la derecha es Hugo —bramó Nerea alucinada.

—¡Los voy a matar! —gritó Laila al reconocer a Mateo.

—Yo le voy a castrar —soltó Ada mirando a Sergio.

—Yo me uno a todo —dijo enfadada Elena observando a Samuel.

Los chicos comenzaron a desnudarse empezando por la camiseta y agarrando la cintura de sus pantalones, tiraron de ellos para quedar solo vestidos con un tanga de color azul marino. Se dieron la vuelta y comenzaron a mover el trasero. Toda la sala, salvo ellas, comenzaron a revolucionarse y una chica se subió al escenario para tocarle el culo a Hugo.

Al verlo, Nerea cogió su bolso y el escudo de juguete del disfraz de Laila. Se acercó al escenario y tras darle a esa mujer en la cabeza con él, miró a Hugo enfurecida mientras intentaba que la desconocida no le tocara con escasos resultados.

Nerea no pudo más y salió de allí para marcharse a su casa.

—No voy a enfadarme. —Respiró Ada—. Por el bien de mis pequeños. —Se acarició el vientre—. Ahora me voy a levantar, me voy a ir a mi casa y voy a cerrar con llave para que Sergio no entre.

Al ver como más mujeres comenzaban a estirar sus manos para tocarles, Laila y Elena se levantaron y tras coger sus cosas, salieron de allí. No soportaban ver aquello y sentirse humilladas por personas que se hacían llamar novios.

Laila y Ada se fueron en taxi, pero Elena prefirió regresar a casa dando un paseo. Necesitaba despejarse. ¿Por qué habría hecho eso Samuel? ¿Qué había hecho ella que tanto le hubiera molestado para que tuviera esa necesidad de humillarla? Se secó las lágrimas con el dorso de la mano y se quitó la diadema de su pelo.

—¡Elena, espera! —Oyó la voz de Samuel llamándola.

Pero ella no se detuvo. Continuó andando a pesar de que sabía que enseguida la alcanzaría. Y así fue...

Medio minuto después se colocaba frente a ella para detener su camino, pero ella pasó por su lado para seguir caminando.

Samuel sabía que la habían cagado. No contaban con que esas mujeres se lanzaran hacia ellos. Cuando planearon irrumpir en el Boys para que sus chicas no vieran otros culos que no fueran los suyos, no les pareció tan mala idea. La propietaria había estado encantada de que bailaran gratis cuatro chicos y había sido pan comido, pero al ver cómo ellas se marchaban enfadadas y dolidas, con rapidez cogieron su ropa para vestirse e ir tras ellas.

Hugo, Sergio y Mateo no habían tenido tanta suerte. Sus novias se habían marchado en un taxi, pero Samuel sí vio a lo lejos a Elena caminar. No dudó y corrió tras ella.

Elena estaba enfadada porque no le dejara en paz y notando su maquillaje corrido por la cara, le tiró la diadema al pecho antes de detenerse.

—¿En qué estabais pensando?! —gritó—. ¿Os lo habéis pasado bien humillándonos? ¡Porque eso es exactamente lo que habéis hecho!

—Nos hemos pasado, lo sé y lo siento.

—¿Qué lo sientes? ¿Cómo te sentirías si apareciera en algún lugar con muchos hombres y comenzara a bailar y a despelotarme delante de ellos? Y no solo eso, sino que encima, ¡me tocan!

Al imaginarlo, Samuel apretó la mandíbula y desvió la mirada. Eso no

podría soportarlo. Elena era suya, de nadie más y solo él podía verla desnuda y tocarla.

—Lo suponía —dijo al ver que él no contestaba para pasar por su lado y continuar yendo hacia casa.

Samuel se quedó parado, pero se giró para mirarla y gritó:

—¿Y cómo te sentirías tú si en la despedida de Sergio nos hubiéramos ido a un puticlub?!

Elena se detuvo y se dio la vuelta. Samuel caminó hacia ella con gesto de enfado y se paró cuando quedaron a apenas unos centímetros de distancia. Elena alzó la vista para mirarle.

—¿Te molestaría que viera a otras mujeres que no fueran tú desnudarse? ¿Y además, que me sacaran para que las tocara?

—Nosotras no hemos salido y mucho menos les hemos tocado —se defendió—. ¡Por vosotros! Mirar no es delito. ¿O tengo que ponerme como tú si vamos a la playa y una chica hace topless?

—Admite que te jodería si hubiéramos ido a un puticlub para ver a otras mujeres.

Elena desvió la mirada y se cruzó de brazos. ¡Pues claro que no le gustaría! Solo pensar que deseara a alguien más que a ella, le ponía enferma. Le comprendía. Él también tenía ese miedo a que deseara a alguno de esos Boys. Pero eso no justificaba lo que habían hecho.

—Si no hay confianza entre nosotros, ¿qué futuro tenemos? —Le miró con los ojos llorosos.

—¿Qué estás queriendo decir? —preguntó asustado.

—Nada —susurró antes de reanudar el camino.

Era incapaz de decir en voz alta que si seguían así, no tardarían en seguir cada uno su camino.

Samuel caminó tras ella en silencio y cuando llegaron a casa cada uno se fue a una sala distinta. Elena fue a su habitación y él se quedó sentado en el sofá mirando su reflejo en la televisión apagada. No se perdonaría nunca lo que había hecho si por ello perdía a Elena.

«Joder, ¿en qué diablos estábamos pensando?», se regañó tras suspirar y ocultar el rostro entre sus manos. Los celos le mataban.

En la habitación de arriba, Elena se quitó el disfraz para ponerse el pijama y fue al baño para desmaquillarse. Vio los restos de sus lágrimas negras por sus mejillas y se las limpió antes de regresar a su cama. Apagó la luz y se metió en ella para descansar y para que acabara ese horroroso día. Pero no conseguía conciliar el sueño y sabía el porqué: no podía estar enfadada con Samuel.

Encendió la lámpara de la mesilla y sacó de un cajón una piruleta de chocolate. Le quitó el envoltorio y salió para buscarle. Vio luz en el salón, por lo que se asomó a la escalera para ver si se encontraba ahí. Estaba sentado en el sofá, inmóvil y aún vestido con el disfraz de marinero.

En silencio para no delatar su presencia, Elena bajó y habló a su espalda.

—Una vez me dijiste que no podías acabar el día estando enfadado con alguien —le mencionó recordando la pasada Nochebuena. Él la miró—. Y desde que me lo contaste, yo tampoco puedo. Porque si mañana cuando me despierte, descubro que no estás o que te ha ocurrido algo, sé que no seré nunca feliz. —Le tendió la piruleta—. Perdóname.

Él cogió la piruleta y le tendió la mano. Hizo que rodeara el sofá para que se sentara a su lado y respiró aliviado al ver que ambos estaban más relajados. Elena le abrazó y apoyó su cabeza en el hueco de su cuello. Se quedaron así quietos y en silencio durante unos minutos.

—Perdóname tú a mí. Quiero que sepas que confío en ti —dijo recordando sus palabras.

—Yo también confío en ti. —Le dio un suave beso en el cuello—. Samuel... —susurró.

Él la observó y se perdió en el precioso color esmeralda de sus ojos. Cuando sus miradas se chocaron, un nerviosismo recorrió el cuerpo de Elena. Alzó una mano y le acarició la mejilla antes de acercar su rostro al suyo.

—Te quiero.

Ante esa confesión, un cosquilleo recorrió el cuerpo de Samuel y antes de que continuara hablando, la besó con todo el amor que sentía por ella. La cogió en brazos y se levantó del sofá para subir a su habitación.

Elena notó todo el amor que había en ese beso y una solitaria lágrima recorrió su mejilla. Samuel la eliminó con un nuevo beso y la tumbó en la cama.

Entre más besos y caricias se desnudaron e hicieron el amor como ellos sabían. Con una ternura infinita en un momento tan íntimo, donde las palabras sobraban. Puede que él no le hubiera respondido lo mismo, pero su corazón le decía que también la amaba. Le daría tiempo hasta que estuviera preparado para decírselo.

Se quedaron dormidos desnudos y abrazados, pero el sueño no les duró mucho, pues Samuel la despertó cuando comenzaba a amanecer. Hizo que le mirara y tras retirarle el pelo de la cara, le robó un suave y dulce beso.

—Te amo —le confesó juntando sus frentes.

Al oír esas palabras, Elena se pellizcó disimuladamente. Le dolió por lo que no estaba soñando. Sonrió emocionada y las lágrimas recorrieron de nuevo la suave piel de su rostro.

—Hey, no llores, cariño. —Sonrió Samuel abrazándola.

—Nadie, jamás, me había dicho esas dos palabras. Y nunca pensé que alguien las sintiera por mí. No sabes lo que significa esto para mí.

Al escucharla, Samuel la besó en la frente, antes de alzarle la barbilla para que lo mirara.

—Fui el primero en besarte al amanecer. Me alegro de haber sido también el primero en decirte al amanecer lo mucho que te quiero porque llevo enamorado de ti desde antes de que estuviéramos juntos.

Elena sonrió feliz y se alzó para besarle.

—Yo también. Perdimos mucho tiempo con nuestras dudas, pero ahora tenemos por delante todo el del mundo.

—Sí. Tenemos toda la vida.

Capítulo 27

Samuel y Elena caminaban con las manos entrelazadas por aquel precioso lugar.

Hacía unas semanas que habían puesto en el muelle varias atracciones, entre ellas una noria de un tamaño mediano que le recordaba al paisaje que se podía contemplar en Santa Mónica.

Elena se fijó en esa pequeña feria cerca del mar un día que estuvo con sus amigas tomando algo. Todas se enamoraron de aquello y prometieron ir, aunque no hubo manera de coincidir para hacerlo todas juntas, así que cada una terminó yendo con sus parejas, ya que, en unos días, todo desaparecería.

Elena se murió de la envidia cuando Nerea pasó fotos por el grupo junto con Hugo y Alba. La pequeña, en todas ellas, tenía una enorme sonrisa, sentada en su silla de paseo o señalando entusiasmada una de las muchas atracciones iluminadas por bombillas de colores.

Esa tarde-noche, ni Samuel ni Elena sabían qué hacer y a ninguno les apetecía quedarse en casa, pues no podían hacer allí encerrados nada interesante. Mejor dicho, no podían hacer lo que deseaban cuando estaban solos ya que la amiga «la roja» de Elena le había visitado, así que decidieron pasar la noche en ese precioso lugar.

Por lo que tras salir de trabajar, Elena le convenció para pasear y cenar en la pequeña feria. Además, llegaba el fin de semana y esa noche podían dormir todo lo que desearan.

A Elena solo le quedaba un mes de contrato, pero no sabía si se lo iban a renovar. Además, hacía unas semanas que envió al hospital de Gandía su currículum y esa semana le habían llamado para hacerle una entrevista. Fue bastante nerviosa y con el uniforme del hotel, ya que no le daba tiempo a cambiarse de ropa. Samuel le deseó suerte y desde entonces, estaba a la

espera de que la llamasen. Si es que lo hacían.

Samuel confiaba en ella y con su carisma, su entusiasmo y su positividad, sabía que conseguiría ese trabajo que tanto deseaba. Era consciente de lo que le gustaba a Elena el grado que había estudiado, aunque hace un tiempo le confesó que le habría gustado sacarse la carrera de Enfermería.

—Esto es precioso —comentó Elena con una sonrisa—. Es una pena que el lunes ya lo quiten. Podrían dejarlo aquí siempre. Le da un toque romántico a la ciudad.

Samuel rio levemente y la atrajo más hacia él para rodear su cintura con un brazo y besarla en la sien. Le encantaba verla así. Su sonrisa iluminaba más que todas esas luces juntas.

—Con el éxito que está teniendo, lo más probable es que vuelvan a organizarlo otro año.

—Ojalá.

Dieron una vuelta por el lugar y Samuel demostró su mala puntería con los dardos. Elena se rio y fue ella quien le consiguió a él un pequeño peluche que guardó en el bolso para que no les estorbara.

Se hicieron decenas de fotos, aunque la favorita de Elena fue una en la que decidieron poner el temporizador del móvil tras conseguir sostenerlo en una tabla de madera. En ella ambos salían abrazados, sonriendo y mirándose a los ojos. De fondo, se vislumbraba aquella noria que tanto había gustado a Elena, pero no pensaba montarse. Le aterraba subir a una desde que a los siete años se fue la luz en la feria de Oviedo con ella y su hermano en lo más alto.

«Darío...», pensó en él y su gesto cambió.

Samuel lo notó, pues le retiró el pelo del rostro y le acarició las mejillas con los pulgares.

—¿Estás bien?

—Sí, no es nada. —Sonrió—. Anda, vamos a buscar un sitio para cenar. Me muero de hambre —le animó recuperando su móvil.

Deambularon un rato más por el muelle hasta que se sentaron en una mesa al aire libre para picar algo. Todos los puestos que había eran

ambulantes pero, por suerte, hacía buena noche y se podía perfectamente tomar algo allí.

—Ahora que lo pienso —empezó hablar Samuel tras pedir—. Esta es nuestra primera cita oficial, ya que te niegas a contar mi original idea del acantilado.

—Original es un rato. —Rio—. Pero prefiero esto. —Señaló a su alrededor—. No niego que después me encantó, pero saltar cinco metros al agua helada y después estar con el trancazo que estuve... Eso no me gustó nada.

—Lo del resfriado también fue culpa de Laila, no solo mía —quiso defenderse.

—Solo a vosotros se os ocurre que me meta en marzo al mar. —Le tiró divertida una servilleta hecha una bola.

Samuel la intentó esquivar sin éxito y se apartó un poco cuando el camarero dejó sus consumiciones en la mesa.

Elena aplaudió al ver su hamburguesa completa. Estaba hambrienta. El trabajo en el hotel la dejaba exhausta y el hambre hacía mella en ella. Esa noche había aprovechado que ella no cocinaba para comer una buena cena de las que le encantaban. Menos mal que por su constitución delgada aquello no le engordaba. Le encantaba la comida basura y Samuel lo sabía bien, pues casi siempre que cocinaba, preparaba esas comidas grasientas y repletas de calorías.

Cenaron entre risas y de vez en cuando, Elena le robaba a Samuel un arito de cebolla. Se le hacía la boca agua con ellos, por lo que cada dos por tres metía la mano en su plato. Él se hacía el ofendido y respondía divertido cogiéndole a ella sus patatas fritas.

Cuando acabaron de cenar, decidieron entrar en una bolera que había cerca de allí, pero Elena no estaba muy convencida de jugar. No lo hacía desde que tenía doce años y era bastante patosa. Se lo comentó a Samuel y este rio mientras se acercaba al mostrador.

—¿Y si juegas tú y yo te miro? —intentó escaquearse.

—¿Y qué gracia tiene jugar solo?

—¡No sé ni coger la bola!

—Yo te enseño.

Ella se encogió de hombros y al verle poner ojitos, se carcajeó y se rindió. Iba a ser un auténtico desastre, pero ya se lo había advertido.

Tras pedir una pista, se colocaron esas zapatillas tan horrosas granates, blancas y azules, y Samuel la llamó para explicarle lo básico. Le comentó que las flechas dibujadas en el suelo eran como una especie de guía. Debía caminar recta y lanzar la bola por el centro de la pista para que diera al bolo principal y que los demás cayeran junto a él.

Elena estaba atenta y miró el número de cada una de las bolas. Tenía los dedos bastante finos, por lo que la número nueve, que era de un color amarillo fosforito, le valía. Miró a Samuel y se mordió el labio inferior.

—No te rías —le advirtió antes de lanzar.

Como temía había ido directa por el carril y no había conseguido tirar ningún bolo. Suspiró y miró a Samuel diciendo «te lo dije». Él se rio ganándose un suave golpe por parte de ella.

—La has lanzado torcida.

—Ya lo sé. ¿Y si me pongo las barreras para los niños?

—¡Ni hablar! Solo tienes que practicar.

Elena suspiró y volvió a coger la bola amarilla. Respiró profundamente y volvió a tirar. Saltó emocionada al ver que había tirado un bolo. Samuel sonrió al verla tan entusiasmada con ese pequeño logro y la acogió entre sus brazos cuando se lanzó hacia él para celebrarlo.

Era su turno y Elena vio como cogía una bola más pesada que la suya. Disfrutó de la imagen que le ofreció de su trasero al inclinarse ligeramente para tirar la bola. Lanzó e hizo un pleno.

—¡Eso es trampa! —Rio Elena acercándose a él—. Estoy en desventaja.

—No tengas mal perder. Anda, coge la bola y ven aquí que te enseño un truco.

Ella lo hizo y se colocó frente a él. Samuel le dio la vuelta y pegó su pecho a su espalda. Abrazó su cintura y le besó en el hueco tras su oreja.

Sonrió al oír como expulsaba un gemido. Le encantaba ver cómo le afectaban esos pequeños gestos. Comenzó a dibujarle círculos en su vientre por encima de la camiseta que llevaba y con la otra mano le acarició el brazo derecho hasta posar su mano en la que sujetaba la bola.

—No gires la muñeca —le susurró—. Si cuando lanzas, no mantienes la muñeca firme, la rotación hará que se desvíe y no vaya recta. —Le mordió el lóbulo. Le encantaba provocarla.

—Samuel... Creo que... —Suspiró cerrando los ojos—. No deberías hacer eso.

—¿El qué? —Continuó torturándola presionando más su cuerpo al suyo.

Elena se mordió el labio al notar cómo su bulto presionaba una de sus nalgas. Ante esas caricias, notó como su cuerpo iba perdiendo fuerza haciendo que la bola se le resbalara. Gritó al oír el fuerte sonido al impactar con el suelo y se giró para ver a Samuel con el cuerpo tenso y con cara de dolor. Le había dado en el pie.

—¡Ay Dios! Lo siento, lo siento —se disculpó—. Te juro que ha sido sin querer.

—Lo sé —dijo con voz ahogada.

—Madre mía, será mejor que vayamos a Urgencias por si te lo he roto —indicó ayudándole a caminar para que se sentara.

Al quitarse la zapatilla, Elena se tapó la boca al ver el dedo completamente rojo e hinchado. Le pidió que la esperara y tras cancelar su partida, se reunió de nuevo con él. En los casi cinco meses que llevaba viviendo en Gandía, había aprendido a moverse por la ciudad y los lugares principales, como el hospital.

—Dame las llaves —le pidió poniendo la palma bocarriba.

—No, creo que puedo conducir.

—Ni de broma —dijo metiendo la mano por sus bolsillos hasta que las consiguió—. Sin réplicas.

Samuel calló y ambos montaron en el coche. Elena condujo mientras hablaba para distraer a Samuel y que así no pensara en el dolor del pie.

Cuando llegaron, la sala de espera estaba llena y tuvieron que esperar un buen rato.

Al ver el gesto de Samuel, Elena entrelazó sus dedos con los de él. Se notaba que le dolía y ni siquiera se había puesto hielo. No podía verle así, por lo que se levantó para hablar con una enfermera que pasaba. Su dedo no podía esperar más. Tuvo resultado, porque enseguida le llamaron y tras inspeccionárselo, le hicieron una radiografía.

Elena se asustó al ver el dedo prácticamente negro aunque se sintió aliviada al saber que no estaba roto.

El médico le vendó el dedo, pero le puso una tablilla para juntarlo con el de al lado para que se recuperara mejor. Debía guardar el máximo reposo posible y en dos semanas lo más probable era que ya estuviera casi recuperado.

—Bueno, esperemos que para la boda estés ya mejor —dijo Elena tras salir de Urgencias.

—Sí, porque esos zapatos que llevaré son demasiado estrechos y quiero bailar contigo toda la noche.

Era una suerte que no necesitara muletas, aunque iba cojeando. Menos mal que en la boda, salvo en el baile, estarían mayoritariamente sentados. No iba a ser una ceremonia por la iglesia, sino por lo civil. Todo sería en el restaurante que habían reservado para aquel día. Tenía un jardín en el exterior donde se realizaría también el cóctel para a continuación entrar en el restaurante que contaba con sala de baile.

—Si vas a estar mejor con deportivas o con otros más anchos, aunque no peguen, pónelos.

—No. Tú vas a ir con un vestido precioso y yo quiero estar a la altura de mi acompañante. —Se inclinó para besarla.

—Tú siempre estás fantástico. Incluso con el dedo negro.

Regresaron al coche para volver a casa y Elena no dejó de pedirle disculpas por el camino. Definitivamente, no iba a volver a pisar una pista de bolos.

Cuando entraron, Samuel se sentó aún algo dolorido en el sofá y Elena

fue a la cocina para llevarle un vaso de agua. Lo mejor sería que se tomara otra pastilla para el dolor.

—Quizá hoy debería dormir en mi cuarto. No quiero golpearte el dedo por accidente —le propuso Elena sentándose a su lado.

—¡Ni hablar! Ya sabes que no duermo bien cuando esa cabecita tuya decide separarse de mí por las noches.

Elena sonrió y bajó la mirada. Al menos dos veces por semana, decidía que lo mejor era dormir separados. Que cada uno tuviera su espacio porque, aunque les hubiera costado dar el paso para iniciar su relación, desde aquel primer beso al amanecer sentía que las cosas entre ellos iban demasiado rápido. Si no fuera porque se convirtió en su compañera de piso antes que en su pareja, no habría aceptado vivir con él. Le asustaba que, por precipitarse y no mudarse con Laila, todo se fuera al traste. Confiaba en que supieran saltar todos los obstáculos que se pusieran por delante de ellos.

—He estado pensando que, cuando acabe mi contrato, podría irme a Oviedo a buscar a mi hermano.

Samuel la miró sorprendido. No le parecía mal que fuera, es más, estaba orgulloso de que lo hiciera, pero quería acompañarla y para ello debía esperar a las dos primeras semanas de julio que era cuando él tenía las vacaciones.

Al ver su gesto, Elena pensó que no quería que fuera. Quizá tendría miedo a que no volviera.

—Solo serían unos días. Además, no tengo casa allá. Solo estaría unos días fuera.

—Elena, no es por el tiempo. Quiero acompañarte.

—¿De verdad? —preguntó emocionada.

—Claro. No estás sola.

—Lo sé, pero... Mi hermano no es como pueden ser otros. Es drogadicto y si se pone agresivo... —Suspiró—. No esperes al típico chico de veintisiete años.

—Me puedo hacer una idea, cariño. Pero si esperas a que tenga vacaciones, iremos juntos.

Elena suspiró y asintió.

—Está bien. Tengo ganas de verle porque puede que cuando lo haga nuestra relación cambie y para bien.

—Estoy seguro.

Capítulo 28

—¡Joder, Ada, mete tripa! —exigió Laila.

—¿Qué crees que estoy haciendo?!

—Os lo vais a cargar —avisó Nerea.

—¡Me estáis ahogando!

—Pues no hay tiempo para que te lo retoquen —dijo Elena ayudando a Laila—. Además, no es de tripa, es que con el embarazo le han crecido las tetas y de pecho no le abrocha.

Había llegado el gran día.

Esa tarde Ada daría el sí quiero frente a decenas de personas para unirse al hombre de su vida por el resto de sus días. Todas las amigas se habían reunido en casa de Laila para preparar a la novia. Allí, además, se encontraban la peluquera, la maquilladora y los padres de la novia. Habían llegado desde Oviedo para aquel momento tan especial, pero no tenían mucho contacto con su hija, pues sus ideales eran distintos.

Consiguieron, al fin, subirle la cremallera del vestido de novia. Tenía el escote corazón y la falda de tul bordado con exquisitos detalles de pedrería en degradé que bajaban por ella. Era de corte sirena, lo que hacía que todas sus curvas se le marcaran. Su pelo, rojo como el fuego, lo tenía recogido de medio lado haciendo que sus rizos cayeran por la piel desnuda de su hombro derecho. La peluquera le colocó el velo y todo el mundo se emocionó.

A la madre de la novia tuvieron que retocarle el maquillaje, pero su padre se mantenía impasible. Sabían que Luis, el padre de Ada, siempre había sido un hombre serio y muy fiel a sus principios pero, en el fondo, estaba muy feliz por su única hija.

—Al menos, que hayas perdido la virginidad antes de casarte ha sido para

procrear.

—Por supuesto, papá. ¿Por quién me tomas?

Elena, Nerea y Laila miraron a Ada y esta con un gesto indicó que callaran. Estas asintieron mientras intentaban contener las risas.

Cuando la novia estuvo lista, el resto de las chicas fueron a vestirse.

Elena se puso un vestido largo verde de palabra de honor ceñido hasta la cadera de donde salía la falda. Tenía un broche plateado en el lado izquierdo de la cintura y una apertura que dejaba a la vista su pierna izquierda. Complementaba el vestido con unas sandalias de tacón alto de color marrón claro con dos tiras con piedrecitas plateadas que se cruzaban en el dorso de su pie hasta abrocharse en el tobillo. Llevaba el pelo suelto, pero la peluquera había pronunciado más sus rizos.

Laila llevaba un vestido azul claro y largo con dos aberturas en los costados para dejar desnuda la piel de su cintura, al igual que su espalda. Era de tirantes que se abrochaban en el cuello y llevaba unas sandalias de tacón plateadas. Se recogió el cabello en un moño alto.

Nerea, al igual que ellas, iba con un vestido largo de color rosa de corte recto con un único tirante y de cintura asimétrica de donde salía una voluminosa falda. Su pelo, recogido en una trenza a un lado, estaba adornado con una diadema plateada.

Todas sonrieron al saber que había elegido un traje acorde con el apelativo con el que le llamaba Hugo: princesita.

—Estáis todas preciosas, chicas. —Sonrió emocionada Tania, la madre de Ada.

—Estoy nerviosa y eso que no es mi boda. —Rio Laila.

—Hugo ya está abajo —anunció Nerea. Su novio iba a ser el encargado de llevar a la novia en el coche—. Es la hora.

Felices y emocionadas todas bajaron y sonrieron al ver el todoterreno negro del animador adornado con flores blancas y lazos rosas. Él iba guapísimo con su traje y su pajarita, algo que sabía que volvía loca a su princesita, quien no tardó en besarle con ardor. Estaba demasiado guapo para no hacerlo.

—¡Hey! —se quejó Elena—. Ya tendréis tiempo de eso. —Rio—. Ahora tenemos una boda que celebrar.

Elena y Laila sonrieron cuando vieron el coche de sus respectivos chicos llegar a buscarlas para ir al restaurante.

Samuel estaba mejor del dedo y en unos días ya estaría completamente recuperado, pero no podía estar mucho tiempo de pie.

Cada una se montó en el coche que les correspondía y tanto Samuel como Mateo se quedaron embobados al verlas, y ellas con ellos. Estaban muy guapos con el traje.

Fueron de los primeros en llegar, pues la novia seguía dando vueltas esperando a que llegara el novio. Ocuparon sus asientos en las sillas de aquel gran jardín que habían preparado para la ocasión, pero Elena se levantó al ver a lo lejos a Alejandro y Pedro aparecer con la pequeña Alba. La niña llevaba un vestido de color crema bastante pomposo y una diadema de color amarillo, al igual que los zapatos. Al verla, la pequeña se lanzó a sus brazos y ella no tardó en cogerla.

—¡Pero qué guapa estás! —Le dio un gran beso en la mejilla—. ¿Vamos con el tío Samuel?

La pequeña rio y Elena la dejó en el suelo para agarrarla de las manos y que anduviera hasta él. Comenzaba a dar sus primeros pasos y con lo espabilada que era, no tardaría en hacerlo sin ayuda.

Llegaron hasta Samuel y el animador la cogió para sentarla en su regazo. Alba subió las piernitas para ponerse en pie y darle uno de sus babosos besos.

—Si no supiera que Hugo me mataría, te secuestraba —le dijo el animador antes de volverla a sentar. No quería que le manchara los pantalones del traje tan pronto. Miró a Elena que sonreía contemplando esa tierna escena—. Quiero una, cariño.

Elena abrió la boca y por un momento, se asustó. Apenas llevaban tres meses juntos y en lo que menos pensaba era en boda y mucho menos en hijos.

—Espera sentado —contestó riendo.

—Nerea y Hugo la concibieron al mes de conocerse.

—A Nerea se le olvidó la píldora y yo llevo un anillo que estará ahí dentro mucho tiempo.

—Ya veremos.

Ella puso los ojos en blanco divertida y Alejandro se acercó a ellos para coger a su nieta. Era la encargada de llevar los anillos, y con ayuda o sin ella debía llegar al altar.

Un nervioso Sergio atravesó el pasillo vestido con un traje de novio de color azul oscuro y brillante. Iba muy guapo y elegante.

Todos los invitados se pusieron en pie y con la música de la marcha nupcial, una feliz Ada comenzó a caminar del brazo de su padre por el pasillo. A Elena no le pasó desapercibido cómo la novia guiñaba un ojo a Hugo y este asentía antes de suspirar como si estuviera nervioso. Eso le extrañó. ¿Qué se traían entre manos esos dos?

Pero enseguida dejó esos pensamientos a un lado cuando vio como Sergio cogía la mano de su amiga para besársela y comenzó a llorar. Estaba tan feliz por ella.

—¿Estás llorando, cariño?

—No, se... Se me ha metido algo en el ojo.

—Anda ven aquí. —Samuel pasó el brazo por sus hombros para besarla en la frente antes de tenderle un pañuelo.

Antes de pronunciar sus votos, las tres amigas se levantaron para situarse a un lado del improvisado altar para leer a los invitados un discurso. Cuando lo elaboraron, ninguna de ellas quería leer, ya que les aterraba hablar en público, por lo que lo echaron a suertes haciendo que Nerea fuera la encargada de hacerlo.

—El día que te conocimos, con tu locura, tu manera de ver la vida, tu alegría y tu espontaneidad, supimos que eras una amiga de las verdaderas. De esas que no te dan la espalda en los momentos más difíciles de tu vida —dijo con un hilo de emoción y aguantando las lágrimas—. Tú no lo sabes, pero que aparecieras en nuestras vidas nos llenó de felicidad. A Laila y a Elena las ayudaste para que unos hombres no les hicieran nada malo y no solo eso, sino que a ambos les clavaste la puntera de tus preciados tacones en su parte más delicada. —Todos rieron—. Te dio igual si esos hombres pudieran hacerte

algo malo a ti. Alguien necesitaba ayuda y no dudaste en ofrecérsela. A mí me encontraste en un momento muy delicado, pues hacía unos meses que mi madre había muerto ante mis ojos. Aunque no me conocías, no te separaste de mi lado en esos duros días, en los que ambas reímos, nos enfadamos y lloramos. Pero siempre juntas. —Pasó la página—. Las cuatro pasamos de ser amigas, a hermanas, porque somos una familia y en todos estos años, jamás nos hemos separado, incluso cuando confesábamos nuestros secretos más oscuros. —Miró a Elena que lloraba a mares—. Por todo lo que nos has dado, hoy queremos estar presentes en este día en el que te unes al hombre al que le has entregado tu corazón. Sergio es esa media naranja que llevas esperando y todas nosotras no podíamos estar más felices por vosotros dos, pues hasta un ciego vería el amor que os profesáis. No será fácil. Habrá muchos baches en el camino, problemas, discusiones e incluso sufriréis con algunas situaciones de la vida, pero tras la tormenta, el sol saldrá y todo aquello quedará sustituido por besos y caricias. Os sonreiréis y miraréis hacia el futuro con la mirada iluminada. Un futuro que está muy cerca, pues en solo seis meses, os convertiréis en padres y no hay nada mejor en este mundo que el nacimiento del fruto del amor. —Miró a Hugo y a su hija con una sonrisa—. Tras todas estas palabras, solo nos queda daros nuestra más sincera enhorabuena y, aunque ya no podamos pasar juntas tanto tiempo como antes, siempre estaremos a tu lado y podrás contar con nosotras cuando nos necesites. Te queremos.

Ada se levantó llorando y las abrazó a todas. Las cuatro lloraban sin importarles el maquillaje. Menos mal que habían pensado en todo y se habían puesto uno resistente al agua.

Cuando los novios se dieron el «sí quiero» y se besaron, los invitados aplaudieron y Elena y Hugo se acercaron para firmar unos papeles. Eran los testigos.

—¿Estás preparado? —le susurró Ada a Hugo mientras firmaba.

—De un momento a otro me desplomo. —Suspiró.

—Mira que eres tonto.

—Vale, ¿me podéis decir qué estáis tramando? —quiso saber Elena.

—Voy a dejar a Sergio y cuando no nos mire nadie, Hugo y yo nos escaparemos para vivir nuestro amor prohibido —bromeó Ada.

—Muy graciosa —ironizó Elena.

—Firmado. Voy a ver qué hace mi hija —se excusó Hugo.

—Y yo a buscar a mi marido.

Elena se quedó mirando a esos dos y negó con la cabeza. Algo tramaban.

Se reunió con Samuel quien le tendía una copa de champán. Chocaron sus copas y dieron un sorbo, pero al ver que ella solo se mojaba los labios, él comenzó a acariciarle la espalda.

—No vas a caer, Elena. Recuerda el salto del acantilado.

—Lo intento. Pero es algo duro para mí.

Él asintió y se inclinó sobre ella para darle un suave beso. Cuando los novios regresaron de hacerse las fotos, los invitados fueron acaparándoles para poder fotografiarse también con ellos. Las amigas se hicieron una foto las cuatro juntas y después cada una con sus parejas con los novios.

Comieron de maravilla en aquel elegante restaurante que a Elena le recordó al que salía en la película Titanic. Se quedó maravillada con aquel techo formado por espejos. Se encontraba en la misma mesa que sus amigas junto con sus parejas y con Pedro y Alejandro, así que la cena transcurrió muy divertida y amena. Más de una vez, tuvo que apartar la mano de Samuel cuando este acariciaba su pierna desnuda. Llevaba toda la noche diciéndole que esa pierna le estaba torturando y que no veía el momento de quitarle el vestido. Elena siempre se sonrojaba y Laila la pillaba enseguida. Por suerte, Nerea estaba distraída intentando que Alba se durmiera. Estaba tumbada en su carrito y ella lo movía de adelante hacia atrás continuamente, pero con tanto alboroto la niña se negaba a dormir. Le costó pero al final cayó redonda.

A la hora del baile, los novios lo inauguraron con la canción de Amaia Montero y Tiziano Ferro, *El regalo más grande*. Los invitados se colocaron alrededor de ellos para verles, pero para los novios solo estaban ellos dos.

A medida que la canción avanzaba, los invitados iban saliendo para bailar. Elena lo hizo con Samuel y en ese momento no pudo sentirse más enamorada. La boda le había hecho estar bastante más tierna de lo normal y a él también parecía haberle afectado. Juntaron sus frentes mientras seguían balanceándose al ritmo lento de la canción y se besaron con dulzura cuando

esta acabó.

—Sabes que te quiero, ¿verdad?

—Sí. Como yo a ti. —Le sonrió Elena antes de volver a besarle. Le encantaba que le dijera esas palabras.

El DJ animó la fiesta en la que los cubatas se fueron sucediendo poniendo las canciones más movidas desde los años ochenta hasta la actualidad. Todos se movían y las amigas cantaron a pleno pulmón cuando sonó la canción *Para hacer bien el amor* de Raffaella Carrà. Samuel rio al verlas y recordó el día que Elena la cantó o más bien, lo intentó, cuando hicieron el concurso de karaoke en el hotel.

Al ver a las amigas entretenidas bailando, se acercó a su amigo que estaba en una esquina de la pista con la mirada fija en las chicas y con su copa en la mano.

—¿Qué te pasa?

—Nada —respondió Hugo.

—Estás sudando como un cerdo —bromeó Samuel—. ¿Ha pasado algo con Nerea? ¿Habéis discutido?

—No.

—Venga ya tío, algo te ocurre.

—Estoy nervioso, solo eso.

—¿Por qué?

—¡No te lo voy a decir!

—Que misterioso estás.

—Ya te enterarás.

Samuel vio a su amigo suspirar cuando Ada le dijo algo al DJ. Este detuvo la música y anunció que todas las mujeres solteras se colocaran en el centro de la pista, pues la novia iba a lanzar el ramo. Al escuchar eso, Hugo le dio su copa a Samuel y se acercó a la pista.

Todas las mujeres fueron a pillar un sitio donde pensaban que iría el ramo, entre ellas, Elena, Nerea y Laila que estaban las primeras. La novia se

colocó en el centro delante de ellas, se puso de espaldas e hizo ademán de tirar el ramo mientras contaba hasta tres, pero antes de finalizar la cuenta, se giró y camino hasta Nerea para entregárselo. Esta se quedó completamente paralizada sin entender nada y Ada le guiñó un ojo antes de dar unos pasos hacia atrás.

Hugo apareció frente a ella, sacó del bolsillo interno de la americana una cajita de terciopelo negro e hincó una rodilla. Al verle, Nerea se llevó la mano a la boca. Jamás habían hablado de matrimonio y aquello era algo que no se esperaba.

—Dicen que de una boda sale otra. Por eso, hoy y ante decenas de personas, quiero decirte que te quiero, Nerea. Me has dado la hija más maravillosa del mundo y quiero seguir siendo así de feliz a tu lado y poder decir orgulloso que eres mi mujer. — Abrió la cajita para mostrar un anillo de compromiso de oro blanco con un único diamante—. ¿Quieres casarte conmigo?

Nerea no podía hablar. Solo asintió con la cabeza y entre lágrimas se lanzó a sus brazos. Hugo se puso de pie y la besó con amor mientras todo el mundo aplaudía. Cuando se separaron, Hugo cogió su mano izquierda para colocarle el anillo en el dedo anular antes de volver a besarla.

Samuel palmeó la espalda de Hugo dándole la enhorabuena y Elena, Laila y Ada abrazaron a una emocionada Nerea.

Tras aquel momento tan romántico, continuaron bailando hasta que Ada oyó un *ras* y se llevó la mano a la espalda. El vestido se le había roto y había dejado a la vista el sujetador blanco que llevaba. Todo el mundo se la quedó mirando, pero ella no parecía enfadada. Se acercó a su marido y le cogió de la mano.

—Bueno, pues mi vestido ha decidido que empiece antes mi noche de bodas. —Movié divertida las caderas—. Así que gracias a todos por venir. Podéis quedaros todo lo que queráis, ¡barra libre!

Todos rieron y la gente se fue yendo cuando los novios abandonaron la fiesta. Elena aprovechó que estaba en el coche, para quitarse los zapatos ya que le dolían mucho los pies.

—Qué liberación. —Suspiró Elena.

—No sé cómo podéis andar con esos tacones.

—Andar no es difícil. Lo difícil es aguantar. Estoy muerta.

—Pues no te duermas, porque esa pierna lleva provocándome toda la noche y voy a pasarme el resto de la noche besándola hasta el amanecer.

—¿Solo me vas a besar la pierna? —Rio Elena.

—No. Voy a besarte de pies a cabeza.

Al llegar a su hogar, Samuel la cogió en brazos y entre besos y risas la tumbó sobre la cama tras quitarle el vestido. Gruñó al ver que no llevaba sujetador y acarició todo su cuerpo con las manos y con su boca haciéndola tocar el cielo. Tal y cómo había dicho, le hizo el amor hasta que el amanecer llegó y, tras contemplarlo, se quedaron dormidos.

Capítulo 29

Había llegado de nuevo el verano y el sol pegaba con fuerza. Laila llevaba poco más de tres semanas trabajando en el chiringuito que había abierto el hotel en la playa llamado Magic Beach. Se había podido deshacer del uniforme y llevaba para trabajar un vestidito blanco muy veraniego, las chanclas y el bikini. Menos mal que en el chiringuito tenía un ventilador o si no le daría un golpe de calor de un momento a otro.

Elena había dejado su trabajo en el hotel y la echaba de menos, pero estaba feliz por ella. La segunda semana de julio se incorporaba en el hospital como auxiliar de enfermería.

Por su parte, ella había renovado el contrato, esa vez por un año. Ella había estudiado para dedicarse a la hostelería y le encantaba ese mundo, aunque fuera agotador.

Durante el verano trabajaría en aquel chiringuito que había tenido un gran éxito. Acudían a él los huéspedes del hotel Villa Magic para refrescarse y algunos días los animadores asistían para hacer ahí las actividades en las cuales se podían unir todo el mundo que quisiera. Como Elena vivía cerca de ahí, en cuanto Samuel aparecía, su amiga le mandaba un mensaje para que lo supiera. En un minuto Elena se reunía con ella, no solo para saludar a su chico y verle, sino también para charlar con Laila. Ambas echaban en falta sus charlas en el descanso.

Ese día el chiringuito tenía el mismo movimiento y Alejandro y Pedro le habían informado que aquella tarde iría un chico para dar unas clases de aerobio. Debería tener en el mostrador botellas de agua para todas las personas que participaran. La actividad se haría más entrada la tarde, pues a media tarde el sol calentaba mucho y podría ser peligroso.

Al ver que llegaba la hora, Laila comenzó a sacar de la nevera las botellas de agua dando la espalda a la barra. Casi se cae al suelo al oír la voz del

hombre por el que suspiraba.

—Hola, mi enana.

—¡Hola! —le saludó dándose la vuelta—. ¿Qué haces aquí? —preguntó aupándose con la ayuda de la barra para alcanzar sus labios. Cómo odiaba ser tan bajita.

—Soy el monitor que dará las clases de aerobio.

—¿De verdad? Y yo que creía que venías para verme... —bromeó.

—Bueno, quiero convencerte para que salgas y también te muevas.

Laila rio y negó con la cabeza. No podía abandonar su puesto de trabajo.

—Estoy trabajando, Mateo.

Él dio unos golpes sobre la barra y Laila se aupó para sentarse sobre ella. Juntó las piernas para que no se le viera nada, antes de separarlas para que Mateo se colocara entre ellas. Rodeó con sus brazos su cuello y lo atrajo hacia ella. Estaban a la misma altura.

—Anímate. —Colocó las manos en sus caderas.

—No puedo. Al igual que tú, tengo trabajo.

—Lástima. —Posó la mirada en su escote—. Con lo que me gusta ver a esas dos en movimiento.

Laila rio al mismo tiempo que le levantaba la barbilla para que alzara la mirada y así sus ojos chocaran.

—Vaya, ¿vuelves a fijarte solo en mis tetas? —dijo divertida—. Creía que te gustaban mis ojos.

Mateo se acercó más a ella e indicó rozando sus labios con los suyos:

—Nena, tus ojos me tienen enamorado, pero soy un tío y tus tetas siguen volviéndome loco.

La mente de Laila solo se había quedado con una palabra de aquella frase. Incluso ignoró lo que había dicho de sus pechos.

—¿Has dicho enamorado? —preguntó en apenas un susurro por miedo a que hubiera escuchado mal.

—Sí, nena, lo he dicho. Estoy enamorado de ti.

Laila sonrió como una boba y sin importar quien les mirara, saltó a sus brazos para besarle con ardor. Mateo no tardó en sujetarla entre sus fuertes brazos y le devolvió el beso feliz porque por fin hubiera podido decirle lo que sentía por ella.

—Yo también estoy enamorada de ti. —Vio como él sonreía.

—Te quiero, mi enana.

Ella sonrió. Solo le gustaba ese mote cuando sonaba de sus labios.

—Y yo a ti —confesó feliz—. Creo que será mejor que vayas a trabajar porque ahora mismo solo pienso en secuestrarte y atarte a mi cama.

Mateo soltó una carcajada y le regaló un último beso antes de separarse de ella. Iba a demostrarle cada día a esa preciosa mujer de ojos celestes que sus palabras eran totalmente sinceras.

* * *

Aquella noche, en casa de Samuel y Elena, ambos charlaban sobre el nuevo trabajo de esta última. Samuel la veía feliz y ella estaba muy entusiasmada. Le encantaba ayudar a gente que lo necesitaba y sacarles una sonrisa. Le quedaba poco menos de un mes para empezar y el mes de junio que no trabajaría, cobraría el paro. Además, esa semana había ido a varios concesionarios de segunda mano para comprar un coche, pero decidió esperar un poco más por si el trabajo en el hospital no le duraba. No quería ser negativa, pero era mejor prevenir que curar.

El último día en el hotel, Samuel con ayuda de todos sus compañeros, le preparó una pequeña despedida. Todo el mundo la echaría de menos, pues Elena había demostrado ser muy eficiente y buena en su trabajo. Fuera cual fuera. Incluso cuando Esther le hacía lo peor, siempre tenía una sonrisa para los clientes y no dudaba en ayudar a sus compañeros cuando se lo pedían.

El novio de Jaime le había preparado una tarta adornada con piruletas de chocolate. Elena sonrió al verla y miró a Samuel, pues sabía que era cosa suya. Él no dijo nada, solo la sonrió.

En el hotel todo el mundo sabía que eran pareja. Mónica, la recepcionista, se había encargado de ir con el correveidile.

Alejandro y Pedro le entregaron un pequeño regalo de parte de todos. Era un álbum de fotos de todos los empleados. Esas fotos las hacían para promocionar el hotel en su página de Facebook. En ellas salían todos y al final, todos sus compañeros le dedicaban unas palabras y firmaban.

Elena se emocionó mucho y le resultó difícil decir adiós, aunque sabía que sería un hasta luego.

—He estado pensando —dijo Samuel mientras ayudaba a Elena con la cena. Estaban preparando lasaña casera—. En el hospital también llevarás uniforme y quizá me haga el enfermo para verte vestida de enfermera. Con esas batas tan sexys y enseñando tus preciosas piernas.

Elena le miró y se dio cuenta de cómo la desnudaba con la mirada. Soltó una carcajada antes de meter la lasaña en el horno.

—Aunque me hubiera gustado ser enfermera, no lo soy. Soy auxiliar y mi uniforme no es el que imaginas. —Se acercó a él y rodeó su cuello con los brazos—. Llevo una especie de pijama blanco horroroso, unas zapatillas de goma aún más feas y, a veces, una bata por encima.

Samuel se quedó pensativo. Una de sus fantasías era verla con la bata y sus piernas desnudas.

—Pues un día quiero verte andar por casa solo vestida con la bata sin nada debajo.

Ella alzó las cejas y comenzó a imaginarse aquello. Podría ser muy interesante y le encantaba sentirse deseada por él.

—Eres un perverso, pero me encanta.

Se besaron con pasión, pero enseguida tuvieron que separarse. Habían llamado a la puerta. Se miraron extrañados pensando quién podría ser a esas horas.

Samuel fue a la puerta y se quedó paralizado al ver a la persona que se encontraba tras ella. ¿Qué hacía ahí?

—Mamá... —susurró.

—Hola, cariño.

Elena se asomó ligeramente para ver de quién se trataba, pero no reconoció a aquella mujer. Aunque sí se asustó al verla. Estaba muy tísica. Tenía el pelo negro que acentuaba más el color pálido de su piel y dos pronunciadas ojeras bajo unos ojos de color miel. La ropa que llevaba le quedaba enorme e intentaba sonreírle a Samuel, pero hasta algo tan sencillo le costaba hacer. Esa mujer apenas tenía fuerzas.

—¿Qué haces aquí?

Samuel estaba aún demasiado asombrado para creer que en verdad su madre estuviera en la puerta de su casa. Sobre todo con aquel aspecto. Los síntomas de la depresión eran evidentes en su cuerpo. No sabía de ella desde la última vez que la visitó el verano pasado y apenas cruzaron cuatro palabras los cinco días que estuvo en su hogar de Londres. Su madre apenas le podía mirar porque era la viva imagen de su padre.

—Es difícil de explicar. —Suspiró—. Llevo unos días instalada en mi hogar. No en Londres, sino en Valencia. La casa donde viví los mejores años de mi vida. Donde tu padre y yo te criamos. —Se frotó las manos nerviosa—. Hace una semana tuve un sueño. En él salía tu padre cogiendo aquel avión, pero no estaba solo. Tú ibas con él y os perdía a ambos. Sé que puede parecer una tontería, pero eso me ha hecho darme cuenta de que no quiero estar lejos de ti. Aunque puede que ya sea tarde. Lo siento mucho, hijo. Todo lo que sucedió —se señaló a sí misma—, me superó. Amaba a tu padre y lo sigo amando. Y deseo de corazón, que no sufras lo que yo sufrí y que algún día puedas perdonarme por cómo me he comportado contigo los últimos diez años. A pesar de todo, sé que me has cuidado. Pero ya no quiero que me mandes más parte de tu sueldo. Voy a volver a ser la que era. Por ti, cariño. Porque eres mi niño.

—Claro que te perdono, mamá. —La abrazó Samuel con cuidado de no lastimarla. A pesar de que por ella lo había pasado mal, era su madre y con su padre aprendió que lo peor que puedes hacer en esta vida es guardar rencor y estar enfadado con las personas que quieres.

Elena sonrió ligeramente al contemplar la escena y vio como ambos entraban. Estaba nerviosa, pues no quería que la madre de Samuel la viera con malos ojos. Jamás había conocido a los padres de los hombres con los

que había intentado tener una relación seria y no sabía cómo comportarse.

—Mamá, te presento a Elena, mi novia. Elena, esta es Ana, mi madre.

—Encantada. —La sonrió Elena dándole dos besos.

—Lo mismo digo, bonita. —Le devolvió la sonrisa—. Veo que mi hijo ha tenido mucha suerte.

Ella se sonrojó y solo pudo asentir con la cabeza. No sabía qué contestar a eso.

—¿Quiere quedarse a cenar? Hoy hemos preparado lasaña y va a sobrar bastante.

—No quisiera molestaros, solo he venido para pedirle perdón a mi hijo.

—Insisto. Así podrán hablar con tranquilidad. Estoy segura de que hay mucho que contar.

—Tienes razón. Y tutéame, Elena.

—Claro. ¿Puedo preguntarte si has venido en coche?

—No, he cogido un cercanías. Y el último a Valencia sale en una hora.

Cuando Elena vio a esa mujer, por un momento recordó a la señora González. Sabía por Samuel que llevaba años sumida en una depresión y podía ver los signos de ella en su cuerpo. Necesitaba ayuda y, por el momento, era mejor que no estuviera sola. Debería hablar con Samuel.

—Creo que lo mejor será que esta noche duermas aquí —le propuso Elena.

Samuel la miró. Se sorprendió por aquello, aunque él pensaba lo mismo, pero no esperaba que fuera Elena quien lo propusiera.

—No quisiera molestaros.

—Mamá, no molestas y yo me quedo más tranquilo.

—Está bien. ¿Os importa que me dé una ducha?

—Por supuesto que no. —Se le volvió a adelantar Elena—. Os dejo solos mientras preparo la ducha.

Elena subió por las escaleras y comenzó a prepararla, pero se demoró en

la tarea para dejar a madre e hijo hablando a solas. Lo mejor era que se fuera con Laila unos días. Estaba claro que Ana no podía quedarse sola. En ese momento, necesitaba mucho apoyo.

Antes de bajar, llamó a su amiga para comentárselo y esta no dudó en ofrecerle por unos días su habitación libre.

Volvió a reunirse con ellos y le indicó dónde se encontraba el baño para que se duchara tranquila. Ana le dio las gracias y subió adonde le había indicado.

—Samuel, tenemos que hablar —dijo Elena cuando oyó el cerrojo del baño correrse—. Tu madre no está bien y necesita mucha ayuda. No creo que sea bueno que regrese a su casa, creo que es mejor que se quede unos días aquí y que vaya al médico. Necesita tratamiento, no solo psicológico. Tiene mal aspecto.

Se mordió el labio inferior nerviosa. Quizá aquello que le había dicho le sentaba mal porque ella no tenía que meterse en un asunto que le implicaba solo a él y a su madre.

—Tienes razón.

—Bien. Pues me iré estos días a casa de Laila. Ya he hablado con ella y me marcharé mañana.

—No, Elena. Esta también es tu casa.

Ella sonrió y se acercó a él para acariciarle la mejilla.

—Solo serán unos días. Hasta que tu madre esté mejor.

—Elena, cabemos aquí los tres. —Rodeó su cintura—. Mi madre en la habitación individual y tú conmigo.

Elena se sonrojó. Quizá a Ana no le parecía bien que durmieran juntos. Vale que eran adultos, pero eso no quitaba que la madre de Samuel tendría sus principios.

—Samuel...

—Llama a Laila y dile que te quedas aquí. A mi madre no le va a molestar.

—Está bien, pero si noto tensión, me voy.

—Vale, pero no la notarás.

Minutos después, Ana bajó y su hijo le propuso lo que habían pensado Elena y él. En un principio su madre se negó, no quería ser una molestia, pero tras la insistencia de esos dos, no le quedó más remedio que aceptar. Samuel quedó en ir al día siguiente a Valencia para coger algo de ropa.

Durante la cena, Elena y Samuel le contaron todo aquello que Ana les preguntó y la madre del animador sonrió al escuchar cómo se conocieron y su primer beso. Elena se sonrojó cuando Samuel lo contó y se levantó de la mesa para comenzar a recoger.

Elena y Ana enseguida congeniaron y, como esa semana Samuel tenía turno de mañana, le propuso acompañarla al centro de salud. Le contó que cuando era todavía apenas una cría, cuidó de su ángel de la guarda y que contara con ella en todo lo que necesitase.

Como buena madre, Ana le relató pequeñas anécdotas de su hijo, como cuando tenía cinco años y le preguntó si cuando se caían los dientes de leche, salían los de café. No quería tener los dientes marrones y estaba muy preocupado. Elena se carcajeó y miró a Samuel que en ese momento se tapaba la cara. Se le veía feliz porque empezaba a recuperar la relación con su madre.

A las doce de la noche se despidió de aquellas mujeres a las que tanto quería. Estaba agotado, pero Elena y Ana continuaron hablando hasta altas horas de la noche.

—Creo que será mejor que descansemos —anunció Ana bostezando—. Ya me ha comentado mi hijo que te despiertas demasiado pronto.

—Sí. Es una mala costumbre.

—No es una mala costumbre. Es lo que hace única a cada persona.

Capítulo 30

—¿Entendido, Ana?

Esta asintió y cogió los papeles que el médico le entregaba. Llevaba dos días instalada con su hijo y su novia, y ese día Elena la había acompañado al ambulatorio para hacer una revisión de su estado de salud.

Estaba en riesgo de bajo peso y la tensión y el azúcar lo tenía por los suelos. Debería ganar peso y acudir semanalmente a un psicólogo. Ana le dijo que lo haría en cuanto regresara a su hogar en Valencia dentro de unos días.

Tras salir del médico, ambas fueron a un supermercado que había cerca de la casa para comprar cosas que necesitaban. Elena había congeniado muy bien con su suegra. Aquella mujer lo había pasado muy mal tras la muerte de su marido y ella no pudo evitar ponerse en su lugar. Si perdía a Samuel, no sabría si saldría del estado de tristeza en el que se encontraría. Suspiró y desechó esos pensamientos cuando llegaron a casa. Prepararon café y mientras Ana se sentaba para tomárselo, Elena sacó de la cocina una tarta de manzana que hizo el día anterior.

—No tienes excusa para no devorarla. —La colocó frente a ella—. Un par de trocitos te vendrán muy bien.

—Algo bueno tenía que tener estar así —bromeó Ana aceptando el plato pequeño que le tendía Elena.

—¿Cómo te encuentras?

—Mejor. Cada día que pasa, me siento más fuerte.

Elena sonrió y dio un sorbo a su café. Le encantaba ver cómo esa mujer se recuperaba a un buen ritmo. En esos dos días que llevaba con ellos, le habían desaparecido las ojeras y sus ojos tan parecidos a los de su hijo, tenían

un brillo que antes no existía.

—Me alegro mucho.

—Cuéntame algo de ti, Elena —le pidió Ana dando un sorbo a su café—. Me gustaría conocerte más.

Elena se puso nerviosa y notó como su cuerpo se tensaba, pero no pensaba ocultarle a esa mujer quien era. Recordó las palabras de Samuel. Los errores del pasado la habían convertido en quien ahora era y sabía que si esa mujer la odiaba, no dejaría a Samuel. Soportaría lo que le dijera o cómo la mirara.

Desde que estaba con él, se sentía más segura y no tenía tanto miedo de lo que la gente pensara de ella cuando conocieran lo que hizo.

Le relató su historia, la que poco a poco la gente iba conociendo y vio en el gesto de la mujer como se mantenía impasible, escuchando muy atenta.

Elena ocultó las manos entre sus muslos para que no viera cómo temblaba.

—¿Lo sabe mi hijo? —preguntó Ana con voz suave.

—Sí. Él me está ayudando mucho a entender que no volveré a ser esa adolescente problemática.

Ana le sonrió.

—Estoy orgullosa de que mi hijo haya encontrado a alguien como tú.

—¿De verdad? —quiso saber Elena.

—Claro. Estos años no he sido la mejor madre para él. Y ambos me estáis dando una oportunidad para demostraros que he cambiado y quiero salir del estado en el que me encuentro. Sería injusto que te juzgara solo por lo que hiciste y no por lo que veo. No debes preocuparte, Elena. Te conozco poco, pero los años me han proporcionado mucha experiencia y sé que no caerás de nuevo.

—Gracias.

Elena se emocionó mucho con esas palabras, aunque siempre le quedaba una opresión en el pecho cuando hablaba de ello o lo recordaba. Sabía que no cerraría esa parte de su vida hasta que se encontrara con su familia, si eso

llegaba a ocurrir.

—Estás pensando en tu familia, ¿verdad? —preguntó Ana.

—Sí. —Suspiró.

—He visto en la habitación donde me habéis instalado un par de fotos y la niña que sale en ella tiene tus ojos.

—Cuando me escapé de mi casa, cogí esas dos fotos de mi habitación. Era como si supiera que las necesitaría cuando me sintiera sola y quisiera el calor de mi hogar. —Se le humedecieron los ojos—. Muchas noches dormía abrazada a esas fotos. —Se rascó la coronilla—. Debería haber vuelto a casa cuando aún estaba a tiempo.

Al verla tan apagada, Ana le cogió la mano para transmitirle ánimo. Aquella mujer también había sufrido a lo largo de su vida y que prácticamente ella sola hubiera salido de aquello, le hacía muy fuerte.

—No es tarde, Elena.

—No sé nada de ellos. Mi hermano me llamó hace meses pero yo no me atrevo a llamarle. La última vez que hablamos, no acabamos bien. Y en cuanto a mis padres... —La miró—. Ni siquiera sé si viven en Oviedo o si han cambiado de número.

—¿Has probado a llamar al número que ya tienes?

Elena negó con la cabeza y miró su móvil encima de la mesa antes de comenzar a acariciar la pantalla negra. En cuanto se escapó, se deshizo de la tarjeta para que no la encontraran y estuvo dos años sin móvil hasta que recuperó las riendas de su vida. Cuando tuvo suficiente dinero ahorrado, compró dos nuevas tarjetas con sus tarifas, una para ella y otra para su hermano. Cuando se fue a vivir con la señora González, su hermano y ella perdieron el contacto, pero sabía dónde encontrarle...

Cuando llegó a aquel chamizo donde el olor era nauseabundo, lo primero que hizo fue preguntarse cómo pudo estar ahí prácticamente viviendo tanto tiempo. Lo segundo que se preguntó fue que con qué clase de personas salía y lo último fue reprocharse lo que había hecho.

Intentaron convencerla de que volviera con ellos, pero se negó en rotundo y de nuevo intentó llevarse a su hermano, aunque fue imposible. Por lo

menos aceptó el móvil nuevo para estar en contacto.

Lo primero que hizo con la nueva tarjeta fue guardar el número de sus padres y el de su hermano. El de sus progenitores se los sabía de memoria, por suerte, pero jamás les había llamado.

Ahora que Ana había sacado el tema, notaba en su cuerpo el valor necesario para probar.

Al ver lo que iba a hacer, la madre de Samuel le preguntó:

—¿Quieres que te deje a solas?

—No. —Negó—. Me gustaría que estuvieras.

—Claro.

El corazón de Elena chocaba contra sus costillas con tanta fuerza que temió que se le saliera. Incluso era capaz de escuchar el ritmo rápido de sus latidos. Las manos le temblaban y tras seleccionar el número de su madre, llamó. Se lo llevó al oído y enseguida la voz del contestador le avisó que aquel número estaba apagado o fuera de cobertura. Llamó a su padre y le ocurrió lo mismo.

Dos lágrimas recorrieron sus mejillas pero inmediatamente se las secó.

—Lo siento mucho —la consoló Ana.

—No te preocupes. Es algo que tengo que asumir. —Dejó de nuevo el móvil encima de la mesa.

Se disculpó de Ana y tras recoger los platos, las tazas y la tarta, se cambió de ropa para dar un paseo por la playa. Necesitaba calmarse.

Caminó por la orilla hasta llegar a una zona donde no había demasiada gente. Echaba de menos el frío y la playa solitaria. Se sentó en unas rocas y lloró. Necesitaba desahogarse. No iba a volver a ver a sus padres ni les pediría perdón ni les volvería a abrazar. ¿Qué había hecho? Agarró con sus dedos mechones de su cabello y tiró de ellos mientras emitía un pequeño grito, furiosa consigo misma.

Se sentía muy mal y en lo único que pensaba en ese instante, era en desaparecer. Se abrazó las rodillas e intentó calmarse. Se secó las lágrimas y sorbió por la nariz cuando oyó la música de su móvil. Probablemente sería

Samuel preocupado por ella. Pero el estómago le dio un vuelvo al ver que se trataba de su hermano.

—Ho... Hola —tartamudeó.

Esperó unos segundos a que Darío hablara, pero no lo hizo. Solo oía a lo lejos unos sollozos. Eso la asustó.

—¿Darío?

—Elena... —susurró y comenzó a llorar.

—Estoy aquí —intentó calmarle y empezó a llorar ella también—. Darío, háblame.

—Ayúdame —consiguió decir.

—¿Qué? —preguntó. No sabía si había entendido bien.

—Necesito tu ayuda. Yo... Tenías razón. Esto no es vida, no quiero esto y llevo una semana sin meterme nada, pero estoy muy mal. —Lloró con fuerza—. Quiero ser feliz.

—Darío... Claro que te voy a ayudar. —Sonrió entre lágrimas—. Estoy orgullosa de ti. ¿Dónde estás viviendo?

—Pues vivía con el Chano hasta la semana pasada en su piso. Cuando le dije que iba a hacer lo mismo que tú, me echó y llevo esta semana durmiendo en albergues o en cajeros. Donde puedo. Y como en el comedor social. Como cuando estábamos solos.

—Sabes que estoy en Gandía, pero mañana mismo voy a Oviedo. Cuando llegue te llamo y quedamos, ¿vale? Se acabó, Darío. Te prometo que serás feliz.

—Gracias Elena. No me lo merezco. —Oyó como lloraba de nuevo.

—No digas eso. Sabes que te quiero, ¿verdad, pequeñajo?

—Yo también, hermanita.

Elena sonrió emocionada. Echaba tanto en falta el amor de su familia.

Samuel no empezaba las vacaciones hasta dentro de dos días, pero su hermano la necesitaba, así que al día siguiente cogería el primer autobús que fuera a Oviedo y se reuniría con Darío. Reservaría habitación en un hotel y

Samuel si quería, que se reuniera con ella cuando pudiera.

Caminó de vuelta a casa, aunque más bien, corrió y tras entrar por la puerta, saludó con un rápido hola a Ana y a Samuel, quien ya había llegado de trabajar, y subió para coger su portátil. Se sentó en la cama de matrimonio que había en la habitación de Samuel para estar más cómoda. Reservó un billete de tren que salía a las siete de la mañana y comenzó a mirar hoteles decentes y baratos. En cuanto encontró uno a su gusto, reservó para cinco días. Esperaba que fuera tiempo suficiente, si no, podría quedarse dos días más, pero el domingo debería marcharse pues dentro de dos semanas comenzaba a trabajar.

Oyó unos suaves golpes en la puerta y miró para ver quién entraba. Sonrió al ver a Samuel.

—Hola. —Se sentó en la cama—. ¿Estás bien? Mi madre me ha contado que has llamado a tus padres.

—Sí, pero creo que cambiaron de número hace tiempo.

—Lo siento, cariño.

—Me voy mañana a Oviedo.

Samuel la miró sorprendido. ¿Cómo que se iba mañana?

—Me ha llamado mi hermano —le explicó Elena al verle tan serio—. Me ha pedido ayuda y pienso ir.

—Si esperas dos días, sabes que...

—No, Samuel. Darío me necesita ya y no pienso esperar más días. Tengo ya el billete y el hotel. Si quieres, puedes reunirte conmigo cuando tengas vacaciones. —Posó la mano en su mejilla—. Samuel, te quiero. Pero a mi hermano también y me necesita. Sabes que estuve en su lugar y sé que ahora necesita muchísimo apoyo.

—Está bien. Me reuniré contigo en cuanto empiecen mis vacaciones, pero quiero que me llames varias veces al día. ¿Entendido?

—Sí. —Sonrió acercándose a él para besarle.

Samuel la abrazó por la cintura y poco a poco se fue recostando sobre ella. Sus besos se volvieron más pasionales y necesitados, y él metió sus

manos bajo la fina camiseta de tirantes que llevaba.

—Samuel, para —le pidió Elena jadeante.

Pero él no la hizo caso. Continuó besando la piel de su cuello y de su escote y le mordió un pezón por encima de la ropa sorprendiéndola al notar la fuerza de aquel mordisco, aunque le había encantado. Elena notaba cómo sus bajos comenzaban a humedecerse y no había nada que deseara más que quitarse la ropa y quitársela a él, pero su madre estaba rondando por la casa y no le parecía bien.

Quiso decir algo pero fue incapaz, pues las expertas manos de Samuel se deslizaron por el interior de sus pantalones cortos y sus braguitas para separar sus pliegues y comenzar a acariciar ese punto tan sensible de su anatomía.

Elena se mordió el labio para evitar gemir y separó más las piernas mientras los dedos de Samuel se movían en círculos sobre aquel hinchado botón impregnándolos de su jugo. Continuó besándola en el cuello y deslizó sus yemas por toda su hendidura consiguiendo que ella notara cómo su sexo palpitaba ansioso de recibir más. La besó con fuerza cuando se deslizó en su interior y Elena ahogó los gemidos en su boca.

—Tu madre...

—Chss, no hagamos ruido —susurró en su oído sin dejar de penetrarla con la mano—. Mañana te vas, no nos veremos en dos días y quiero disfrutarte.

Elena solo pudo asentir y atrapó con sus manos las sábanas para apretarlas e intentar controlar sus gemidos. Ni siquiera la había desnudado y ya estaba a punto de irse. Le necesitaba a él.

—Samuel... Te quiero a ti dentro. —Arqueó la espalda cuando metió la mano que tenía libre bajo su camiseta y tras bajar su sujetador, comenzó a mimar su pezón.

—Mi madre sospecharía demasiado por nuestra tardanza. —Le besó la comisura de sus labios—. Y aunque a mí no me importaría, sé que después te daría vergüenza bajar tras hacer el amor con ella a unos metros.

—Vale, para.

Elena cogió su mano y se la sacó de sus pantalones para ponerse en pie.

—¿Qué ocurre?

—Se me ha bajado todo el calentón. Tu madre está a unos metros y no quiero que nos oiga. Tienes razón, me moriría de la vergüenza.

—¿Entonces, quieres que bajemos?

Ella se quedó mirando el apetecible bulto que escondían sus pantalones y se mordió el labio inferior. Llevaban sin sexo desde que la madre de Samuel se instaló con ellos y no le importaba que estuviera allí, pero aquellos calentones que les daban no eran buenos.

Además, Samuel sabía que Elena aprovechaba cuando su madre y él se iban a pasear para usar a su querido Pepito Grillo. Se lo había confesado ella misma sintiéndose culpable por no poder hacer lo que deseaba con él.

—Mejor ve a darte una ducha y ya bajo yo tras cambiarme.

—Será lo mejor.

Elena fue al armario donde había trasladado parte de su ropa y sacó unos pantalones cortos de algodón y otra camiseta. En la ropa que llevaba se notaban los signos de su arranque de pasión, pero antes de que pudiera desprenderse de ella, notó los brazos de Samuel abrazándola por detrás.

—Te voy a echar mucho de menos, cariño.

Ella sonrió y se dio la vuelta para mirarle.

—Solo serán unos días.

—Lo sé. ¿A qué hora sale el tren?

—A las siete.

—Qué raro que quieras salir tan pronto... —Ironizó—. Te llevaré.

—No, que tienes que trabajar.

—No entro hasta las ocho. Y quiero pasar todo el tiempo que pueda contigo. Será demasiado duro —dramatizó.

Elena se abrazó a su cuello y se puso de puntillas para alcanzar sus labios.

—Te estaré esperando.

Capítulo 31

—Así mucho mejor. —Revolvió Elena el pelo recién cortado de su hermano.

Llevaba dos días en Oviedo y, a pesar de que le dolía ver el aspecto de su hermano, debía mostrarse positiva y alegre con él. Se reunieron en el parque donde jugaban cuando eran unos mocosos. En él hicieron las peores trastadas y por más que sus padres les regañaran, ellos continuaban haciéndolas.

Cuando vio a Darío, en un principio apenas le reconoció. Tenía un aspecto horroroso. Se notaba que hacía días que no se duchaba y necesitaba un buen corte de pelo, además de un afeitado. La ropa que llevaba se distinguía que era vieja. Llevaba un vaquero con el bajo completamente roto y una camiseta de publicidad. Elena adivinó que esas ropas provenían de las que algunas personas donan para quienes la necesitan. Pero a pesar de su aspecto, se lanzó a sus brazos. Necesitaba ese abrazo y sonrió emocionada al notar como él se lo devolvía.

—Perdóname, Elena. Por cómo te he tratado estos últimos años —dijo sin dejar de abrazarla.

—No, Darío. Perdóname tú a mí por lo que te hice. —Se separó—. Mamá y papá no nos echaron de casa. Falsifiqué su letra en aquella nota para que así lo creyeras —se sinceró con los ojos húmedos.

—Lo sé. Siempre lo supe.

Elena le miró sorprendida. ¿Cómo que lo sabía? Al ver la cara de su hermana, Darío le aclaró:

—La letra de papá nunca la supiste falsificar y no te sale nunca esa espiral en un palito de la M que hace mamá. Sabía que lo escribiste tú.

—¿Por qué no dijiste nada? —preguntó.

—Tenemos mucho que hablar, pero no nos precipitemos. Vayamos despacio.

Elena asintió y se marchó con su hermano al hotel donde había reservado. No iba a permitir que durmiera en la calle, por eso había cogido una habitación con dos camas y cuando llegara Samuel, lo más probable era que reservaran otra habitación. Ella no iba a dejar a su hermano solo. La necesitaba y no pensaba defraudarle. Le compensaría por todo aquello.

Elena le habló de cómo le había ido la vida desde que se separaron y su hermano se alegró por ella. Pasó por momentos difíciles, pero era feliz. Eso le alegraba. Aunque no soportaba su mirada cuando le daba uno de sus ataques agresivos por culpa de estar tantos días limpio. O cuando su cuerpo era azotado por sus incontrolables temblores y su estómago se retorció hasta echar el último mililitro de bilis. Sabía que iba por buen camino, pero todo eso estaba siendo muy duro para él. Aunque pensaba conseguirlo. Cada día que pasaba, el no drogarse le resultaba un poco más fácil, aunque tenía sus momentos de debilidad, pero Elena estaba allí para ayudarle.

Habían hablado de una clínica de desintoxicación y aunque a Darío no le hacía mucha gracia, aceptó ingresar en ella. Su hermana debía marcharse en unos días para empezar a trabajar en el hospital de Gandía y no podía estar con él para ayudarle en lo que necesitara todo el día.

En esos dos días que pasaron juntos, Elena le compró ropa e hizo el ingreso del dinero en la clínica. Darío entraría el mismo día en el que Elena abandonaría Oviedo. Le prometió acompañarle para despedirse de él. Aquel dinero era parte de sus ahorros para un nuevo coche, pero eso podía esperar. Su hermano era lo primero en ese momento.

Tras rellenar la inscripción, fueron al centro comercial para comprarle ropa y todo lo que necesitaba. Darío se negaba a que su hermana le comprara tantas cosas, pero ella no le hacía caso, por lo que finalmente, se rindió.

Habían pasado dos días y a la noche, Samuel llegaría. Elena estaba impaciente por verle. Le echaba de menos. Ese día habían ido a la peluquería para cortarle el pelo a Darío. Sin el pelo largo, limpio y con ropa nueva, dejó de parecer un vagabundo para dar lugar a un joven de veintisiete años muy apuesto. Al igual que ella, tenía los ojos verdes, pero los suyos eran más claros. Tenía el pelo negro y una incipiente barba que se negaba a afeitarse,

puesto que le hacía mucho más atractivo. Y así era. Cuando la peluquera terminó su trabajo, le guiñó coqueta un ojo a Darío.

—No me reconozco ni yo. —Suspiró Darío al mirarse.

Aún tenía signos de la vida que quería dejar atrás y, a pesar de estar demasiado delgado, tenía un rostro muy bello. Miró a su hermana a través del espejo que en ese momento estaba mandando mensajes por el móvil con una sonrisa de enamorada.

—¿Hablas con ese novio tuyo? —preguntó Darío levantándose de la silla.

—Sí. —Suspiró—. Sale ahora de trabajar, así que comerá, llevará a su madre a Valencia y vendrá.

Elena le había hablado de Samuel y de su madre. Una mujer que llevaba unos días con ellos y que, tras recuperarse, volvía a su hogar, pero con la promesa de verles más a menudo.

Darío estaba nervioso. Normalmente eran los hermanos quienes tenían que dar el visto bueno al novio de su hermana, pero él tenía miedo de que a Samuel no le gustara y le alejara de Elena. Se lo había comentado a su hermana y ella siempre le tranquilizaba argumentándole que Samuel estaba más que dispuesto a ayudarlo.

Tras comer, Elena dejó a su hermano durmiendo mientras iba a dar un paseo por esas preciosas calles. Las echaba de menos, pero era feliz con la vida que tenía. Anduvo durante un buen rato, pues Samuel no llegaría hasta pasadas las once de la noche.

Se reunirían en la puerta del hotel, donde habían reservado una habitación más para él. Sabía que Elena dormía en el mismo cuarto que su hermano y, aunque le encantaría estar con ella tras esos dos días, no la iba a separar de Darío. Aguantaría hasta que regresaran a Gandía.

En una de sus paradas, la llamó para informarla de que iba por la mitad del camino y le dijo que estaba deseando verla. Elena sintió esas mariposas en el estómago y sonrió como una boba. Le habría encantado hablar más con él, pero cuanto antes colgara, antes llegaría.

Se sentó en la Plaza de la Escandalera y se quedó mirando aquella zona que siempre le había encantado. Recordó como muchos días se sentaban allí ella y la señora González cuando iban a pasear. Debido a su enfermedad,

pronto se cansaba, pero le encantaba estar allí donde le contaba múltiples historias de su familia. Siempre sonreía al escucharla.

Enseguida regresó. No quería que su hermano se despertara y no la viera. El día anterior ocurrió eso. Darío se asustó y comenzó a destrozar cosas debido a su estado de abstinencia.

En esa ocasión, cuando llegó le encontró despierto y haciendo flexiones.

—¿Quieres ponerte musculado? —bromeó Elena.

Darío giró la cabeza y se levantó del suelo. Estaba completamente sudado, pero a Elena le dio igual y le dio un beso en la mejilla. Sabía que en ese momento necesitaba todo ese apoyo.

—Al no verte, me he vuelto a asustar y me he puesto a hacer ejercicio para no pensar.

—Darío, llevo el móvil.

—Lo sé, pero... Tras tanto tiempo prácticamente solo, me cuesta creer que mi vida comience a cambiar.

Elena se sentó en la cama y cruzó las piernas. Quería preguntarle algo a su hermano, pero no sabía cómo iba a reaccionar. Decidió arriesgarse.

—¿Has sabido algo de papá y mamá?

Darío bajó la mirada y negó con la cabeza.

—No he sabido nada de ellos desde que nos fuimos. Quizá sea mejor así.

—Quizá...

Elena estaba tan nerviosa con la llegada de Samuel que ni siquiera fue capaz de cenar, aunque su hermano lo hizo por los dos, pero ella no dijo nada. Estaba todavía demasiado delgado y la mitad de esa comida acabaría en el retrete debido a los síntomas que presentaba.

Aprovechando que hacía buena noche, tras terminar de cenar fueron a una heladería a la que sus padres siempre les llevaban de pequeños y cogieron su helado favorito. De sabor a mora y con virutas de colores.

—¿Dónde dormirás hoy? —le preguntó Darío.

—¿Cómo que dónde voy a dormir? En nuestra habitación.

—Puedo dormir solo esta noche. Creo que prefieres otra compañía.

Elena se sonrojó y sonrió al saber lo que su hermano estaba tratando de decir.

—No seas tonto. No quiero dejarte solo. ¿Y si te da uno de los ataques? Hace solo unos días que dejaste las drogas, Darío. Lo estás llevando demasiado bien en comparación con otras personas.

—Lo sé. En estos años, he ido reduciendo mis dosis. Puede que eso haya ayudado, pero sigo teniendo esa necesidad de consumir. —Apretó el cucurucho entre su mano haciendo que se rompiera y el helado cayó por sus dedos.

Al verlo, Elena se tensó y enseguida hizo que la mirara. No dijo nada. Con su mirada transmitía su apoyo. Darío respiró varias veces y cerró los ojos para intentar calmarse. Aceptó el pañuelo que le daba su hermana para limpiarse y cuando lo hizo, ella le abrazó.

—Todo saldrá bien —susurró medio sollozando—. Te lo prometo, Darío. Y esta noche dormiré contigo. No me separaré de ti hasta que sea la hora. Y no para siempre.

—¿Crees que un día podré ser como tú? Tener mis estudios, pareja y quizá formar una familia.

Elena se separó y le acarició la mejilla antes de sonreírle con ternura.

—Por supuesto que sí. Serás mejor que yo. De eso estoy segura.

Cuando llegaron al hotel, Elena acompañó a su hermano a la habitación. Se acercaba la hora y quería recibir a Samuel. Le dijo a su hermano que salía un momento y que, si la necesitaba, no dudara en llamarla o bajar a la puerta del hotel. No se iba a mover de allí.

Elena se movía nerviosa de un lado para otro y no dejaba de mirar el móvil por si su hermano la llamaba o recibía algún mensaje de Samuel. Eran pasadas las once y media y estaba preocupada por si le había pasado algo, pero enseguida dejaba esos pensamientos a un lado.

Sonrió de oreja a oreja cuando vio el coche de Samuel y corrió hacia él. Al animador no le dio tiempo a salir de su vehículo. Abrió la puerta y Elena prácticamente saltó dentro para besarle. Ella estaba bastante incómoda en esa

postura. Tenía medio cuerpo dentro del coche y como podía se sujetaba con las piernas, pero le daba igual. Necesitaba besarle.

Samuel sonrió en sus labios y abrazándola por la cintura, hizo que se sentara en su regazo para poder devorar mejor esa boca que tanto había echado de menos.

—¡Te he echado mucho de menos!

—Y yo a ti, cariño. ¿Cómo está tu hermano?

—Creo que todo lo bien que puede. Estoy sorprendida —reconoció—. Parece un joven normal, pero de vez en cuando sufre pequeños ataques de ira.

—¿Ha aceptado lo de la clínica?

—Sí, y la verdad que, si sigue como hasta ahora, no creo que tarde mucho en salir.

Al darse cuenta de que Samuel debía apartar el vehículo, Elena le dio un último beso antes de bajarse y tras descargar las maletas, Samuel fue a aparcar al garaje del hotel. Enseguida se reunió con Elena y juntos fueron al bar que había dentro para tomarse algo.

No tardaron en subir y se despidieron en el ascensor antes de ir cada uno a sus respectivas habitaciones. Cuando Elena entró, vio a su hermano profundamente dormido y sonrió al comprobar que, a pesar de los años, tenía el mismo gesto que cuando era un niño.

Se tumbó en la cama de al lado y se quedó dormida hasta que, como siempre, despertó antes del amanecer. Se fue a duchar y salió del baño una hora después tras prepararse. Al volver a la habitación vio a su hermano despertándose.

—Buenos días —le saludó—. Venga, métete en la ducha y vístete. Quiero que conozcas a Samuel.

—¿Pero tú no duermes? —preguntó.

—Duermo, pero siempre me despierto más o menos a la misma hora. Tienes media hora para prepararte, recuerda que el restaurante aquí cierra a las nueve y ya son las ocho.

—Sigues igual de mandona.

Elena abrió la boca y se acercó a la cama para coger su almohada y lanzársela a su hermano divertida, pero haciéndose la molesta.

—¡Serás! —Rio—. ¡Yo no soy mandona!

—Oh, sí lo eres. Siempre que se nos escapaba el balón, me hacías ir a por él.

—Eras el pequeño. Era lo que te tocaba. —Le sacó la lengua.

Ambos rieron recordando esos tiempos, pero enseguida su semblante se volvió triste. Los dos echaban de menos a sus padres y ambos temían que se hubieran olvidado de ellos.

—Bueno, voy a ver si se ha despertado Samuel.

—¿Puedo hacerte una pregunta, Elena?

—Claro.

—¿Te sientes culpable? Ya sabes, de lo que sucedió.

Elena suspiró y se sentó a su lado con la mirada baja. A pesar de estar ahora bien, aún recordaba cómo su hermano le gritaba siempre que la llamaba por teléfono que todo lo que había sucedido era culpa suya.

—Soy la culpable, Darío. —Le miró—. Si no hubiera sido por mí, todo sería distinto.

—Lo sé, Elena. Pero los errores te han llevado a la vida que tienes ahora y eres feliz.

—Sí, pero eso no quiere decir que el pasado se borre.

—No tienes toda la culpa, Elena.

—Sí, por mis caprichos y por no querer irme sola te arrastré conmigo.

Darío se acercó más a ella y le cogió de la mano. Comenzó a balancearlas como cuando eran niños. Elena sonrió al ver como movían sus manos juntas de adelante atrás. Ella también lo recordaba.

Darío debía sincerarse con ella.

—Sabía dónde me metía, Elena. Yo tenía la decisión de ir contigo o no y decidí la salida fácil porque también estaba harto del control de nuestros padres. Aquella noche, podría haber hablado con papá y mamá para ver si lo

que me decías era verdad puesto que jamás te creí, pero como ya te he dicho, decidí tomar la salida fácil —confesó—. También quería ser libre y nos confundimos los dos. Si hubiese hablado con nuestros padres, jamás nos habríamos ido. Yo también quería elegir a mis amigos, qué estudiar y a quién querer, pero papá y mamá tenían ya escrito nuestro futuro. Vi el cielo abierto cuando nos fuimos y estaba tan bien, que caí en este mundo de mierda sin darme cuenta.

—A pesar de su control, nos querían.

—Sí. —Ambos se quedaron unos segundos en silencio—. Será mejor que me vaya a duchar.

Elena asintió y le dijo que le esperaba en recepción junto con Samuel. Darío asintió y besó a su hermana en la mejilla para calmarla. Debían haberse sincerado hace mucho tiempo y dejar de culparla siempre cuando no era la única que había cometido errores. Ella cargaba todo el peso de lo sucedido desde hace años y debía desprenderse de él.

Samuel esperaba a Elena en el *hall* del hotel. Era más elegante que donde trabajaba, que tenía un aspecto más cercano y familiar.

Ella no tardó en llegar y la recibió con un dulce beso, aunque la notó apagada.

—¿Estás bien?

—Sí. Mi hermano y yo hemos hablado de lo que ocurrió esa noche. Ha querido asumir su parte de culpa, porque él fue quien decidió venir conmigo, pero si yo no le hubiera dicho nada...

—Debes dejar de pensar en eso, Elena. —Ella le miró—. Y si ahora mismo no me muestras una sonrisa, no te doy lo que te he traído.

Elena le miró intrigada y le sonrió. Solo él conseguía que con unas palabras se olvidara de todo y sonriera.

—¿Qué es?

Samuel se agachó para sacar algo de uno de sus bolsillos de las bermudas y le entregó una piruleta de chocolate. Elena soltó una pequeña carcajada al ver aquel dulce tan especial para ellos y se puso de puntillas para agradecerse con un beso. Quitó el envoltorio de plástico y la partió por la

mitad para darle un trozo.

Elena miró por encima de su hombro y vio a su hermano buscándola. Se disculpó un momento de Samuel y corrió hacia él para cogerle de la mano y hacerle andar para presentarle a su chico.

—Darío, te presento a Samuel. Samuel, Darío, mi hermano.

—Es un placer —contestó el animador estrechándole la mano y mostrándole una sonrisa. Se notaba que el joven estaba nervioso.

—El placer es mío. Gracias por cuidar de mi hermana.

Los tres juntos fueron a desayunar mientras charlaban, pero su conversación se vio interrumpida por el móvil de Elena. Ella se disculpó al ver el nombre de Sandra en la pantalla. Era una excompañera del hospital. Hacía mucho que no hablaba con ella, así que salió a la calle para charlar más tranquila. Si la llamaba, era por algo.

—¡Hola! —la saludó.

—Hola, Elena. ¿Cómo estás?

—La verdad que bien. Me he mudado a Gandía y el lunes empiezo a trabajar en el hospital de allí.

—¿No estás en Oviedo? —le preguntó.

—Sí, he venido por unos días.

—Oye, esto es un poco delicado. —Oyó cómo suspiraba—. Hace unos días, ingresó un matrimonio por un accidente de tráfico y al ver sus apellidos, me acordé de ti.

—¿Por qué? —preguntó notando el corazón acelerado. Se le había borrado la sonrisa.

—Sabes que no puedo dar información sin saber si son familiares cercanos de los pacientes, pero sus apellidos coinciden con los tuyos y lo único que nos dijo la mujer, es que solo tenían dos hijos, pero que hacía años que desaparecieron. Recuerdo lo que nos contaste cuando trabajabas aquí. Que no te hablabas con tus padres. Demasiadas coincidencias.

Elena se llevó la mano a la boca. ¿De verdad estaba hablando de sus padres? No podía creer que supiera dónde se encontraban.

—Mis padres se llaman Eduardo Valverde y Carmen Santos.

—Sí, así se llaman los pacientes.

—Dios mío. —Comenzó a sollozar—. ¿Están bien? —se preocupó.

—Tu madre está estable y recuperándose de una fractura en las costillas. Tu padre se dio un fuerte golpe en la cabeza y estuvo inconsciente tres días, pero hace dos que despertó. Los hemos puesto en la misma habitación y me mata verlos, Elena. Nadie viene a visitarles. Se sienten solos y creo que os echan de menos a ti y a tu hermano. No paran de hablar de vosotros. Tengo que seguir trabajando, pero por si quieres venir, están en la habitación 356.

Cuando colgó, Elena se sentó en uno de los escalones de la entrada y se tapó la boca antes de comenzar a llorar. El destino le estaba dando la oportunidad de reunirse con sus padres y pedirles perdón, pero tenía miedo de que si la veían, la despreciaran y la echaran.

No sabía cuándo volvería a tener aquella oportunidad y no pensaba desaprovecharla.

Tras calmarse, entró de nuevo en el hotel y fue al restaurante. Sonrió al ver lo bien que habían congeniado su hermano y Samuel.

Al verla con los ojos rojos, ambos se preocuparon y tras contarles lo que acababa de suceder, Samuel se ofreció a llevarla. Darío se había quedado paralizado y tenía los mismos sentimientos que su hermana: miedo. ¿Y si sus padres ya no le querían? Sentía que en cuanto le vieran aparecer, le gritarían que se marchara, pero decidió ir también al hospital.

—Elena, sube tú. Yo... No puedo —confesó Darío tragando saliva cuando entraron por la puerta.

—Tenemos que verles. Lo haremos juntos.

—No estoy preparado.

Elena le miró y asintió con la cabeza. No quería presionarle.

Samuel le dijo que se quedaba con él y ella le dio las gracias antes de subir a la tercera planta. Por el camino hasta la habitación, se encontró con varios excompañeros que la saludaron y le dieron dos besos. Todos la interrogaron y ella respondía como podía. No quería alargar más aquel momento.

Se detuvo frente a la puerta y cogió aire antes de dar unos suaves golpecitos y abrir. Asomó la cabeza antes de entrar y apretó los labios para contener las ganas de llorar. Su padre estaba tumbado en la cama y su madre con aquella horrorosa bata de hospital sentada a su lado en una de las sillas que había.

Su primer pensamiento fue lanzarse a abrazarles, pero sabía que debía ir despacio. Un nerviosismo recorrió su cuerpo cuando ambos clavaron su mirada en ella. Su padre tenía el pelo negro más canoso que cuando se fue y su madre se había cortado el cabello que antaño tenía para dejar su melena castaña por debajo de sus hombros.

—Eres... Eres...

Al ver la mirada de sus padres, supo que la habían reconocido. Elena no se movió del sitio. Se abrazó a sí misma y asintió. La mandíbula le temblaba. Iba a ponerse a llorar de un momento a otro, pero su madre se le adelantó.

—Mi niña...

Carmen abrió los brazos y Elena corrió hacia ellos para abrazarla con cuidado de no dañarla. Se derrumbó entre sus brazos y su madre la abrazó con más fuerza sin importar que sus costillas se quejaran. Comenzó a acariciarle su cabello y se separó un poco para besarla en la frente. Cuando se separaron, Elena se secó las lágrimas y miró a su padre quien también lloraba. Se acercó a él y le abrazó.

—No me puedo creer que seas tú —habló Carmen al ver a su marido aún en *shock*—. Te has convertido en toda una mujer. Estás preciosa.

—Yo... —intentó hablar Elena entre lágrimas—. Lo siento muchísimo. Y sé que es tarde, que han pasado más de diez años, pero necesito pedirlos perdón. Darío y yo nos escapamos y continuamos con nuestra vida. Casi la arruinamos. He hecho cosas horribles. —Se tapó la cara con las manos y respiró—. Lo siento tanto. Siento haberos hecho tanto daño.

—No pasa nada, mi niña. —Le acarició la mejilla su madre—. Creíamos que nunca más volveríamos a verte y no sabes lo feliz que me siento en este momento. Sé que has tomado drogas, Elena. Lo sabíamos y cuando os escapasteis, temíamos que os encontraran muertos. —Cogió sus manos para besárselas—. Mírate. Ahora eres toda una mujer. Has cambiado.

Elena asintió y volvió a abrazarla. Una vez que todos estuvieron más calmados, se sentó en la cama de su padre. Este le cogió de la mano y se la apretó mientras le sonreía.

—¿Dónde os metisteis? —le preguntó Eduardo—. Estuvimos años buscándoos. Contraté detectives y jamás dieron con vosotros.

—Darío y yo nos teñíamos el pelo y cada dos por tres cambiábamos como podíamos de aspecto para que no nos encontrarais. Además de conseguir documentación falsa —le explicó—. Dios papá, estábamos tan confundidos. No veíamos que todo aquello lo hacíais por nuestro bien. Y sé que cuando me dijiste que o cambiaba o me iba de casa, era fruto de tu enfado, pero la idiota de mí, vio en esa frase lo que necesitaba para irme. Estuvimos dos años sobreviviendo como pudimos y nuestros supuestos amigos nos pagaban las dosis y todo lo que queríamos. A los dieciocho, me quité la venda y dejé todo —les relató mirándoles y más calmada—. Quise que Darío viniera conmigo para regresar a casa, pero se negó. Decía que estaba feliz y nos separamos, pero tenía miedo de volver por si me odiabais. Conocí a una mujer maravillosa que me cuidó y me pagó lo necesario para estudiar auxiliar de enfermería. Me acogió en su casa hasta que murió por la leucemia que padecía. Estuve trabajando aquí cinco años hasta que me despidieron por la crisis. Ahora vivo en Gandía, tengo unas amigas maravillosas, un novio del que estoy profundamente enamorada y un trabajo que me gusta. En todo este tiempo he querido saber de vosotros, pero jamás me atreví por las últimas palabras de papá. Lo siento.

—Llevo toda la vida arrepintiéndome de esas palabras. He estado a punto de morir y mi último pensamiento antes de perder la conciencia habéis sido tu hermano y tú. Siempre me he arrepentido de lo último que te dije, cariño. No pensaba echarte de casa, pero mis palabras y nuestros actos hicieron que os fuerais. —Se llevó su mano a la boca para besársela—. Pero en estos años, he comprendido que da igual el lujo, la clase o las etiquetas. Nada de eso vale si el precio a cambio es perder a mis hijos. Cuando os fuisteis, estuvimos destrozados.

—Nos confundimos —argumentó Carmen—. Creíamos que lo que hacíamos estaba bien, pero no. No debimos controlaros de aquella forma. Debíamos haberos dejaros decidir y apoyaros. Nosotros también nos equivocamos, Elena. Ahora, estoy orgullosa de ti, mi niña. Eres una mujer

sana, trabajadora, luchadora, pero, sobre todo, feliz. No supe ver que todo lo que yo te imponía, no hacía que tuvieras esa felicidad en el rostro. Fui una egoísta y pensé en mí y en que mis hijos fueran los mejores. Te confundiste al hacer aquello, pero nosotros también por no pensar en vosotros dos.

—Os quiero mucho —se sinceró Elena—. Y espero que algún día me perdonéis.

—Siempre has estado perdonada, mi niña. Y me alegro de que seas feliz. ¿Dónde está tu hermano?

Elena se limpió la humedad de su rostro y suspiró entrecortadamente. Aún no podía creer todo aquello.

—Abajo. Tenía miedo de subir y que nos odiarais.

—Eso nunca —contestó su padre—. Dile que suba, por favor.

—Darío hace unos días que dejó las drogas —les avisó—. Pero se está recuperando y el domingo ingresará en una clínica. Por favor, ahora no necesita que le echéis en cara eso.

Sus padres asintieron y Elena fue a por su hermano. Este subió con miedo pero al comprobar que sus padres se emocionaban al verle, el miedo desapareció y se dejó mimar por sus progenitores. Por fin volvían a estar juntos y nada les separaría. Hablaron de todos los años que no estuvieron juntos. Darío les contó que iba a desintoxicarse, pero que necesitaba tiempo. Sus padres juraron no separarse de él e ir a visitarle a la clínica todos los días. Darío les contó que le hubiera gustado estudiar, sin embargo, con lo que sucedió, jamás había tenido oportunidad. Sus padres le prometieron que harían lo que fuera para conseguir que fueran felices.

Elena les habló de todo lo que la señora González hizo por ella y Carmen agradeció en silencio que aquella mujer cuidara de su pequeña. Les dijo que le habría gustado estudiar la carrera de Enfermería, pero los gastos eran elevados y se conformó con el grado de auxiliar. Aunque estaba contenta, porque le gustaba.

—Estoy orgulloso de ti, cariño. —Le sonrió su padre—. Elena, en ese armario están las bolsas que llevábamos para el viaje. Pásame la marrón, por favor.

Ella asintió.

Sus padres le habían contado que se iban de viaje a León para ir a un evento, pero antes de salir de Oviedo, un conductor se había saltado una señal de *stop* a bastante velocidad y había impactado contra ellos.

Elena cogió la bolsa y se la tendió. Eduardo la abrió y sacó de ella una camisa. La joven se llevó las manos a la boca emocionada al reconocer la prenda. Era la camisa que le manchó con sus manos de pintura cuando tenía tres años. Su regalo por el Día del Padre.

—Siempre la he llevado conmigo y, muchos días, lloraba abrazado a ella. Quería a mi niña.

Eduardo continuó rebuscando y sacó de la bolsa un coche rojo de juguete.

—Y a mi pequeño.

—Mi coche favorito —susurró Darío cogiéndolo.

—Jamás nos olvidamos de vosotros dos —les anunció su madre.

La familia sonrió emocionada y comenzaron a recordar diversos momentos que vivieron todos juntos.

Más tarde, Elena les presentó a Samuel y sus padres quedaron encantados con él.

Toda la familia había cambiado en esos años separados y juraron que a partir de ese momento, comenzaban una nueva vida.

Capítulo 32

—¿Volver a Oviedo?

Había pasado una semana desde que la familia Valverde se había reunido de nuevo y habían hecho las paces. Desde que Elena regresó a Gandía, había llamado a sus padres cada día. No habían cambiado de número, pero cuando ella les llamó, habían sufrido el accidente y por ello no contestaron. Hablaba con ellos y les preguntaba por Darío.

Su hermano era algo retraído con sus padres, puesto que sentía miedo de defraudarles o de que ya no le quisieran. Pero esos pensamientos iban abandonando su mente gracias a las visitas diarias de su madre a la clínica. De vez en cuando, su hermana le llamaba, pero sus llamadas no duraban mucho, puesto que debía seguir un tratamiento y tenía poco tiempo libre.

Elena había comenzado a trabajar en el hospital de Gandía y, aunque los primeros días estaba nerviosa, ya que llevaba tiempo sin dedicarse a ello, enseguida congenió con sus nuevos compañeros y llegaba a casa con una sonrisa. Además, su horario era más regular que en el hotel.

Tras llegar ese día del trabajo, llamó a su madre como cada día. Su padre aún estaba en el hospital para asegurarse de que todo iba bien, pero a su madre ya le habían dado el alta. Había contratado a una cuidadora para que la ayudara, pues todavía estaba muy lastimada y no podía valerse por sí misma.

Elena dio las gracias a que Samuel no estuviera en casa, pues la propuesta que le estaba haciendo su madre había hecho que su gesto cambiara radicalmente.

En Oviedo les contó a sus padres todos los acontecimientos que le sucedieron desde que se fugó con su hermano y les habló entusiasmada de sus estudios, además de mencionarles que en realidad le habría gustado estudiar Enfermería.

Sus padres querían darles a sus hijos todo lo que en su momento no pudieron y su madre le ofreció estudiar en la Universidad privada de Oviedo. Viviría con ellos en casa, recuperarían el tiempo perdido y estudiaría lo que siempre deseó.

—Mamá, tengo mi vida aquí.

—No voy a volver a cometer los mismos errores, cariño. No te obligo, solo te lo propongo, pero tú decides —dijo sincera y con voz dulce—. Mira, voy a enviarte la matrícula y todos los datos e información que puedas necesitar. Te lo piensas con calma. Decidas lo que decidas, quiero que sepas que estoy orgullosa de ti y que apoyaré cualquier decisión que tomes.

—Está bien. Mañana te llamo, ¿vale, mamá? Tengo que irme.

—Vale, cariño. Te quiero.

—Y yo a ti.

Elena colgó y se llevó el móvil al pecho. No quería marcharse. Era feliz en Gandía, pero siempre había fantaseado con estudiar una carrera que la atraía mucho a pesar de que jamás tuvo la oportunidad de entrar en ella. Estaba dividida, por lo que mandó un mensaje a sus amigas para reunirse. Todas estaban algo liadas, por lo que Nerea les dijo que fueran a su casa el sábado que viene y que, de paso, llevaran los bikinis para disfrutar de la piscina.

Dos días después, Elena recibió una carta con todo lo que su madre le había dicho que le mandaría. Por el momento, no quería que Samuel se enterara de esa oferta. Sabía que hacía mal en ocultárselo, pero no quería decir nada hasta que supiera qué decisión tomaría.

Samuel la notaba rara esos días. Estaba ausente y muchas veces la encontraba pensativa, pero cuando le preguntaba qué ocurría, le mostraba su mejor sonrisa y le contestaba con un simple nada. Decidió no darle importancia. Quizá estuviera algo agobiada con su nuevo trabajo.

—¿Quieres que después vaya a buscarte? —le preguntó Samuel a Elena mientras esta preparaba su pequeña bolsa para ir a casa de Nerea.

—No. Laila me dejará, no creo que estemos mucho rato. —Se colocó la bolsa en el hombro—. Solo pasaremos la tarde juntas y para la hora de cenar estoy aquí. —Se puso de puntillas para robarle un beso—. Además, hoy te

toca cocinar y me encanta ver cómo has mejorado desde tu intento de tallarines al pesto. —Rio recordando esa noche.

Se despidió de él cuando oyó la bocina del coche de Laila.

Puntuales llegaron a casa de Nerea quien se encontraba metida en la piscina con la pequeña Alba. A la niña le encantaba el agua y no dejaba de chapotear mientras reía y se abrazaba a su madre para que no la soltara.

Al ver a sus tías, la niña comenzó a llamarlas entre balbuceos y Elena la cogió sin importar que la mojara. Besuqueó la mejilla de Alba y Nerea salió de la piscina para ir a por la toalla de su hija. La envolvió en ella y comenzó a secarla para que no cogiera frío. Cuando una refunfuñona Ada llegó, todas se pusieron el bikini y se sentaron en el verde césped.

—En serio, odio que Sergio me trate como si fuera de cristal. No me deja conducir. —Bufó molesta, pero enseguida sonrió—. Ay, cómo le quiero.

—¿De dónde te ha salido esa panza en un mes? —Le señaló Laila su abultado vientre.

—Estoy de cinco meses, tendrán que crecer mis pequeños, ¿no? —Se lo acarició—. La semana que viene, si se dejan ver, nos dirán qué son.

—¿Alguna preferencia?

—Pues no. Todo el mundo me dice que lo más probable es que quiera la parejita, pero no. Me da igual que sean mientras estén sanos.

—¿Ya notas que se mueven? —le preguntó Nerea mientras le daba la merienda a Alba.

—Muy levemente, pero me hace ilusión sentirlos. —Sonrió—. Bueno, pero no hemos venido a hablar de mi panza, ni de mis tetas hinchadas, ni de mis estrías. —Rio y miró a Elena—. Desembucha.

Elena pensó que ya estaban tardando en empezar a sonsacarle información, así que suspiró y acercó su bolsa para sacar de ella la carta que había recibido esa semana. Estaba abierta y se notaba que había estado leyendo los documentos varias veces. Cuando estuvo en Oviedo, no tardó en llamar a sus amigas para contarles lo sucedido y todas se mostraron muy contentas y felices por ella. Estaban al tanto de todo.

—Es una matrícula para ir a la Universidad privada de Oviedo. Mis

padres quieren darme todo lo que no pudieron en su momento.

—¿Te vas a ir? —preguntaron al unísono.

—A ver —explicó Elena—, mis padres no me obligan, eso es lo importante. Desean que haga lo que quiera, pero ya sabéis que siempre he fantaseado con estudiar esa carrera.

—Sabes que te apoyaremos —dijo Ada—. Y que aquí te esperaremos, pero acabas de entrar a trabajar en el hospital.

—Ya. Estoy feliz con lo que tengo, pero ¿y si por rechazar lo que me ofrecen mis padres vuelven a no estar orgullosos de mí? ¿Y si piensan que soy una desagradecida?

Todas alzaron las cejas. ¿Cómo podía pensar eso?

—Uis, que colleja te doy —amenazó Laila—. Elena, tus padres quieren hacer con tu hermano y contigo todo lo que no pudieron en su momento, como tú has dicho. Tienes que pensar qué quieres para ti, si eres feliz con lo que ya tienes o si te falta algo.

Elena se abrazó las rodillas y mostró un semblante pensativo. Era feliz con lo que ya tenía y se sentía completa. No quería abusar y que por querer más, perdiera todo lo que ya tenía. Pero por otra parte, sentía la necesidad de pasar más tiempo al lado de sus padres y de su hermano. Quizá necesitara estar a su lado para poder cerrar definitivamente el pasado.

Tras mucho valorar aquellas opciones, estiró las piernas y miró a sus amigas con seguridad.

—No he tenido nada tan claro en mi vida como esto. Sé qué decisión voy a tomar.

Capítulo 33

Samuel llegó a casa a última hora de la tarde. Había pasado el día con su madre en Valencia. Cada día Ana estaba mejor y comenzaba a recuperar la relación con su hijo. Eso a ambos les hacía felices.

Se sorprendió al oír el sonido de la ducha. Elena había vuelto antes de lo que pensaba. Se asomó a la cocina y vio que no había hecho la cena. Sonrió. Quería prepararle un plato que su madre le había enseñado para sorprenderla. Además, esa tarde habían cocinado juntos un brownie para el postre.

Dejó la bandeja con el postre encima de la mesa del salón y vio unos papeles apoyados en ella. Frunció el ceño extrañado y los cogió para empezar a leerlos. Eran de Elena. Una matrícula para entrar en la Universidad de Oviedo y varios folios con información. También había una carta escrita a mano que decía que podría quedarse en casa mientras estudiaba. Esa carta era de Carmen.

La sonrisa fue desapareciendo del rostro de Samuel. Elena se iba a ir y lo peor de todo era que no le había dicho nada. Apretó los papeles entre sus manos y los soltó de mala gana. Al fin y al cabo, era una niña rica capaz de abandonar todo por su propio interés. Puede que para eso quisiera recuperar a sus padres. Para seguir costeadando sus caprichosos. Total, él era un don nadie y jamás podría ofrecerle lo mismo que sus padres.

Se sentía un egoísta por no apoyarla en algo que a ella le hacía feliz, por querer retenerla a su lado, pero sabía que su enfado era fruto del miedo a perderla. Aunque lo que de verdad le había molestado era que ella no confiara en él y no le hubiera contado que se iba a marchar. Elena era la mujer que llevaba años esperando. La primera mujer de la que se había enamorado y creía que también sería la única. La distancia lo único que lograría era que su relación se fuera marchitando poco a poco. En esa universidad habría niños de bien y lo más probable fuera que Elena, influenciada de nuevo por sus

padres, acabara con uno de esos ricachones.

—¡Hola! —Oyó como le saludaba con entusiasmo a su espalda antes de abrazarle por detrás. Él se tensó—. Me ha extrañado no verte cuando he regresado.

Al ver la tensión en su espalda, Elena se separó preocupada. Ni siquiera se había girado para mirarla ni tampoco la había saludado.

—¿Qué ocurre?

—Dímelo tú —le respondió enfadado aún sin mirarla.

—Samuel, yo... No entiendo nada.

Él se dio la vuelta y le enseñó los papeles que esta se había dejado encima de la mesa haciéndole ver que los había leído.

—Esto pasa.

Al reconocer esos papeles, un sudor frío recorrió el cuerpo de Elena. Sabía que no debería habérselo ocultado. Se lo tendría que haber contado nada más enterarse de la noticia, pero conocía el miedo de Samuel a que ella encontrara a alguien mejor que él y le dejara. Eso no iba a ocurrir, aunque le asustaba su reacción. Jamás se habían mentido y siempre habían sido sinceros el uno con el otro, a pesar de que a ella le había costado contarle su historia, pero él la había ayudado como ningún otro. Estaban bien y ahora por callar, lo iba a perder. Lo sabía. Solo tenía que ver la furia en sus ojos miel.

—Samuel, te lo iba a contar ahora, por eso los dejé en la mesa.

—Me lo has ocultado.

—Sí. —Bajó la mirada arrepentida—. Lo siento, pero necesitaba pensarlo, porque me sentía dividida. Tenía que habértelo contado hace días, cuando mis padres me lo propusieron, pero...

—¿Tus padres?! —la interrumpió—. ¿Por qué no me extraña? Ahora que su hijita ha vuelto, pueden volver a usar su control en ti.

—¡Eso no es cierto! —le espetó con las lágrimas a punto de derramarse—. Mis padres...

—No me hables de esa gentuza que solo miran su propio ombligo —soltó cada vez más enfadado—. Pero ya está, Elena. ¡Vete! Vuelve a dejar que tus

padres te controlen y acabes de nuevo siendo una maldita drogadicta. Yo solo he sido alguien con quien pasar el rato mientras esperabas a volver a ser la niña rica, caprichosa y malcriada.

Esas palabras le sentaron a Elena como miles de dagas clavándose en su pecho y comenzó a llorar sin control. ¿Cómo podía decirle esas palabras? Le dieron ganas de abofetearle por aquello, pero ni para eso tenía fuerza. Todo lo que estaba sucediendo era por su culpa. Tendría que haber hablado con él.

—Si te hubieras fijado bien, verías que no he rellenado esos papeles. — Le miró—. Mis padres no me han obligado, solo me lo han ofrecido y ya les he llamado para decirles que me quedaba aquí. —Suspiró entrecortadamente—. Y me han dicho que, aunque no lo haya aceptado, esperan verme más y que en cuanto mi padre se recupere, vendrán a visitarnos. —Dio un paso hacia él sosteniéndole la mirada—. ¿Y sabes por qué he rechazado estudiar lo que me gustaría? ¿Lo que llevo soñando estudiar desde que era una niña de tres años que curaba a sus muñecas? —Vio como Samuel la miraba arrepentido de sus palabras—. Porque aquí soy feliz. Porque me encanta este lugar, mis amigas están aquí, me gusta el trabajo que tengo y, sobre todo, porque tú estás aquí. Soy feliz con lo que ya tengo y no necesito nada más. No quiero ser una caprichosa, como me acabas de tachar, aspirar a más y por ello perderlo todo. —Le arrancó los papeles de las manos y los rompió en varios trozos antes de tirarlos de mala gana al suelo—. ¿Me crees ahora?

—Yo... Lo siento mucho, Elena. —Intentó abrazarla, pero ella se retiró.

—No me toques.

Seguía muy dolida por sus palabras y, sobre todo, por insinuar que iba a volver a caer por el precipicio si aceptaba la oferta de sus padres, a los que había insultado. Había visto a un Samuel que no conocía y aunque ella se había equivocado al guardar silencio, él no debería haberle dicho eso. Se suponía que la quería y no había dudado en herirla con sus crueles palabras.

—Elena...

—Creo... —tragó saliva—, que han pasado demasiadas cosas en estos meses. Que hemos ido demasiado rápido. —Le miró—. Creo que ahora mismo, cada uno necesita su espacio.

—¿Qué quieres decir?

—Me mudo a casa de Laila —tomó una decisión.

—No, Elena... Yo... Perdóname.

—No es fácil, Samuel. —Suspiró—. Sé que he cometido errores y sabes el miedo que tengo a recaer, y no has dudado en decirme... eso. Creo que... Necesitamos un tiempo.

Samuel se acercó a ella y le cogió el rostro con las manos antes de apoyar su frente en la de ella. Elena no se apartó, pero cerró los ojos para no mirarle haciendo que dos lágrimas cayeran por sus mejillas. Se había comportado como un idiota y no soportaría perderla. ¿Cómo había podido decir eso? Estaba claro que no se podía hablar en caliente. Lo había jodido todo y lo peor era que se merecía que Elena le mandara a la mierda. Se había comportado como un auténtico animal, como un gilipollas insensible.

—No pensaba lo que te he dicho. —Le acarició con los pulgares sus mejillas—. Sé que no es excusa, pero el miedo ha hecho que mi boca dijera algo que no pienso. Sé que no recaerás, es solo que no soportaría que volvieran a controlarte y te derrumbaras de nuevo. No soportaría ver que pierdes la sonrisa. —Le besó la punta de la nariz, pero ella ni se inmutó. Seguía con los ojos cerrados mientras sollozaba—. Y no pienso que tus padres sean unos egoístas. Lo siento, Elena.

Ella negó con la cabeza y se separó de él para subir por las escaleras y comenzar a hacer la maleta. Sabía que ahora entre ellos las cosas estarían demasiado tensas y controlaría sus actos antes de hacer algo. Poco a poco su llama se iría apagando hasta desaparecer y no quería que eso ocurriera. Por ello, quería ese tiempo. Solo eso les haría ver qué deseaban de verdad. Quizá los dos se habían confundido y su destino no era estar juntos. Ella no pensaba marcharse de Gandía, pero ambos necesitaban ver qué era lo que en realidad querían. Quizá lo mejor era que fueran solo amigos. Como al principio.

Elena volvió a llorar al pensar en eso, pues estaba segura de sus sentimientos y no soportaría verle con otra.

—No me digas adiós. —Oyó a su espalda—. Te quiero, Elena.

Ella cerró la maleta y la cogió para acercarse a él. Vio como una solitaria lágrima recorría su bello rostro. Sabía que el dolor que le mostraba era sincero y si en verdad su destino era estar juntos, lo estarían.

—No es un adiós. —Le acarició la mejilla—. Es un hasta luego. Te quiero, Samuel. Pero creo que todo esto ha sido muy precipitado y ambos necesitamos aclarar el qué queremos.

—No lo necesito. Te quiero a ti en mi vida.

—Pero yo sí lo necesito, porque ahora mismo estoy muy confundida. Yo jamás te habría dicho algo que sé que te haría daño. Y tú no has dudado, por mucho que fuera fruto de tu enfado. —Le secó una nueva lágrima—. No voy a irme de Gandía y no quiero a otro, si eso es lo que te preocupa. Mi corazón es tuyo, pero dame tiempo, por favor.

Finalmente, Samuel se rindió y asintió notando cómo su corazón se rompía en mil pedazos. A Elena le mataba verle mal y sabía que aquello iba a ser duro para ambos, pero era lo mejor. Se puso de puntillas para darle un beso en la comisura de los labios. Lo mejor era no alargar más ese momento. Bajó por las escaleras, pero antes de marcharse, dejó sobre la mesa su copia de las llaves y una piruleta con un post-it. Sin importar lo lejos que estuviera la casa de Laila, anduvo arrastrando su maleta. No había cogido todas sus cosas, pero sentía la necesidad de irse de allí.

Cuando llegó, dio gracias a que su amiga estuviera en casa, sola.

Laila, al verla con los ojos hinchados, el maquillaje corrido y la maleta, se asustó y Elena se lanzó a sus brazos. Como pudo le contó lo que había pasado y ella la consoló.

—Quizá te hayas precipitado al romper con él —señaló Laila.

—No he roto con él. Sería incapaz de hacerlo, porque le quiero. Solo necesito un tiempo, porque ¿y si lo que me ha dicho se repite? Necesito aclararme y ver si las dudas que tengo se disipan. No quiero una relación llena de miedos y dudas.

—Sabes que puedes quedarte aquí todo el tiempo que quieras.

—Gracias.

Elena se dejó abrazar por su amiga mientras su cabeza no paraba de pensar en qué estaría haciendo Samuel. Le daba miedo que en ese tiempo apareciera la mujer perfecta para él, pues sentía que ella no lo era.

Samuel estaba completamente destrozado. Había pasado una hora en la

habitación que había ocupado Elena mirándola arrepentido. Debería haber hablado más calmado y no acusar ni insultar sin saber. La casa se había quedado vacía sin ella, a pesar de que se había dejado algunas de sus pertenencias.

Su principal instinto era correr tras de ella, pero podría empeorar todo y era lo último que quería. No sabía cómo iba a vivir sin ella.

Tras llorar en silencio, bajó y vio en la mesa del salón las llaves junto con la piruleta. Despegó la nota que había en ella y leyó varias veces esas últimas palabras que le había dedicado.

No me olvides

¿Olvidarla? Iba a ser imposible. Guardó el dulce junto con la nota y se sentó en el sofá con la esperanza de que la mujer que amaba entrara por la puerta. Algo que no sucedió.

Capítulo 34

Elena llevaba semanas sin salir de casa de Laila. Solo iba a trabajar y enseguida se encerraba en la habitación que su amiga le había asignado. En esos días no había hablado con Samuel, a pesar de que se moría de ganas, pero él tampoco se había puesto en contacto con ella.

Sus amigas eran incapaces de sacarla de casa y ni siquiera la pequeña Alba era capaz de que sonriera. ¿Y si por ese tiempo que pedía había mandado todo al traste?

Por las noches le aterraba quedarse dormida, pues las pesadillas siempre la invadían. Soñaba que se quedaba completamente sola y que le perdía para siempre. Por ello apenas dormía y Laila le había amenazado varias veces con sus famosas collejas.

Hablaba con sus padres cada día. Al ver a su hija tan mal, fueron a hacerle una visita y durante esos días, Elena durmió con ellos en su hotel donde la mimaron como cuando era niña. Su madre la animaba a hablar con él y le intentaba hacer ver que no era feliz lejos de Samuel. La idea de regresar a su casa era grande, pero después recordaba esas palabras y se venía de nuevo abajo y con ello, la inseguridad.

Le dolió despedirse de sus padres, pues los necesitaba, pero ellos tenían cosas que atender. Y Darío les necesitaba más que ella.

Elena volvió a encerrarse en casa de su amiga y solo salía a dar un paseo cuando Mateo iba a su piso. Odiaba ver a parejitas felices cuando ella estaba destrozada. Pasó por una tienda de chuches y casi se puso a llorar cuando vio en el escaparate piruletas de chocolate.

—¿Vamos a cenar por la playa? —le propuso Laila—. Así te arreglas esos pelos y te maquillas un poco. Me deprimes.

—Gracias —contestó Elena con ironía mientras seguía devorando su

helado de frutos del bosque.

—De verdad, Elena. Qué colleja te daba. ¿Has hablado con Samuel?

—No. ¿Y si ha encontrado a otra?

Laila no dudó y le dio una colleja que hizo que escupiera el helado que se acababa de meter en la boca.

—Vuelve a darme y te embadurno de helado.

—Le diré a Mateo que me lo limpie con la lengua. —Sacó la suya y la movió varias veces.

—Eres una guarra. —Rio Elena—. Le echo tanto de menos.

Laila cogió su móvil y se lo tendió.

—Llámale.

—No.

—¿Por qué?

—Porque todavía no estoy segura de si lo nuestro funcionará —confesó—. Quizá sea mejor separarnos ahora que cuando pase el tiempo y hacernos más daño.

—Mira, me abstengo de comentar —dijo su amiga levantando las manos y yendo a la cocina de su pequeño piso—. Vístete, que nos vamos a la discoteca de Sergio. ¡Te hacen faltan unos buenos chupitos!

A pesar de su negativa, finalmente Laila la convenció y sin muchas ganas, el taxi las dejó en la puerta de la discoteca. Saludaron a Sergio con un par de besos y este les invitó a un chupito de tequila. Chuparon la sal de su mano y tras beber de un trago, comieron el limón. Ambas pusieron una mueca de asco.

—¡Venga, ánimo! ¿Quieres que te consiga un polvo? —bromeó ganándose un golpe en el brazo por parte de su amiga—. Me acabas de dar la razón de que no podrás ser de nadie salvo de Samuel.

—Vete a la porra, enana.

Laila rio intentando que su amiga abriera los ojos y le tendió otro chupito. Elena lo miró algo asustada. El alcohol enseguida le subía, pero se lo bebió.

Necesitaba olvidar, aunque solo fuera por una noche. Por una sola vez no pasaría nada, ¿verdad?

A Elena la cabeza le daba vueltas, pero pudo percatarse de que, en una esquina del local, unos jóvenes de no más de veinte años, se pasaban lo que parecía ser cocaína y unas pastillas de LSD. Algo se instaló dentro de ella y se acercó a ellos aprovechando que Laila estaba medio borracha y hablando animada con Sergio.

Los jóvenes no se percataron de su llegada hasta que Elena les arrebató aquellas sustancias. Probablemente lo que iba a hacer era una auténtica locura, pero tenía esa necesidad e iba a llevarla a cabo.

—Esto, os va a arruinar la vida —les gritó un tanto ebria—. Aunque después lo dejéis, os perseguirá y jamás conseguiréis desprenderos del miedo a su dependencia. No seréis felices.

Los jóvenes se rieron de ella y la acorralaron. Iban a pasarlo muy bien esa noche.

—Me importa una mierda lo que me pase —respondió uno de ellos—. Como si mañana la palmo y por si eso sucede... —La agarró de la cintura—. Vamos a pasarlo bien esta noche.

—¡Suéltame! —Se revolvió Elena, pero el alcohol hizo que se mareara y perdiera la fuerza.

Notó como una de las manos de uno de los chicos se colaba bajo la falda de su vestido hasta que alguien la apartó de los jóvenes. Eran los porteros de la discoteca, habían visto todo. Elena les dio las gracias y les entregó la droga para que se deshicieran de ella, pero disimuladamente se guardó una de las pastillas.

Fue donde se encontraba Laila quien no se había percatado de nada y le dijo que salía un segundo fuera. Que estaba mareada. Su amiga se ofreció a acompañarla, pero Elena rechazó la invitación argumentando que necesitaba un momento de soledad.

Al salir, miró hacia atrás para asegurarse de que Laila no la seguía y caminó hasta llegar a la playa donde se sentó en la arena. Abrió la mano donde guardaba aquella pastilla azul y la miró con detenimiento. Analizó el dibujo de la mariposa que había en una de las caras y se levantó. Necesitaba

demostrarse a sí misma que no iba a caer de nuevo. Si ella no estaba segura de sí misma, nadie creería en ella y en que no recayera de nuevo. Caminó hacia el mar hasta que el agua tocó sus pies desnudos y comprobó que no tenía ningún tipo de impulso por metérsela en la boca y tragarla. Lo único que quería era tirarla para que esa simple pastilla no hiciera daño a nadie.

La miró una vez más y la arrojó con fuerza para que el mar la engullera.

—¡Esa es mi chica!

Elena se dio la vuelta y vio a Laila sonriéndola.

—No estoy ciega, Elena. He visto lo que has hecho en la discoteca y si te he dejado y disimulado que no veía nada, era precisamente por lo que has hecho. —Se acercó a ella—. Porque necesitabas ver por ti misma que has cambiado. ¿Cuándo lo vas a creer?

—Acabo de hacerlo.

—¿Y ahora?

—Ahora necesito tener la suficiente seguridad para saber que Samuel no me volverá a hacer daño y saber que confía en mí. —Suspiró—. Lo que no sé es si eso llegará algún día. De momento, lo mejor es estar así.

—Como veas. ¿Vamos a casa?

Elena asintió y juntas regresaron en un taxi. A pesar del cansancio y el alcohol en su cuerpo, Elena fue incapaz de conciliar el sueño. Tenía muchas cosas dentro de ella, por lo que fue al salón y cogió papel y boli. Escribir podría ser una manera de desahogarse.

El primer día que te vi junto a Hugo en el hotel, me llamaste la atención. Siempre sonreías y disfrutabas de tu trabajo como un niño más. ¿Sabes lo feliz que me hacía ver que rechazabas a varias huéspedes? Aún no sabía lo que más adelante iba a sentir por ti, pero veía que eras diferente. Nadie ha sabido ver mis emociones cuando las escondía. Ni siquiera mis amigas. Tú en segundos me pillabas y hacías lo posible para hacerme sonreír. ¿Sabes que cuando nos despedimos lo único en lo que pensaba era en volverte a ver? Solo a ti. No sabía el por qué, pero así era. No se lo digas a mis amigas, que me matan.

Pasó el tiempo y en tantos meses podrías haberte casado, pero no fue así. Era como si el destino quisiera que tuviéramos nuestra oportunidad. Aunque tardamos en aprovecharla. Primero por Esther, alias Barbie Vibora, y después por no arriesgarnos al pensar que ninguno de los dos sentía algo más que una amistad. No te imaginas lo que odié a Esther. Solo imaginar que le regalabas tus besos y tus caricias, me ponía enferma y cuando me enteré de la verdad, quise lanzarme y besarte como llevaba semanas anhelando. Pero no me atreví. Nos costó dar el paso y fue perfecto, aunque me arrepiento de no haberlo hecho antes. ¿Quién iba a pensar que el día que nos separamos nos íbamos a dar el último beso?

No puedo asegurarte qué pasará en el futuro. Quiero estar a tu lado, pero tengo miedo de que vuelva esa desconfianza que vi en tus ojos cuando viste esos papeles. Me dolió tanto que me acusaras de aquello, que por un segundo me pregunté de qué clase de hombre me había enamorado. Al segundo vi el arrepentimiento en tu mirada color miel y volví a ver al hombre que amo. Porque sí, a pesar de estos días separados, mis sentimientos hacia ti siguen intactos.

Si pudiera pedir un deseo sería dar marcha atrás en el tiempo y evitar lo sucedido, pero puesto que eso es algo imposible, pido que un día sea capaz de verte y hablar contigo de nuevo. Y de ser felices, ya sea juntos o separados.

Espero no haber cometido un error con este tiempo que te he pedido y eso no haga que te pierda para siempre. No lo soportaría.

Te quiero.

Elena.

Una gota cayó en el papel y Elena sorbió por la nariz antes de doblar la carta. Salió al balcón y cogió el mechero de Laila. Prendió aquel trozo de papel y esperó a que la llama lo fuera consumiendo antes de soltarlo para que terminara de arder en el aire. Elena suspiró al ver cómo esas palabras que nadie había leído desaparecían. ¿Sería el fin?

Capítulo 35

Samuel corría por la playa con la música de sus cascos al máximo volumen para evitar pensar. No era el mismo desde hacía cuatro meses. Desde que Elena se fue para no volver. No habían hablado en todo ese tiempo, ni siquiera la había visto, pero a cada día que pasaba, la esperanza iba desapareciendo. La había jodido a base de bien.

A pesar de que la casa era diminuta, la veía enorme y la notaba silenciosa sin ella. Demasiado silenciosa. Ya no había nada de Elena allí. Sus amigas, a petición de ella, habían ido a recoger el resto de sus cosas, salvo un perfume que Samuel escondió para olerlo y pensar en ella.

Se detuvo tras una hora corriendo y tras hidratarse, regresó a su casa para darse una ducha antes de ir a trabajar.

Ni los niños le distraían, aunque intentaba dejar las emociones fuera, pero en lo único que pensaba mientras trabajaba era en acabar para regresar a casa y evadirse como podía de la realidad.

Además, que Nerea fuera cada dos por tres al hotel con la niña para visitar a Hugo no ayudaba en absoluto. Había fantaseado con tener lo que ellos poseían y ese sueño había desaparecido en el mismo momento en el que Elena salió por la puerta.

Hugo intentaba mejorar su estado, incluso le animaba a salir con alguien, pero cada vez que lo insinuaba, le daban ganas de atizarle. Prefería estar solo el resto de su vida que estar con otra que no fuera Elena.

Esa pequeña mujer había trastocado su vida por completo.

Su madre había sido un gran apoyo en todo ese tiempo y más de una vez le había animado a ir a buscarla, pero era un cobarde y no se atrevía por si al verle le dejaba para siempre.

De vez en cuando hablaba con Hugo para ver si sabía algo de Elena y siempre le respondía que estaba mal y que solo salía de casa de Laila para ir a trabajar.

Muchas veces había escrito un mensaje en su móvil para intentar hablar y solucionar las cosas, pero siempre acababa por borrarlo antes de enviarlo. Sabía que no habían roto, que solo se estaban dando un tiempo, pero cada día que pasaba, sentía que estaba más lejos.

Puede que ella tuviera su mismo miedo a arriesgarse para hablar, como le ocurrió a ambos antes de iniciar su relación o puede que se hubiera dado cuenta de que estaba mejor sin él y no sabía cómo decírselo.

Llegó a trabajar esa tarde con su típico estado de malestar y tristeza. Al verle, Hugo le dio un par de palmadas en el hombro y fueron detrás del escenario para sacar los materiales.

Al ser noviembre, no había muchos niños a los que entretener y las animaciones se reservaban para después de la cena.

Samuel lo agradecía. Con su aspecto, lo que menos hacía era animar. Había perdido algo de peso y su madre estaba preocupada por él cuando le veía los fines de semana. No conseguía que comiera y tampoco estaba muy hablador. Pensó en llamar a Elena e intervenir, pero no quería meterse donde no la llamaban.

Esa noche, el hotel había contratado a una empresa que impartía clases de bailes de salón y los animadores solamente ejercían de ayudantes.

—¿Cuánto tiempo vas a seguir así? —le preguntó Hugo cuando se apoyaron en la pared a la espera de nuevas órdenes por parte de los bailarines.

—Sinceramente, no lo sé. Estoy pensando en pedirle a Alejandro un traslado a un hotel de la cadena en Valencia. Así podría pasar más tiempo con mi madre.

—Sabes que te arrepentirás. —Se quedó mirándole y al ver que no le contestaba, continuó—: ¿Recuerdas lo que me dijiste cuando Nerea regresaba a Oviedo? —Samuel negó con la cabeza—. Que me tragara mi orgullo y no permitiera que se fuera, o la perdería para siempre.

—En este caso, mi orgullo no me impide ir hacia ella —confesó—. Lo

hace mi miedo. Nunca seré lo suficiente para ella. Siempre lo ha tenido todo. ¿Qué puedo ofrecerle?

—Amor. ¿Te parece poco? —Colocó una mano en su hombro—. Mira, Elena no está bien y esto lo sé por Nerea. Ni siquiera quiere quedar con las chicas y si de verdad Elena quisiera el dinero y comodidades para ser feliz, no lo estaría pasando tan sumamente mal. Lo único que necesita esa mujer es que el hombre al que ama le dé el amor que nadie le ha dado hasta que tú apareciste en su vida. —Samuel se quedó pensativo—. Ambos tenéis miedo de ir hacia el otro para estar juntos de una vez por todas. Y si ninguno de los dos da ese paso, ten por seguro que no seréis felices y os separaréis para siempre.

—Tú sí sabes animar a un amigo —le dijo con ironía.

Hugo soltó una carcajada y rodeó con su brazo los hombros de su compañero consiguiendo que dibujara una pequeña sonrisa tras tanto tiempo sin hacerlo.

—Te animo a que des el paso. Créeme Samuel, si no lo haces, te arrepentirás. Mira, cuando sentía las ganas de besar a Nerea me decía que estaba loco. ¿Cómo podía sentir ese deseo por alguien que me exprimió los cascabeles? —Samuel soltó una leve carcajada—. Pero a pesar de su carácter exasperante, no me arrepiento de haber ido a por ella. Porque lo que tengo ahora, sé que no podría haberlo tenido con alguien que no fuera ella. Te conozco lo suficiente para saber que no quieres un futuro con alguien que no sea Elena. ¿Me equivoco?

—Macho, odio que me conozcas tan bien.

La noche acabó y Samuel regresó a su casa para descansar, no sin antes haber hablado con Laila, pues necesitaba una información que solo ella podía darle. Se puso la alarma y se durmió sintiendo la cama vacía y demasiado grande.

Capítulo 36

Elena estaba agotada. Odiaba el turno de noche, pues no sabía cómo iban a ser. Dependían del día, o demasiado concurridos o aburridos porque no había que atender a casi ningún paciente. No había un término medio.

Eran las seis de la mañana y todavía le quedaban dos horas para irse a casa. Bueno, a casa de Laila. La muy cabezota se negaba a que le pagara parte del alquiler, por lo que esa semana había estado mirando pisos cerca del hospital, pero por el momento ninguno le convencía. Eso o que no quería quedarse sola. Al menos con Laila no pensaba todo el tiempo en Samuel, aunque sí la mayoría de él.

Llevaba tantos meses sin saber de él que ya había asumido que lo había perdido para siempre.

«Por idiota. Por eso lo has perdido, Elena. Por no pensar más en la decisión de daros un tiempo e imponerla por un impulso. Te mereces sufrir lo que estás sufriendo», se regañó.

Fue a la máquina para tomarse su cuarto café y miró los *snacks* de la máquina de al lado. Estaba prácticamente vacía. Solo quedaban algunos sándwiches.

—Genial, cuando me apetece algo dulce no hay nada. —Bufó.

—Quizá yo pueda ayudarte.

Elena abrió los ojos como platos y se quedó paralizada. Probablemente el cansancio le estaba haciendo tener alucinaciones, pero comprobó que no era así cuando al darse la vuelta, vio a Samuel.

La boca se le secó y el café se le cayó de las manos.

Tenía el pelo castaño claro más largo que la última vez y se notaba que al igual que ella, había perdido algo de peso. Pero seguía estando

impresionante.

Le mostraba su mejor sonrisa y sostenía una piruleta de chocolate en la mano. Se le veía nervioso.

El corazón de Elena comenzó a latir acelerado.

—¿Qué haces aquí? —consiguió preguntar.

—Una vez la mujer de la que estoy profundamente enamorado me dijo que cuando no la encontrara, la buscara al amanecer.

Elena sonrió emocionada mientras los ojos se le llenaban de lágrimas. Dio un paso hacia él hasta quedar a unos centímetros. Se moría por abrazarle.

—Y me has encontrado al amanecer... —susurró.

—Te quiero, Elena. Estos meses sin ti han sido horrorosos y si no he venido antes a por ti, ha sido por miedo a que hubieras encontrado a alguien mejor que yo.

—Samuel, no hay nadie mejor que tú. Para mí eres perfecto. —Sonrió—. Yo sí que tenía miedo a que por mi culpa te hubiera perdido para siempre.

—No es tu culpa, Elena. Debes dejar de cargar siempre con todo lo malo que sucede. —Le acarició la mejilla y Elena cerró los ojos disfrutando de aquel contacto que tanto había añorado—. Siento haberte dicho eso. No lo pienso, Elena. Te juro que no, pero me aterraba la idea de que te separaras de mi lado y con mis palabras, conseguí precisamente eso. ¿Crees que algún día podrás perdonarme, cariño?

Al oír cómo la llamaba, Elena se tapó la boca emocionada y solo pudo asentir antes de lanzarse a sus brazos para besarle. Los primeros rayos del día fueron testigos de ese momento y varios compañeros de Elena aplaudieron ante aquel acto de romanticismo.

—Siempre has estado perdonado —dijo tras separarse—. Te amo, Samuel. Como nunca amaré a nadie.

—Y yo a ti, amor. No lo dudes nunca.

—Jamás.

Volvieron a besarse y al separarse, Samuel le entregó la piruleta de chocolate, pero Elena se sorprendió al ver que había escritas unas palabras en

ella. En una cara ponía «te quiero» y en la otra sus nombres.

Samuel encargó esa piruleta hace meses, aunque jamás se había atrevido a dársela. Pero aquel era el momento perfecto para ello.

—Esta piruleta no me la pienso comer nunca. —Sonrió feliz.

—También tengo otra cosa para ti.

Elena alzó la vista de la piruleta y vio colgar de los dedos de Samuel las llaves de su casa.

—Sé que crees que fuimos demasiado rápido, pero no quiero ni puedo vivir sin ti. Quiero tener la seguridad de que cuando llegue a casa, tú estarás esperándome. Si necesitas tiempo para que volvamos a vivir juntos, te lo daré, pero no me prives un día más de ti.

—Ni uno más. No necesito tiempo para pensarlo, he tenido el suficiente. Aunque estoy agotada y ahora mismo deseo pillar una cama, quiero que me acompañes a casa de Laila a por mis cosas. No puedo esperar más.

Feliz, le rodeó el cuello con los brazos y volvió a besarle con todo el amor que sentía por ese hombre y con la promesa de no volver a separarse nunca más. Había sido una idiota por haber esperado tanto tiempo.

Se detuvo al notar como él se reía.

—¿De qué te ríes? —le preguntó alzando una ceja.

—Al verte con el uniforme, he recordado lo que te dije aquel día. Que me encantaría verte solo vestida con la bata.

Elena se carcajeó y le abrazo presionando de nuevo sus labios con los de él. Al separarse, Samuel vio una mancha negra en su muñeca derecha. Se sorprendió al ver en ella un tatuaje y sonrió al ver un dibujo sencillo que representaba el amanecer.

—Me lo hice porque me recordaba a ti y era una forma de tenerte siempre conmigo.

—Siempre me has tenido, y siempre me tendrás. Soy tuyo, Elena.

—Y yo tuya. No me imaginaba estando con otro que no fueras tú.

—Te quiero, amor.

Volvieron a besarse y Samuel esperó a que Elena acabara su turno para ir a casa de Laila quien se sorprendió al verles de nuevo juntos. Abrazó a su amiga al observarla de nuevo sonriente y feliz, y tras recoger todas sus cosas, abandonaron el piso para ir al que iba a ser su hogar. Al menos por un tiempo, pues ambos sabían que tarde o temprano, deberían sumergirse en una hipoteca y buscar algo más grande.

A pesar de estar agotada, cuando ambos llegaron a casa, Elena le arrastró a la habitación entre besos y risas. Le dio un suave empujón a Samuel para que se sentara en la cama y le pidió que aguardara un segundo. Se fue de la habitación y regresó vestida solo con la bata del uniforme.

Samuel rio al verla, pero se excitó en segundos. Estaba tremendamente sexy.

Elena se colocó a horcajadas sobre él dejando reposar sus rodillas a ambos lados de sus caderas y Samuel la besó con ardor al tiempo que abrazaba su cintura. Descendió las manos por su cuerpo y acarició la curva de su trasero antes de meter las manos bajo la bata para acariciarla.

La había echado tanto de menos.

Elena jadeó al sentir los besos urgentes de Samuel y cómo le acariciaba su sexo desnudo. Estaba completamente mojada y gimió al notar cómo separaba sus pliegues para acariciar su sensible botón.

—Cómo he añorado escucharte... —confesó Samuel al oírla gemir en su oído.

Elena no contestó. Le besó con fuerza notando el contacto de sus lenguas fundirse y comenzó a desabrocharse la bata dejándola caer al suelo para quedar desnuda ante él antes de deshacerse de su ropa.

Samuel la tumbó y comenzó a masajear sus pechos con delicadeza haciendo que sus pezones se erizaran con su contacto. Maravillado por aquello, los lamió y los besó haciendo que ella se arqueara buscando su contacto.

—Dime que no has estado con nadie, que a ninguna le has regalado tus caricias. —suplicó Elena.

—No, después de ti no habrá nadie más, Elena. Antes que ir con otra, prefiero quedarme solo.

Le besó el tatuaje del ángel de sus costillas antes de seguir bajando sus besos por su vientre.

—Nunca estarás solo. —Jadeó cuando notó cómo le besaba el pubis antes de devorar el núcleo más caliente de su cuerpo.

Samuel la besaba con maestría haciendo que cientos de oleadas de placer recorrieran su cuerpo. Tuvo que contener las lágrimas. Aún no se creía que estuvieran de nuevo así.

Samuel se impulsó para quedar encima de ella y la besó al tiempo que guiaba su miembro a su entrada para penetrarla de una profunda embestida. Elena se abrazó a sus hombros y le rodeó la cintura con sus piernas para que cada embestida fuera más profunda. Se sentía como mantequilla entre sus brazos y mantuvo todo el tiempo los ojos abiertos para mirarle temiendo que todo aquello fuera un sueño del que estaba a punto de despertar.

El orgasmo les llegó y Elena notó cómo se dejaba ir en su interior. Sonrió feliz y depositó un beso en su cuello mientras ambos recuperaban el ritmo de sus respiraciones.

—Te quiero —dijo Samuel juntando sus frentes.

—Y yo ti. No permitas que vuelva a dejarte ir.

Samuel sonrió y le dio un tierno beso en la punta de la nariz.

—Te lo prometo.

Epílogo

Dos años y medio después...

Samuel se despertó sobresaltado al notar la cama vacía. Comprobó la hora y vio que estaba amaneciendo. Sonrió al pensar que Elena ya estaba levantada.

Hacía pocos meses que se habían mudado a su nuevo hogar. También era una casa individual, pero más grande que la anterior. Además, estaba a diez minutos del hogar de Nerea y Hugo. Era una zona tranquila y ambos apreciaban ese panorama. Cuando vivían cerca de la playa, no era raro que por las noches escucharan alboroto; incluso una vez, unos borrachos se colaron en su pequeño jardín y les hicieron algunos destrozos.

Elena por fin pudo comprar un nuevo coche, aunque aceptando la ayuda de sus padres, quienes habían insistido en regalárselo, pero ella se negó. No quería que le dieran nada, aunque aceptó que, en el caso de necesitarlo, les pediría dinero para los pagos. De momento, podía afrontarlos.

Ada y Sergio también tuvieron que mudarse, pues el piso de él se les había quedado pequeño con sus dos hijos: Aitor y Lía. La pequeña era igual que su madre, tanto de aspecto como de carácter, mientras que Aitor había heredado los genes de su padre.

Laila continuaba con Mateo y se había trasladado a vivir con él. Continuaba trabajando en el hotel, pero estaba estudiando un grado para convertirse en entrenadora personal. Además, hacía un año que ella y Elena vendieron su local en Oviedo. Ahora daban las gracias a las cucarachas, pues eran las responsables de que sus vidas hubieran cambiado.

Samuel se levantó y caminó al cuarto de al lado. Elena se encontraba sentada en la mecedora balanceándose a un ritmo pausado mientras miraba el

amanecer. Se acercó a ella y se inclinó para besarla en la sien. Elena sonrió.

—Buenos días.

—Buenos días. Qué raro tú levantada a estas horas —bromeó Samuel riendo.

—Esta vez no ha sido por voluntad propia.

Le miró para sonreírle antes de fijar la vista de nuevo en su pequeño a quien mecía para que durmiera de nuevo tras la toma. Samuel se sentó a su lado y le dio un beso a su hijo en la cabecita. Era perfecto. Una mezcla de los dos. Tenía la nariz y el pelo de su padre y los ojos de su madre. Solo llevaba un mes con ellos y los dos lo querían más que a su propia vida. El pequeño Diego se revolvió entre los brazos de su madre y para calmarle, Elena siguió meciéndole con dulzura.

—Veo que ha heredado la mala costumbre de su madre de despertarse demasiado pronto.

—Sí. Hemos venido aquí para no despertarte. ¿Verdad, mi niño?

Elena colocó su dedo en la palma para que su bebé lo atrapara y se llevó su manita a la boca para besársela. Samuel se dio cuenta de que estaba pensativa.

—¿En qué piensas?

—En que no quiero cometer los errores de mis padres con él. —Suspiró antes de mirar a Samuel—. No podría soportar que cuando crezca, haga lo mismo que yo.

—No pasará, cariño. —La besó—. Te lo prometo. Porque vamos a dar a nuestro niño todo lo que le haga feliz.

Cuando el pequeño volvió a dormirse, ambos bajaron para desayunar. Eran sus horas de paz antes de que Diego reclamara sus atenciones.

Cuando terminaron, Elena cogió su móvil y vio que tenía un mensaje de su madre. Le había mandado un enlace con un catálogo online de vestidos de novia. Suspiró y puso los ojos en blanco antes de contestar. Ni a Samuel ni a ella les atraía el matrimonio. Ellos estaban felices con lo que ya tenían y así seguirían durante bastante tiempo.

Abrió otro chat y vio una foto que le había mandado su hermano Darío con su novia mientras esta mostraba el anillo de compromiso. A ambos se les veía emocionados.

Darío:

¡Ha dicho que sí!

Elena:

Te lo dije. A ver si con tu boda mamá me deja a mí en paz jajaja... Enhorabuena a los dos.

Darío:

Gracias, hermanita. ¿Cómo está mi ahijado?

Elena:

Dormido. ¡Y para comérselo!

Darío:

Espero poder ir pronto a veros. Te echo de menos.

Elena:

Y yo a vosotros.

Darío no tardó en recuperarse de toda la vida que llevó. Tenía mucha fuerza dentro y el apoyo de su familia le ayudó. Estuvo seis meses en la clínica y al salir, tuvo que seguir un control mensual. Ahora estaba completamente recuperado y estaba estudiando para convertirse en asistente social y así poder ayudar a jóvenes con problemas. Además, colaboraba con una organización para ir a los institutos y dar charlas sobre la gravedad y el peligro de la dependencia de las drogas.

Al poco de salir, conoció a Ángela, su futura mujer y quien le había sido de mucha ayuda.

A la tarde fueron a visitar a Elena todas sus amigas. No podían resistirse al nuevo miembro que había llegado.

Alba alzó los brazos para que su padre la cogiera, porque ella también quería ver a ese pequeño.

—Papi, yo quiero *oto* bebé como el *pimo*.

—¿Quieres un hermanito, princesa?

—Sí. —Asintió con la cabeza.

—Pues díselo a mami.

Ambos se giraron hacia Nerea que comenzó a negar con la cabeza. Aún tenían tiempo para aumentar la familia, pero de momento estaban bien como estaban.

—Y cuando el *pimo* sea mayor, ¿puede ser mi novio para que me *despiete* con un beso?

—Princesa, ¿qué te he dicho? Los novios son monstruos que se comen a las niñas guapas.

—Pero, ¡cómo le puedes decir eso! —Rio Elena—. Tú no te preocupes, cielo. Cuando seas mayor, te vienes con las tías a buscarte un novio.

—¡Sí, tita!

Todos rieron a excepción de Hugo quien dejó a su pequeña en el suelo para que fuera a jugar con Aitor y Lía, pero antes de irse, la niña se giró a su padre.

—Yo quiero un novio y *casame* de *pincesa* en un castillo como tú y mamá.

Nerea y Hugo se sonrieron recordando el día de su boda en aquel castillo al que fueron en una de sus citas. Hugo aún recordaba lo preciosa que iba su mujer con ese vestido rosa y pomposo del brazo de un emocionado Alejandro.

—¿Y vosotros qué? —les preguntó Ada a Laila y Mateo—. ¡Solo quedáis vosotros! —exclamó divertida.

—Uis, tras veros a vosotras, creo que paso de tener hijos.

—Bueno, bueno, el tiempo dirá. —Rio Nerea vigilando a los pequeños.

Diego recibió las atenciones de todos hasta que se marcharon.

Samuel comenzó a jugar con él haciendo que el niño riera mientras Elena preparaba la cena. Cuando Diego se durmió, lo dejó en su moisés. Le observó dormir, feliz y orgulloso de la decisión que tomó hace más de dos años. Sonrió al notar como Elena le abrazaba por detrás y le besaba el omoplato.

—Gracias —le susurró.

—¿Por qué? —preguntó Samuel al girarse para mirarla y abrazarla por la cintura.

—Por buscarme al amanecer.

FIN

Agradecimientos

Hay tanta gente a la que quiero agradecer que no sé por dónde empezar, ya que son muchos las que me sobrellevan cuando escribo una historia.

Primero, a mis padres y a mi hermano, porque es mucho lo que me soportan en casa y el aguante que tienen a veces conmigo en mi época de estrés máximo.

Gracias a dos locas que son inspiración pura y que han estado ahí para responder cada una de las preguntas que les hacía siendo partícipes de mis historias. Mari, Alexia..., me alegra saber que siempre puedo contar con vosotras cuando os necesito.

A Moruena Estríngana, porque sin ella creo que no crecería tanto como persona y como escritora. Me has enseñado grandes cosas y has estado ahí, apoyándome y alegrándote por mis pequeñas victorias en este complicado mundo. He ganado una gran amiga contigo.

Al resto de mis lectoras cero: mi paisana, Noelia Tejada, y María van Hoof. ¡Sois geniales!

A Merche Diolch, por trabajar conmigo en esta novela y ayudarme con ella para que quedara lo mejor posible.

A mi grupo de futuras profesoras locas favoritas: Jone García, Marta FausSusana Álvarez, Elia Bastida, Laura Benedí, Marta Crespo, Marta Flores y Teresa García. Gracias por todas las agonías que soportáis en épocas malas y por alegraros conmigo al cumplir este pequeño sueño que tengo.

Probablemente me deje a muchísima gente, pero quiero agradecer a todas esas personas que me apoyan y que me leen, o a ti, que estás leyendo esto; si es lo primero que descubres de mí, gracias por darme una oportunidad.

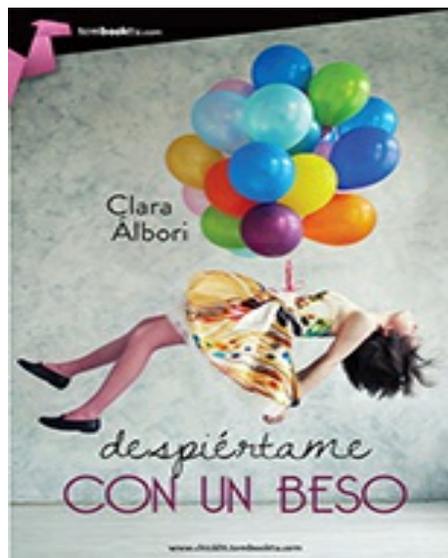
Y, por último, a toda todita mi familia (esto va para largo): gracias a mi

abuelo Félix; a mis abuelas Nati y Luisa; y también a: Mari, Miguel, Petri, Luisa, Felipe, Alejandro, María José, Miguel, Sofía, Sole, Macu, Basilio, Susana, Javi, Benja, Diana, Isi, Roberto, Patricia, David, Teresa, Alberto, Raquel, Diego, Felipe, Laura, Eleazar, Adrián, Ana, Joni, Sara, Daniel, Irene, Cintia, Félix, Nuria, Miguel, Carmina, David, Cristina, Gabina, Santiago, Candela, Victoria, Pilar, María, Luna, Tania, Pauli, Santi, Valvanera, Rodrigo, Rodrigo Jr., y a toda mi familia de mi adorado pueblo. En los próximos agradecimientos os pongo, pero recordad que sois muchos. ¡Vayamos por tandas!

Y ya no sé qué más decir, así que lo repetiré por última vez: GRACIAS, GRACIAS, GRACIAS.

Otros libros de la autora







Puedes seguirme en:

<https://twitter.com/claraalbori>

<https://www.youtube.com/channel/UCi2iSvdC5xErWLiBT6oCixA>

<https://www.facebook.com/Clara-Álbori-913705068692976/>

<https://www.instagram.com/clarita96/?hl=es>